

Gaston Leroux

El rey Misterio

PARTE PRIMERA
EL PODER DE LAS TINIEBLAS

I

ALGO QUE BRILLA EN LA NOCHE

Nada más desolador, nada más angustioso, nada más triste, nada más desesperante que ese rincón de París que rodea la plaza de la Roqueta. Cierto que en el sitio que ocupó la antigua cárcel, hoy por fortuna demolida, se elevan airoas algunas alegres casas de vecindad. No importa; el aspecto general de la plaza sigue siendo lúgubre gracias tal vez a la otra cárcel que al opuesto lado de la misma continúa en pie y en la cual sigue encerrándose a la juventud delincuente.

Sí; detrás de esas piedras renegridas, de esos muros enlutados, a la sombra de esas torres cuyos techos puntiagudos dominan el camino de ronda, vive y alienta una juventud a la que jamás se oye reír, a la que jamás se oye cantar, que tal vez no habla nunca, y para la cual la cárcel es una tumba mucho más terrible que las que la piedad de los vivos ha levantado a pocos pasos de aquel sitio para los que entraron en la muerte.

En la época en que da comienzo nuestro relato, la *gran Roqueta* elevaba aún sus muros siniestros frente por frente de la otra cárcel, de la llamada *pequeña*; de modo que cuando las puertas de esta última entreabríanse de vez en cuando para dar paso a algún adolescente, pálido aún por los meses inacabables vividos a la sombra, lo primero que al salir veían sus ojos era la puerta de la otra prisión, de *la grande*, que parecía levantarse amenazadora contra él en el umbral de su incierto porvenir.

Unas cuantas piedras, asiento o pedestal del cadalso separaban tan sólo una de otra ambas cárceles. Si con deseos de hurtar la mirada a espectáculo tan sombrío convertía el adolescente liberado sus ojos hacia la izquierda, érale dado ver por aquella parle otra puerta, la de un cementerio: la del cementerio del Padre Lachaise; y entonces, para substraerse a espectáculo tan macabro, para ver algo que no fuera precisamente sombras y misterio, dábase a huir por la derecha y descendía corriendo hacia la vida, hacia la libertad, hacia París, a

lo largo de esa parte de la calle de la Roqueta que desemboca en la plaza Voltaire, la cual, por aquel entonces, llevaba el nombre de plaza del Príncipe Eugenio.

Precisamente a este sitio es al que vamos a conducir al lector, en una noche de Diciembre de 186..., exactamente el 13 de dicho mes, y a las cuatro de la madrugada.

Lúgubre hasta dejárselo de sobras parece de día ese trozo de calle, con sus casas bajas pintarrajeadas de colores chillones, dominando el rojo de sangre y el ocre sucio; con sus tiendecillas negras en las que la muestra, que se destaca en letras blancas, indica el carácter fúnebre de las mercancías que allí se venden, «flores y coronas», «perlas», «faroles para nichos»; con sus tabernas hediondas, en las que se envenena concienzudamente una clientela especial reclutada entre hampones, vagabundos y galloferos, que se acompañan de desgredadas mozas del partido. Sin embargo, en determinadas ocasiones, la calle, o el trozo de la misma de que hablamos, adquiriría animación y vida y movimiento.

Era cuando el populacho procedente de todos los rincones y suburbios de la capital dirigíase tumultuoso y alegre hacia la plaza de la Roqueta con la dulce esperanza de asistir al espectáculo siempre atractivo de una cabeza que rueda. En tales ocasiones desfilaban por allí los juerguistas, los noctámbulos, los curiosos de todas las clases sociales; coches conduciendo las cocotas más notorias, alegres estudiantes o artistas en agraz ávidos de fuertes emociones... Carruajes y peatones cruzábanse, se chocaban, so mezclaban, confundíendose en masa compacta a la altura de la plaza tras un primer cordón de agentes de policía que sólo permitía el paso a contados individuos que, por tener sin duda padrinos, llegaban provistos de una tarjeta especial contraseñada en la prefectura.

La noche en que comienza nuestro relato, la calle de la Roqueta, bastante animada en la anterior por haber circulado la noticia de la inmediata ejecución de Desjardies, había casi recobrado su aspecto normal, su acostumbrada fisonomía. Los curiosos, fatigados por inútil espera de muchas horas, habíanse decidido a abandonar la partida.

Y he aquí que pocos minutos antes de las cuatro de la madrugada, cuando todo parecía dormir en el barrio, numerosos agentes de policía surgieron de pronto, como si la sombra los abortase en medio al silencio más profundo, y fueron tomando posiciones obedeciendo órdenes de sus jefes que las comunicaban en voz baja. Casi al mismo tiempo que ellos llegó la tropa, cuyo contingente era mucho mayor que el acostumbrado para las ejecuciones.

La ocupación de la plaza de la Roqueta por los soldados se hizo también en silencio, casi misteriosamente. Fuertes pelotones de infantería fueron a situarse de manera a cortar la calle de la Roqueta por arriba cerca del cementerio del Padre Lachaise, y por abajo no lejos de la plaza del Príncipe Eugenio; otros ocuparon la esquina de la cárcel así como las de las calles Gerbier, Merlín y Folie Regnault y quedó de este modo aislado en absoluto el cuadrilátero en el centro del cual disponíase la sociedad a matar a un hombre.

Pocas veces habíase visto servicio de orden tan formidable. De pronto, en el ángulo formado por las calles Folie Regnault y de la Roqueta, hubo de abrirse una ventana al lado de cierta taberna denominada de un pequeño grupo de oficiales un hombre cuyas facciones era imposible distinguir, no sólo a causa de la obscuridad si que también por llevar inclinada hacia los ojos el ala de su gran sombrero de fieltro negro, y se acercó a la ventana que acababa de abrirse. Una vez allí pronunció algunas palabras, dio tal vez una orden, y la ventana se cerró de nuevo. Entonces el hombre, que cubría su cuerpo con pesada esclavina cuyo cuello llevaba levantado, volvió al grupo de oficiales y llevando aparte a uno de ellos le habló de este modo.

—Ordene usted a sus soldados que calen la bayoneta... No sabemos lo que puede ocurrir.

—¡Bah!

—Créame usted, todas las precauciones serán pocas. En fin, yo cumplo con prevenir a usted. Por mi parte he puesto centinelas en todos los puntos estratégicos... Tengo el cementerio del Padre Lachaise lleno de agentes...

Dicho esto el hombre se dirigió hacia los gendarmes a caballo que formando una sección desembocaban misteriosamente en la plaza por la esquina de las calles de la Vacquerie y de la Gran Roqueta, cerca del camino de ronda donde más tarde debían ser fusilados los rehenes de la Comuna. Habló con el oficial que mandaba el destacamento, y terminada la breve conferencia, alineáronse los jinetes frente a la puerta de la cárcel, mientras que el hombre de la esclavina y del sombrero ancho se alejaba de ellos en dirección a la plaza del Príncipe Eugenio.

Silenciosos de veras habían sido los movimientos operados por la policía y por la tropa. Sin embargo en la parte baja de la calle de la Roqueta comenzó a manifestarse cierta agitación. Abriéronse algunas ventanas que la policía no mandó cerrar, tal vez por no ser recayentes a la plaza. Un lechero que había creído ver algo extraordinario comunicó a alguien sus sospechas en la plaza del Príncipe Eugenio y al punto abrió sus puertas una taberna, por lo que pudiera ocurrir.

Sin embargo, la calle de la Roqueta continuaba desierta, por lo que al público se refiere, y ocupada tan sólo por agentes y soldados. Pero como a cosa de las cinco fueron llegando uno tras otro hasta media docena de carruajes de los cuales bajaron dos o tres hombres envueltos en amplias esclavinas y otras tantas mujeres que con espesos abrigos de pieles resguardaban sus cuerpos, al parecer esbeltos, contra las inclemencias de la madrugada invernal.

Era evidente que todas aquellas personas no se habían dado cita en aquel sitio y que ninguna de ellas esperaba a los demás, pues a medida que llegaban, dirigíanse, luego de parlamentar unos segundos con los agentes, hacia una puerta baja abierta en la agrietada fachada de una de las casas más antiguas de la antigua calle, y una vez allí llamaban de estudiada manera a la puerta misteriosa que se abría para darles paso, cerrándose al punto de nuevo.

El hombre de la esclavina, colocado cerca de la puerta de modo que le fuera posible ver sin ser visto, parecía estudiar minuciosamente las idas y venidas de los misteriosos personajes que iban llegando. Al cabo de una media hora de muda observación viósele avanzar de pronto hacia un individuo de gran corpulencia que acababa de apearse de un carruaje, al que dijo en voz baja, después de saludarle militarmente:

—Permítame usted que le acompañe... Me parece más prudente.

—No, Dixmer; mejor es que se quede usted fuera. Sin embargo, si dentro de una hora no me ha visto usted salir, invada la casuca.

Dicho esto, el individuo que acababa de apearse del carruaje llamó a la puerta, dando primero dos golpes, y tres enseguida.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él encontróse en la más profunda obscuridad. Una voz preguntó:

—¿Qué desea usted?

—R. C.

En aquel mismo momento el hombre de la esclavina que se quedara en la calle subía hacia la plaza de la Roqueta, y su mirada hubo de fijarse en cierto reflejo metálico que observara cerca de la cárcel. Era el cuchillo del verdugo, que brillaba montado ya en lo alto de la guillotina.

II

DOS CABALLEROS CENABAN...

Monsieur de París^[1] y sus ayudantes acababan de efectuar en la plaza su trabajo como siempre, esto es, concienzudamente, meticulosamente, sin precipitaciones. Y es que el instrumento que sirve para ejecutar las altas obras de justicia debe ser manejado con tranquilidad, montado y dispuesto para funcionar por manos hábiles y seguras, como si se tratase de una máquina de relojería. Ya pasaron los tiempos en que se mataba a la gente de cualquier modo, los tiempos en que el verdugo se veía en la necesidad de descargar dos y tres golpes para hacer caer la cabeza de la víctima, por no operar con arreglo a las leyes de la mecánica, por no edificar su siniestro tabladillo con arreglo a las de la honrada carpintería. El verdugo de hoy, el verdugo moderno, no es solamente un relojero; es además arquitecto, y ha de conocer el manejo del nivel de agua y de la plomada.

Son las cinco y media de la madrugada, minuto más o menos, cuando encontramos nuevamente al hombre de la esclavina —sin duda un oficial divisionario de policía que tomaba sus disposiciones en previsión de terribles acontecimientos— en la esquina de las calles Folie Regnault y de la Roqueta, no lejos del establecimiento de vinos que ya hemos señalado, y que llevaba el título de «El buen rincón.»

Se recordará que cerca de él habíase abierto una ventana que hubo de cerrarse de nuevo enseguida, por orden tal vez del representante de la policía. Este se halla ahora bajo la misma ventana, que acaba de abrirse por segunda vez. Un hombre del que apenas se distingue la silueta ha aparecido en el marco de aquella y tras un momento de observación, al parecer, de lo que ocurría en la calle, ha hecho una seña al sujeto de la esclavina detenido en la acera. La ventana se ha cerrado en el acto y momentos después hase abierto bajo la misma una puerta para dar paso a un hombre que lleva bajo el brazo

un envoltorio misterioso. Sin moverse, sin volver siquiera la cabeza, el oficial de policía pregunta:

—¿Eres tú, Temerario?

Y el otro, inclinado sobre la cerradura de la puerta que acaba de franquear, responde:

—¿Dixmer?

—Silencio... no pronuncies aquí mi nombre —dice el polizonte siempre inmóvil—. ¿Sabes dónde va a ocurrir la cosa?

—Sí; en *El Conejo que fuma*.

—¿Está todo preparado?

—Todo.

Y el hombre, al decir esto, dio un golpe en el paquete que sujetaba bajo el brazo.

—¿Quién va a maniobrar?

—El Buitre en persona.

—A maravilla. Dí al Buitre que todo está preparado para obrar por el lado de la calle de la Vacquerie en caso de necesidad. Tengo allí a los ciento de Montrouge, escondidos en un taller de aserrar maderas. Demasiado debe comprender él que para todos, *pero muy especialmente para mí que dirijo el servicio de orden*, es de desear que todo se haga en silencio.

—El Buitre está seguro de que así será.

—Adiós.

Dejemos a Dixmer ocupado en cumplir concienzudamente su deber de policía y oigamos al Temerario. Este, siempre con su paquete bajo el brazo, había desaparecido en la sombra, después de doblar la esquina de la calle de la Folie Regnault. Cinco minutos hacía que marchaba por ella, cuando observó que una sombra, destacándose de un portal de la acera opuesta, avanzaba hacia él.

—R. C. —dijo la sombra acercándose.

—Panteón —contestó el Temerario.

Uniéronse los dos hombres y entablaron rápido diálogo. El Temerario preguntó:

—¿Los has visto pasar?

—Sí, hace un instante... Han debido dar una vuelta enorme, pasar por detrás de la Pequeña Boqueta y volver hacia atrás. Entraron en el *Conejo que fuma* por la puerta de escape.

—¿Y el Buitre?

—También ha pasado; pero ése entró directamente, por la puerta grande, con Pata de gallo.

—¿Quién más ha entrado?

—Una docena de tipos que deben ser de la *combina*... Yo, la verdad, no los conozco. Tal vez son de los *Titís*, o de los *Leones*; lo que sé es que no pertenecen a los *Cazadores negros*. A éstos los conozco todos y ninguno se me despinta. Y como no tienen más remedio que pasar bajo el farol...

—Bien está; vuelve a tu puesto. Caso de que lleguen los *guindas*, le achantas, y como si no... Pero silba en cuanto que los veas. Nada más; gracias.

Restituyóse la sombra a su puesto, y el Temerario continuó su camino por la acera, deteniéndose unos veinticinco metros más allá ante la puerta de la famosa taberna del *Conejo que fuma*. Sobre la misma, y a modo de muestra, balanceábase a impulsos del viento un colosal conejo cómodamente sentado sobre sus patas traseras y gustando al parecer las delicias de una enorme pipa; todo cortado en zinc y pintado de bermellón, sin duda para mayor visualidad. Y en verdad que en aquella noche de Diciembre el aire era fuerte y frío con exceso, presagiando, a no dudarlo, una copiosa y próxima nevada. El vaho que empañaba los cristales de la taberna, en uno de los cuales hubo de pintar un artista en agraz las armas de la casa, el conejo y su pipa, impedía distinguir desde la calle lo que ocurría en el interior del establecimiento. El Temerario observó lo único que le era dado observar, es decir, que los postigos de madera de las ventanas no habían sido retirados aún. Visto lo cual subió el hombre los cuatro escalones de piedra que daban acceso al salón, y entró en este con aire de indiferencia, mascullando una babeada colilla, sin aparente curiosidad; y sin mirar a nadie, como si no le interesase ni poco ni mucho la extraña clientela que casi llenaba la sala, se acercó al mostrador, arrastrando sus piernas, largas y desarticuladas. Un observador atento, habría sin embargo podido hacerse cargo de la ojeada que el Temerario hubo de lanzar a cierta puertecilla de cristales que servía de separación entre la sala común y otra más pequeña, en la que vamos a entrar inmediatamente.

En esta última, dos caballeros cenaban... No es que sus modales fuesen reveladores de la alta alcurnia de ambos sujetos; no. Pero la corrección de su actitud, y los severos trajes que vestían, levita y sombrero de copa, de todo punto desconocidos en aquellos barrios y en tal taberna, eran indicios seguros de que los extraños comensales pertenecían a una clase de la sociedad relativamente elevada.

Uno de ellos era alto y delgado, mientras que el otro parecía singularmente rechoncho. Hombre previsor sin duda y enemigo de las manchas, el delgado había cubierto cuidadosamente su negra levita con la alba servilleta, anudando esta en torno a su cuello, y, por un capricho sin duda, hubo de conservar puesto su sombrero de copa.

Mojando con gran distinción el pan en la salsa contenida en el plato, dijo a su regordete compañero:

—Dispense usted, señor Próspero, pero yo estaba en la creencia de que debía hacerse algo más que eso que usted dice; yo le calculaba un ingreso de doce mil francos al año, sobre poco más o menos.

—No diré que no haya ganado eso en los buenos tiempos, pero... esos buenos tiempos se acabaron, amigo Dionisio. Cuando viajábamos, entre su sueldo y los gastos de viaje podía muy bien hacerse hasta diez y ocho mil francos. Pero ya no viajamos, a no ser muy de tarde en tarde... ¡Una miseria! ¿Sabe usted cuánto tiene de sueldo? Pues seis mil francos, amigo Dionisio; seis mil francos, ni un céntimo más. Dígame usted si no es eso una miseria y si no se muestra el gobierno injusto para con él. Porque en fin, es preciso que el hombre sostenga su representación y su rango... No, no, créame usted, el oficio está perdido, y usted llega a la carrera demasiado tarde... Porque, vamos a ver, ¿quiere usted decirme qué es lo que podemos hacer nosotros con mil ochocientos francos al año? Hemos de comer, pagar la casa, vestirnos... y no de cualquier modo, sino con trajes decentes, de paño negro, que cuesta un sentido; y por si algo fallaba, el sombrero de copa... ¿Un poco más de conejo, señor Dionisio?

—Venga de ahí, señor Próspero; la verdad es que está de primera.

—Sí; esta es una buena casa. Aquí venía yo siempre con el pobre Marqués a esperar el alba en cuanto acabábamos de montar el aparato. Porque como tranquilidad, creo que no hay más que pedir.

—Y dígame usted, ¿de qué ha muerto ese pobre Marqués?

—Se lo llevó la tisis. Lástima daba oírle toser en la *última* a que asistió. Crea usted que impresionaba:

¡Como que hasta el mismo condenado hubo de advertirlo cuando le hacíamos la toaleta! A propósito de condenado, señor Próspero; es preciso que lo arroje usted sin vacilaciones sobre la báscula. Cuando yo le diga: «¡ya!» lo levanta usted un poco, y de un golpe lo desliza, siguiendo el mismo movimiento que yo, hasta la luneta. Enseguida yo me encargo de agarrarle por los cabellos o de las orejas, así, porque hay muchos que encogen la cabeza y no es cosa de corlarles la barba. No se preocupe usted de bajar la

luneta; eso es cosa del patrón. En realidad es lo único que tiene que hacer. Eso, y apoyar el dedo en un bolón. Ya ve usted que la cosa no ofrece grandes dificultades... ¡Ay amigo mío, el trabajo es para nosotros! Lo de siempre. Si al menos nos recompensaran con largueza... Pero nada de eso; poco dinero, y mal vistos. Claro es que la gente no le dice a usted nada; pero en el fondo... sí, estamos mal vistos... Y si no fuera porque a veces las mujeres...

—¡Hola, hola!... ¿Conque las mujeres, eh?

—Sí, en viaje.

—A ver, a ver, cuénteme usted eso, señor Próspero.

—No hay en ello nada de particular... Ya sabe usted que las mujeres son curiosas como ellas solas. Si yo le dijera a usted que en Marsella, a donde fuimos para ejecutar a Jeanjean, las mujeres nos provocaron como no puede usted figurarse... Y eso que el pobre Marqués no era un Adonis, y además, tosía.

—¿Pero eran mujeres de mundo, señor Próspero?

—Claro que no; ésas no se atreven. Pero en fin, cuando vamos a cenar, a veces hay quien nos reconoce... Pues bueno, dos mujeres, dos cocotas, sí, pero dos cocotas elegantísimas, como usted lo oye, se empeñaron en pagarnos a Marqués y a mi la cena, en Marsella...

—¿Y nada más, señor Próspero?

—Nada de suposiciones malévolas, amigo Dionisio; yo soy casado... moro de paz.

—Pero el pobre Marqués, si no me engaño, era soltero...

—Como si no; hemos de ser correctos.

—¡Bah! En viaje...

—En viaje como aquí, señor Dionisio. No hay que olvidar que al fin y al cabo representamos al gobierno.

Hablando de este modo saboreaban ambos comensales los restos de la conejil pepitoria, sin apresuramientos, por constarles que aun les era dado disponer de veinte minutos para terminar su cena.

El señor Dionisio, a quien sin duda preocupaba la personalidad de su cliente, preguntó de pronto.

—¿Qué demonios es lo que ha hecho ese? La verdad es que no recuerdo su historia.

—Ahí tiene usted una cosa, —respondió el señor Próspero— que no me ha preocupado nunca. Eso no tiene para nosotros interés alguno.

—Sin embargo, ¡qué diantre!, la certeza de que el cliente es un gran criminal, me parece que debe *animarnos*.

—¡Bah! Allá los jurados con su conciencia. Cuanto a ese Desjardies, es el que asesinó a Lamblin, un empleado de la audiencia. ¿No recuerda usted? Pues la cosa hizo ruido en su tiempo... ¡Lo que es que se ha hablado después de tantas otras!... Pero ¿no le parece a usted, amigo Dionisio, que el mozo se olvida de nosotros?

—En ello pensaba precisamente, y en que de buena gana comerla un poco de queso ¡Ah, aquí está!

Entraba en efecto el mozo con el queso y algunos platos. Mientras cargaba con la cacerola y levantaba los manteles, Próspero y Dionisio mirábanlo con curiosidad.

—¡Es extraño! —dijo el primero cuando salió el mozo—, juraría que hace un momento tenía ese hombre una cara muy distinta.

—¿Verdad? También a mí me ha parecido...

Hubo un instante de silencio.

—Dicen también —continuó Próspero— que ese Desjardies fue en su tiempo un hombre cuidadoso de su persona y amante del buen parecer. Más vale así, porque le aseguro a usted que hay cuellos tan sucios que da asco tocarlos cuando llega el momento de la toaleta. También me parece recordar que tenía una hija... una muchacha muy guapa que quiso declarar en la vista de la causa y no se lo permitieron. Después pretendió arrojarle a los pies del emperador y a duras penas pudo ver al conserje de las fullerías. ¡Qué sé yo! Se han dicho tantas cosas...

—¿Pero qué es lo que quería esa chica? —preguntó Dionisio.

—Pues probar que su padre es inocente. Lo malo es que le pescaron en flagrante delito nada menos que el procurador imperial en persona, y Regine, jefe de gabinete en el ministerio de la guerra. Y sucedió...

Y sucedió entonces que la puerta de comunicación entre el cuarto en que cenaban los dos caballeros y la sala grande de la taberna abrióse de pronto, y que con gran sorpresa de los señores Próspero y Dionisio entró por ella no el mozo del establecimiento, sino un obrero, un cavador, quien sin pronunciar una sola palabra fue a sentarse junto a la mesa ocupada por los dos amigos.

—Pues señor, —dijo en voz baja Próspero— la cosa me parece extraña. Porque el patrón me prometió que estaríamos solos.

La extrañeza de Próspero hubo de aumentar notablemente, porque momentos después la estancia estaba llena de cavadores. El último de los que entraron había cerrado tras sí la puerta, y tanto él como sus compañeros guardaban un silencio impresionante.

III

¿R. C.?

Dejamos al desconocido a quien Dixmer se dirigiera para ofrecerle respetuosamente su concurso, detrás de la puerta de cierta antigua casa de la calle de la Roqueta. Acababa apenas de pronunciar las mágicas letras R. C. cuando el resplandor de una linterna sorda, atravesando las tinieblas, alumbró un corredor estrechísimo y bajo de techo, de muros renegridos que terminaba en el primer peldaño de una escalera que era preciso bajar. Cuando el hombre vio que no tenía más remedio que meterse en aquel agujero, vaciló un momento y llevó la diestra a uno de sus bolsillos para cerciorarse sin duda de que en él se hallaba el revólver.

Notó el movimiento el hombre de la linterna y dijo con gran calma:

—Puede el señor estar tranquilo, que no corre aquí peligro alguno.

Dicho lo cual apresuróse a bajar delante, siguiéndole el otro por la escalera, que era corta pero muy pendiente. Poco después se hallaban en el suelo de una cava. El hombre de la linterna precediendo siempre a su visitante hizo atravesar a éste uno tras otro varios subterráneos cuyas puertas se cerraban automáticamente y en silencio tras de los dos hombres. Por fin, luego de haber subido como una treintena de escalones, abrióse aún una puerta y el visitante misterioso se encontró, cuando menos lo esperaba, en una sala iluminada con verdadera esplendidez. Su aparición en ella fue acogida con grandes risas y ruidosas aclamaciones.

—¡Vaya! Ya está aquí el Procurador, decían unos.

Y otros exclamaban:

—A él es a quien debemos sorpresa tan agradable. Paseaba el recién llegado su mirada por el salón, deteniéndola asimismo en los semblantes risueños de las mujeres cubiertas de alhajas magníficas, y de los hombres vestidos de Trac, amigos suyos casi todos; en la mesa, servida con irreprochable buen gusto, y en los muebles lujosos de puro estilo Pompadour.

Y extrañado sin duda de encontrar tanto lujo allí donde creyó no encontraría otra cosa que un antro oscuro y mal oliente, hubo de exclamar con sinceridad:

—Crean ustedes, señores, que si hay aquí alguien sorprendido, ese alguien soy yo.

Dicho lo cual, y sin preocuparse poco ni mucho de los allí reunidos, precipitóse a una de las ventanas de la que levantó un visillo. Entonces pudo ver, abajo, la plaza de la Roqueta, lúgubrementemente alumbrada por la llama vacilante de algunos reverberos. Frente a la puerta de la cárcel y en el centro de un doble círculo formado el primero por soldados de infantería y por los gendarmes a caballo el segundo, la guillotina elevaba amenazadora sus brazos sombríos. Tras un instante de muda contemplación, el Procurador dejó caer el visillo.

Un lacayo correctamente uniformado se apresuró a desembarazarle de su pelliza y del sombrero. Y mientras el alto magistrado se quitaba los guantes, sonrió con frialdad a las personas que se hallaban frente a él y dijo con cierto mal humor apenas disimulado:

—Debí presumirlo... Se trata de una broma... Por lo visto ustedes son de los que piensan que las bromas o pesadas o no darlas.

El hombre que hablaba de este modo podía contar unos cincuenta años de edad. Era alto y bien formado, musculoso sin duda, y evidentemente en la plenitud del vigor físico. Llamaba la atención su cabeza, de frente amplísima, verdadero almacén de energía y de voluntad que parecían prontas a manifestarse. Los cabellos grises, cortos y crespos, peinados hacia atrás subrayaban el aire de terquedad de aquella cabeza, demasiado grande aun para el gran cuerpo que la sostenía. Sus cejas, muy pobladas, terminaban en mechales grises en el nacimiento de la nariz que era larga, y algo ancha en su extremidad. Poblado bigote que conservara casi intacto su color natural castaño oscuro, y cuyas gulas caídas disimulaban el pliegue inquietante de la comisura de los labios, ocultaba el superior, mientras que el inferior avanzaba, destacándose carnoso, y denunciando en su poseedor toda clase de formidables apetitos. La barbilla, afeitada, hallábase en armonía con la frente y era como la continuación de una formidable mandíbula de fiera, capaz de destrozar en la misma medida que debía pensar la frente inmensa. Era en fin una testa que hubiera sin duda impuesto miedo, a no poseer los ojos azules más hermosos del mundo: ojos de niño, claros y grandes, que miraban siempre de frente, con infantil serenidad.

En el momento en que los encontramos, aquellos ojos parecían acusar a las personas presentes como autores de una broma siniestra, que no otra cosa era el deseo de hacer cenar al segundo magistrado del imperio en amable compañía y frente a frente del cadalso.

Componíase la compañía de tres hombres y de dos mujeres. Eran aquellos Don Filiberto Wat, banquero y diputado el más influyente sin duda del régimen, yerno del presidente del consejo y hombre de mucho mundo que había sabido hacerse una clientela formidable en el cuerpo legislativo y en los ministerios; Raúl Gosselin, pintor de retratos, artista a la moda, sencillo y simpático no obstante usar monóculo y trajearse con cierta afectación, y el director general de la Asistencia Pública, Don Eustaquio Grimm, hombre grueso, pacífico y mansejón, personaje considerable y árbitro indiscutido de todo lo que en Francia se refería a la caridad y a la piedad oficiales. Cuanto a las mujeres, una de ellas era alta y hermosa, de abundante y rubia cabellera, de mirada maliciosa, traviesa, y, ¡cosa rara!, de aire y gesto trágicos, tal vez adquiridos en los escenarios en los que figuraba como la comedianta más aplaudida y mimada del público; acababa de obtener un triunfo en la *Porte Saint-Martin* representando *Los Mártires*; llamábase Marcela Féraud, y todo París la conocía como la amiga íntima del retratista Raúl Gosselin. Cuanto a la otra, era una mujer bastante extraña: habíase escapado de un harén de Túnez y se llamaba o la llamaban *la Muna*.

Todos, ellos y ellas, protestaban contra lo dicho por el Procurador, Jacobo Sinnamari, asegurando que caso de tratarse de una broma ellos no eran autores de la misma, sino sus víctimas. Víctimas resignadas con gusto, pues la hospitalidad que tan misteriosamente se les ofrecía era, después de todo, verdaderamente regia.

—Lo que es yo —dijo Raúl Gosselin encendiendo un cigarro en la llama de una bujía—, desearía saber quién nos ha invitado, y en virtud de qué raro sortilegio estamos aquí reunidos.

La Muna, a quien ninguno de los presentes conocía, era bastante linda. Tenía grandes ojos negros, boca pequeña, cuello grueso, y matizada la tez por simpático color ambarino. Vestía con soltura y elegancia rica toaleta de tul negro guarnecida de perlas, lentejuelas y azabaches; adornábase con algunas discretas alhajas de valor, y parecía deleitarse fumando un cigarrillo oriental cuando el Procurador, que no la había visto nunca, detúvose ante ella.

—Tal vez la señora podría enterarnos...

—¿De qué, caballero?

—Pues... de todo. No sabemos nada.

—En ese caso estamos iguales. Tampoco sé yo cosa alguna.

—Por lo menos podría usted decirnos, si es que en ello no hay indiscreción, a quién tenemos el honor de hablar; porque ni mis amigos ni yo...

—Ah, eso sí; yo soy la Muna —dijo con aire resuelto, como si sus palabras debieran poner en autos de su personalidad a todo el mundo.

—¿Conque la Muna, eh?

Y todos los allí presentes se echaron a reír, mientras la interpelada los miraba con asombro.

Entonces, rápidamente, con volubilidad narró cómo y porqué se encontraba allí. Dijo que la noche antes, rodeada al salir de un restaurant por media docena de individuos de cara patibularia, fue por ellos conducida a viva fuerza hasta el faubourg Montmartre donde tal vez lo habría pasado mal sin la intervención de un misterioso desconocido que con excelentes modales había rogado a sus agresores le permitiesen ofrecer el brazo a su víctima.

—Aquellos hombres —dijo— parecían sorprendidos. Pero la gran sorpresa fue la mía al ver que los bandidos se largaron enseguida dejándome sola con mi galante salvador.

—¿Y se fueron así, sin protestar, sin amenazar sin decir siquiera una palabra? —preguntó, incrédulo Gosselin.

—Ni una. El que habló fue mi defensor. Digo, si es que puede llamarse hablar a pronunciar una sola palabra, mejor dicho, el nombre de dos letras. R. C.

—¡Ah! ¿Dijo R. C?

—Sí, señor; y eso bastó para que mis agresores desaparecieran como por encanto.

—No deja de ser curioso, muy curioso —dijo la cómica—. ¿Y luego?

—¿Qué, luego?...

—Quiero decir que enseguida daría usted las gracias a su salvador.

—¡Vaya! Y el hombre me acompañó hasta la puerta de mi hotel, en la calle Taitbout. Allí se despidió de mí, preguntándome mi nombre y citándome aquí para esta noche. La verdad, no esperaba, al acudir a la cita, encontrarme con tan numerosa compañía. ¿A que no adivinan ustedes cómo se llama mi salvador? Yo no sé si se burló de mí... probablemente. Ello es que me dijo que su nombre era... *Misterio*.

Apenas pronunciara la Muña este nombre, todos los circunstantes prorrumpieron en la misma exclamación:

—¡El rey Misterio! ¡El rey Misterio!

—¿No se lo dije Raúl? —preguntó Marcela Feraud—. Es un personaje real, de carne y hueso. Nadie más que él puede tener tarjetas como esas.

—Tal vez —dijo Gosselin—. ¿Pero por qué en vez de poner en ellas R. M. como parece que debería hacerlo, pone R. C.?

Y al decir esto enseñaba el pintor una tarjeta en la que podía leerse dichas dos iniciales, debajo de las cuales veíase una calavera entre dos tibias.

—Si, como se dice, habita ese hombre en las Catacumbas —arguyó la actriz—, la cosa resulta explicable. La R quiere decir rey, y la C catacumbas. El rey Misterio debe ser el rey de las Catacumbas.

Marcela aludía a un rumor, acreditado entre el vulgo, referente a la existencia de un ser misterioso, rumor que era combatido por las autoridades, que no habían logrado, no obstante sus esfuerzos en tal sentido, destruirlo por completo en la imaginación de las personas crédulas y sencillas.

—¡Por fin —siguió diciendo la actriz— vamos a conocerlo esta noche!

—¡Mentira parece que des crédito a semejantes paparruchas! —gritó Gosselin, asegurando su monóculo con gesto nervioso.

—Es que no se trata de paparruchas —afirmó Marcela.

—Puede —le contestó el pintor—. Pero para que yo crea en la existencia del rey Misterio será preciso que haga su retrato.

Abrióse en aquel momento la puerta, y un lacayo anunció:

—¡El señor notario del rey!... ¡El señor escribano del rey!

IV

EN EL QUE EL PROCURADOR IMPERIAL COMIENZA A CREER EN LA EXISTENCIA DEL REY MISTERIO

Dos hombres, ambos de edad avanzada, grueso el uno y descarnado el otro, hicieron su entrada en el salón llevando las cabezas inclinadas y sendas carteras bajo el brazo. El grueso, Eugenio Mortemart, era uno de los notarios más ricos, y conocido por su numerosa clientela reclutada entre lo más granado del Faubourg Saint Germain. Su acompañante, Juan José Bisson, era escribano en la Audiencia de lo criminal del Sena, y hombre de carácter alegre y exuberante cuando no se hallaba en el ejercicio de sus delicadas funciones. En el momento de penetrar en el salón, tanto él como el obeso notario parecían cohibidos y como pesarosos de encontrarse en aquel sitio, y sobre todo de que en él les vieran otras personas. Grande fue el asombro de ambos al reconocer entre los allí reunidos, nada menos que al procurador imperial, quien a su vez hubo de asombrarse al oír que sus antiguos conocidos los señores Mortemart y Bisson ostentaban los títulos de notario y escribano del rey respectivamente.

—¿Pero qué es esto? —exclamó Sinnamari—. ¿Qué significa todo esto, amigo Mortemart?... Y usted, ¿qué hace usted aquí, señor Bisson?

El notario fue el primero en contestar.

—Pues yo, señor procurador imperial, he sido llamado aquí por uno de mis clientes.

—¿Cómo! ¿El rey Misterio es cliente de usted?

—Sí, señor procurador.

—No ignoraba yo que entre su clientela figuraban algunas testas coronadas...

—Me enorgullezco, en efecto —dijo Mortemart—, de tener como clientes a la reina de Inglaterra, al rey de Suecia, al de Iliria...

—Pero me parece que no estarían muy satisfechos si se enterasen de que sus protocolos se codean con el del rey Misterio —concluyó el procurador imperial.

—Harían muy mal en enojarse. Como notario me debo a todos aquellos que reclaman el ejercicio de mi ministerio —dijo con unción el obeso funcionario.

—¿Hace mucho tiempo que lo tiene usted por cliente?

—¿A quién?

—Al rey Misterio.

—No mucho. Un año, sobre poco más o menos.

—¡Un año! —gritó Sinnamari—. Un año ya, y nada ha dicho usted a la policía; ni siquiera a mí que soy su amigo.

Mortemart se encogió de hombros.

—El secreto profesional —dijo— nos obliga a ser mudos basta con los más íntimos allegados.

—Excusas de mal pagador —repuso Sinnamari—. Tratándose de malhechores no hay secreto profesional que valga.

Y como si hablase consigo mismo, el procurador imperial continuó:

—De modo que ese hombre existe... Dixmer tenía razón, estaba en lo cierto... ¡En nuestra época!, vamos, si parece imposible.

Volviéndose de pronto hacia Mortemart le preguntó:

—¿Usted lo ha visto?

—Naturalmente.

—Lo que se llama ver... ¿con sus propios ojos?

—Como le estoy viendo a usted —suspiró el notario.

—Pues por mucho que se sorprenda al saberlo el prefecto de policía, no ha de sorprenderse más que yo.

Conviene decir aquí que el prefecto había negado públicamente la existencia del misterioso personaje de quien la fantasía popular hubo de hacer un héroe de leyenda, especialmente al hacerse público que se había inscrito por 100.000 francos en la suscripción abierta a beneficio de las víctimas del terrible invierno de Dicha generosidad fue atribuida por las autoridades a un banquero deseoso de hacer el bien sin dar su nombre, y los periodistas recibieron orden de hacer el silencio acerca de un hipotético personaje cuya existencia no podía admitirse sin poner en ridículo a las autoridades en general y a la policía en particular.

De ahí que Sinnamari, convencido casi por completo de que el rey Misterio no era un mito, sino un hombre hecho y derecho, se creyese en el

caso de mostrarse enfurecido.

—¡Y tiene su notario! —Decía—. ¡Y su escribano! Pero todo eso no nos dice su nombre. ¿Cómo se llama?, vamos a ver; ¿quién es ese hombre?

Y Sinnamari, vuelto hacia el notario, parecía esperar la respuesta de éste.

—¡Usted debe saberlo! —gritó con aquella su voz amenazadora que hacía temblar acusados y testigos en los pretorios.

Mortemart tembló también, pero sin clarearse se limitó a contestar ambiguamente:

—Claro que lo sé; figura en los contratos.

—¿Cómo! ¿Ese hombre tiene la audacia de firmar contratos?

El notario inclinó la cabeza en señal de afirmación.

—¿Pero qué contratos son esos? —continuó preguntando el procurador cuyas pupilas dilatadas expresaban toda la estupefacción de que se hallaba poseído—. ¿Qué clase de actas levanta usted, requerido por un individuo como ese?

—Actas...

—Que no pueden tener ningún valor ni efecto; demasiado lo sabe usted... de modo que todo esto no es más que una comedia.

—¡Ah, no, eso sí que no!... Usted me conoce bien, señor procurador, y sabe que soy incapaz de dar fe de lo que no es legal, y de levantar indebidamente un acta. Los contratos en que interviene mi cliente son válidos puesto que son morales.

—¿Conque morales, eh?

Completamente morales. Más aún, la moralidad es la nota dominante en ellos.

Dicho esto el notario tomó asiento, como si quisiera significar que por su parte daba por terminado el interrogatorio.

Así debió comprenderlo Sinnamari, quien se volvió hacia Bisson, muy ocupado en tocar el tambor con los dedos en su abultada cartera.

—Y usted, señor Bisson —le dijo—, ¿no era usted escribano de la audiencia del Sena?

—Sí, señor procurador.

—¿Y sigue usted siéndolo?

—Como siempre.

—Me pareció haber oído que ahora era usted escribano del rey.

—Así es en efecto, señor procurador, pero a ratos perdidos nada más; en mis momentos de ocio.

Dicho esto, el señor Bisson levantó cuidadosamente los faldones de su levita, y se sentó a su vez, como si le postrara el cansancio.

Era tan cómica la expresión de la fisonomía del procurador imperial, solicitado en aquel momento y después de oír a los dos hombres de ley, por la consternación y por la sorpresa, que las dos mujeres prorrumpieron en sonora y franca carcajada.

—Por mi parte —dijo Filiberto Wat, el yerno del presidente del consejo que hasta entonces permaneciera callado—, me alegro mucho de saber que ese hombre existe, y me alegraré aún más de que llegue cuanto antes.

—¿Le corre a usted mucha prisa el verle? —preguntó Sinnamari.

—¡Mucha!, como que debe entregarme veinticinco mil francos que le he ganado esta noche al conde Teramo-Girgenti en el Gran Círculo.

—¿Conoce usted al conde Teramo-Girgenti? Por lo visto está en París...

—Desde hace ocho días.

—Celebro saberlo, porque he recibido una carta del príncipe de Toledo, presidente del Congreso, en la que me lo recomienda muy particularmente.

—Pues ya tendrá usted ocasión de verlo —dijo Wat—. Por ahora anda muy ocupado en poner casa. ¡Si viera usted qué muebles ha adquirido!... Ya lo celebraremos, porque el hombre es espléndido de veras.

—¿Y conoce al rey Misterio? Vaya, hombre, vaya; ¿qué me cuenta usted?

—La verdad, amigo mío, la pura verdad. Entre esos dos hombres hay sin duda comunidad de intereses puesto que el rey Misterio se encarga de pagar las deudas del conde Teramo-Girgenti.

—¡Es increíble! —afirmó el procurador.

—Todo cuanto al conde se refiere parece increíble —seguía diciendo Wat—. Es el ente más original que darse pueda. Figúrese usted que me ha asegurado muy formal que encuentra París cambiadísimo, y que ha variado mucho desde la última vez que estuvo aquí.

—Si ya hace tiempo de eso...

—¡Una friolera! Desde el día del asesinato de Enrique IV.

—¿Se burla usted de nosotros, señor Wat?

—¡Dios me libre hasta de pensarlo! En todo caso el burlón será el conde. Él es quien me ha dicho lo que acabo de repetir.

—¡Tal vez se trate de un brujo! —dijo, entre alegre y temerosa, Marcela Féraud. Y añadió enseguida palmoteando ruidosamente:

—¡Sí que vamos a estar favorecidos! Nada menos que un rey y un brujo en nuestra compañía...

—Ya tenemos a Marcela entusiasmada —exclamó el pintor Raúl Gosselin—. La cosa no es para menos. Todo un José Bálsamo, un Cagliostro que vuelve a París, expresamente para divertirnos...

—No —interrumpió Wat—. No se trata de Bálsamo. Si el conde de Teramo-Girgenti supiera que le compara usted con el héroe de Dumas, abandonaría París inmediatamente. No puede usted figurarse cuán extremada es su susceptibilidad.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Y ahora sepa usted que entre Bálsamo y el conde hay una gran diferencia. El primero no podía morir, y por eso contaba un número de años incalculable; en cambio mi amigo Teramo-Girgenti sabe muy bien los que tiene: setenta.

En ese caso —dijo la actriz contrariada—, no puede haber conocido a Enrique IV.

—Pues se equivoca usted —contestó Wat con tal seriedad que provocó la risa de todos los presentes—. Fueron, según él, grandes amigos. Lo que hay es que el conde ha muerto y vuelto a nacer desde entonces diferentes veces.

—¡Ah, vamos!

—Asegura que posee el secreto de resucitar cuando le conviene. Y en esto se diferencia de Cagliostro quien como ustedes han leído no podía morir...

En este instante abrióse con estrépito la puerta y por ella penetraron dos lacayos empujando rudamente a un hombre que llevaba los ojos vendados y obstruida la boca por una mordaza. Por otra puerta entró a su vez el servidor que poco antes recogiera el sombrero del procurador imperial, hizo una seña a los lacayos, y éstos se apresuraron a quitar la venda y la mordaza a su prisionero.

V

EL SERVICIO DEL REY

—¡Regina! —exclamaron a un tiempo mismo Sinnamari, Gosselin y Eustaquio Grimm, mientras Filiberto Wat acariciaba gruñendo su hermosa y dorada barba.

Por su parte el recién llegado, que al verse libre pretendió castigar a los lacayos, aunque inútilmente, pues éstos se apresuraron a desaparecer, contemplaba asombrado a sus amigos.

—¡Vosotros aquí!... ¿Cómo habéis venido? Yo me creía víctima de una emboscada.

—Y puede que lo sea —dijo Sinnamari adelantándose—. Nosotros no sabemos aún a qué atenernos.

—Pues yo, por mi parte, no sé mucho más. He aquí lo único que puedo deciros.

Regine, militar retirado, contó entonces que hallándose aquella misma noche en el teatro, en la Comedia Francesa, habíase presentado a él, durante uno de los intermedios, un señor que le dijo llamarse Finot, ser capitán del ejército, y amigo íntimo de Marage, que a su vez lo era de Regine. Como Finot y Marage debían cenar juntos una vez terminado el espectáculo, en compañía de mujeres alegres y hermosas, el primero invitó a Regine quien se apresuró a aceptar con tanto más motivo cuanto que deseaba vivamente reanudar sus relaciones con su antiguo camarada Marage, a quien no había vuelto a ver desde mucho tiempo antes. Terminó el espectáculo, salieron del teatro, y de pronto, cerca del mismo coliseo, habíase visto sorprendido por cuatro hombres que amordazándole rápidamente le hicieron entrar en un coche allí apostado. Tres entraron con él en el vehículo, ocupando el cuarto un sitio junto al cochero. Desde la media noche hasta las cuatro de la madrugada rodaron en silencio por las avenidas del Bosque de Bolonia.

—Y aquí me tienen ustedes —concluyó Regine—, extrañadísimo de lo que me ocurre, pero encantado al verme entre amigos, y sobre todo de que termine satisfactoriamente una aventura cuyo fin se me antojaba que había de ser trágico. ¿Pero quieren ustedes decirme dónde estamos? ¿Qué restaurant es este?

—Amigo mío —dijo el Procurador de la República—, estamos sencillamente en la plaza de la Roqueta.

—¿Será posible? —exclamó admirado Regine—; ¡un lujo como este en la plaza de la Roqueta!

—La duda no es permitida —dijo Sinnamari levantando un visillo de la ventana.

Precipitóse Regine para mirar e interrogó de nuevo.

—Sí, no hay equivocación posible... Pero, ¿qué es lo que hay en medio de la plaza?

—La guillotina, amigo mío, la guillotina.

—¡Cómo! ¿Es que hay ejecución esta mañana?

—¡Ya lo creo! ¿Te has olvidado ya de Desjardies?

Al oír estas palabras, el semblante de Regine adquirió palidez cadavérica. Tan intensa era su emoción que hubo de apoyarse en el respaldo de una silla para no caer al suelo.

El Procurador lo advirtió.

—¡Pues no te produce poco efecto la guillotina! —dijo sonriendo—. Después de todo no es más que un instrumento de acero... Y tú eres militar, qué diablo.

—Prefiero ver un sable —dijo Regine procurando reponerse y dar a sus palabras cierto tono de despreocupación.

—La guillotina es nuestro sable. Procura no hablar de ella con desprecio si en algo tienes mi amistad. Por lo demás —añadió Sinnamari golpeando con familiaridad el hombro de Regine—, no hay porqué emocionarse. Ría cuanto quiera el que haya pretendido burlarse de nosotros. Pero bueno será que se dé prisa, porque le aseguro que no ha de reír mucho tiempo.

Digamos aquí, brevemente, que Regine, a quien el Procurador de la República trataba como a un antiguo camarada, era un hombre de elevada estatura y marcial prestancia, a quien debió sentar bien el militar uniforme. Su cara, de facciones regulares, era en conjunto agradable, gracias a la boca, pequeña y ornada de lino bigote que seguía siendo rubio, y a los ojos, de mirada algo fría pero cínica. En la comisura de sus labios aparecía como estereotipada cierta sonrisita de escepticismo que constituía la característica

de aquella fisonomía expresiva. Era, en fin, lo que se llama un buen mozo. Contábase de él numerosas galantes aventuras, en las que la crónica escandalosa complacía en atribuirle papel principalísimo. Sin embargo, en el momento en que lo presentamos a nuestros lectores, el ex-coronel Regine, sea por las humillaciones por las que acababa de pasar, sea porque la inesperada visión de la guillotina le hubiese impresionado, no tenía en verdad el aspecto de un héroe legendario.

—Por lo que respecta a Marcela y a mí —dijo Gosselin aprovechando el silencio que siguiera a las últimas palabras de Sinnamari— la cosa no puede ser más sencilla. Mientras cenábamos en la *Maison Dorée* nos llevaron una esquila invitándonos a cenar de nuevo *en casa de un amigo*, plaza de la Roqueta. Como en el papelito se decía que esta noche sería ejecutado Desjardies, Marcela quiso venir. Ella no ha visto nunca una ejecución capital. Además, estaba intrigadísima, porque nuestro anónimo comunicante, que yo creí sería algún compañero, tuvo buen cuidado de advertir que deberíamos dar cinco golpecitos a una puerta, pronunciar dos letras misteriosas R. C., bajar a los subterráneos, como en los dramones de 1830, y qué sé yo cuantas cosas más. Realmente, había motivo para sentir curiosidad.

—Y había otra cosa que le callas, no sé por qué —interrumpió Marcela, que sentada ante la chimenea presentaba al fuego sus pies diminutos calzados de elegantes botinas—. Otra cosa que se relaciona con las iniciales R. C.

—¡Ah, sí! Figúrense ustedes que la otra noche durante un descanso en el ensayo de *Los Mártires*, subió Marcela a su cuarto y se lo encontró lleno de flores, pero de las flores más hermosas del mundo... ¡Y cosa extraña! En el tocador, delante del espejo, aparecía un ramito de violetas, de esos que venden a diez céntimos, colocado encima de una tarjeta extraña como la que les enseñé hace un momento. ¿Quién pudo dejar allí las flores raras, el ramillete humilde y la tarjeta inquietante? Nadie lo sabía. No hemos podido averiguarlo.

—Y usted, Grimm, ¿cómo ha venido usted a este sitio? —preguntó Sinnamari.

Todas las miradas volviéronse entonces hacia el hombre gordo que hasta aquel momento no había dejado oír el sonido de su voz.

—Comenzaré por enterar a ustedes —dijo— de que en este momento ocurren en la Asistencia Pública cosas verdaderamente increíbles. Un libro de contabilidad de los más importantes ha desaparecido de allí sin que nadie sepa cómo; y en el sitio que ocupaba ese libro se ha encontrado, trazadas con tiza, esas dos letras misteriosas R. C. Pues no es eso todo. Tres empleados

superiores, que no dieron nunca el menor motivo de queja me presentaron anteayer su dimisión. Todo lo que he podido sacar en claro después de mucho preguntarles, es que se iban a causa de R. C. ¿Sorprendente, verdad? Pues aun hay más. Una mujer embarazada a quien no fue posible admitir en la Maternidad por exceso de enfermas, volvió poco después con una recomendación *urgente*, que decía sobre poco más o menos: «Admítase en el acto en la Maternidad a la dadora, que debe dar a luz esta noche.

Orden de R. C.»

—¿Y fue admitida?

—Sí: porque la firma R. C. iba avalorada con el dictamen facultativo y la recomendación del profesor Carier y del cirujano Brandt.

—Sí que es extraordinario.

—¿Verdad?

—¿Pero Carier y Brandt conocen a R. C.?

—¡Qué han de conocerle! Ellos no conocen más que a un caballero que se les presentó acompañando a la embarazada y que les pagó dos luisas por la consulta. Por eso, cuando al abrir mi cartera esta tarde encontré un papelito firmado R. C. en el que se me invitaba a presenciar aquí la ejecución de Desjardies, me apresuré a ponerme en camino. No era cosa de desperdiciar la única ocasión que se me presentaba de conocer al misterioso R. C. Porque si he de serle franco —añadió—, empiezo a creer seriamente en la existencia de ese personaje. Lo que siento es que se haga esperar más de lo justo... La verdad, señores, tengo apetito —concluyó el director de la Asistencia Pública devorando con la vista la mesa, de la que aun se hallaban ausentes los manjares.

—Sí, sí, que se exhiba, que entre, que se le vea —clamó a su vez Marcela Feraud, impaciente.

Frunció el Procurador imperial el entrecejo, y con acento enigmático, dijo a las mujeres:

—Por mí que se presente cuando quiera; pero una vez aquí mírenlo ustedes bien, porque podría suceder que lo perdieran enseguida de vista.

—¿Cree usted que se volverá a sus dominios? —preguntó la artista.

—No —replicó Sinnamari con voz inquietante—, pero sí a los míos.

Prodújose en aquel momento gran estrépito a la puerta de la sala. Esta se abrió bruscamente y entró un hombre seguido de dos lacayos. Estos últimos se quedaron junto a la puerta.

—¡Dixmer! —gritó Sinnamari.

El hombre que acababa de entrar era el mismo que poco antes, envuelto en su larga esclavina y con el sombrero calado hasta los ojos, daba órdenes a los oficiales.

Descubrióse casi maquinalmente, y empezó a hablar con voz entrecortada por la emoción.

—¡Por fin!... Creí que no le encontraría a usted nunca, señor procurador... Bien hizo usted en darme el santo y seña... Pero la verdad, creí que esos malditos iban a estrangularme.

—Es preciso que salgan ustedes de aquí, pero pronto, pronto... Esta cita no es más que una horrible emboscada, un lazo infame... ¿No le dije a usted que ese hombre es capaz de todo? Los chofers de la Villette, los leones de Montrouge, los titís de Pantin, los devastadores de Aubervilliers, todos, todos están a sus órdenes, los tiene a todos en un puño... ¡Y si no fuera más que eso! Yo no sé lo que va a ocurrir, pero de seguro será algo gordo. Mis hombres me han denunciado la presencia de todos los jefes de banda... Media hora hace que van y vienen entre la plaza del Príncipe Eugenio y el cementerio del Padre-Lachaise... Eso quiere decir que sus tropas no deben andar muy lejos... Recuerde usted los anónimos, las amenazas de que le han hecho objeto...

—¿Y qué? —preguntó Sinnamari, mirando orgullosamente a su subordinado.

Este continuó su monólogo:

—¡Cuando pienso que ayer se burlaban de mí en la Prefectura!... Y si no llego a presentar pruebas innegables, cualquier día me encargan del servicio de orden... ¡Frescos estaríamos en este momento! Ese hombre es capaz de todo.

—Y usted, ¿es capaz de defendernos?

—No lo sé. Si estoy aquí es ni más ni menos que porque *ellos* han querido. Esta casa está minada por todas partes; nada tan fácil para ellos como cortar toda comunicación con el exterior. Entré con mis hombres decidido a todo; registramos desde la cava hasta el granero sin encontrar nada, sin dar con la pista de ustedes...

—¿Pues cómo está usted aquí?

—Pues es muy sencillo. Hice salir de nuevo a mis hombres, me presenté solo a la puerta, e hice como usted: di el santo y seña. Entonces alguien se apoderó de mí en la obscuridad y me trajo hasta aquí. Pero ya liemos perdido demasiado tiempo... Señor procurador imperial, señoras y señores, yo no sé

lo que va a pasar aquí, pero de seguro será algo gordo... Créanme ustedes, no les han citado aquí para divertirse... Salgan todos puesto que aun es tiempo...

—¿Por dónde?

—Por las ventanas si no es posible salir por la Puerta.

Una voz varonil, cálida, soberana, dejóse oír en aquel momento.

—¡Sí, por la puerta!... ¡A la puerta ese imbécil!

Tres lacayos se apoderaron de Dixmer llevándoselo como una pluma.

El hombre que pronunciara la frase de expulsión, era un ser dotado de toda la fuerza, de toda la gracia, de todo el esplendor, de toda la majestad de la juventud. Inclínose ante las dos mujeres maravilladas, y éstas no supieron articular una sola palabra para agradecerle las maravillosas flores que les presentaba en galante homenaje.

Todos los circunstantes comprendieron que se hallaban en presencia del rey Misterio: del rey de las Catacumbas.

Un maestro de ceremonias hizo su aparición, y ordenó con voz solemne.

—¡El servicio del rey!...

VI

CONTINÚA LA HISTORIA DEL SEÑOR PRÓSPERO Y EL SEÑOR DIONISIO

Dejamos al señor Próspero y al señor Dionisio mano a mano en el saloncillo particular del *Conejo que fuma*, asombrados ambos de verse rodeados de cavadores que sentados en las mesas inmediatas les contemplaban en silencio.

Expliquemos esta invasión.

El apodado Temerario, de pie junto al mostrador, saboreaba lentamente un grog, después de haber procurado, sin conseguirlo, entablar conversación con el amo del establecimiento, quien le contestaba sólo con monosílabos.

Hubo un momento en que se abrió la puerta de la cocina y salió por ella, atravesándola sala, el mozo, portador de una cacerola de la que se escapaba apetitoso olorcillo de conejo en pepitoria.

—¡Hola! —exclamó el Temerario—. Ahí va, si no me engaño, el conejo que humea.

El patrón se encogió de hombros, mientras el Temerario seguía con la vista los movimientos todos del mozo, aunque afectando la mayor indiferencia. Dijérase que se miraba al espejo, pero no era así; lo que pudo ver en la azogada luna fue cómo el dependiente corría hacia una puerta acristalada que comunicaba con el saloncillo de que hablamos antes, y llegado a ella abrirla con una llave, desaparecía, y regresaba un instante después, sin la cacerola, cerrando de nuevo la puerta misteriosa antes de desaparecer en la cocina.

Algunas cuchufletas que se oían en la sala fueron causa de que el Temerario se volviese, y su mirada se cruzó en aquel momento con la de un joven de elevada estatura cuyo cuello de loro aparecía ceñido por un pañuelo encarnado. Este atleta, que podía contar hasta veinte años, llamaba la atención, más aún que por su poderosa musculatura, por su perfil, verdaderamente extraño, feroz, formidable. Su nariz, más que nariz humana,

parecía el pico corvo de un ave de rapiña: y sobre ella, ¡cosa singular!, dos admirables ojos de un azul purísimo, daban singular aspecto a la fisonomía del extraño individuo. Aquel hombre-buitre, medio acostado en un banco, jugaba perezosamente a los dados con un amigote cuya cara, descarnada hasta lo inverosímil, surcaban arrugas tan profundas que hubiérase dicho pintadas con un pincel.

—Tú tiras, Pata de gallo —dijo pasando a su contrincante el cubilete.

Cuatro cavadores de hercúleas formas contemplaban en silencio la melancólica partida. En otras dos mesas pequeñas, cubiertas con viejísimos tapetes de hule, una media docena de consumidores fumaban y charlaban en voz alta. El Temerario, a favor del espejo, observaba la puerta entreabierta de la cocina a través de la cual se veía a veces a la cocinera ir y venir muy ocupada en torno a sus fogones.

En la última mesa, que casi tocaba con la puerta acristalada del saloncillo, un cliente de buena apariencia saboreaba el café puro que le sirvieran poco antes.

Debía conocer al patrón, porque dirigiéndose a él hubo de exclamar al ver que el mozo cerraba la puerta del saloncillo en que cenaban los misteriosos parroquianos:

—¿Cómo es eso, señor Martín; ha hecho usted construir gabinetes particulares? Que sea para bien.

El dueño del establecimiento, poco locuaz, contestó con un gruñido. Y como esta respuesta no debió satisfacer al curioso preguntón, éste se levantó de pronto, y dirigiéndose a la puerta misteriosa levantó la cortina de cretona que ocultaba el cristal y miró al interior del saloncillo sin que el señor Martín tuviera tiempo de impedirselo.

—¡Carambita! —dijo con aire de zumba—, parroquianos de levita y sombrero de copa... ¡Pues no es nada lo del ojo!

Llegóse a él el amo con tal precipitación que dijérase se disponía a comérselo vivo; pero el curioso, que había sin duda reconocido a los ocupantes del saloncillo, perdido el tonillo zumbón, pálido y tembloroso, dijo señalando la puerta con el dedo:

—Pero... señor Martín... ¿Qué es eso?... ¿Son los ayudantes del verdugo, verdad?

Y sin esperar siquiera la contestación pagó el gasto hecho y se apresuró a salir del antro.

—¡Vaya un imbécil! —exclamó el Temerario—; ¡como si no hubiesen de comer por ser ayudantes del verdugo!

Un observador atento habríase tal vez sorprendido de que el anuncio de la presencia en el establecimiento de los ayudantes del verdugo no provocase curiosidad ni el menor síntoma de sorpresa entre los parroquianos y consumidores. Estos continuaban hablando con tranquilidad que hacía un tanto sospechosa; y como todos ponían empeño en parecer distraídos, el amo acabó por percatarse de la cosa. Pero en el momento mismo en que comenzaban sus sospechas, el hombre del pañuelo colorado y del perfil de ave de rapiña, después de cambiar rápida mirada con el Temerario, golpeó brutalmente la mesa con el cubilete de los dados y exclamó con voz avinada:

—Bueno, ¿y qué? Que he perdido... Patrón, venga una botella de lo bueno; de lo mejor que haya en la bodega.

—¿Una de ochenta céntimos? —preguntó el señor Martín, quien parecía recobrar el uso de la palabra ante la perspectiva de la venta.

—He dicho de lo mejor que haya en la bodega.

—Es que tengo botella de a tres francos...

—Pues una de esas.

—¡Francisco! Tráete una botella de las de etiqueta verde para estos señores.

El mozo explicó que era preciso buscarla en la cava.

—Bueno, pues enciende el farol y abre la trampa.

—Pero es que no sé dónde están... ¡Esas las saca siempre usted!...

—Puede que sí; pero lo que es hoy no bajo; estoy cansado. Conque a ver si te despachas... Están en el fondo, a la derecha; la tercera división...

Fue el mozo a la cava y de ella volvió con lo que se le había pedido. Un momento después llenaba los vasos de los consumidores, mientras otros parroquianos se disponían, al parecer, a abandonar el establecimiento. Detenidos por la invitación que se les hizo de apurar una última copa rodearon el mostrador. El señor Martín, a instancias del Buitre, el hombre del pañuelo colorado, se disponía también a beber con ellos, cuando se vio acometido, amordazado y tendido en el suelo sin que hubiera podido darse cuenta de cómo la cosa había pasado. En cambio pudo ver que su dependiente sufría la misma suerte que él. Y como la trampa hubo de quedar abierta, hacia ella volvía sus ojos angustiados el infeliz tabernero.

Colocados uno al lado del otro el amo y el mozo, y atados ambos en forma que todo movimiento les era imposible, Pata de gallo y el Temerario se acercaron a la puerta de la cocina, dando en ella un ligero golpe que quedó sin respuesta. Repitieron la llamada, y en el umbral apareció la cocinera, es decir, la propia esposa del señor Martín, a la que el terror paralizó todos sus

miembros en cuanto hubo visto A su marido y a su dependiente, tendidos en el suelo, atados y amordazados, y ¡quién sabe!, tal vez muertos.

Un segundo después corría ella la misma suerte; luego los cavadores tomaron entre sus manos hercúleas los tres cuerpos, los levantaron con facilidad pasmosa, y llevándolos a la entrada de la trampa los deslizaron suavemente en el antro oscuro en el que dormían su sueño falsificado las botellas de etiqueta verde, cerrando enseguida la entrada del mismo.

En aquel momento oyóse fuera un silbido cuya prolongada estridencia llamó la atención del Temerario, quien disponíase a hacer uso de la llave del saloncillo, por él tomada poco antes en uno de los bolsillos del mozo.

—¡Silencio! —dijo—. Los guindillas...

Oíase rumor de pasos que se acercaban cada vez más.

El hombre de cuello de toro y perfil de ave de rapiña, dijo con gran calma:

—Vosotros, titis, guardad la puerta. Si entra un guardia o un desconocido cualquiera, encargaos de él, pero sin moveros de esta sala. A mí, los leones.

Los cavadores se apresuraron a rodearle; pero él añadió:

—No, todavía no; aun tenemos cinco minutos para divertirnos. ¿Dónde se ha metido mi sastre?

El Temerario se abrió paso.

—Presente.

—Vengan los trapos.

Tomó el Temerario el paquete de que ya se hizo mención, y melódicamente fue retirando uno por uno los alfileres que cerraban la tela verde. Y cuando estaba ocupado en tal operación abrióse la puerta de la calle, por lo que los titís se aprestaron a dar un mal rato al imprudente que iba sin duda a franquearla. Era una mujer, desnuda la cabeza, que agitaba triunfalmente una sombrerera.

—¡Soy yo; la modista de sombreros! —dijo la recién llegada.

—A punto llegas, Regordeta —exclamó el Temerario—; podemos pasar enseguida al tocador.

Volvamos ahora al saloncillo reservado, en el que el señor Próspero y el señor Dionisio debían ver singularmente perturbada su plácida digestión.

Ya hablamos de la llegada de los cavadores, de su actitud extraña y de su silencio impresionante, que lo era en verdad tanto que ambos comensales perdieron como por milagro el apetito. El queso habíaseles atragantado. El señor Próspero miraba a su amigo, y el señor Dionisio contemplaba al señor Próspero, pero ni uno ni otro decían una palabra. De pronto, uno de los cavadores exclamó en voz alta:

—La verdad es que da asco ver comer a los funcionarios.

Una seña discreta hecha por el señor Próspero fue comprendida por su compañero. Levantáronse ambos y calándose los sombreros trataron de esquivarse con toda la posible dignidad hacia la puerta de salida, que daba directamente a la parte trasera del pasaje de la Folie Regnault.

Dicha puerta era acristalada. Al ir a abrirla ambos compañeros pudieron ver perfectamente a través de los cristales, dos hombres que les miraban fijamente, vestidos de negro, con sombreros de copa, y que se les parecían como si fuesen sus propios hermanos gemelos.

Al principio creyeron en un efecto de reflexión; pero no tardaron en convencerse de que se equivocaban. Avanzaron los dos hombres negros, y llenos de pavor, Próspero y Dionisio que no alcanzaban a explicarse aquella aparición milagrosa, trataron de volver hacia atrás para salir por la puerta principal. Los cavadores se lo impidieron. Sujetos, alados y amordazados en menos tiempo del que se necesita para decirlo, acompañaban poco después, en el fondo húmedo de la bodega, al señor Martín, a su digna esposa y al dependiente del establecimiento.

Los falsos ayudantes del verdugo, que no eran otros que el Buitre y Pata de gallo, disfrazados, salieron del *Conejo que fuma* por la parte de atrás, por el pasaje, y llegados que fueron a la calle de la Folie Regnault la encontraron cortada por una fila de soldados de infantería que custodiaban la guillotina.

Pasaron sin que nadie les opusiera la menor dificultad, y ya rebasada la línea de tropa pudieron oír cómo un sargento decía en voz alta:

—Son los ayudantes del verdugo.

—¡La cosa marcha! —dijo el Buitre a Pata de gallo.

—Sí, capitán —contestó éste.

—Llámame Próspero, señor Próspero, como quieras; yo te llamaré Dionisio.

Pata de gallo hablaba al Buitre con cierto respeto, y oyéndole hablar comprendíase enseguida que este último ocupaba un lugar de preferencia en la formidable asociación a la cabeza de la cual hallábase R C.

No obstante lo riguroso de la temperatura el Buitre llevaba el abrigo al brazo pero en cambio, por temor al frío sin duda, abrigaba el cuello y la parte inferior de su cara con espesa bufanda de lana negra. Y como por otra parte hubo de tomar la precaución de inclinar el sombrero hacia adelante, sólo quedaba visible de su cara, los ojos y la parte superior de la nariz, lo cual era más que suficiente para que pudiera confundirle muy bien con el señor

Próspero cualquiera que conociese a éste, y que, como el señor Hendrick, ejecutor de alias obras de Su Majestad, padeciese de pronunciada miopía.

El Buitre hallábase por otra parte perfectamente decidido a evitar, en cuanto le fuese posible hacerlo, el hallarse cara a cara con el verdugo, cosa tanto más posible cuanto que el trabajo que le estaba encomendado era de los que se practican en poco tiempo y, en el caso especial de que se trata, en silencio y de espaldas al verdugo.

Tanto el Buitre como Pata de gallo hubieron de sorprenderse no poco cuando al desembocar en la plaza de la Roqueta percibieron claramente el ruido de fuertes martillazos. ¿Estaría aún sin ultimar el montaje de la guillotina?

Por lo que pudiera ocurrir, el Buitre dijo así a su compañero:

—Pasa tú delante; si hay que pedir explicaciones, las pides, y si es preciso hablar al verdugo le hablas... Tú eres el señor Dionisio, no lo olvides, y como esta es la primera vez que asistes a una ejecución, el verdugo no puede extrañarse si andas algo torpe. Además, él no le ha visto, mejor dicho, no ha visto al señor Dionisio más que dos veces; una en su casa, y otra hace poco, en plena noche al montar la guillotina. Conque anda; ¡ánimo! Y sobre todo, mucho ojo. Prodígale tú cuanto puedas a fin de que yo no tenga necesidad de hablar a ese hombre...

—Comprendido.

—¿Tienes tu revólver?

—Preparado.

—Bueno. Pero no te sirvas de él, en caso necesario, sin que yo te lo indique sea como fuere: tal vez con una mirada. Pero no sé por qué me da el corazón que no tendremos necesidad de acudir a ese recurso... ¡Ah! No olvides que el Amo va a ver cómo trabajas.

—Tanto mejor. El amo quedará satisfecho.

Callaron ambos, y atravesando la plaza pasaron por detrás del furgón destinado a conducir la siniestra máquina, y penetraron tranquilamente en el círculo formado por los gendarmes, soldados y guardias de seguridad, aprovechando el Buitre este momento para asegurarse de que el servicio de orden se hallaba dispuesto como Dixmer lo dijera, es decir, situadas las fuerzas en torno del cadalso, y en las partes alta y baja de la calle de la Roqueta. Un cordón formado por unos quince hombres cerraba la calle de la Vacquerie en la esquina de la cárcel; los agentes rodeaban la guillotina en buen número, pero había muchos menos hacia la puerta de la cárcel, a la derecha de la cual sólo había tres soldados a regular distancia uno de otro.

Seguían resonando lúgubrementemente los martillazos que llamaron la atención de los dos compadres. El hombre que clavaba algo en uno de los pies del cadalso se incorporó e hizo una seña al ver que se acercaban sus ayudantes. El Buitre y Pata de gallo se le acercaron sin la menor vacilación.

Aquel hombre era el verdugo.

Bajó pausadamente la escalerilla del cadalso, llevando en una de sus manos una masa al parecer muy pesada, y un nivel de agua en la otra, y fue a unirse con sus ayudantes que avanzaban hacia él.

—No es nada —les dijo—. No estaba la maldita bien de aplomo... Otra vez, no olviden ustedes llamarme antes de que se vayan a cenar... Pero vamos a ver, Dionisio —añadió con ironía macabra—, ¿se siente usted más a plomo de lo que lo estaba *la viuda* hace un momento?

—¡Vaya, sí señor! Completamente de a plomo.

El verdugo fijó con insistencia la vista en Pata de gallo, y tanto éste como el Buitre comprendieron que le había extrañado la voz del primero. El instante era crítico, decisivo para ellos... Afortunadamente la noche continuaba oscura, rompiendo apenas el espesor de las tinieblas la luz oscilante e indecisa de los reverberos.

Hubo un instante de silencio. El verdugo se encogió de hombros y añadió enseguida:

—Después de todo la cosa no tiene nada de particular... Se acostumbra uno enseguida.

Dejó la masa pesada al lado del cadalso, y en la balaustrada de este el nivel de agua, y consultó su reloj.

—Vamos allá —dijo—; es la hora.

Y los tres hombres marcharon hacia la puerta de la cárcel.

VII

UN HOMBRE QUE ESPERA QUE LO MATEN

En la cárcel de la Roqueta había tres celdas especialmente destinadas a los condenados a muerte. Hallábanse en el entresuelo, encima de la enfermería, y sus puertas daban a un reducido vestíbulo cerrado por formidable barrera de madera pintada de negro.

No era cosa frecuente ver ocupadas las tres celdas al mismo tiempo. Esto solo ocurrió en el año 1855, en el que fueron cinco los condenados que esperaban juntos el momento de la expiación suprema. Entonces hubo que habilitar alojamiento para dos de ellos en otra prisión de estado.

El lector debe saber, para la mejor comprensión de la historia que nos ocupa, que todo condenado a muerte tenía seis guardias encargados de su custodia durante todo el tiempo de su permanencia en la Roqueta. Si eran dos los condenados, los guardias eran doce, y diez y ocho cuando aquéllos llegaban al número de tres. Prestaban su servicio por parejas, cada una de las cuales permanecía dos veces cuatro horas junto al condenado, con un intervalo de ocho horas para el descanso. Cuando salía de la celda para el paseo cotidiano, acompañábanle cuatro guardianes de los que uno marchaba delante, dos a sus lados y detrás el último.

La víspera del día en que se desarrollaron los acontecimientos que hemos narrado en los capítulos precedentes, y como a cosa de las cuatro de la tarde, la puerta de la celda ocupada por Desjardies se abrió ruidosamente, y en el umbral de ella apareció un hombrecillo seco, de antipática fisonomía, que agitaba en su mano derecha un manojito de enormes llaves.

Era el cabo de carceleros.

—Andando, Desjardies —dijo con tono desabrido—. Es la hora del paseo.

Como si despertase bruscamente de un sueño o volviese de pronto a la realidad de la vida, Desjardies, que se hallaba sentado en su camastro, hizo un

ademán con la cabeza, como si quisiera dar a entender que había comprendido, y se levantó sin pronunciar una palabra.

Vestía el preso el uniforme de la cárcel, de paño marrón muy burdo, ancha con exceso la chaqueta y ridículamente corto el pantalón. Y sin embargo, los movimientos de aquel hombre tenían cierto elegante desembarazo reveladores de que el desgraciado debió pertenecer en otro tiempo a eso que hemos convenido en llamar la buena sociedad. Aparentaba tener unos cincuenta años; y como desde que ingresara en la Roqueta habíase mostrado sumiso y razonable hubieron de dispensarle del uso de la terrible camisa de fuerza.

En el momento de levantarse del camastro deslizó en su bolsillo algo que conservaba entre las manos, un retrato sin duda, y siguiendo a los hombres que le esperaban, encontróse de pronto en el vestíbulo. Cerráronse unas puertas, abriéronse otras, y durante algunos minutos a los oídos de Desjardies sólo llegó el desagradable ruido de llaves y cerrojos. Luego, al cabo de un rato, llegó al patinillo de los condenados a muerte: un patio cuadrado, de exiguas proporciones, en el que puede haber hasta unos cuantos metros cúbicos de aire, lo indispensable para que respiren los que van a morir, pero insuficientes para dar vida a un ético castaño y a unos cuantos arbolillos que ni aun en primavera se visten de flores ni de verdura. Una galería abovedada, limita el patio a modo de claustro, y bajo esa bóveda, encuadrado por los cuatro guardianes, prisión de carne que se pasea con el condenado, hace resonar este último, sobre el pavimento, las pesadas galochas de que está calzado, durante media hora.

Ya ha pasado esta. Vuelve Desjardies a su celda y en ella es encerrado con sus dos guardianes, quienes ni siquiera le preguntan si quiere jugar a las cartas. ¿Para qué? Demasiado saben ellos que el hombre no juega, ni tiene humor para nada, ni parece interesarse por cosa alguna que no sea aquel pedazo de cartulina del que no se separa nunca; que desliza de vez en cuando en el bolsillo exterior del chaquetón, y que busca de nuevo en él para volver a contemplarlo largamente, siempre en silencio...

No: lo que es con Desjardies no hay medio de distraerse. Hay condenados divertidos, que juegan a las cartas, y hacen trampas y escamoteos inverosímiles, y que a veces cuentan historias horrorosas y se alaban de delitos formidables, como si quisieran manifestar el orgullo que les produce la convicción de haber merecido la terrible pena que les espera... Los hay también que se lamentan, que se arrepienten de sus crímenes, que manifiestan el deseo de poder contar con un poco de tiempo para ser honrados... Pero

Desjardies no es de éstos ni de aquéllos; Desjardies pasa el tiempo sin hablar una palabra, fija la mirada en el retrato de su hija.

—Ahí lo tienes —dice uno de los guardianes a su compañero, mientras baraja los naipes grasientos—; embabiecado como siempre con su fotografía.

Con efecto, Desjardies acababa de acercarse a la linterna incrustada en el muro y protegida por una red metálica, y una vez allí, vuelto de espaldas a sus guardianes, había sacado del bolsillo exterior de su chaquetón la adorada cartulina. Pero esta vez, al contemplarla, sus ojos habíanse dilatado, y sus manos temblaban convulsivamente. No miraba la imagen de su hija, sino el dorso del cartón que la contenía. Mirábalo con ojos exorbitados porque acababa de ver en él escritas con lápiz, algunas palabras. ¡Y qué palabras!

«Tenga usted esperanza... Alguien trabaja para salvarlo... Suceda lo que suceda no se extrañe de nada... Y sobre todo rehúse usted la compañía del cura.»

¡Palabras enigmáticas!... ¡Palabras imposibles!

«Tenga usted esperanza... Alguien trabaja para salvarlo...»

Colocando de nuevo el retrato en el bolsillo, repelíase Desjardies estas palabras, como si perdido desde mucho tiempo antes el sentido de las mismas se esforzase en encontrar de nuevo su significación.

¿Cómo era posible que al pie mismo del cadalso la palabra esperanza llegase a sonar en sus oídos?

¿Esperar qué, en qué? ¿No habla sido rechazado el recurso de casación interpuesto? ¿No lo sería igualmente el llamamiento supremo dirigido a la real clemencia? ¡Y aun querían hacerle esperar!

Luego, ¿qué querían decir aquellas otras palabras, más misteriosas todavía?: «Alguien trabaja para salvarlo». Ese *alguien* aparecíasele como una Providencia irrisoria. ¿No estaba acaso abandonado de todos, excepción hecha de su hija, que nada podía hacer, desgraciadamente, para salvarlo? ¿De dónde salía ese alguien? ¿Bajaba del cielo o subía de la tierra? Como quiera que fuese, ¿qué podía hacer ese *alguien* entre el verdugo y él? Y sobre todo, ¿por qué en aquellas horas supremas se le recomendaba que rehusase los auxilios espirituales del sacerdote?

Además —y esto sí que le preocupaba—, ¿cómo habían sido escritas aquellas palabras en la cartulina? ¿Quién, y cuándo las había escrito?

Cerró los ojos para mejor concentrar su pensamiento y también con objeto de que sus guardianes no advirtiesen en ellos una expresión nueva; y así, sumido en la noche de sus párpados cerrados, los brazos sobre el pecho, reclinóse contra el muro, y dióse a reflexionar.

—Vamos a ver —se decía—; ¿estaban escritas esas palabras en el dorso del retrato antes de mi paseo en el patio?... Me parece haber visto bien uno y otro lado de la cartulina sin observar nada de extraño... ¿Quién se acerca a mí lo bastante para poder, sin que nadie lo note, ni aun yo mismo, sacarme el retrato del bolsillo, escribir en él, y ponerlo de nuevo donde estaba? ¿Quién? ¿Uno de éstos tal vez?

Abrió los ojos Desjardies y miró a hurtadillas a los guardianes, quienes jugaban a las cartas distraídos, sin prestar gran atención a lo que hacían, y pronunciando con evidente cansancio las palabras necesarias al juego. Ambos se habían mostrado amables con el preso, pero sin exageración. No, no podía ser ninguno de aquéllos.

La mirada del preso vagó por la celda, recorriéndola toda. ¿Por dónde llegaría el prometido socorro? ¿Por la puerta o por la ventana? ¿Debía abrirse el techo, o levantarse el suelo cuando menos lo esperase?

Enhebrando una tras otra las hipótesis, Desjardies miraba con obstinación la celda desnuda, vacía y sonora en que se hallaba encerrado, en la que nada extraño ni anormal podía ocultarse. El suelo unido, liso, el calorífero de porcelana, el minúsculo armario que contenía sus trapos, todo lo recorrió con la vista. En la celda, cuadrada, había además una mesa, tres sillas de paja y un catre. La puerta, como hemos dicho, abría sobre el vestíbulo. Cuanto a la ventana, provista naturalmente de barrotes cubiertos de una tela metálica, daba al primer camino de ronda; y decimos primero, porque en la cárcel de la Roqueta había tres caminos de dicha clase; bajo aquella ventana, en la parte exterior, vigilaba un centinela.

En ello pensaba Desjardies sacudiendo con desesperanza la cabeza. Dio después algunos pasos y una vez más dejóse caer en el camastro, atenazada su mente por la obsesión de las misteriosas palabras escritas en el retrato de su hija.

¿Cómo? ¿Quién? ¿Los guardianes precedentes? ¿Tal vez uno de los cuatro que le acompañaron durante el corto paseo?

Esta última idea se fijó con fuerza en su mente, como si pretendiese arraigar en ella. En el paseo le acompañaban cuatro hombres, de los que uno iba delante, otro a su derecha, el tercero a su izquierda, y detrás de él el último. Este... ¿por qué no, pues que nadie le veía?, pudo deslizar la mano en el bolsillo del preso, sacar el retrato, escribir durante la marcha, casi tranquilamente, a espaldas de sus tres compañeros... Sí; la letra parecía temblona, desigual... Había soluciones de continuidad en la confección de las letras... Sin duda aquellas palabras fueron escritas andando... ¿Por qué no?

Entonces Desjardies procuró recordar el semblante de aquel hombre; del que tal vez había hecho aquello... Era una cara vulgar, adornada con un bigote rubio muy claro: semblante pálido, ojos inexpresivos, de azul muy claro, ojos de albino... ¡Oh cuanto daría él por ver de nuevo aquella figura insignificante! ¡Y pensar que no tenía más remedio que esperarse hasta el día siguiente para satisfacer su curiosidad, para saber lo que le era dado esperar!

Porque ¿á qué negarlo? El hombre esperaba. Comprendía ya, o por lo menos creía comprenderlo, cómo habían debido pasar las cosas. Lo que no le era dado comprender, pero de ninguna manera, es que hubiese alguien que se dignase intentar algo en favor suyo. ¿Qué impulso movía a ese guardián para proceder como lo hiciera, exponiéndose a la pérdida de su destino? ¿Y quién, sobre todo, acometía la formidable, la temeraria, la loca empresa de hacer evadir un condenado a muerte? ¡Y qué condenado! El, Desjardies, acusado del asesinato de Lamblin, y tan culpable en concepto de todos, tan denunciado por una porción de pruebas de tan aplastante evidencia, que hasta él mismo, inocente, hubo de preguntarse si debía o no Creer en su propia culpabilidad. Sin su hija, sin su Gabriela, tal vez su pensamiento, anegado en la locura, habría ido a estrellarse contra la desesperación irónica y suprema, acusándose a sí mismo para que fuese completa su desgracia, para no tener nada más que desear.

Ser un hombre honrado en toda la acepción de la ' palabra, más aún que eso, un noble corazón; haber nacido en la opulencia, verse educado como lo son los hijos de los ricos, saberse casi poderoso y hallarse de la noche a la mañana reducido a la miseria, hasta el punto de preguntarse cómo comerá él, cómo dará de comer a su hija, es una desgracia, sí, pero no irreparable, si el que se encuentra en ese caso es honrado y cuenta con el apoyo de su inteligencia, con su personal esfuerzo y con el amor de los suyos como auxiliares. Para aquellos que quieren trabajar hay siempre un poco de trabajo en algún rincón del universo. Pero ser noble por los sentimientos, no haber desesperado jamás, continuar siendo honrado en la miseria y hallar, como término de los sacrificios realizados para vivir, el cadalso afrentoso, es algo horrible, espantoso, tremendamente injusto.

Hubo un día en que por efecto de la quiebra de la Caja de los caminos de hierro, Desjardies se vio reducido a la miseria, y mendigó, pues hubo quien pudo verle tendiéndola mano a la puerta de los ministerios. Como poseía el inglés, el alemán, y aun algo de turco aprendido en su juventud en Constantinopla, obtuvo al fin un puesto en Salónica. Gracias en efecto a una recomendación de Sinnamari, que por aquella época se encontraba en las

oficinas de la Cancillería, y a la de un subjefe de gabinete que hubo de conocer en otro tiempo en Pera, pudo entrar en la nueva sociedad de Caminos de hierro otomanos, que acababa de formarse, y que era, al parecer, empresa de gran importancia.

Fuese pues a tomar posesión de su destino de sub-secretario del administrador de la naciente sociedad, y se instaló con su bija en Salónica. Seis meses más tarde estalló el escándalo. La historia de siempre: negocios sucios, compra de conciencias y de votos, malversación de fondos sociales, una ola en fin de corrupción y de inmoralidad que llegó a salpicar hasta los escaños de la cámara. Como consecuencia del escándalo, el administrador de la sociedad de Ferrocarriles otomanos, Pleumartín, comprometidísimo en el feo asunto, fue llamado a París, y Desjardies, su subsecretario, regresó con él a Francia.

¿Comprometido también? No; Desjardies no había ni aun sospechado siquiera que en torno suyo se amasaban chanchullos y estafas más o menos encubiertas; y confiado y obediente hubo de hacerse alguna vez auxiliar de una obra que no pudo imaginarse que fuese criminal, pidiendo o fijando entrevistas a diferentes personas en los términos que le eran dictados por su jefe.

Esta correspondencia, de un interés secundario, pasó al principio inadvertida, a favor sin duda de la enorme repercusión del escándalo financiero, apareciendo más tarde en el horizonte judicial en las trágicas circunstancias que habían de conducir a Desjardies hasta el cadalso.

Fue ello que cierta mañana Desjardies, que frecuentaba el gabinete del sustituto del Procurador de la República por hallarse encargado, como caridad que se le hiciera, de ciertas traducciones, fue encontrado empuñando un cuchillo de su pertenencia, y a sus pies, herido mortalmente, Lamblin, un empleado de la Audiencia, custodio del expediente instruido a consecuencia del escándalo de los Ferrocarriles otomanos. El cuerpo de Lamblin hallábase tendido ante la caja repleta de los preciosos papeles acusadores, una parte de los cuales, no compulsados aún, parecían ofrecerse a la mano criminal de Desjardies... ¡Y precisamente en esos papeles se le acusaba a él de complicidad con su jefe en los delitos de extorsión de dinero mediante amenazas, y de corrupción de funcionarios públicos!

Era el asunto tan claro, tan sencillo, tan directo, que ni siquiera despertó interés. Todo el mundo compadeció a Lamblin, empleado probo y querido en la Audiencia, y Desjardies fue condenado a muerte. Nada tenía que reprocharse; pero las apariencias lo condenaban.

Un día, por descuido involuntario, dejóse olvidado sobre una mesa el cuchillo de que habitualmente se servía. La casualidad, la fatalidad mejor dicho, puso al infeliz entre su cuchillo olvidado, un cadáver aún caliente y una caja llena de papeles comprometedores para él. Eso fue todo; eso bastó para que un hombre honrado fuese condenado a muerte.

VIII

EL REY

Volvamos al salón cuyas ventanas daban a la plaza de la Roqueta. La entrada en el mismo del singular anfitrión a quien unos conocían tan sólo por las iniciales R. C. y al cual otros llamaban ya el rey de las Catacumbas, aunque esperada, parecía haber cambiado en otras tantas estatuas de piedra a todos los personajes allí presentes. Sin embargo, obedientes a un gesto del recién llegado, gesto elegante y gracioso, y a unas cuantas palabras que tenían algo de súplica y de orden al mismo tiempo, las estatuas se animaron de nuevo, e hicieron los movimientos necesarios para sentarse a la mesa que les era indicada.

Ocupadas las manos con las flores que el anfitrión misterioso acababa de ofrecerles y que de él recibieron sin una sola frase de agradecimiento por causa de la fuerte emoción que las embargaba, las dos mujeres ocuparon sus asientos a ambos lados del rey. Hablábales éste y ellas le escuchaban, pero sin contestarle, hasta que se vio precisado a desembarazarlas por sí mismo de su aromática impedimenta.

Ellas le miraban embobadas. Era el rey de las Catacumbas un hombre joven y hermoso, como de unos veinte y ocho años, de grandes ojos negros cuya mirada profunda hacía a veces tierna y a veces temible. Nada tan perfecto como el óvalo de su rostro. La frente, noble, destacaba bajo el oscuro color de la espléndida cabellera, y un bozo sedoso, de tinte algo más claro, sombreaba el labio superior, algo levantado con característica expresión de desdén supremo.

La relativa feminidad del semblante de aquel hombre extraordinario quedaba corregida gracias al acentuado relieve de los pómulos, indicador de un carácter astuto, y al desarrollo evidente de los músculos maxilares, signo indudable de fuerza de voluntad y de energía.

Vestía el rey, con gran desembarazo, frac a la francesa y pantalón bombacho de seda, lo mismo que las medias. De seda también era el chaleco, escotado sobre fina camisa con chorreras, en medio a la cual brillaba hermosa perla de espléndido oriente. Los puños, de encaje, daban paso a las manos largas y finas, delicadas, como manos de hermosa. Por último, la corbata, una especie de banda de muselina, daba varias vueltas en torno a su cuello y contribuía a darle el delicioso aspecto que presentaban los elegantes de otra edad ya pretérita, de hace doscientos años... Y sin embargo, ¡qué apariencia de exuberante juventud la de aquel hombre vestido tan a la antigua!

De todos los allí presentes sólo Sinnamari permanecía en pie, fruncido el entrecejo, persiguiendo con su mirada llameante al hombre osado que atreviase a realizar juego tan peligroso en presencia suya, es decir, del Procurador imperial.

—Tenga usted la bondad de sentarse ahí, frente a mí, señor Procurador —suplicó el joven.

—¡Caballero! —dijo Sinnamari.

—Un momento... Hágame usted primero el honor de sentarse a mi mesa; después le escucharé.

Sinnamari, con tono glacial, repuso:

—Tengo el deber, caballero, de ordenar que le detengan en el acto.

—No, en el acto no, señor Procurador; a los postres nada más. Cada cosa a su tiempo ¡qué diablo! —replicó R. C. riendo—. Aquí no es usted el magistrado. Hablaremos, si usted se empeña, de las cosas serias a los postres; ahora vamos a comer, a beber y a reír... Pierda usted cuidado: le prometo que lloraremos también, pero a los postres, a los postres...

Y con tono de nobleza y urbanidad que hubo de causar la admiración de las mujeres, añadió enseguida:

—Estas señoras unen su ruego al mío.

En pie detrás de su silla, Sinnamari tuvo un momento de vacilación. Marcela Feraud, Raúl Gosselin, Wat y Eustaquio Grimm le suplicaban a coro que se sentase. La Muna era la única callada, tal vez porque le faltaban fuerzas para hablar.

—¿Tendría usted miedo por casualidad? —preguntó R. C. en tono zumbón—. Si es así, voy a dar las órdenes oportunas para que lo acompañen hasta donde están sus agentes.

Esto diciendo, R. C. alargaba la mano hacia el timbre que colocaran cerca de él sus servidores.

El semblante de Sinnamari se coloreó fuertemente.

_Yo no tengo miedo de nada —dijo—. Ni siquiera de cenar en compañía de usted. Debo sin embargo prevenirle que lo haré detener a los postres.

Dicho esto, se sentó.

—¡Otra vez! —repuso R. C. riendo alegremente—. Vaya, señor Procurador imperial, olvide usted por un instante sus preocupaciones policiacas, que, a lo sumo, son dignas de un Dixmer... ¡Pobre hombre! ¿Han visto ustedes, señoras, en qué lamentable estado se encontraba? Supongo que no se han asustado ustedes...

—¡Qué disparate! —exclamó alegremente Marcela Feraud—. Por mi parte estoy encantada. Es preciso que usted sepa que estos lances de bandidos me interesan mucho, pero mucho.

—¿Y a usted, señorita, le interesan también los bandidos? —preguntó R. C. a su vecina de la izquierda.

—Yo —respondió ésta— soy la Muna.

—Por muchos años —dijo R. C.

La hilaridad se hizo general. Solo Regine permanecía impasible. Dijérase que ni oía ni veía. Desde que viera la guillotina en el centro de la plaza de la Roqueta, había perdido al parecer la fuerza para continuar quejándose de la extraña violencia que con él se había ejercido para conducirlo hasta allí. Indudablemente su pensamiento estaba lejos, muy lejos... o tal vez muy cerca, tras la ventana, al pie de dos rojos montantes, frente a aquella cosa insignificante que brillaba con resplandor siniestro en las sombras de la noche...

—¡Parece usted preocupado, señor Regine!

Era R. C el que hablaba.

Levantó el interpelado la cabeza y miró a su interlocutor con vaguedad, como si despertase bruscamente de un sueño.

—¿Yo?

Era tan lúgubre el semblante de Regine al pronunciar esa sílaba, que las carcajadas resonaron de nuevo.

—Sí, usted, señor mío... No prueba usted bocado ni habla una sola palabra... ¿Se siente usted enfermo?

Regine se recogió un instante.

—¿Podría usted explicarme, caballero —dijo al fin—, por qué me ha hecho secuestrar tan brutalmente?

—¿Yo? —gritó R. C.—. ¿Yo le he hecho secuestrar, y brutalmente?

—Me parece... Porque hay que suponer que todo esto se ha hecho por orden de usted. ¿No soy acaso aquí su prisionero?

—¡Mi prisionero!... ¿Pero qué significa ese lenguaje? Aquí nadie está preso, y cada cual es libre de marcharse cuando se le antoje, como libremente han venido todos ustedes. Apelo al testimonio de cada uno de mis convidados. Hablen ustedes, señoras... caballeros...

En la sala se produjo un murmullo de alegres protestas. Hasta el mismo Sinnamari comenzaba a encontrar divertido aquel paso de comedia. Era un artista en su género, y sabía gustar el lado pintoresco que presentan los asuntos más trágicos. Y en aquel momento, su natural perspicacia aumentada por larga experiencia adquirida en la magistratura, hacía sentir que aquella historia podría acabar de modo menos divertido; lo cual no le impedía regocijarse de la contrariedad que reflejaba el semblante de Regine.

—Caballero —declaró éste—, a mí se me ha hecho objeto de una agresión brutal; se me ha encerrado durante cuatro horas en un coche, y se me ha traído aquí vendado y amordazado... Puede que todo esto divierta mucho a mis amigos, pero lo que es a mí...

R. C. no le dejó acabar.

—¿Qué dice usted, señor mío? Si todo eso es cierto, como creo, le suplico que se sirva aceptar todas mis excusas... No puede usted figurarse cuánto me contraría lo que acabo de oír. Porque yo he prohibido a mis gentes, de la manera más terminante, que usen de procedimientos de esa índole al ejecutar mis órdenes. Ahora vamos a ver...

Dio dos golpes en el timbre, y entró un hombre, un viejo muy limpio que vestía amplio levitón negro que caía casi hasta los pies. Sobre sus narices cabalgaban las gafas enormes, denunciadoras de su miopía, y bajo el brazo llevaba un libro colosal con lapas verdes y cantoneras de cobre.

—¡Ah, es usted, señor jefe de lo contencioso! —dijo R. C... y volviéndose hacia las señoras:

—Ustedes me dispensarán —añadió—, pero deseo poner en claro cuanto antes esta deplorable historia. ¿Tiene usted ahí el mayor? —preguntó al viejo, que esperaba inclinado, en actitud respetuosa—. ¿Está en limpio? ¿A qué hora ha transcrito usted el último parte?

—Hace un momento. Acaba de salir de aquí V. que debe venir cada media hora para redactar un nuevo parte sobre el asunto Desjardies, y yo mismo paso al mayor todo lo que concierne personalmente a los deudores.

—Bien. Léame usted el parte Regine.

Deslizó el viejo sus dedos a lo largo de las páginas del libro, murmurando: R... R... Ra... Ra... Re... Regine, Regine, aquí está... ¿Debo leerlo todo?

—No, hombre. El último parte Regine solamente; —replicó R. C. sin impaciencia.

Saltó el viejo cinco, seis y siete grandes páginas, pruebas de lo mucho escrito que había acerca del jefe de gabinete del ministro de la guerra, y leyó enseguida:

«Ayer ordené que se aprestaran para esta noche a las doce y media cuatro hombres del segundo pelotón de la primera compañía de los cazadores negros. Consigna que se les ha dado: Secuestrará Regine a la salida del Teatro Francés, al cual debe ir esta noche, función de abono, en compañía de su señora. No molestar a ésta, que debe ignorarlo todo. Transportar a Regine en coche, dejándolo a las cuatro y media de la madrugada en el salón Pompadour. Después de consultar el expediente Regine en el despacho del archivero, los cuatro hombres han tomado sus disposiciones ejecutando estrictamente la consigna.

—Nota. Necesidad de proceder por la fuerza con Regine, que no hubiera consentido en ningún caso en acudir de buen grado al salón Pompadour. Véase a este propósito el expediente, anotación número 125».

El viejo calló, terminada la lectura.

—Basta con eso —dijo R. C.—. Puede usted retirarse.

Desaparecido el jefe de lo contencioso, R. C. continuó, dirigiéndose a Regine.

—Por segunda vez suplico a usted, caballero, que se digne aceptar mis excusas. Sospecho que mis gentes no han procedido con arreglo a mis órdenes. Mañana sin falta examinaré esa anotación número 125 del expediente de usted, y si no llego a convencerme de que para tener el honor de contarle esta noche en el número de mis comensales les fue preciso emplear la fuerza, doy a usted mi palabra de honor de que serán severamente castigados. ¡Pues no faltaba más! Proceder brutalmente, cuando tal vez sirviéndose de la astucia, como lo han hecho con el señor Procurador imperial...

—¿Qué es eso de la astucia? —gritó Sinnamari—. Yo estoy aquí porque quiero; vine voluntariamente.

—Exacto; pero sólo cuando las confidencias de Dixmer despertaron la curiosidad de usted, señor Procurador. Tenga usted entendido, sin embargo, que Dixmer no ha logrado descubrir de nuestra organización más que aquello que a nosotros nos ha parecido bien mostrarle, es decir, lo suficiente para intrigar a usted... Y usted, señor Sinnamari, que es curioso, y que no es cobarde, se ha dejado llevar de esa curiosidad y ha venido...

Regine figurándose que le trataban de cobarde se creyó en el caso de hablar.

—Pretende usted tal vez... —dijo.

—Señor mío —interrumpió en el acto R. C.—, sé que es usted tan bravo como el señor Procurador, pero... algo más sensible. Y nada tendría de particular que la vista de la guillotina...

—Tan sensible como mi amigo Regine soy yo —dijo entonces Marcela Feraud—, por eso protesto enérgicamente contra los postres que nos tiene usted preparados. ¿Por qué se le ha ocurrido a usted la idea de hacer que se nos indigeste la cena haciéndonos ver cómo se guillotina a un hombre?

Levantóse R. C. al oír estas palabras; acercóse a la ventana, y levantando el visillo mostró a través de los cristales la sombra siniestra de la máquina de muerte. Luego, con acento de firmeza y convicción, dijo:

—*Lo que he pretendido, señora, es mostrará ustedes cómo no se guillotina a un hombre, aunque el suplicio de éste parezca inminente.*

IX

UN HOMBRE DE NEGOCIOS

Todos los convidados se levantaron. Sinnamari y Regine ahogaron una sorda exclamación. Eustaquio Grimm no pudo reprimir un imprudente «Está loco». Filiberto Wat dijo: «Téramo Girgenti no me había anunciado semejante cosa». Raúl Gosselin gritó: ¡Bravo! La Muna palmoteó con entusiasmo, y Marcela Feraud hubo de confesar que aquello le parecía extraordinario. De buena gana habría abrazado a R. C. quien se le antojaba suma y compendio de la bravura, de la belleza y de la simpatía en aquella reunión de mundanos a quienes anunciaba tranquilamente su propósito de arrancar un hombre de las manos del verdugo.

¡Y delante del Procurador imperial!

Este se repuso pronto de su emoción; pero sus labios aparecían crispados por siniestra sonrisa.

—Para conseguir eso —dijo—, fuera preciso ser más fuerte que la muerte misma.

El rey de las Catacumbas lo miró largo rato, como si leyera en el fondo de sus ojos.

—Cierto, caballero —afirmó—. Y yo soy más fuerte que la muerte... ¡Yo soy la vida!

—¡Habla como Cristo! —exclamó la comedianta—. ¡Y es como él hermoso!...

Sinnamari aguantó con calma aquella mirada que parecía desnudar su alma, limitándose a encogerse de hombros.

Luego dijo:

—Lo mejor que puede usted hacer es decir a estas señoras que sólo se trata de una broma... Broma por cierto de muy mal gusto, porque el cadalso no es cosa de burla. Usted es el primero que se permite burlarse de él en mi presencia... Quiera Dios que no se arrepienta usted de ello algún día.

Dicho esto, Sinnamari se adelantó a su vez hacia la ventana; también él mostraba con el dedo la siniestra máquina.

—Véanla ustedes; está preparada y esperándole... Observen además la plaza, esos soldados, esos gendarmes... Dentro de una hora, cuando las primeras luces del alba iluminen esos dos brazos rojos, vengadores de la sociedad, los brazos de la Justicia, caballero, Desjardies habrá pagado con su cabeza la deuda que tiene contraída para con Dios y para con sus semejantes.

—Dentro de una hora —replicó R. C.—, la cabeza de Desjardies continuará sobre sus dos hombros... Y de ellos no caerá hasta que yo lo quiera.

Esta frase formidable levantó un rumor de protesta. El poder que se arrogaba aquel hombre extraordinario, de hacer rodar una cabeza cuando él considerase llegado el instante de su justicia, depasaba todo lo que puede concebir la más fantástica imaginación nutrida con las narraciones auténticas del bandidaje de otros tiempos.

El rey de las Catacumbas observó el estupor que sus palabras habían producido en el ánimo de los presentes, y dejando caer el visillo, tomó las manos de las damas y condujo de nuevo a éstas a la mesa. Cada cual ocupó su puesto. Regine miraba a Sinnamari quien deseoso de mostrarse en aquellas solemnes circunstancias tan tranquilo y tan dueño de sí mismo como el propio R. C., afectaba completa calma y sangre fría. Sentóse a su vez exclamando:

—Pues señor, es muy divertido todo esto. Parece un capítulo de novela por entregas. En realidad, señor anfitrión, yo no sé más que de un hombre que le haya tomado a usted en serio: Dixmer.

—Hay otro además —repuso R. C.—. Ese otro es usted, señor Procurador. Porque si usted no hubiese creído a pies juntillas cuanto le ha dicho Dixmer, claro es que no le habría usted encargado del servicio de orden, ni se habrían tomado tantas misteriosas precauciones para la ejecución. Por lo demás, Dixmer es hombre hábil; y sin que él se diera cuenta de ello, nos ha causado ya más de una extorsión.

—¡Es posible! —dijo irónicamente Sinnamari...—. ¡Un infeliz como Dixmer ha podido contrariar los planes de Su Majestad el rey de las Catacumbas!

Su sonrisa era casi insultante.

Miráballo fijamente R. C. y de pronto le dijo, con tono de violencia que heló a los convidados.

—No se ría usted del rey de las Catacumbas. Huésped es en extremo generoso, señor Procurador imperial, y pruebas da de quererle a usted bien.

—¿De veras?

—Como usted lo oye.

—¿Y qué pruebas son esas, se puede saber?

—Detener a un magistrado en el momento en que va a cometer un espantoso error judicial castigando a un inocente, es hacerle un inmenso favor, por lo tanto quererle bien.

—¿Un error judicial el asunto Desjardies?... ¿Qué dice usted a eso, Regine?

Este parecía próximo a desmayarse, por lo que Sinnamari, sin darle tiempo a que contestase, continuó.

—El señor Regine y yo le sorprendimos con el cuchillo en la mano, inclinado sobre el cuerpo, aun caliente, de su víctima. ¿No le parece a usted eso bastante? Y después de todo, ¿quién es usted? Aún no lo sabemos. Un vulgar bandido, según algunos, o un apóstol desfacedor de entuertos según otros. Sea como fuere, apóstol o bandido, usted me pertenece; pero mientras llega la hora de que entre en posesión de su interesante personalidad, y puesto que, libre aún se entretiene usted en meterse en lo que no le importa, rae permitiré darle un consejo. No se ocupe usted, ni poco ni mucho, del asunto Desjardies; ya es demasiado tarde para que pueda interesar su actividad. Desjardies cuenta entre los muertos, y usted lo sabe tan bien como yo.

R. C. no escuchaba a Sinnamari. Inclinandose alternativamente hacia la Muña o hacia Marcela Feraud, hablaba a ambas de los chismecillos parisinos: y mientras la Muña admirada abría la boca casi tanto como los ojos, la comedianta mostrábase complacidísima. No; R. C. no podía ser un vulgar bandido como, decía el implacable Procurador. Y aunque lo fuera, ¿qué? Era un bandido-rey, y además amable, y además rico y además hermoso...

Complacíase Marcela con su conversación. Aquel hombre, a quien nunca encontrara en ninguna parte, conocía todo París mejor aún que ella. ¿Pues no la había cumplimentado por el triunfo por ella obtenido en la interpretación de *Los Mártires*?

—¡Pero si usted no estaba allí! —exclamó la actriz entusiasmada.

—Yo voy a todos los estrenos.

—¡Es posible!

—Acudí al de *Los Mártires*, y estuve en el cuarto de usted para felicitarla, como tantos otros; lo que hay es que usted no me reconoció.

Creía la cómica en la posibilidad de que aquel hombre se burlase de ella, pero no estaba muy segura de que así fuese. Por si acaso, cambió de conversación llevando ésta de nuevo al asunto Desjardies.

¿Es verdad, lo que se llama verdad —preguntó—, que se propone usted impedir que ejecuten a ese pobre hombre?

—Sí, señora; nada más sencillo.

—¿Sencillo?

Sinnamari dijo entonces:

—¿Por qué no le pide usted a nuestro huésped que nos explique cómo piensa arreglarse para hacer eso que le parece tan sencillo? La explicación nos liaría pasar aún un ratito...

El Procurador miró su reloj, repitiendo mentalmente:

—¿Qué demonios hace ese Dixmer? Pues si él no vuelve con sus hombres, lo que es yo no me muevo de aquí. Por nada del mundo me separo de R. C. antes de que le hayan echado mano... ¡Como que si no hay otro medio le detengo yo mismo!

Disimuladamente se cercioró de que su revólver estaba en el bolsillo.

—Pues sí, señora, sencillísimo —repetía R. C.—. Sepa usted que en este mismo instante, los ayudantes del verdugo cenan en el *Conejo que fuma*.

—¿Qué es eso del *Conejo que fuma*?

Un tabernáculo ocupado desde hace tres horas por mis hombres, cuya misión allí es la de apoderarse de los ayudantes del verdugo.

Al oír estas últimas palabras Sinnamari se levantó de un salto, y mascullando un juramento fue hacia la puerta. Llegado a ella se estrelló contra una verdadera barrera humana. Cuatro hombres en fila, le obligaron a retroceder.

—Hace poco —gritó a R. C.—, dijo usted que podía salir cuando se me antojase.

—Eso lo dije hace poco; ahora digo que debe usted permanecer aquí.

Fuese Sinnamari a la ventana, con la evidente intención de abrirla o de romper los cristales y pedir socorro; pero dos lacayos de pie ante ella le impidieron acercarse.

¡El Procurador imperial prisionero del rey de las Catacumbas! Sinnamari no podía creerlo: como tampoco le era posible dominar la cólera que le ahogaba. Sacando el revólver del bolsillo llamó en su ayuda a Regine y a los otros convidados. Todos de nuevo habían dejado sus asientos: solo R. C. continuaba sentado. El salón hallábase lleno de lacayos, que entraran poco antes y que se mantenían impassibles detrás de los invitados, en silencio, pero en actitud amenazadora.

—Vaya, mi señor Procurador —dijo Raúl Gosselin—, ya ve usted que toda resistencia es inútil.

Y como R. C. señalaba a Sinnamari el asiento que abandonara bruscamente, el hombre lo ocupó otra vez, vencido por el momento, pero jurándose a sí mismo tomar un rápido desquite.

Sentados todos, continuó el servicio, ocupando el centro de la mesa una magnífica lamprea.

—A todo esto, señor rey —dijo Marcela Feraud—, aun no nos ha dicho usted porqué se interesa tanto por ese Desjardies.

—Creo, señora, haberlo dado a entender —contestó R. C.—. ¿No le parece a usted motivo suficiente?

—Usted nos ha hablado de un error judicial... Según eso, Desjardies es inocente...

Lo ignoró en absoluto.

—¡Lo ignora usted, y sin embargo pretende salvarlo!... El diablo que lo entienda.

—Poco a poco —dijo R. C.—. He dicho y sostengo que cabe en lo posible que ese desdichado sea inocente. Su hija lo asegura, y afirma que si se concede a su padre un mes, nada más que un mes de vida, ella dará la prueba indiscutible de su inocencia.

—Puede que sí —concedió la comedianta—. Pero en fin, con el sistema de usted nos exponemos a entorpecer la acción de la justicia y aun a dejar impunes muchos delitos.

—¿Y no le asusta a usted, señora, la idea de que se pueda cortar tranquilamente la cabeza de un hombre honrado? La hija de Desjardies asegura que ha descubierto un hecho nuevo, que no tiene nada de jurídico y que por lo tanto no puede entorpecer la acción de la justicia, pero susceptible de impresionar a toda persona de buena fe que examina el asunto imparcialmente... En posesión de ese hecho nuevo ha llamado la pobre a la puerta de usted, señor Procurador imperial, y a la del jefe del Estado; y esas puertas han permanecido cerradas...

—Por eso sin duda sé ha decidido a llamar a la de usted, que se ha abierto de par en par —continuó Marcela Feraud—. Pero dígame usted, ¿dónde está esa puerta?

—Sí, sí —dijo Raúl Gosselin—; vengan esas señas. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir el día de mañana! Con la justicia...

—No sabe uno lo que le aguarda; exacto. Tampoco lo sabía la señorita Desjardies. La pobre estaba lejos de figurarse —siguió diciendo R. C.—, cuando llena de esperanza en el porvenir, alegre y contenta al lado de su padre, entró a formar parte del número de mis clientes, que había de llegar un

día en que me fuese dado suspender la caída del cuchillo amenaza la vida de su padre. Y sin embargo, ya lo ve usted; así ha sucedido.

—¿De modo que esa joven es cliente de usted? —preguntó temblando la Muña, extrañada de su audacia y aun asustada de oír el eco de su propia voz.

—Sí, señora; cliente mío.

—Pero ¿qué clase de cliente? —dijo Marcela—. Porque yo no lo entiendo. ¿Qué es lo que usted vende, señor rey?

—¿Yo? Una porción de cosas; pero lo que trato de procurar ante todo es un poco de seguridad para aquellos que la merecen y que no disfrutan de ella; un poco de justicia para aquellos a quienes se les rehúsa.

—Es usted un dios.

—No.

—Bueno: una providencia.

—Tampoco. Soy un seguro: nada más que eso.

—¡Cosa más particular!... Un seguro... ¿Está asegurada con usted la hija de Desjardies?

—Sí, señora.

—¿Pero cómo? Eso debe ser muy curioso. Cuéntenos usted todo, todo, señor rey. Queremos saberlo todo.

—Nada tan sencillo Esa señorita vivía con su padre en el Hotel del Mapamundi, en Montmartre, y su habitación se hallaba pared por medio con la de uno de mis amigos, el cual les habló de mí cierto día en que la conversación hubo de recaer sobre las vicisitudes de la existencia, asegurándoles que por su parte vivía tranquilo desde que contrajera un seguro en una compañía. Ellos le preguntaron de qué clase de seguro se trataba y él les mostró la póliza. Rieron padre e hija de buena gana; pero como mi amigo dijo a la muchacha que el seguro para ella no costaría más que cinco francos, firmó una póliza en blanco.

—Pagando, naturalmente los cinco francos —interrumpió la Muna.

—No; nos los pagó. Creía que se trataba de una broma. Pero los pagó mi amigo, afortunadamente para la muchacha, cuyo padre, acusado de asesinato, fue detenido al día siguiente. Sin la intervención providencial de mi amigo, impagada la póliza, yo habría considerado el contrato como nulo, y hubiera dejado guillotinar a Desjardies.

—¡Por cinco francos! ¡Bah!, eso no es creíble —aseguró Marcela.

—Sin embargo, así es; en nuestra época, señora, los reyes están obligados a ser hombres de negocios.

—Puede: pero ¿quiere usted decirme qué es lo que puede usted ofrecer por cinco francos?

El rey de las Catacumbas ofreció cigarrillos de Oriente a las señoras, mientras los hombres encendían sendos puros, y disponíase a fumar él mismo cuando detuvo su gesto.

—¡Señor Mortemart! —dijo.

El notario dio un salto en su asiento. Miró a R. C., a los convidados, el plato que tenía delante, y luego a Sinnamari. Repuesto en fin de su emoción, tosió ligeramente.

—Señor...

—¿Ha traído usted el contrato Desjardies? —preguntóle R. C. quien sonreía con las mujeres en presencia de la extraña turbación del depositario de la fe pública.

—Sí, señor.

—Bien, pues va usted a leérnoslo.

Mortemart se levantó, fue a buscar la cartera que dejara sobre un armario y de ella sacó un legajo con el que volvió a su sitio. Enseguida empezó a leer con voz gangosa:

«Entre la señorita Luisa Gabriela Desjardies domiciliada en París, Hotel del Mapamundi, calle Lepic, y el señor Valentín Cousin, domiciliado en París 32 *bis* calle Linneo obrante en nombre y representación de la compañía de seguros A. C. S. cuyo domicilio legal es 32 *bis* calle Linneo y su domicilio real en las Catacumbas de París, constituida por acta notarial de 13 de Enero de 186... en el estudio de M. Mortemart notario de París.

Y esto en virtud de poderes otorgados al dicho Cousin por los miembros del Consejo de Administración de la nombrada Compañía según consta en acta levantada por el notario Mortemart en París con fecha 23 de Febrero del mismo año 186...

Se ha convenido lo que sigue:

El señor Valentín Cousin declara asegurar por la suma de cinco francos anuales a la señorita Luisa Gabriela Desjardies contra todos los riesgos injustos de la existencia resultantes únicamente de la intervención de los poderes públicos.

La Compañía A. C. S. (Asociación contra la Sociedad) toma A su cargo los riesgos y peligros que amenacen o vejen injustamente al asegurado y provengan de toda molestia, ultraje, negligencia, falta de exactitud de la sociedad en el cumplimiento del deber administrativo, no reconocimiento de los derechos, aplazamientos injustificados de demandas valables, atentados a

la libertad moral o física del individuo, y, en general, procedentes del mal funcionamiento de los engranajes sociales.

La Compañía A. C. S. se compromete a hacer que cese en el término de dos meses todo perjuicio, de cualquier género que fuese, que pueda irrogarse a la señorita Desjardies, y esto, sea por intervención eficaz cerca de los poderes públicos, sea por entrega de una suma, equivalente, en la medida de lo posible, al perjuicio sufrido.

Toda rectificación de perjuicios de la naturaleza de los antes enunciados, petición de saldo de cuentas y notificación, deberá pedirse por demanda dirigida a M. Mortemart, notario de París, quien la hará llegar a quien corresponda.

Dichas demandas previas serán examinadas en las doce horas siguientes a su presentación por el tribunal de paz de las Catacumbas, quien proveerá sin apelación, bien acerca de la acción que deba seguirse contra los poderes públicos, bien, en su caso, acerca de los resultados prácticos de dicha acción que conciernan al interesado, bien en lo referente a los daños y perjuicios que deban satisfacerse al mismo.

Tanto los aseguradores como los asegurados se comprometen además a conformarse con las leyes y reglamentos de las Catacumbas en la parte que se refiera especialmente a este 'seguro, de la que se las enterará antes de que quede firmado el presente compromiso.

Hecho en el estudio de Maitre Mortemart, notario en París, muelle Voltaire, a... de Junio de 186... Gabriela Desjardies. — *Por la compañía:* A. C. S: Valentín Cousin.»

—¡Todo eso por cinco francos! —exclamó la Muña con tan cómico acento que hubo de excitar la hilaridad de todos los presentes. El mismo R. C. pareció regocijarse por la reflexión de la muchacha. Sin embargo, le contestó en el acto:

—Otros han pagado por eso mismo un millón.

—Caro seguro —afirmó la Muna—. ¡Un millón, como quien no dice nada!

—Todo depende de la fortuna o de la posición social del asegurado. Para Téramo-Girgenti, por ejemplo, un millón significa muy poca cosa.

—Por lo visto —observó Raúl Gosselin—, usted practica el impuesto sobre la renta.

—¿Y el impuesto forzado no? —preguntó sonriendo Marcela Feraud.

R. C. contestó con sencillez:

—De vez en cuando.

—¡Ah, vamos! —se oyó decir a algunos de los presentes, mientras que R. C. continuó hablando como si nada oyese:

—¿Qué tiene eso de particular? El impuesto forzoso es un privilegio de la realeza. Aquí donde ustedes me ven, mi deseo más ferviente es el de que viva todo el mundo, pero muy especialmente las personas que me interesan. ¿Que tengo, en un momento dado, muchos pobres? Bueno, pues hago que mis gentes den un recadito al oído de los ricos...

—¡Delicioso! —interrumpió Marcela—. Es usted un bandido delicioso, señor rey. Y conste que no le tengo ni tanto así de miedo.

—Tampoco yo —hubo de murmurar amorosamente la Muna.

—¡Pues no faltaba más! —siguió diciendo R. C.—. ¿Y de qué iban ustedes a tener miedo? Yo soy un hombre de negocios, ni más ni menos; y crean ustedes que mis propósitos se reducen a uno solo, el de aumentar todo lo posible mi clientela, honradamente, se entiende.

—Cuenta usted conmigo —dijo Marcela palmoteando alegremente.

—Y conmigo —añadió la Muna.

La primera suplicó a Raúl Gosselin que le pagase un seguro.

—Según y conforme —dijo éste—, figúrate que a S. M. se le antoja pedirnos un millón...

—Tranquilícese usted. Yo no pediré a esta señora más que una cosa: que se sirva dar una representación de *Los Mártires* a beneficio de los pobres de las Catacumbas.

—¡Prometido, prometido! —gritó la artista—. Un beneficio para los pobres de las Catacumbas... ¡Pues apenas si la cosa va a llamar la atención!... Se llenará el teatro hasta los topes... Pero vamos a ver: ¿cuándo firmamos el contrato?

—Mañana mismo puede usted pasar por mi estudio, señora —dijo maître Mortemart.

—¡No! —replicó R. C.—, de ningún modo. Usted, señor notario, es quien se molestará. Hemos de hacer a esta señora, y a la señorita Muña también, contratos especiales, de amigos, que firmaremos alegremente en casa de mi amigo el conde de Téramo-Girgenti, durante la fiesta con que piensa celebrar su instalación en su nueva y suntuosa morada... Y a propósito del conde —continuó R. C. sacando una cartera y volviéndose hacia Filiberto Wat—, ahora recuerdo que le debe a usted una suma, caballero, y voy a pagársela en el acto; ya me arreglaré luego con Téramo...

Y así diciendo, el rey de las Catacumbas entregó al yerno del presidente del Consejo un cheque por valor de veinticinco mil francos.

—A la orden de usted y a cargo de Johnson... creo que es su banquero.

—En efecto —respondió Wat.

—Vea usted lo que son las cosas; también lo es mío.

—¡Cartucho tiene banquero! —exclamó Marcela Féraud, bromeando.

Y Sinnamari, con voz siniestra, dijo a su vez:

—Cartucho murió descuartizado en una rueda.

—¡Cristo murió clavado en una cruz! —dijo R. C. con tono grave.

—No comprendo tan singular comparación, caballero...

—Quise decir, señor Procurador Imperial, que en el Gólgota se dieron la mano los buenos y los malos ladrones.

—Aquí no se trata de Gólgota, ni de cruces, ni de Cristo —repuso Sinnamari más frío y siniestro a cada instante—. Aquí se trata de gentes que se colocan voluntariamente fuera de la ley, y a quienes la ley castiga. Desjardies, armándose contra un hombre indefenso cometió un crimen menos grave que el que comete usted armándose contra la ley... Y sin embargó, a aquel van a cortar la cabeza.

—¡No! —replicó R. C.—. No se la corlarán.

—¿Qué no? ¿Imagina usted acaso que yo acepto como verdad inconcusa su estúpida historia de la captura de los ayudantes del verdugo? Pero vamos a suponer que lo es; admitamos, en hipótesis, que los ayudantes han desaparecido; ¿cree usted que esa circunstancia retardará el suplicio? De ningún modo; el verdugo se basta y se sobra para ejecutar por sí solo la sentencia.

—Bueno, pero ¿y si ese Desjardies es realmente inocente? —preguntó algo atemorizada Marcela Féraud.

—¿Y si es culpable, como han asegurado los jueces? —insistió Sinnamari.

Todas las miradas se volvieron hacia R. C.

—Si es culpable —dijo éste con calma—, lo devolveré al cadalso. ¿Os sorprende lo que digo? Pues no hay razón para tal sorpresa. Yo no soy un revolucionario, ni un anarquista; soy un excelente burgués que realiza honradamente sus negocios... y los de los demás. No crean ustedes que yo proyecte trastornar la sociedad, ni hacer que cambie en su forma ni en su fondo; ¡qué disparate! Pues si ni siquiera se me ha ocurrido acelerar su orientación hacia un ideal de progreso acerca del que los filósofos no han logrado aún ponerse de acuerdo. ¿No existe el cadalso? Pues tanto mejor, o tanto peor. Eso a mí no me importa. Lo que sí me interesa es que no sirva para cortar la cabeza de uno de mis clientes de quien se dice que no es culpable. A

ese cliente yo lo aseguré contra todas las injusticias resultantes de la mala voluntad de los poderes públicos que se mueven normalmente en un cuadro social que no he de permitirme discutir. Lo que yo pido a los poderes públicos para mis clientes es el máximo de justicia a que tienen derecho en el actual estado de la sociedad. ¿Está esto claro? Bueno, pues mi cliente Desjardies tenía derecho a que no le cortaran la cabeza sin oír previamente la declaración de su hija, la cual pretende haber descubierto un hecho nuevo, susceptible de modificar la opinión que el tribunal del Sena ha formado del crimen. Y sin embargo, no la han oído.

—¿Y aunque la hubiesen oído, qué? —interrumpió Sinnamari—. ¿Quién la oiría en este momento en que nada puede detener ya la obra de la justicia? Ya es demasiado tarde... Tan tarde es, que si yo mismo quisiera decir en este momento al verdugo: «deténte», ya no podría hacerlo, porque ni aun mi voz sería escuchada. Dura es la ley, pero es ley.

—Esa ley que usted invoca —contestó el rey de las Catacumbas— no se oponía en modo alguno a que se oyese a la señorita Desjardies cuando aun era tiempo. Sin embargo se le cerraron todos los oídos y todas las puertas; escribió, y nadie se dignó contestarle. Más aún; esa hija infeliz no ha podido ver siquiera al abogado de su padre a partir del día en que este último fue condenado.

—¿Es posible? —preguntó Marcela.

Y. R. C. cuya voz temblaba por efecto de la generosa indignación de que estaba poseído, contestó:

—Como usted lo oye, señora. En el asunto da Desjardies hay cosas muy extrañas. Ello es que viendo que no le era posible hablar a maître Destalot, la señorita Desjardies se dirigió al presidente del colegio de abogados, quien le dijo no poder hacer nada por ella en ausencia del letrado. ¡Qué casualidad! El abogado ausente, y el presidente del colegio un amigo de usted, señor procurador imperial. Pues aún hay más. Cuando esa desdichada quiso insertar una nota en los periódicos, éstos le hicieron comprender que interesarse por su padre era lo mismo que confesar públicamente que, como él, se habían comprometido en los negocios sucios de la compañía de los ferrocarriles otomanos...

—¿Por qué no se dirigía a usted —preguntó Sinnamari que habíase levantado—, puesto que todo el mundo la rechazaba?

—Eso precisamente fue lo que hizo; dirigirse a mí.

Lanzó Sinnamari una siniestra carcajada, y con el brazo extendido señalaba al balcón, cuyo visillo aparecía levantado. Todas las miradas

convergió hacia aquel punto, y pudieron ver el hueco negro de la plaza, y algunos puntos brillantes, luces movibles que parecían agitarse en torno de la guillotina. La claridad indecisa del alba naciente permitía distinguir algunas siluetas que iban de un lado para otro, moviéndose al parecer en el espacio reservado para el suplicio.

—Pues vea usted ahí abajo —continuó Sinnamari—. ¿Reconoce usted a esos hombres? Ahí los tiene usted... Son los ayudantes del verdugo. Ocupan su puesto, prontos a cumplir con su deber, a segar la cabeza de Desjardies, justamente condenado, ¡oh rey de guardarropía! Y la cabeza del padre caerá, pese a quien pese, antes de que la hija logre hacerse oír.

Lanzó de nuevo Sinnamari su siniestra carcajada y aun no se había extinguido el eco de ella, cuando levantándose R. C. alta la frente y fulgurante la mirada, gritó con voz enérgica:

—¡Introducid a la señorita Desjardies!

X

«TE LEVANTARÁS DE ENTRE LOS MUERTOS»

El verdugo, seguido de sus ayudantes, había entrado en la cárcel. Dejando a su derecha el cuerpo de guardia y a su izquierda la morada del conserje, atravesaron un gran patio y se detuvieron a la entrada de las oficinas. El verdugo preguntó a un celador:

—¿Han llegado esos señores?

—Sí: están con el alcaide.

Adelantóse al oír esto el verdugo, y sin añadir ni una palabra, fue a firmar, en el registro de salida, la toma de posesión de Desjardies, de cuya persona era responsable a partir de aquel momento. Luego hizo una seña al Buitre y a Pata de gallo que permanecieron a la entrada, muy ocupados en examinar la topografía de aquellos parajes. Un momento había bastado al primero para hacerse cargo de la situación, y nadie hubiera podido adivinar por el fruncimiento de sus terribles cejas si se hallaba pronto a cumplir el acto de formidable audacia por él premeditado, o si pensaba, por el contrario, en las dificultades que presentaba semejante empresa.

Por lo que hace a Pata de gallo parecía tan solo preocupado de hacer de modo que su compañero quedase siempre envuelto en la sombra, y de evitar que pudiesen examinar su semblante los que sintiesen curiosidad de hacerlo. No era empresa fácil este examen. Fuera, apenas si se veía, y allí dentro, la obscuridad era casi absoluta; no había allí otra luz que la escasísima proyectada por tres lámparas, de las que una se hallaba en la parte exterior de la oficina, otra en esta última, y la tercera en un despacho interior abierto en el fondo de la misma.

El exiguo local en el que permanecían en silencio el verdugo y sus ayudantes era una habitación estrecha y larga, que recibía luz por dos ventanas muy altas, y en la que, a guisa de mobiliario, no había más que una mesa pequeña, un calorífero, un banco y un taburete. En este último habíanse

sentado, desde la construcción de la grande Roqueta, todos los condenados a muerte que habían pasado en ella sus últimas horas. Hallábase colocado en el centro de la habitación, al lado del calorífero, y parecía como si esperase que alguien lo ocupara...

Cuanto al calorífero, únicamente funcionaba los días de ejecución. Aquella madrugada hallábase atestado de carbón encendido, y el rumor de la voraz combustión, semejante a un resuello poderoso, era el único ruido que el Buitre y Pata de gallo lograban oír en todo el establecimiento.

Hendrick, el verdugo, paseaba en silencio, unidas las manos en la espalda, sin mirar a nadie ni nada. De pronto se detuvo para consultar su reloj, y en aquel mismo momento pudo oírse gran ruido de pasos, y de puertas abiertas y cerradas. Eran las autoridades que llegaban de fuera, y que se encontraban en el patio con los llegados del interior.

Un grupo de hombres vestidos de negro y cubiertos con gabanes de color obscuro invadió la alcaidía. A su frente iba el alcaide, quien murmuró algo al oído del sotaalcaide y se dirigió a la oficina seguido de todo el grupo, del que formaban parte el prefecto de policía, el comisario del distrito, el juez de instrucción y el capellán de la cárcel. En el momento en que pasaban junto a la habitación larga y estrecha de que antes hablamos, el Buitre pudo oír cómo el juez de instrucción comunicaba sus impresiones al prefecto de policía:

—No me explico —hubo de decirle—, cómo el señor procurador imperial, que debía venir, no ha llegado aún.

Y el prefecto contestó:

—Sí, es extraño; pero el alcaide tiene razón. Ya hemos esperado más de lo justo.

Todos desaparecieron por la puertecilla de comunicación entre la alcaidía y el interior de la cárcel, siguiéndoles el sotaalcaide, poseído sin duda de curiosidad muy comprensible.

Parecióle en este momento a Pata de gallo que el amplio tórax del Buitre se levantaba como aligerado de un peso enorme. El hombre miraba al verdugo, quien había interrumpido su paseo. Ambos compinches se consultaron con la mirada. Nada tan fácil como caer sobre aquel hombre desprevenido y reducirle a la impotencia. Pero ¿y el escándalo? No, nada de violencias. Lo mejor era esperar para no comprometer el éxito de la empresa. ¿Pero por qué el verdugo, quien de ordinario acompañaba a las autoridades en el acto de despertar al reo, permanecía allí inactivo? Todo esto y algo más se dijeron los dos cómplices con la mirada. El Buitre había puesto su abrigo encima del banco. Hendrick, cansado sin duda, llegóse al extremo del mismo,

y para sentarse hubo de apartar un poco el sobretodo con la mano. El Buitre, que observó aquella acción de todo punto natural, palideció intensamente.

Trasladémonos ahora a la celda de Desjardies. En ella le dejamos, la víspera de la noche en que ocurren los extraordinarios sucesos que venimos relatando, lleno de la esperanza que inundó su alma al leer la inscripción misteriosa que una mano desconocida trazara al dorso del retrato de su hija. Ahora lo encontrarnos rezando. Desjardies, en efecto, era religioso, aunque no hubo de practicar muy asiduamente durante su vida los preceptos de la ortodoxia católica; sin embargo, desde que lo encerraran en su celda de la Boqueta, había acogido con agrado al sacerdote que se presentó un día para ofrecerle los consuelos de su ministerio, y dicho agrado hubo de convertirse poco a poco en alegre gratitud.

Dicho sacerdote no era el cura de la cárcel, sino un padre recoleto que reemplazaba a aquél, víctima en aquel entonces de penosa y larga enfermedad. También al recoleto hubiera querido persuadir Desjardies de su inocencia; pero aunque hizo cuanto pudo para conseguir este propósito, hubo de pasar por la amargura de ver cómo el religioso participaba de la creencia general en su culpabilidad. Claro es que no se lo decía; pero no dejaba Desjardies de comprender que la profunda piedad que le inspiraba su suerte, dirigíase únicamente al gran pecador que los hombres veían en el desdichado preso. Esto no obstante, el condenado solicitó confesarse, abrigando secretamente la esperanza de convencer al religioso de su inocencia, cuando le viera proclamarla en presencia de Dios.

Confesó pues, y esta vez el padre San Francisco hubo de creer al fin en la inocencia de Desjardies. Cuando recibida la absolución, que fue pronunciada con voz temblorosa, hubo de levantar el condenado la cabeza, no pudo menos de sorprenderse al observar que los ojos del religioso aparecían preñados de lágrimas. Nada le dijo el recoleto. Pero éste, al separarse de su penitente, se inclinó ante él, como al abandonar el altar solía inclinarse ante la imagen del hijo del hombre, muerto en la cruz por redimir el humano linaje.

Fuese enseguida a visitar al capellán de la cárcel, y sentado a la cabecera del lecho de este último hubo de confiarle su convicción en la inocencia del preso.

¿Sería posible intentar algo cerca de los jueces, para evitarles un espantoso error judicial?

Triste sonrisa plegó los labios del cura enfermo quien aconsejó al recoleto que hiciese lo mismo que él había ya hecho dos o tres veces en análogas circunstancias; ver al ministro de Justicia.

Preguntado por el padre San Francisco el cura acerca del resultado de sus visitas de otro tiempo al ministro de Justicia, no tuvo más remedio que contestarle que dicho resultado fue negativo. La contestación había sido siempre la misma: «¡Bah! Ese es el recurso supremo de los condenados: la confesión. Ya sabemos a qué atenemos con respecto a él.»

Sin descorazonarse por lo que acababan de decirle, fuese el padre San Francisco a visitar al ministro de Justicia, y de labios de tan alto personaje hubo de escuchar la temida frase: «Es el primer condenado a muerte a quien usted asiste; la impresión que le domina estaba descontada. Ya se irá usted acostumbrando a oírles decir a todos que son inocentes, y acabará por no creer a ninguno.»

Comprendiendo el padre San Francisco que su única misión consistía ya en preparar a un mártir para la muerte, dedicóse en días sucesivos a calmar la angustia de Desjardies, más aún que con consideraciones acerca de la vida futura, con promesas reiteradas de ocuparse seriamente de cuanto a su hija se refiriese. ¡Y este hombre, en quien Desjardies pusiera cuanto le quedaba de fe y de esperanza, era precisamente el hombre a quien debía alejar de sí, con arreglo a lo ordenado en la inscripción misteriosa!

¿Quehacer? ¿Dar crédito a una tentativa de evasión? ¡No; no era posible! Y aunque lo fuese: cómo decir a aquel hombre, su postrer amigo en el mundo y su esperanza suprema después de su muerte, «váyase usted... no quiero verle más, no quiero oírle en mis últimos momentos...»

En eso estaba de sus dudas y sus reflexiones Desjardies, cuando abierta la puerta de la celda, el carcelero se hizo a un lado para dar paso a un personaje.

Era el padre San Francisco. Los guardianes, al verle entrar, suspendieron la interminable partida de naipes y se levantaron. También Desjardies se puso en pie, y, ambas manos tendidas, fuese al encuentro del religioso.

Este abrazó al condenado y ambos lloraron, mientras los dos guardianes se retiraban discretamente a un rincón de la celda. Pasados los primeros momentos de emoción, Desjardies dirigió al religioso la misma pregunta que solía dirigirle todos los días a la misma hora.

—¿Es hoy?

Y el padre San Francisco contestaba, también como de costumbre:

—Nada sabemos, hijo mío; nada podemos saber.

E inmediatamente hízole sentar, como todos los días, en el camastro; él tomó una silla y se sentó a su vez, frente al preso, guardando las manos de éste entre las suyas, y le hizo hablar largamente de su hija.

Por la centésima vez hízole recordar las anécdotas de la infancia de la muchacha, las alegrías que, ya adulta, le procurara ésta; los días calmos y alegres pasados en la deliciosa morada de Salónica, y las horas difíciles en que hubo ella de sostener la vacilante energía del padre... ¡La vida entera de ambos, estrechamente unidos desde el momento de la muerte prematura de la madre, acaecida cuando la niña era aún muy pequeña!

Desjardies admiraba a su hija, y tenía además para ella ternuras de madre. De ahí que agradeciese con toda su alma a aquel religioso, que había recibido de Dios y de los hombres la misión de hablarle de su muerte próxima, que consagrara por el contrario sus horas postreras a evocar en él los recuerdos de las pretéritas alegrías.

Hubo un momento en que Desjardies pareció preocupado por una idea atroz. De pronto, con brusco movimiento, sacó del bolsillo la fotografía...

—Tome usted, padre —dijo alargando la mano con el retrato—; permítame que le deje un recuerdo de mi gratitud... Este retrato es todo cuanto me queda de precioso y estimado... Guárdelo usted como recuerdo mío.

El recoleto rechazaba el presente.

—No, Desjardies —decía—, consérvelo usted hasta el instante postrero. Ese retrato le dará valor. ¿Por qué quiere usted separarse de él ahora, tanto más cuanto que esa separación ha de causarle una pena infinita?

—Le ruego a usted que lo acepte, sin insistir en su negativa, como recuerdo mío —repitió el condenado.

Y como al mismo tiempo su mano oprimía extrañamente la del monje, éste comprendió que debía aceptar el regalo, e hizo desaparecer la fotografía bajo la burda estameña.

¿Qué móvil impulsaba al prisionero a separarse, así, de pronto, de la fotografía de su hija? No es difícil comprenderlo. Desjardies habíase dicho que este era sin duda el mejor medio de advertir al religioso que *no debía precederle* en el momento de dirigirse al cadalso. Porque en fin, alguien le había dicho que esperase... Sin duda iba a intentarse algo en favor suyo... Querían tal vez salvarle, y siendo esto así, no era él el llamado a poner obstáculos a los que acometían tan arriesgada empresa. El recoleto leería, con seguridad, la inscripción del dorso del retrato, y no podría por lo tanto extrañarse de oírle y verle rechazar su ayuda en el momento de dirigirse hacia el suplicio... Y si no se intentaba nada por él, de todos modos no sería el religioso quien le traicionase.

Había terminado la conferencia. El padre San Francisco dirigió aún algunas palabras consolantes a Desjardies y se levantó. Uno de los guardianes fue a tirar del cordón de una campanilla, y el celador de ronda volvió a abrir la puerta. En el momento en que el monje se retiraba, llegó la comida del prisionero. Este comió con apetito, bebió un vaso de vino y se acostó enseguida, durmiéndose en el acto, cosa que no le ocurría de mucho tiempo antes. Como a cosa de la una de la madrugada despertó agitadísimo, lanzando agudo grito que hizo acudir en el acto a los guardianes.

Su frente bañaba en sudor. Con voz temblorosa, dijo:

—Nada, no es nada... ¡Un sueño horrible!

Y miró a los guardianes, que ya no eran los mismos. Reconocía al que estaba más cerca de él, a la cabecera de su cama. Aquellos ojos de albino, la cara pálida, la barbilla rubia... Sí, aquel hombre era el que marchaba detrás de él durante su último paseo por el patio... el único que había podido escribir en el retrato las extrañas palabras que tanto le turbaran...

Levantóse Desjardies hasta sentarse en la cama y examinó con atención al hombre que le intrigaba. ¡Ah, los ojos de albino! ¿Qué podría haber en el fondo de aquellos ojos? ¿Contestarían de algún modo a su muda interrogación? No; los ojos se callaban. Permanecían impenetrables, como esfinges.

Y he aquí que el guardián de los ojos de albino habló al fin; pero para recomendarle con mucha calma, y con el tono más natural del mundo, que se acostara de nuevo, que continuara su sueño. Y Desjardies, dócil como un niño, obedecía, mientras los guardianes reanudaban la interrumpida partida de cartas. El de los ojos de albino decía a su compañero:

—No es la primera vez que oigo ese grito; lo reconozco. *Es el grito de la guillotina*. Sí, todos gritan así, cuando sueñan lo que soñaba ése. Es natural. Hoy se cumplen los cuarenta y cuatro días de su encierro aquí... El hombre debe pensar que su fin se acerca...

Sí: Desjardies sentíase próximo a la muerte y • soñaba. Tres veces ya, desde que entrara en aquella celda, había tenido el mismo pavoroso sueño. Y aquella misma noche debía tenerlo una vez más aún. Aquella noche, antes de que llegasen a buscarlo para conducirlo a la guillotina, el sin ventura habría muerto ya dos veces...

En efecto; el sueño de plomo había cerrado otra vez sus ojos, y la angustia atroz de la terrible pesadilla le oprimía la garganta, como si se la cortasen... Sentíase empujado por hombres negros que no le hablaban, pero que, sentándole en una silla, atábanle de pies y manos... Luego sintió el frío de las

tijeras que le cortaban los cabellos y el cuello de la camisa... Y una voz bronca, la del verdugo, le dijo: ¡En marcha!

¡Cosa increíble! Era precisamente el verdugo quien le daba a besar el crucifijo... el Cristo sobre el cual iba a poner sus labios exangües... Y como no podía andar aprisa por impedírsele las ligaduras, el monje, sí, el monje, ¡ah! —lo reconocía bien por su cerquillo en la cabeza y los pies desnudos—, era quien lo empujaba, arrojándolo en la báscula... Después... después... Después habíase despertado de entre los muertos, y encontrándose de pronto entre los vivos.

¡Cuán numerosos los vivos que se encontraban aquella mañana en la celda de Desjardies! Nunca se habían juntado tantos, en calidad y en número, para hacerle una visita. Allí estaban todos en torno de su lecho. Todos le miraban y él miraba a todos. Y he aquí que de pronto los cabellos se le erizan. Digan lo que quieran los que no han pasado por ese trance, es más difícil morir cuando se es inocente que cuando se sabe uno culpable.

Entre todos aquellos hombres negros hay uno que dice cosas que él no oye bien; parécele sin embargo que le recomienda que tenga valor...

¡Valor, valor!... No: no lo tiene.

XI

EN EL QUE EL PADRE SAN FRANCISCO EXPERIMENTA LA NECESIDAD DE DECIR ALGO AL VERDUGO

Desjardies, que se sabe inocente, no acierta a comprender que la Sociedad quiera suprimirle del número de los vivos, encontrándose como se encuentra en perfecta salud y en la fuerza de la edad.

Por eso, a aquellos hombres negros que le recomiendan que tenga valor, responde obstinadamente: ¡No!

El alcaide de la cárcel estaba allí, delante de él, tan pálido como él, y le decía con voz apagada:

—¡Valor; la gracia ha sido denegada! ¡Valor, Desjardies!

Este sacudía obstinadamente la cabeza, contestando monótonamente:

—¡No, no, no!...

No se oía más que esa palabra, pronunciada por el preso con terquedad infantil.

—Soy inocente —acertó a decir al fin. Y miró a aquellos hombres negros, el alcaide de la cárcel, el prefecto de policía, el juez de instrucción, que le preguntaban si tenía alguna revelación que hacer. Y repitió de nuevo:

—¡No, no, no!... —tendiendo al mismo tiempo sus manos, como el náufrago que confía aún en encontrar un asidero, un apoyo, un socorro cualquiera.

Sentado en el camastro, desnudo el cuello, descompuesto el semblante y los ojos desorbitados, con expresión de loco delirante, Desjardies gritaba: ¡Socorro, socorro! Y su grito resultaba lúgubre como el aullido de un perro que tiene la intuición de que la muerte pasa cerca de él.

Todos los testigos de la emocionante escena, magistrados, funcionarios y guardias, estremeciéronse involuntariamente. Jamás habían oído cosa parecida. No habían oído nunca que un condenado a muerte pidiese de aquel modo socorro contra la sociedad.

Mientras los guardianes vestían su pantalón al condenado, el alcaide se inclinó hacia él y con voz temblona hubo de preguntarle si tomaría una copa de ron.

—¿Ron? —preguntó Desjardies, como si ignorase la significación de aquella palabra—. ¿Ron?

El alcaide ordenó en voz alta:

—Una copa de ron.

Uno de los guardianes se acercó con el vaso pedido llevándolo a los labios de Desjardies; pero éste le apartó el brazo con tal violencia, que la copa fue a rodar por el suelo.

Conocedor de sus obligaciones, el alcaide quiso llegar hasta el límite de las concesiones que le era permitido hacer al condenado a muerte.

—¿Quiere usted un cigarrillo? —le preguntó.

Siempre absorto, Desjardies contestó como un eco:

—¡Un cigarrillo!

El prefecto de policía se creyó en el caso de intervenir.

—Ya ven ustedes que no quiere nada —dijo—. Lo mejor será que le dejen en paz.

Tal debía ser también la opinión del condenado, quien movió la cabeza, como aprobando lo dicho por el prefecto. Luego, ayudado por los guardianes, se puso en pie. Mientras tanto el alcaide volvióse hacia el monje, que permanecía discretamente apartado en un rincón de la celda. Extrañábase el funcionario de que el religioso no hubiese ya intervenido, evitándole a él el mal rato que estaba pasando tratando de animar al reo.

—¡Padre! —exclamó el alcaide.

Pero con gran sorpresa de todos, el padre San Francisco, en vez de adelantarse, respondiendo a la tácita invitación del jefe de la cárcel, permaneció sumido en la sombra.

—El condenado —dijo como para explicar su actitud— rehúsa los auxilios de la religión.

Conociendo como conocía por los partes diarios de los guardianes las excelentes relaciones que mediaban entre el reo y su confesor, el alcaide se extrañó en gran manera de las palabras pronunciadas por el religioso. Sin embargo, no juzgó oportuno pedir explicaciones acerca de las mismas.

Por su parte, el juez de instrucción, cumpliendo con su deber, hablase inclinado hacia el reo para preguntarle si antes de morir no tenía alguna revelación que hacer. Desjardies no le oyó. En sus oídos y en su cerebro

vibraban con fuerza las palabras pronunciadas por el recoleto. «El condenado rehúsa los auxilios de la religión.»

El sonido de aquella voz amiga le puso en posesión de toda su entereza. Miró al religioso, recordando al mismo tiempo la inscripción de la fotografía, y en su cerebro adolorido se abrió paso la idea de que tal vez el fraile esperaba también que se produjese alguna intervención extraordinaria. Sin duda atribuía alguna importancia a las palabras misteriosas que prevenían al condenado a muerte que procurase evitar que le precediera el religioso. Y afirmándose en su idea de que de un momento a otro se intentaría algo para arrancarle a la muerte, el cerebro de Desjardies recobró su plena lucidez; tranquilizóse su conturbado espíritu, y en un instante sus sentidos todos se hallaron en disposición de funcionar y de prestarle sus servicios. Entonces, con voz entera, y entre el asombro de los circunstantes, exclamó con la mayor serenidad:

—Cuando ustedes quieran; estoy pronto.

Formóse el cortejo. Como de costumbre, el reo vióse rodeado de cuatro guardianes; pero esta vez el de los ojos de albino y la barbilla rubia no estaba a su lado, sino delante de él. Abriendo la marcha avanzaba el verdugo. El padre San Francisco, ateniéndose sin duda a lo ordenado por el misterioso redactor de las palabras escritas en la fotografía, en vez de preceder al condenado, colocóse junto al guardián que marchaba a la izquierda de este último. Cerraban la marcha las autoridades y funcionarios.

Las facultades todas de Desjardies hallábanse despiertas, en tensión extraordinaria. Hubiérase dicho que miraba con fijeza de frente; pero en realidad su mirada escrutaba todos y cada uno de los individuos que iban con él, las piedras en que asentaba su planta, los patios que atravesaban, las puertas que se abrían, los rincones todos de sombra misteriosa... Poco tenía que andar para hallarse en presencia de la guillotina, y sin embargo parecíale que llevaba una hora andando. Unos cuantos pasos más, aún dos o tres puertas franqueadas, y ya sería demasiado tarde. Así hubo de pasar bajo la negra puerta del vestíbulo y atravesar luego un corredor.

La comitiva llegaba a los talleres. Desjardies miró, volvió la cabeza para abarcar con su mirada ansiosa las salas desiertas, los bancos y las mesas que no ocultaban a nadie... ¡Nada, nada! El cortejo, que parecía tener prisa, seguía su marcha continuada, implacable...

Cerca del reo alguien vigilaba como él, alguien deseaba ver, adivinar lo que iba: a producirse. Era el recoleto, el monje, que se repetía, como si se diese a sí mismo una orden: «no preceder al condenado.» Y pensaba con

dolor que su puesto delante de este último lo ocupaba en aquel momento el verdugo.

Entonces, y cuando iban ya a salir del último taller para entrar en el antedespacho del alcaide, el padre San Francisco se adelantó un poco y poniendo su mano sobre el hombro del verdugo, llamó la atención de éste.

—Una palabra, si no hay inconveniente —dijo. Hendrick se hizo algo atrás, y esto fue bastante para que el grupo formado por el reo y los cuatro guardianes, que continuara avanzando, se encontrase en el corredor, mientras que el fraile, el verdugo y los personajes que seguían se hallaban aún en el último taller.

—Necesito —dijo el fraile— que me entere usted de un detalle. Creo que en el último momento no rehusará Desjardies los auxilios de mi sagrado ministerio. Si esto es así, ¿debo colocarme delante de él al salir a la plaza, con objeto de ocultarle en lo posible el cadalso?

El verdugo iba a contestar, pero no tuvo tiempo, porque en aquel momento se produjo un acontecimiento extraordinario, único, inverosímil.

Ello fue que el primer guardián, el que precedía a Desjardies, y que, según se recordará, era el de los ojos de albino, había llegado junto a la puerta de la habitación estrecha y larga donde debía procederse a la toaleta del condenado a muerte, y empujándola un poco, volvióse rápido como el rayo hacia el reo y lo arrastró consigo, desapareciendo ambos con movimiento de tal modo inesperado y brusco, que el resto del cortejo se detuvo un segundo sin acertar a comprender lo que pasaba. La luz se hizo en los cerebros cuando la puerta de la habitación estrecha y larga se cerró con violencia. Entonces comprendió todo el mundo que ocurría algo cuya explicación hacía imposible por el momento.

La idea de una evasión en tales circunstancias no podía abrirse paso en el cerebro de nadie. Y sin embargo... ¿cómo y por qué había cerrado aquella puerta?

En ella golpeaban furiosamente el alcaide y el sotaalcaide, ordenando con imperio que los que sin duda estaban detrás la abriesen en el acto. Y como la orden no era ejecutada, todos los circunstantes se miraron con estupor. Gritó el prefecto de policía, imitando su ejemplo, los que con él se hallaban diéronse a gritar, golpeando al mismo tiempo la puerta, mientras el verdugo llamaba a voces a su ayudante:

—¡Próspero, Próspero!

El llavero mayor introdujo inútilmente una llave en la cerradura. Del otro lado de la misma había cerrojos que la mantuvieron cerrada, después de

desaparecer por ella el guardián de los ojos de albino y el condenado Desjardies.

Ante la inutilidad de sus esfuerzos, todos aquellos hombres, funcionarios, guardianes y verdugo, retrocedieron en su camino, y sin dejar de gritar recorrieron sucesivamente los corredores, los talleres y el patio, precipitándose algunos hacia la puerta de este último que daba acceso al rastrillo, y otros a la que comunicaba con el locutorio; pero no tardaron unos y otros en convencerse de que se hallaban presos en la horrible cárcel, pues ninguna de las dos puertas se abrió para franquearles el paso.

Lo peor era que no había otras. Tan bien hubieron de concebir el plan de la gran Roqueta los arquitectos para evitar las evasiones, que condenadas las tres puertas que conducían al rastrillo por otros tantos sitios diferentes, todos los esfuerzos del alcaide y de los que con él se hallaban para restituirse a la libertad debían resultar de todo punto inútiles.

Comprendiéndolo así, redoblaron los gritos y los golpes sobre las puertas, esperando sin duda ser oídos por la guardia de prevención que se encontraba en el vestíbulo, mientras que, pálido y sudoroso, el alcaide enjugaba su frente con el pañuelo, exclamando con mal contenida indignación.

—¡Estoy deshonrado, deshonrado!... Y sin embargo, ese hombre no se escapará, no puede escaparse por ninguna parte. ¿Cómo ha de salir sin que lo vean, y lo detengan en el acto? Imposible, imposible, a menos que salga volando...

Detúvose de pronto, asaltado su cerebro por una idea súbita. El verdugo había firmado el registro de salida; él era pues el único responsable de la persona del condenado.

—¿Tiene usted completa confianza en sus ayudantes? —le preguntó.

—Como en mí mismo —dijo Hendrick—. Sin embargo, puedo asegurar a usted que no volveré a firmar nunca por anticipado en el registro, la salida de un condenado a muerte.

Dijo esto con gran tranquilidad, como si entre todos los allí presentes fuese él el único que se encontrase seguro de no perder su destino como consecuencia del extraño incidente que acababa de producirse.

Por su parte, el prefecto de policía murmuraba:

—Tenía razón Dixmer: sí, tenía razón.

XII

«¡YO NO LE CONOZCO a USTED!»

Dejamos al Buitre y a Pata de gallo en la habitación estrecha y larga inmediata al despacho de la alcaldía en el momento en que el verdugo alargaba la mano hacia el sobretodo del primero de dichos sujetos, además que hubo de impresionar no muy gratamente al improvisado ayudante del ejecutor de altas obras. Su emoción duró poco, sin embargo, pues Hendrick limitóse a apartar un poco aquella prenda que le impedía sentarse. Esto no obstante, el Buitre hallábase contrariadísimo. ¿Por qué el verdugo no se iba en seguimiento de los magistrados y funcionarios, como era natural que lo hiciese, para asegurarse, en la celda misma, de la persona del reo? ¿Sería preciso, por virtud de aquella incomprensible actitud de Hendrick, acudir al segundo de los planes concebidos, que era el del empleo de la fuerza, y la aparición de los cien *leones* de Montrouge en la esquina de la calle de la Vacquerie en cuanto Desjardies atado de pies y manos asomase en la puerta de la cárcel?

En la hipótesis de que pudiera llegar este segundo caso, en el último consejo presidido por R.C., consejo que tuvo lugar en una habitación cuya ventana vimos abrirse en la calle de la Folio Renault, cerca del café llamado del *Buen rincón*, fueron adoptados ciertos acuerdos importantes, que podemos resumir en breves frases. El Buitre y Pata de gallo, a quienes el Temerario debía comunicar las últimas instrucciones, quedaron encargados de alar de tal modo a Desjardies que éste pudiese desembarazarse fácilmente de sus ligaduras llegado el momento oportuno, y en este ejercicio pasaron varios días ambos compinches para adquirir la necesaria destreza en el arte de atar a un hombre sin perjuicio de dejarle la libertad de movimientos indispensable para hacer uso de sus brazos y sus piernas en caso necesario.

Si este caso se presentaba, es decir, si no había modo de liberar a Desjardies antes de que saliese de la cárcel, en cuanto las puertas de ésta se

abriesen para dar paso a la comitiva, ambos falsos ayudantes del verdugo debían empujar hacia la izquierda al reo, quien se vería inmediatamente rodeado por los cien *leones* de Montrouge a los que no era de suponer que opusieran resistencia los pocos soldados que cerraban el paso por la calle de la Vacquerie, tanto más cuanto que la audaz tentativa había de cogerles desprevenidos.

Uno por uno iba recordando el Buitre todos los detalles de este plan atrevidísimo, perdida ya la esperanza de poner en práctica el primero, que era el más factible, cuando con gran sorpresa suya y no menos alegría, vio cómo se levantaba el verdugo para dirigirse enseguida al sitio por donde poco antes desaparecieran los magistrados.

Siguiéndole con precaución pudo ver que Hendrick tomaba el camino de la celda del condenado; y entonces, adquirida esta certeza, cerró la puerta de aquella habitación, en la que debía efectuarse la toaleta última del condenado, aunque dejando descorridos los cerrojos.

Tanto él como Pata de gallo encontrábanse en aquel momento en la situación que hubo de parecerles como la más propicia para el mejor éxito de su temeraria empresa; estaban solos en aquella parte de la cárcel, no habiendo más personal cerca de ellos que el llavero de guardia junto al rastrillo.

Para la mejor comprensión de lo que vamos a referir preciso será recordar que la habitación estrecha y larga de que hablamos, tenía tres puertas: una que daba al interior de la cárcel, por la cual acababa de desaparecer el verdugo; la que conducía directamente al rastrillo y la que comunicaba con la alcaidía. Esta última se hallaba a su vez en comunicación directa con el rastrillo por medio de otra puerta.

Levantó un dedo el Buitre, y Pata de gallo hizo lo mismo. Ambos se miraron y sonrieron. Habíanse comprendido. Pero si la sonrisa de Pata de gallo tenía algo de cómico, la del Buitre en cambio daba miedo. Cuanto a los dos dedos elevados en el aire parecía como si dijese; «Cuidado; llegó el instante de poner manos a la obra.»

Cerca del rastrillo se dejó oír el ruido que hacía el llavero, yendo y viniendo ante el mismo, tosiendo ligeramente y agitando al toser su manajo de llaves. El Buitre señaló a Pata de gallo la puerta de la habitación que daba al rastrillo, y hecho esto entró él en la alcaidía, procurando ahogar el ruido de sus pasos.

Obedeciendo a una señal de pata de gallo el llavero se acercó a la puerta, en la creencia sin duda de que aquel ayudante del verdugo necesitaba de él momentáneamente. Y no pudo ver, al acercarse, que alguien se aproximaba

cautelosamente a él por detrás. Este alguien era el Buitre, que desde la alcaidía había ganado el rastrillo por la puerta de comunicación entre éste y aquélla.

Antes de que el gran Pata de gallo tuviese tiempo de explicar al llavero el servicio que de él esperaba, vióse el hombre sorprendido por el Buitre, quien apretándole con una mano la garganta, ciñóle la cintura con el brazo libre paralizándolo sus movimientos durante un instante, que fue aprovechado por ambos compinches para amarrar sólidamente al llavero, atándole de pies y manos, no sin hundirle previamente en la boca un pañuelo, para reducir al silencio a aquella nueva víctima del misterioso poder de R. C.

Hecho lo que antecede, los improvisados ayudantes del verdugo transportaron al pobre guardián al locutorio y allí lo dejaron abandonado, cerrando tras sí la puerta. Todo esto había exigido menos tiempo del que se necesita para contarlo.

Generalmente, entre el momento en que los magistrados entraban en la celda del condenado a muerte y el en que caía en el cesto la cabeza del último, transcurrían apenas diez y siete minutos. Pata de gallo y el Buitre no ignoraban este detalle; no tenían pues un minuto que perder.

Apoderándose de las llaves que el guardián encerrado en el locutorio dejara caer al verse sorprendido, dirigióse el Buitre a la puerta que comunicaba el rastrillo con la cárcel, y no contento con asegurarse de que los cerrojos estaban corridos, introdujo en cada cerradura un poco de alambre retorcido de cierto modo particular, que con seguridad no fue trabajado tan especialmente por un simple capricho de artista. Asegurada de este modo aquella puerta, regresó el hombre, uniéndose a Pata de gallo quien se hallaba encorvado contra la puerta por la que debía aparecer la comitiva, escuchando con atención. De pronto levantó el dedo, y el Buitre le imitó. Los dos hombres hablaban poco, pero se entendían a maravilla.

Oyóse ruido de pasos en el corredor. Aquel ruido iba aumentando poco a poco. La comitiva se acercaba. El Buitre se pegó contra el muro, como si pretendiera entrar en él, y pata de gallo se colocó en el lado opuesto, de modo que la puerta al abrirse le ocultase. Y he aquí que la puerta se abre bruscamente.

—¡Va! —dijo el Buitre.

Dicha sílaba debía sin duda significar que quedaba adoptado el plan de evasión que no hacía precisa la fuerza, por cuanto apenas oída del guardián de ojos de albino que precedía al cortejo, hubo de proceder como antes indicamos; es decir que se arrojó con Desjardies contra la puerta tras de la

cual estaban los dos falsos ayudantes del verdugo, puerta que se cerró inmediatamente tras ellos, apresurándose el Buitre a correr los cerrojos.

El pobre Desjardies parecía no darse cuenta de lo que le pasaba. Sin embargo, ni el Buitre ni su compañero estaban al parecer dispuestos a perder el tiempo en explicárselo. El primero llegóse presuroso a su sobretodo, colocado como sabemos sobre el banco; lo desdobló, y del interior sacó una magnífica levita y un clac nuevecito, cuyo resorte movió en el acto.

—¡El Señor va de reunión! —dijo Pata de gallo permitiéndose la primera bromita de la noche. Y comenzó a vestir a Desjardies mientras del otro lado de la puerta descargaban sobre la misma golpes furibundos.

Bajo el pórtico de la cárcel que precedía al palio grande, el ayudante que mandaba la guardia de prevención hablaba melancólicamente con el sargento Valentín.

—La verdad es —decía— que estar por casualidad de guardia en la Roqueta un día de ejecución y no poder asistir al espectáculo, me parece soberanamente injusto.

—Sí que lo es —contestaba el sargento—. Pero, ¿está usted seguro de que no podremos echar un vistazo siquiera?

—¡Y tanto! Ahí tiene usted al portero, que es quien me lo ha dicho... Pregúntele usted, si quiere... Y si hay posibilidad de ver algo... Pero d mí me dijo que cerrarían la puerta en cuanto pase el cortejo.

Levantó el sargento los hombros, como manifestando su desprecio por consigna tan estúpida, y fuese hacia el portero, viejo de blanca barba que se paseaba por el patio como si se propusiera despojarse, gracias al paseo, del sueño que parecía dominarle.

Hubo entre ellos un corto diálogo, y el sargento Valentín volvió hacia el ayudante alzando repetidamente los hombros, y pronunciando una palabra que explicaba con elocuencia el resultado negativo de su consulta.

—¡Nada!

De pronto el ayudante, el sargento y algunos soldados que se encontraban tras los dos primeros, volvieron la cabeza hacia la escalinata del fondo del patio por el cual se llegaba al rastrillo, porque la puerta de dicha escalinata acababa de abrirse.

—¡Ya están ahí! —dijo el ayudante.

Pero en lugar del cortejo que esperaban, vieron cómo un hombre, solo, descendía la escalinata, mientras que se cerraba tras él la puerta por la cual saliera.

—No, no es el cortejo aún; es un ayudante del verdugo —rectificó el sargento.

El hombre que bajaba la escalinata era Desjardies. Pálido, como si le rodease toda la fuerza pública que tenía misión de llevarle al cadalso, vestido de levita y sombrero de copa, atravesó el patio, pasó con la cabeza baja ante el portero y los militares, y se detuvo junto a la puerta, bajo la bóveda, esperando... Llamado por el ayudante, el portero acudió.

—¿Quiere usted salir?

Desjardies contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza, lo cual no extrañó al portero, acostumbrado como estaba a no oír nunca la voz de los ayudantes del verdugo. En su concepto, dichos funcionarios eran réprobos, conscientes de su degradación, que no se atrevían a manchar a los demás hombres ni aun siquiera dirigiéndoles la palabra.

Una puerta, una sola, separa aún a Desjardies de la libertad como de la guillotina. Las llaves se mueven con ruido metálico; un enorme pestillo se levanta; la puerta rechina al girar en sus goznes, y de fuera penetra hasta la bóveda un poco de luz lívida, mientras que por el hueco que queda formando como un marco siniestro, es fácil distinguirlos rojos brazos de la guillotina que parece que se elevan llamando a Desjardies.

Este no puede hablar. ¿Podrá al menos seguir andando? Porque sucede a veces, y es este uno de los ordinarios suplicios de la pesadilla, que las piernas se niegan a servirnos en el momento preciso en que la velocidad se impone.

El pobre Desjardies había pasado en pocas semanas varias veces y sin transición de la pesadilla a la realidad; de ahí que en aquel momento le fuera imposible explicarse si la guillotina que entreveía era la de sus sueños o la verdadera. Muchas veces, en sus sueños siniestros quiso huir de aquella máquina horrible sin que le fuera dado conseguirlo. ¿Le sucedería lo mismo ahora?

No; rehízose de pronto y sus piernas se movieron. Iba ya a trasponer el umbral de la prisión, cuando oyó con terror cómo el portero le decía...

—Pero... yo no le conozco a usted.

Desjardies sintió que su corazón se helaba. Su desesperación subió de punto al darse cuenta de que no le era posible pronunciar una sola palabra. La lengua, pegada al paladar, le rehusaba sus servicios. ¡Y en qué momento! Incapaz de todo punto de la acción más insignificante, de la más breve palabra, Desjardies continuaba allí, de pie ante el hombre que acababa de entreabrir aquella puerta. Aun tenía fuerzas para sostenerse, pero sabíase en aquel momento semejante a esos cadáveres milenarios que de vez en cuando

son puestos al descubierto en algunas ruinas; permanecen intactos, en la actitud que los sorprendió la muerte, pero se desmoronan en cuanto se les toca con el dedo.

El hombre de las llaves repetía.

—Yo no le conozco: no sé quién es usted.

¡Oh, hablar, hablar! ¡Poder pronunciar esta sencilla frase! «Yo soy el nuevo ayudante del verdugo y voy a buscar en el furgón algo de que tenemos necesidad.» Pero es esa una frase extraordinaria, que no se pronuncia todos los días y que pesa sobre la lengua como una losa de plomo... «Soy el nuevo ayudante del verdugo...»

No; Desjardies no puede hablar.

XIII

LA SEÑORITA DESJARDIES

—¡Introducid a la señorita Desjardies! —había dicho el rey Misterio.

Apenas dada la orden, una puerta que nadie había visto, una puerta secreta y bien disimulada, se abrió en el muro. Hacia aquel hueco convergieron todas las miradas, y fuertes murmullos, exclamaciones de sorpresa sin duda, resonaron en el salón cuando en el umbral de aquella puerta que conducía nadie sabía dónde, apareció una figura que nadie sabía de dónde llegaba. Aquella figura semejaba una estatua animada: una encarnación de la desesperanza, pero idealmente hermosa, como no se concibe en quien tiene las lágrimas como atributo.

Era la hija de Desjardies, que con una mano se apoyaba en el marco de la puerta, como si temiese que su extremada debilidad la hiciese rodar por el suelo de un momento a otro.

Sobre la poblada cabellera negra llevaba un velo que servía de marco a la cara, de palidez marmórea. Pero precisa decir, en honor a la verdad, que jamás artista alguno esculpió en el mármol de Paros óvalo más puro ni frente más armoniosa, no obstante el dolor que la contraía, ni ojos más bellos a pesar de las lágrimas que los inundaban, ni boca de más gracioso, dibujo, aunque la amargura mantenía cerrados los carnosos labios.

R. C. avanzó hacia la joven en medio de un silencio de muerte, y le tendió la mano, que ella tomó vacilante, dejándose conducir dócilmente a presencia de Sinnamari. Entonces, cuando estuvo frente al procurador imperial, cayó de rodillas, y por un buen espacio de tiempo sólo se oyó en la estancia el rumor de los sollozos de la afligida joven.

—Hable usted —dijo R. C.—, hable usted, señorita, si es que aún le quedan fuerzas para hacerlo. Diga usted al señor procurador imperial todo cuanto sabe.

La emoción más intensa aparecía reflejada en los semblantes de todos los allí presentes, incluso en el de Sinnamari, que no lograba abstraerse a un sentimiento de relativa piedad.

—Señor procurador —dijo Gabriela Desjardies con voz desfallecida—, mi padre es inocente. Yo diré a usted... es preciso esperar, sí, es preciso; yo no creo posible que no se me conceda el tiempo necesario para probar que mi padre es inocente. Si usted me hubiese oído antes ya lo sabría todo, y pensaría usted como yo, sí, señor, lo mismo que yo... Pero no ha querido usted oírme. Afortunadamente he logrado verle, a usted, que lo puede todo, y creo que aun puedo esperar... aun espero...

Y la joven, al decir que aun esperaba, exhaló tan lúgubre suspiro, que todos los allí presentes se conmovieron hondamente. Luego prosiguió, procurando dominar la angustia que la ahogaba, tratando de decir alguna cosa, de arrancar a su garganta algo que no fuese gritos estériles y lamentos sin valor para la causa que defendía.

Procuraba explicarse, dar a entender que se había procedido con ligereza; pretendía discutir técnicamente, como discuten los abogados, y el espectáculo de su impotencia resultaba por todo extremo penoso. De vez en cuando deteníase vencida por el dolor, y en aquellos momentos el silencio angustioso de Gabriela parecía a los circunstantes aún más lamentable que sus frases incoherentes y entrecortadas.

Pero de pronto hubo de pronunciar palabras inesperadas, al oír las cuales todos aquellos hombres se acercaron, formando como un círculo humano en torno a aquella desesperación que se arrastraba dolorosamente por el suelo.

¿Por qué la palidez de los semblantes? ¿Por qué las miradas parecían interrogarse a hurtadillas? ¿Qué poderoso interés agitaba las conciencias de Sinnamari, de Regine, de Eustaquio Grimm y del mismo Filiberto Wat, mientras que, cruzados los brazos, el rey Misterio seguía con escrutadora mirada de juez la súbita transformación de las fisonomías, y mientras que detrás de él, agarrándose a los faldones de su frac como lo hacen los niños miedosos, se agitaba un ente singular que habíase presentado en el salón sin que nadie supiese cómo ni por qué? Era de talla reducidísima, vivo de movimientos, y de tal modo conformado, que más aún que ser humano parecía un gnomo. Su cara, que era la de un viejo, variaba continuamente de expresión, reflejando con frecuencia la ironía, unas veces infantil y otras feroz hasta parecer cruel. En aquel momento el enigmático gnomo suspendió sus sorprendentes muecas y dejó oír una especie de cloqueo.

La voz de Gabriela parecía salir de una tumba: de tal modo era débil. Y aquella voz decía:

—¿Cómo lo he sabido? Pues por una casualidad; por una gran casualidad, señor. Yo no sabía nada de ese suicidio de un empleado de la Asistencia pública. Los periódicos habían hablado de eso, pero yo no los leo... Además, ¿cómo había yo de suponer que esa historia pudiera estar relacionada con nuestros asuntos? De ningún modo. Que un empleado de la Asistencia pública se suicida... ¿qué relación puede haber entre ese hecho y el asesinato de un empleado de la audiencia? Ninguna. Es decir, cree uno que ninguna, y sin embargo... Oigame usted, señor procurador; yo desearía contárselo todo; todo lo que me ha ocurrido desde que descubrí eso... El relato no será largo... Pero aunque lo fuese, debe usted escucharme para salvar a mi padre, a quien usted conoce... Usted sabe muy bien que no es, que no puede ser un asesino... Déjeme usted que hable; hay tiempo... ¿verdad que hay tiempo?

Cuando la sin ventura pronunció esas palabras «hay tiempo» la angustia oprimió un poco más el corazón de los allí presentes, sin excluir a los que, oyendo hablar a la joven, parecían gravemente preocupados.

—¡Tengo tiempo!

¿Ignoraba acaso la desdichada que su padre debía ser guillotinado de un momento a otro? ¿De qué antro, de qué tumba salía Gabriela para desconocer semejante inminencia, hallándose como se hallaba a diez pasos de la guillotina? Si en aquel momento hubiese vuelto la cabeza hubiera podido ver, a través de los cristales de la ventana, el cadalso apenas iluminado por la luz incierta del alba naciente.

—¡Tengo tiempo!... El señor, que es un amigo, me lo ha asegurado — repitió volviéndose hacia el rey Misterio—. La ejecución no ha de ser hoy... Y como al fin he podido ver a usted, creo que ya no será nunca... No me acuerdo de lo que iba diciendo... ¡Ah, sí! Hablaba del empleado de la Asistencia pública... Pues verá usted. En la misma casa que yo habito, arriba de todo, en una bohardilla miserable, vive una pobre mujer... Debe usted ir a verla, señor procurador e interrogarla, pero pronto, pronto, porque la infeliz está muy mala. Se llama la señora Didier. Ella me ha contado que su marido, el empleado de la Asistencia pública de que hablaba ahora mismo, no se suicidó como todo el mundo había creído, y como en altas esferas... sí, así decía ella, en altas esferas, fingían creer. Aseguraba, por el contrario, que a su marido lo habían suicidado, como según parece ocurre algunas veces en los asuntos políticos. Sí, ella me explicaba eso... Un día se encuentra a un hombre colgado de una ventana, como ese Didier; y no es que se haya

ahorcado, ¡es que lo ahorcaron! Era un testigo comprometedor y lo han hecho desaparecer... Cosas de la política... También me dijo que su marido.

Se ocupaba secretamente de política, que sabía muchas cosas, demasiadas cosas, y que la víspera de su muerte el hombre estaba lleno de esperanza pensando en lo porvenir, seguro, según hubo de manifestarle, de que antes de mucho serían ricos y podrían retirarse de los negocios... Todo lo que me contaba aquella mujer me importaba poco, no tenía interés para mí; pero hubo de sorprenderme la fecha del supuesto suicidio de su marido, el 3 de Junio... Precisamente el 3 de Junio fue asesinado Lamblin y preso mi pobre padre...

Gabriela Desjardies se detuvo un instante en su narración, interrumpida por los sollozos, sin que nadie osara turbar el solemne y angustioso silencio. Solo R. C. se adelantó, como con deseos de levantarla, pero ella lo rechazó, obstinándose en continuar de rodillas.

—El 3 de Junio, señor procurador imperiales una fecha terrible para mí. Yo he hojeado página por página la causa de mi padre mientras estuvo en poder de su abogado. He leído una y mil veces cada uno de sus folios. ¡Si hasta me los sé de memoria! Todo lo ocurrido el 3 de junio, particularmente, lo tengo grabado en la imaginación, con caracteres indelebles. El drama se desarrolló entre las siete y las ocho de la mañana. Al salir de casa —entonces vivíamos en la calle de Rivoli—, mi padre se dirigió directamente al Palacio de Justicia, mientras que Lamblin, según consta en los autos, salió de su casa a las cinco de la mañana, y fue a visitar a uno de sus amigos que vivía en la plaza del Hotel de Ville. ¿Quién era ese amigo? La mujer de Lamblin lo ignoraba... por lo menos así lo ha declarado. Su marido hubo de limitarse según parece, a decirle que aquel día le era preciso encontrarse temprano en el Palacio de Justicia, y que antes quería pasar por la casa de uno de sus amigos, en la plaza del Hotel de Ville. La instrucción no ha podido averiguar quién era ese amigo; tal vez el detalle le pareció sin importancia y no hubo empeño en esclarecerlo. Pero yo, señor procurador imperial, yo sé bien quién es el hombre a quien Lamblin visitó antes de hacerse asesinar en el Palacio de Justicia. Ese amigo es Didier, el mismo a quien se encontró suicidado poco después... No diga usted que no, señor procurador; me consta de modo indudable. La señora de Didier me dijo, en el curso de la conversación, que antes de habitar en el hotel del Mapamundi había vivido con su esposo en la Plaza del Hotel de Ville... ¡Figúrese usted lo que yo he debido insistir para que hablase, para que completara su relato!... Y como la pobre está muy enferma y débil, apremiada por mí que he sido su enfermera, confesó, creyéndose, ¡qué sé yo!, tal vez próxima a la muerte. Sí, señor, me aseguró

que su marido había recibido la visita de Lamblin antes de suicidarse... Ella tuvo ocasión de verlo, por sus propios ojos, en su propia casa... Y esa mujer, se muere, señor procurador, esa mujer que sabe cosas terribles... Es preciso interrogarla de seguida, cuanto antes, mientras sea tiempo... Hay que escucharla si se quiere evitar una tremenda injusticia. Y eso es lo que quería decir a usted, señor procurador, desde hace quince días. Gracias a Dios he podido hacerlo; gracias a Dios y a este caballero —añadió volviéndose hacia R. C.— que se ha convertido en un instrumento del Todopoderoso.

Mientras Gabriela Desjardies hablaba, Regine y Eustaquio Grimm habían ido retrocediendo poco a poco hasta llegar a colocarse detrás de Sinnamari. Hubiérase dicho que aquellos hombres buscaban instintivamente un abrigo en el procurador imperial, como si algún inesperado peligro les amenazase. Y como quiera que Gabriela se diese a andar de rodillas, suplicando rendidamente al procurador que no demorase por más tiempo el oír a la viuda de Didier, Sinnamari hubo de retroceder a su vez y con él retrocedieron naturalmente los demás, ocurriendo que Gabriela, que hasta entonces no viera nada de lo que la rodeaba, hubo de fijarse en la ventana y continuando la mirada su viaje a través del cristal, erró por la plaza y se detuvo al fin en la siniestra silueta de algo que era su pesadilla desde muchos días antes; en la de los brazos amenazadores del instrumento de muerte. Un grito ronco se escapó de su garganta, púsose en pie de un salto, y corriendo a la ventana hubo de comprender toda la extensión del infortunio que se cernía sobre su cabeza.

—¡La guillotina! —pronunció con voz extraña, indefinible, salvaje.

Y se arrancaba los cabellos, atronando el salón con sus gritos lamentables, porque frente a la guillotina acababa de ver abrirse la puerta de la cárcel en cuyo umbral aparecía el cortejo de los hombres negros.

Capaz hubiera sido, en su dolor demente, de arrojar a la plaza a través de los cristales, a no verse detenida en su loco intento por el hombre en quien un momento antes parecía haber colocado toda su confianza.

En la sala, todo el mundo parecía haber perdido por completo la serenidad. Regine se hallaba próximo a desfallecer; Eustaquio Grimm murmuraba frases incomprensibles; Filiberto Watt, por no ver lo que ocurría en la plaza, habíase vuelto de espaldas al balcón y se apoyaba contra el muro, como un hombre ebrio; Sinnamari, deseoso de ocultar la feroz alegría que iluminara de pronto su facies terrible, pasaba febrilmente un pañuelo por su frente, que el sudor humedecía; las dos mujeres, la artista y la cortesana, pronunciaban palabras incoherentes, lanzando al mismo tiempo gritos en los que palpitaban el horror, la desesperación y la piedad; maitre Mortemart se

hallaba tan turbado que no podía acertar a poner orden en sus preciosos papeles, ni a guardarlos en la inmensa cartera; y por último, el pobre Bisón procuraba en vano encontrar en los puntos de su pluma, las frases arcaicas con que los escribanos acostumbran a redactar los acontecimientos judiciales de que son testigos. Solo R. C. parecía tranquilo. Pero tampoco lo estaba. Dominando sin embargo una emoción soberana, fijó su mirada en la mirada vacilante, perdida, de Gabriela, y *le ordenó que la apartase del espectáculo de la plaza.*

Recibió Gabriela el rudo choque de aquella mirada de acero, y retrocedió murmurando un nombre:

—¡Roberto!

—Sí, Roberto; él es quien manda que espere usted —murmuró el rey Misterio con voz tan dulce, tan *nueva*, que todos los presentes se sorprendieron al oírla.

—¿Para qué aconsejarle la esperanza —replicó Sinnamari implacable— si Desjardies ha muerto?

Y como al oír la terrible frase Gabriela cayó casi desvanecida en brazos de R. C., éste, antes de que la muchacha cerrara los ojos tuvo tiempo de señalarle un hombre que acababa de aparecer en el umbral de la puerta secreta por la que ella misma entrara poco antes, diciéndole al mismo tiempo con calma soberana:

—El señor procurador imperial ha mentido, señorita; su padre de usted vive.

Y así diciendo, puso en manos de Desjardies salvado, la preciosa carga que estaba a punto de escaparse de entre las suyas.

En aquel momento, y dominando los gritos de entusiasmo de los unos y los clamores de rabia de los otros, oyóse un gran ruido; produciéndolo el extraño e inverosímil personaje de que hablamos antes, que tenía algo de gnomo, de enano, de niño y de viejo, el cual acababa de precipitarse al suelo desde el elevado taburete en que se encaramara, para ver mejor sin duda. Acercándose a R. C. tomó su mano, sacudiéndola con feroz energía. En aquel momento sus ojillos vivarachos brillaban como carbunclos, y su rostro de pergamino aparecía fuertemente sonrosado. En medio al estupor de los circunstantes pronunció dos palabras, dos tan sólo, que expresaban sin duda la satisfacción que habíale producido el asistir como testigo a los extraordinarios acontecimientos que acababan de desarrollarse en aquel salón.

—*¡All right!*

* * *

En la época, ya algo remota, en que hubo de ocurrir el inverosímil pero histórico drama cuyas principales escenas relatamos en este libro, la calle de los Sauces no tenía de calle más que el nombre, siendo en realidad una especie de riera limitada a ambos lados por muros ruinosos y solares tétricos, en uno de los cuales se alzaba un edificio pequeño de construcción antiquísima, el cual sosteníase aún en pie por no se sabe qué milagro de equilibrio, y quizás también por efecto de la voluntad de su propietario. Dicho edificio era una posada que por aquel entonces llevaba el título poco tranquilizador de *Posada del Presidio*.

El curioso que se decidía a empujar la puerta de la tal posada sentíase al momento interesado por la extraña decoración de las paredes, a la vez artística y espeluznante. Y es que las escenas de asesinato, de riñas, de pillaje, de venganzas y de amores, constituían el máspreciado ornamento de las salas, bajas de techo y sombrías, testimoniando al mismo tiempo del eclecticismo de la clientela de la *Posada del Presidio*, clientela de la que, al parecer, no estaban excluidas las personas honradas ni los artistas.

Serian como las ocho de la mañana, de la misma trágica mañana que alumbrara la evasión de Desjardies, cuando un desvencijado coche de punto cuyo caballo cansino parecía haber subido con no poca dificultad la empinada cuesta de la antigua calle de los Molinos y la calle Gabriela, se detuvo en la plazoleta que no lejos de la calle del Mont-Cenis descende en cuesta tan rápida hacia París que el extranjero, que por la primera vez pone su planta en aquella resbaladiza pendiente, experimenta vértigos y busca en el acto algo a qué agarrarse para no morir empalado en alguna de las Hechas góticas que descubre amenazadoras a centenares de metros más abajo.

De aquel coche se apeó un personaje a quién reconoceremos sin dificultad no obstante los amplios pliegues de la pelliza con que cubría su desmedrada persona. La nariz grande y descolorida y los ojos pequeños y vivarachos, visibles bajo la gorra de paño con que cubre su cabeza, han denunciado enseguida al gnomo que vimos por primera vez en la reunión de la plaza de la Roqueta.

Atravesó la plazoleta, apoyándose en un bastón tan corlo como grueso, y llegado al extremo de ella descendió con gran rapidez la fúnebre calle de los Sauces de la que hablamos hace un momento. En tal hora matinal, la calle hallábase desierta, por lo que el hombrecillo llegó sin ser visto de nadie hasta

el terraplén en el que se alzaba la *Posada del Presidio*, a la puerta de la cual golpeó repetidamente con el bastón, mientras gritaba:

—¡Tía Fidela! ¡Tía Fidela!

En el primero y único piso de la hospedería se abrió entonces una ventana, y en el marco de la misma pudo ver el homúnculo la cara mofletuda, coloradota y reluciente de la posadera, quien procuraba en vano dar a su desgredada cabellera la apariencia de un moño decente y respetable.

La dueña de la posada de asesinos en expectación de empleo y de pintorcillos sin blanca, era buena por naturaleza, usufructuaba un excelente carácter, y sabía olvidar fácilmente los favores que con frecuencia le era dado dispensar a no pocos de sus habituales clientes, entre los cuales gozaba de grande y merecida popularidad.

—¿Es usted, señor Macallán? —preguntó la buena mujer a la vista del enano—. Bajo enseguida; un poco de paciencia...

Resignado, el señor Macallán se puso a golpear el suelo endurecido con los pies, mientras caían, blandos y silenciosos, los primeros copos de nieve.

La puerta se abrió a los pocos momentos, y el hombrecillo penetró en la posada, diciendo a voces a la patrona:

—*Good morning! Gin and soda, please!*

Algo acostumbrada debía hallarse la tía Fidela a las excentricidades y aun a los gustos de su singular cliente, porque sin extrañarse poco ni mucho de sus modales, fuese hacia el mostrador, tras el cual encontró enseguida la ginebra y la soda pedidas, y con ambas cosas se dirigió hacia una sala interior, a la que daba acceso una escalera de tres o cuatro peldaños.

El enano la había precedido, y se hallaba ya en la sala, cuyas paredes adornaban las extrañas pinturas murales de que antes hablamos.

—Tía Fidela —dijo el hombrecillo, encaramado en un taburete—, tráigame usted también pluma, papel y tintero.

Cuando tuvo ante sí todo lo pedido, tragó una buena porción de su bebistrajo, y mojando con furia la pluma en el tintero escribió en un sobre la dirección de lord Aberdeen, en su castillo de Inverness, en Escocia. Hecho lo cual comenzó a redactar en inglés una carta, los términos de la cual, que rebosaban entusiasmo, nos apresuramos a traducir para conocimiento del lector. Decía casi:

«Querido y grande amigo; *escribo a usted desde el interior de la posada del Presidio*. Acabo de pasar una noche inolvidable que me consuela de muchas otras cosas. ¡Noche estimulante, noche soberana, esplendida noche! (*what a splendid night*).»

En este punto estaba de sus adjetivos el señor Macallán, cuando el ruido de la puerta, que se abría sin brusquedad, le obligó a interrumpir su trabajo.

—¡El rey! —exclamó al darse cuenta de quién era el que acababa de entrar—, ¡el rey! ¡Ustedes el rey, un rey verdadero, indiscutible!... *You are a right king!*... La mano... Que sea enhorabuena... *Well!*

Era en efecto R. C. quien se encontraba en presencia de Macallán. Una larga esclavina negra le cubría de los pies a la cabeza, y su admirable y pálido semblante, iluminado por sus ojos profundos, de mirada en aquel momento extrañamente dolorosa, hallábase vuelto hacia su interlocutor, como si de él esperase algo más que sus efusivas congratulaciones.

Así debió comprenderlo Macallán, porque sonriendo imperceptiblemente, pareció tomar una resolución.

—¡*Come!* —dijo.

Y dando un salto sobre su elevado taburete, el gnomo se encontró en el suelo, apoyado en sus piernecillas entecas y en su recio y corto bastón. Fuese luego hacia la puerta y R. C. le siguió, dejando escapar hondo suspiro.

Fuera, la nieve caía cada vez más densa. Macallán y R. C. abandonaron sin embargo la posada, sin que la tía Fidela asomase por ninguna parte su cara gordinflona. Después de remontar un poco la cuesta de la calle de los Sauces, los dos hombres torcieron de pronto a la derecha, internándose en un sendero que cortaba la calle en ángulo recto.

Era un camino infernal, bordeado de muros ruinosos, de empalizadas podridas por la acción de las lluvias, y de alguno que otro árbol raquítico, que conducía directamente a un cementerio.

Sí; allí había un cementerio cuyos muertos París había olvidado sin duda. Era un cercado no muy grande, de pronunciada pendiente, cerrado por una verja herrumbrosa que parecía no haber sido abierta desde muchos años antes. Mirando a través de dicha verja era fácil distinguir algunas tumbas abandonadas, cruces vacilantes y losas sepulcrales cuyas inscripciones hubieron de desaparecer, roídas por el musgo invasor, y lavadas sus débiles huellas por las lluvias invernales.

Aquel pobre y olvidado cementerio era el de San Vicente. Aun existe, y se asegura que en él se hacen enterramientos. Puede ser, puesto que frente a la verja se halla establecido un vendedor de objetos fúnebres. Detrás de los cristales polvorientos, cuatro coronas de siemprevivas muestran al visitante sus amarillas circunferencias.

Macallán y R. C. habíanse detenido.

—¿Es aquí? —preguntó el rey Misterio.

—Aquí es —contestóle Macallán.

XIV

EL JURAMENTO

Preso de una emoción que en vano intentaba disimular, el rey de las Catacumbas había apoyado su frente en la reja, y a través de los barrotes de la misma miraba con ansiedad el interior del fúnebre recinto mientras que Macallán, volviendo un poco hacia atrás, iba a llamar a una puertecilla situada no lejos de la verja. Luego de dar algunos golpes discretos fue a reunirse con R. C., y, como éste, dióse a contemplar aquel pobre campo de reposo que, siempre triste e impresionante, parecía aún mucho más cubierto como se hallaba en aquel instante por el blanco sudario de la nieve.

Con su vocecilla antipática, que recordaba el chirrido de una carraca rota. Macallán hablaba.

—Parece un cementerio de novela, ¿verdad? —decía—. Da frío pensar en el que deben tener los que duermen ahí... Aunque, ¡quién sabe!, tal vez están mejor que nosotros...

El hombrecillo no continuó. La puerta a la que llamara poco antes acababa de abrirse. Un hombre, cubierta la cabeza con gorra galoneada, apareció en el marco de la misma. Era el guardián del cementerio, hacia el cual se dirigió el gnomo. Murmuró algunas palabras a su oído, y entró en el fúnebre recinto seguido de R. C.

El hombre de la gorra galoneada había cerrado la puerta. Macallán, que sin duda conocía el terreno que pisaba, torció enseguida a la derecha, y pasando entre dos hileras de tumbas abandonadas llegó a un rincón del cementerio, contiguo al muro de cerca, que aun hoy día parece no haber dado asilo a ningún muerto puesto que la tierra, en la que crece la hierba amarillenta en el verano, se halla huérfana completamente de cruces, de coronas y de flores, naturales o artificiales.

Y sin embargo, precisamente en ese rincón al parecer abandonado, recibieron sepultura provisional, cuando los sucesos de la Comuna, los

cadáveres de los generales Lecompte y Clement Thomas, arrastrados hasta allí después de los fusilamientos de que fue teatro el jardinillo de la calle de los Rosales.

¿Qué objeto llevaba al gnomo Macallán, seguido como una sombra por R. C., hasta aquel rincón del cementerio de San Vicente que los mismos muertos habían desertado?

Llegados que fueron a lo alto del montículo, Macallán se volvió hacia su acompañante, y señalándole el Angulo del muro:

—¡Ahí es! —le dijo.

Acercóse R. C., y luego de observar que una mano desconocida había trazado con alquitrán una cruz en la pared, cayó de rodillas.

* * *

Profundo como el silencio, mudo como la tumba,, discreto como la muerte, el dolor de R. C. manteníalo inmóvil, inclinado sobre aquella tierra que el hombre más piadoso hubiera podido hollar sin que ningún signo exterior le advirtiese de que cometía un sacrilegio. Así permaneció mucho tiempo. Los minutos transcurrían en el silencio de todas aquellas cosas muertas, y en la fría dulcedumbre de la nieve, que lloraba sobre el cementerio sus lágrimas blancas y silenciosas. R. C. no lloraba, ni gemía, ni suspiraba siquiera. ¿Rezó? Tampoco. Pero cuando su busto se irguió al fin, cuando su frente húmeda por la escarcha, se volvió hacia Macallán, éste no pudo soportar el brillo cegador de dos ojos que más que tal parecían rayos, y retrocedió ahogando entre sus labios algunas palabras incomprensibles.

En realidad la luz del rayo no es tan deslumbradora como lo era la mirada de R. C. cuando se incorporó sobre aquella tierra que escondía algo de que él solo conocía el secreto. Hacia ella habíase inclinado el Dolor, que al enderezarse era ya otra cosa: era el Furor santo. Y al extender lentamente su mano, con gesto de divina amenaza, hacia París, hacia la ciudad cuyas torres y campanarios se divisan desde aquel miserable rincón de tierra sagrada, el rey de las Catacumbas, más que ser humano, parece algo así como una milagrosa encarnación del terrible ángel de la venganza.

Y he aquí que al lado de ese ángel se agita un demonio que sopla incesantemente para agigantar más aún la llama de odio que abrasa el corazón de R. C.

—¡Jura! —dice Macallán—. ¡Jura y acuérdate!

Y los labios mudos de R. C. deben pronunciar un terrible juramento, que no se atreven a confiar ni aun a los que ya no existen, puesto que se mueven, se mueven, pero no se oye una palabra de lo que dicen...

Pero Macallán quiere oír.

—¡Más alto! —dice el gnomo, cuya fisonomía tiene en aquel momento expresión verdaderamente diabólica—. ¡Jura!... ¡Jura, que yo le oiga!... Di tan solo: lo juro. Me daré por contento.

Y el hombrecillo, inclinándose hacia el rey de las Catacumbas, pudo oír como éste decía:

—¡Lo juro!

Entonces sucedió una cosa extraña. Macallán se frotó las manos como si pretendiera arrancarse la epidermis; saludó ligeramente con la cabeza, dio media vuelta, y sin ocuparse ya poco ni mucho de R. C. dirigióse hacia la puerta del cementerio. Apenas fuera del campo del reposo, la extraordinaria y fantástica alegría que embargaba su alma se tradujo en desordenados movimientos de su cuerpecillo contrahecho. Pocos momentos después hallábase frente a la, *Posada del Presidio*. De pie en los escalones de la misma, se encontraba un hombre.

—¡El Buitre! —exclamó alegremente Macallán al reconocerlo—. Has hecho bien en venir.

Así diciendo lo arrastró con rapidez hacia la sala en que poco tiempo antes comenzara su correspondencia.

—Buitre —le dijo sacudiéndole la mano—, vas a contarme historias. Quiero que me lo digas todo, todo... Deseo saberlo todo, desde el principio. Misterio no me dice nunca nada, ¿me oyes?, nada, ni una palabra... Te aseguro que hay días en que soy desgraciado.

Hizo sentar al Buitre en una silla baja, y él permaneció en pie, frente a su interlocutor, en espera de las historias demandadas, dando visibles muestras de gran curiosidad.

—¡Te escucho! —dijo sacando del bolsillo del pantalón un inmenso cortaplumas con la hoja enorme del cual comenzó a recortarse las uñas.

El Buitre, que vestía traje de americana y sombrero hongo, comenzó a hablar y enteró al enano de todos los acontecimientos de la noche anterior, así como de los detalles de la evasión de Desjardies.

Macallán le escuchaba con la misma visible satisfacción que experimenta el niño a quien se refieren cuentos de hadas o hazañas de bandidos. Cuando el Buitre, en su narración, llegó al momento en que Desjardies habíase visto detenido a la puerta misma de la cárcel por la pregunta indiscreta del conserje,

el enano se estremeció, como pudiera hacerlo un niño al ver en peligro al héroe de una aventura extraordinaria. Pero su emoción duró poco. Afortunadamente, la intervención oportuna del guarda de los ojos de albino que con el Buitre y Pata de gallo vigilaban desde el rastrillo los movimientos de Desjardies, hubo de decidir al portero a dejar franco el paso «al nuevo ayudante del verdugo que necesitaba acercarse al furgón». Diez minutos después Desjardies se encontraba entre la gente apostada en la calle de la Vacquerie y arrastrado por algunos hacia sitio para él desconocido. Bajado a la cueva de un taller de aserrar maderas, de ella salió para encontrarse, sin saber cómo, frente a frente de su hija. Lo ocurrido después ya lo conocía Macallán.

Pero aun ignoraba, y de ello se enteró con satisfacción, la cruel y última aventura ocurrida a Próspero y Dionisio, los verdaderos ayudantes del verdugo.

Ello fue que el ayudante de guardia, que viera entrar a los dos ayudantes del verdugo, (los falsos), hubo de manifestar su asombro al ver que más tarde salían tres: (Desjardies, el Buitre y Pata de gallo) y fue precisa una nueva intervención del guardián de los ojos de albino conocido por el portero como uno de los más fieles, para hacerle comprender que Pata de gallo no era más que el secretario del juez de instrucción, que iba en busca del procurador imperial para enterarle de las sensacionales revelaciones que acababa de hacer el condenado, a causa de las cuales, y contra las reglas establecidas, habíase decidido retardar la ejecución. Apenas fuera de la cárcel los tres compadres hubo de llamar la atención del portero el ruido infernal que armaban los funcionarios encerrados en el patio de la administración, y dirigiéndose presuroso hacia el rastrillo, hubo de descubrir el pastel, aunque ya tarde. Precisamente en aquellos momentos los auténticos ayudantes del verdugo, los verdaderos Próspero y Dionisio, a quienes la banda de los Titís de Pantin acababa de dejar en libertad, se presentaban como locos a la puerta de la cárcel; y el ayudante, que ya había visto tres auxiliares del verdugo, al enterarlo de que se presentaban dos más declaró que ya eran demasiados, ordenando en el acto que los arrestasen. He aquí cómo los infelices Próspero y Dionisio, que ya aquella noche fueran detenidos arbitrariamente por las gentes del rey Misterio, lo fueron una segunda vez por los soldados de la guardia de prevención.

Gozaba lo indecible el gnomo Macallán escuchando este relato, cuando el Buitre se inclinó hacia él y deslizó en su oído algunas palabras. ¿Qué noticia sorprendente podía comunicarle? Nadie pudo saberlo. Pero es el caso que en

el semblante del hombrecillo se reflejó primero la incredulidad, luego el estupor, y por último la rabia, una rabia loca, insensata: que estalló bruscamente y con tal violencia, que para desahogarla en parte sin duda, Macallán clavó el cortaplumas de que se servía para limpiarse las uñas en la mesa que tenía delante, y esto con tal fuerza, que el mango quedó vibrando como la flecha emplumada que se clava en el blanco.

—¡By Jove! —rugió furioso—, si lo que acabas de decirme es cierto, Buitre, tú eres un amigo; pero si mientes, si por casualidad te has equivocado, conste que no doy un penique por tu pellejo. Vamos a ver, ¿quién te ha contado semejante cosa?

—La Muna —replicó el Buitre sin inmutarse.

XV

BENVENUTO CELLINI

Caminaba el rey Misterio por callejas extraviadas. Su frente dolorosa parecía inclinarse aún sobre la tierra fúnebre que fuera testigo mudo de su juramento, y en su mirada soberana reflejábbase todavía la visión del humilde cementerio. El viento que llegó a azotarle la cara apenas llegado a lo más alto de Montmartre, pareció volverle a la realidad de las cosas. Orientóse durante un momento, observando con escrupulosa atención en torno suyo, y en vista sin duda de que nada sospechoso le rodeaba, serenóse su semblante, y la idea terrible que atenazaba poco antes su cerebro desapareció de él para dar paso a pensamientos más dulces, más humanos.

Bajó con rápido y seguro paso por la calle Gabriela, y antes de llegar a la vieja calle de los Molinos se detuvo ante unos terrenos sin cultivar, completamente abandonados al parecer, y de nuevo miró en torno suyo. Luego, satisfecho sin duda de su examen, saltó una valla, que servía de cerca a un campo poblado de montones de basura y de cascos de botella, y bordeándola durante algunos momentos, tomó de nuevo la dirección de los solares abandonados que limitan por uno de sus lados la calle vieja de los Molinos, hasta que se encontró detenido por un vasto edificio cuya fachada correspondía con seguridad a dicha calle.

Una vez allí, dio la vuelta por la parte trasera de la casa y se detuvo ante una puertecilla apenas visible en una de las paredes maestras. Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta, en el hueco de la cual aparecieron los primeros peldaños de una escalera tan sombría como ruinoso. Luego de cerciorarse gracias a una nueva e inquisitorial mirada, de que nadie había podido verle, pasó el umbral de la puerta, que cerró tras de sí, y dióse a subir la escalera con precipitación que denotaba claramente su perfecto conocimiento de la topografía de la casa misteriosa.

R. C. subió así, sin detenerse y sin encontrar rellano alguno, como la altura de tres pisos, por lo que no era aventurado suponer que aquella escalera hubo de ser construida en su tiempo con el exclusivo objeto de que condujese a la única habitación en la cual terminaba.

Dicha habitación era una modesta bohardilla muy pobremente amueblada. Al entrar en ella veíase tan sólo un portier, destinado a ocultar la entrada de la escalera de que acabamos de hacer mención; una cama de hierro enfrente de la misma; una mesa-tocador provista de profundas palanganas bajo el ventanuco que daba luz al cuarto; al lado de ella una cómoda apoyada contra la pared, y encima un miserable espejo. Eso era todo. Es decir, no: a la cabecera del lecho destacaba un cuadro de indiscutible valor artístico, una verdadera obra de arte, ejecutada sin duda por un maestro de la pintura, que no quiso o no pudo firmar su creación genial.

Dicho cuadro era un retrato de mujer; una cabeza maravillosamente bella, de noble continente y expresión llena de gracia y de dulzura. La cabellera abundosa y muy rubia contrastaba profundamente con los ojos, negros como el azabache. Poblados bucles simétricamente caídos sobre los hombros admirables, encuadraban con graciosa armonía el óvalo de la cara, delicado y de impecable dibujo, aun cuando la nariz parecía un tanto aguileña; tal ligero defecto sin embargo, lejos de descomponer el hermoso conjunto, ponía en aquella encantadora fisonomía esa nota de altivez que los hombres delicados se alegran de observar en la mujer amada. La boca, muy pequeña, parecía haber sido hecha para besar y ser besada. Era aquel indudablemente el retrato de una enamorada pintado por un amante.

Apenas entrado en la bohardilla y cerrada cuidadosamente la puerta, R. C. miró con entusiasmo al retrato, sonriéndole como a una persona querida a quien se saluda, y dirigióse luego hacia las amplias alacenas que ocupaban todo un lado de la misérrima habitación, las abrió con ayuda de llaves especiales, y fue tomando en ellas varios efectos de ropa, una boina y una caja, que depositó sobre la mesa-tocador. Hecho lo cual dio comienzo a la faena.

Abrió en primer término la caja, y de ella extrajo una sedosa barba rubia, y una peluca del mismo color, colocándose ambas cosas con la habilidad de un cómico graduado de maestro en el arte de disfrazarse y de cambiar de fisonomía. Y así metamorfoseado, el parecido entre R. C. y la mujer del retrato resultaba verdaderamente asombroso, como puede un hermano parecerse a su hermano, ó un *hijo a su madre*.

Nadie hubiera podido reconocer entonces a Misterio, y menos aún cuando hubo endosado el amplio pantalón y la americana de pana negra, después de anudar con negligencia en torno a su cuello, y sobre la camisa sin planchar, una flotante corbata *Lavalière*, prendas todas que le daban al aspecto de un artista de pura cepa montmartresa.

Roberto Pascal, que tenía su taller en el Hotel del Mapamundi, y que era algo pintor, bastante escultor y un artista por temperamento, se calificaba a sí mismo, con notoria modestia, de obrero decorador. Sin embargo, sus amigos, que no ignoraban sus grandes capacidades, llamábanle familiarmente Benvenuto Cellini, con entusiasmo admirativo que se comprenderá cuando en compañía de R. C., convertido de nuevo en Roberto Pascal, empujemos la puertecilla que comunicaba su habitación con el taller.

Este era una vasta pieza cuadrangular admirablemente alumbrada por inmensa vidriera que hubo de reemplazar a medias el techo de planchas de zinc que cubriera en otro tiempo las bohardillas. Roberto Pascal encontró el taller por alquilar a la muerte de un artista de cierto renombre que comenzó a embadurnar sus telas siendo aún muy joven en una de las bohardillas del *gran* hotel del Mapamundi, y que más tarde, llegados para él la gloria y el dinero, no quiso nunca abandonar aquel albergue de bohemios que él llamaba el paraíso terrenal, aun cuando la comida era infame, y por más que las corrientes de aire en el invierno y el calor espantoso en el verano lo hacían casi inhabitable. Entendióse pues el artista con el propietario, y éste le hizo construir en el cuerpo de edificio del segundo patio un taller, y puso a su exclusiva disposición una escalera, que conducía a la parte trasera de la casa, la existencia de la cual era ignorada por los habitantes del hotel.

Muerto el artista, Roberto alquiló encantado el taller, y lo arregló a su modo. Bastaba verlo para percatarse de que Pascal, que se decía obrero decorador, era ante todo y sobre todo un orfebre como ya no es fácil encontrar en nuestros días, en que los procedimientos de la fabricación y de la mecánica han transformado por completo un arte que avaloraba en otros tiempos la paciente originalidad del obrero, servida por su personal habilidad en el manejo de delicados instrumentos.

De cuantos objetos de arte poblaban el taller, pocos eran los que debieron conocer el molde. La inmensa mayoría de ellos había sido trabajada y cincelada por la mano del obrero, pudiendo desde luego asegurarse que el único procedimiento de que éste se servía era el *martillado*.

Hacíase imposible, en efecto, descubrir en el taller un solo tomo. A quien se extrañaba de la ausencia de tan necesario utensilio solía contestar Roberto

que el torno ejerce deplorables efectos en el metal, ensanchando sus poros y reblandeciéndolo, mientras que el martillado, por el contrario, lo coloca en la mejor condición molecular que puede desearse.

Esparcidos por las mesas había en el taller gran cantidad de martillos de diferentes tamaños, de los que la mayor parte eran en boj, teniendo redondeada la parte que en los otros martillos es cortante, con objeto de poder extender la materia sin temor a verla cortada. Mezclados con los martillos había todos los instrumentos que pueden servir a un cincelador para terminar los trabajos del orfebre; cierres de acero, limas encorvadas que penetran más fácilmente en las cavidades pequeñas; escofinas delicadas, tijeras de extrañas formas; punzones, que, terminados por una media bola, sirven para marcar la concavidad de las medias perlas, y cinceles de media caña que marcan por el contrario el relieve de las mismas; una porción de utensilios en fin cuya exacta nomenclatura no habría podido hacer ninguno de los orfebres o cinceladores de nuestros días, por la sencilla razón de que tales instrumentos habían sido inventados por el propio Roberto Pascal, quien los construyó a su modo, afinándolos o embotándolos según la naturaleza del trabajo a que mentalmente los destinara. Si a esto se añade que, a juzgar por los trabajos en yeso y en barro cocido que abundaban en el taller, Roberto debía inventar sus modelos, revelándose como escultor delicado y como burilador y cincelador de primera fuerza, se comprenderá que los huéspedes habituales del Hotel del Mapamundi comparasen a Roberto con Benvenuto Cellini, el más delicado artista orfebre que han conocido los siglos, y le bautizaran con el nombre ilustre del glorioso italiano.

Luego de atravesar, inspeccionándolo al mismo tiempo con la mirada, el vasto taller, Roberto recorrió sin ruido el cerrojo de una puerta que daba a la escalera del Hotel, y abriendo ésta, cuyo tablero exterior se adornaba con un medallón de lo más hermoso que pueda imaginarse, una verdadera joya de cobre labrado al relieve que representaba a Margarita de Valois, en la mejor época de su vida de amorosa, sacó un poco la cabeza echando una rápida ojeada por el descansillo de la escalera, desierto en aquel momento.

Realizado este examen entornó la puerta, y atravesando de nuevo el taller dirigióse hacia una bigornia redonda, colocada cerca de la cristalería, y de una mesilla próxima tomó un martillo y una hoja de plata. Levantando con una mano el martillo y manteniendo con la otra la hoja de plata sobre la bigornia, dióse a golpear esta última acompasadamente, descargando en ella golpes seguros, firmes, secos, de esos que caen sin vacilación sobre la plata, y que

hieren sólo una vez en el mismo punto, dando poco a poco a la hoja la forma esférica.

Hubo un momento en que cesó el martilleo. Roberto escuchaba los ruidos del exterior. Luego dióse a martillar cada vez más fuerte, hasta hacerlo con verdadera rabia; y aunque la pobre hoja de plata perdía de su espesor, amenazando con deshacerse, el artista continuó su furioso martilleo hasta que oyó llamar a la puerta. Tiró entonces el martillo y fuese a abrir.

En el umbral de la puerta, que quedó antes entornada, se hallaba una mujer joven.

—Entre usted, señorita —dijo Roberto Pascal.

Y Gabriela Desjardies penetró en el taller.

No era ya la joven la encarnación de la desesperanza que vimos penetrar en el salón Pompadour de la plaza de la Roqueta; por el contrario, sus mejillas antes pálidas aparecían ahora coloreadas, y de los ojos negros y hermosísimos hubo de retirarse la mirada de espanto, para dejar que en ellos brillara la del consuelo y la esperanza.

Adelantó Gabriela hacia Roberto con movimiento espontáneo, tendidas las manos como si buscasen las del joven artista; y en la actitud y movimientos de la muchacha adivinábase la plétora de gratitud que ansía manifestarse.

—¡Ah, amigo mío!... —dijo.

Y no se le ocurrió otra cosa. Detúvose, acometida de noble confusión, porque instintivamente se percató de que se hallaba tocando casi con su busto el pecho del joven, tan cerca del mismo que habría podido contar los latidos del corazón del artista.

Gabriela retrocedió un poco, muy poco; tan poco, que un espectador indiferente de aquella escena luego de pensar que la gratitud tan sólo había precipitado a Gabriela hacia Roberto, no hubiera dejado de comprender que era el amor el sentimiento que de él la apartaba enseguida.

Tan turbado como la joven hallábase Roberto, si es que no lo estaba aún más; porque ello es que si Gabriela no había podido pronunciar más que tres palabras, de los labios de él no salió en cambio ninguna. Pero sus ojos hablaban; y aquellos ojos envolvían a la joven en una inefable y casta caricia.

Comprendiendo sin duda lo ridículo de su situación, o el peligro que la misma podía entrañar para ambos, Roberto rogó a Gabriela que se sentase, y aun acertó a decirle con tono que parecía de los más naturales:

—Hable usted, Gabriela; supongo que tiene usted que decirme cosas muy importantes...

—Demasiado sabe usted que mi padre se ha salvado —dijo la joven.

—Sí, que lo sé; mejor dicho, lo adiviné en el momento mismo en que empujó usted esa puerta. Me bastó con ver su cara para comprenderlo. Hace tres días, cuando nos vimos la última vez, parecía usted una muerta... Ahora tiene usted colores sanos, mirada brillante, movimientos vivos... Si ha resucitado usted, Gabriela, es indudable que su padre se salvó... Hable usted, ¿no es así?

—¡Oh, amigo mío! A usted es a quien debo la vida... Como mi padre le deberá el honor recuperado...

—¿A mí?... —exclamó el joven dando muestra del más sincero asombro—. ¿Qué dice usted, amiga mía?

—Sí, a usted. Yo he pasado aquí tres días interminables; tres días de angustia indecible, esperando, como usted me lo encargó, que usted me dijese algo, mientras mi padre esperaba el momento de marchar al cadalso. ¿Qué ha hecho usted durante esos tres días? No lo sé, ni me importa saberlo ya, porque mi corazón me dice que durante ese tiempo no ha dejado usted de trabajar un solo minuto por nosotros, por él, por su salvación, por su libertad... por la realización de un sueño insensato en la que no quería ni podía creer: la evasión de un condenado a muerte... Y mi corazón, amigo mío, no me engaña.

—¿Sabe usted, Gabriela, dónde he estado durante esos tres días?

—No: dígamelo usted.

—Pues bien, he estado en Saint-Valery-sur-Somme.

—¡Es posible! ¿Y qué ha hecho usted en Saint-Valery-sur-Somme?

—Pues... se va usted a sorprender cuando lo sepa: cazando patos salvajes.

—¿Por qué pretende usted engañarme, Roberto? ¿No comprende usted que no puedo creer una sola palabra de lo que acaba de decirme?

—Pues hace usted mal, Gabriela; es preciso, es indispensable que me crea usted siempre, hasta cuando le diga que cazo palos salvajes... Además, sepa usted que eso es mi distracción favorita en el invierno, cuando no trabajo.

—No: ¿cómo he de creer que ha tenido usted humor para divertirse sabiéndome sumida en la desesperación más horrible?

—¡Dalí! —dijo Roberto sonriendo—. Si me distraje fue porque me constaba que no habían de tardar en secarse sus lágrimas y en convertirse su dolor en alegría... Y vea usted lo que son las cosas: con un poco de confianza en mí, esas torturas de que me habla usted habrían cesado antes, mucho antes de esos tres días que acaba de recordarme. Pero como no quiso usted concederme esa confianza, mi pena fue muy grande; y para distraerme un

poco, sí, señora, para distraerme, me fui a cazar patos salvajes en Saint-Valery-sur-Somme.

—Déjese usted de bromas, Roberto, que me hacen daño. Comprenda usted que en estos momentos en que no deberíamos tener secretos el uno para el otro, en estos momentos en que mi gratitud inmensa me impulsa a darle mi vida, a cambio de la de mi padre salvada por usted, no está bien que continúe afectando una indiferencia en la que no creo, ni que persista en hacerme comprender que no ha tenido arte ni parte en los acontecimientos providenciales que se suceden en mi triste existencia desde que ambos nos conocemos... No, Roberto, no está bien... Diga usted que nada le importa cuanto conmigo se relaciona; ya no le falla más que eso.

—Sí, Gabriela, sí que me importa, y usted lo sabe, pues no ignora que fui yo quien hablé de usted a mi amigo todopoderoso, que es quien en realidad merece toda la gratitud de usted. ¿Por qué no ha tenido usted en mí la misma confianza que tenía yo en el poder inmenso de mi amigo? Se habría usted ahorrado tres días de incertidumbre inaguantable...

Pero vamos a ver: ¿qué me dice usted de mi amigo?

—¿Del rey Misterio?

—Sí, ¿de quién ha de ser?

—Pues que tendré que creer en su existencia, puesto que usted me asegura que es él quien ha salvado a mi padre.

—¿Pero no lo ha visto usted?

—¿La noche pasada? —preguntó Gabriela con voz temblorosa—. ¡Sí, sí, lo he visto!...

—Lo pregunto porque a mí me aseguró que la vería a usted.

—¿Cuándo le aseguró eso?

—No hace mucho; en la carta misma en que me rogaba advirtiese a usted que procurara encontrarse la noche pasada, a las dos en punto, en el terraplén de la Opera.

—Pero esa carta, ¿la ha recibido usted en Saint-Valery-sur-Somme?

—Allí mismo; ahí la tiene usted.

Y Roberto sacó de una cartera un sobre en el que aparecía esta dirección: «Señor Roberto Pascal, Hotel de France, Saint-Valery-sur-Somme.» El sello estaba obliterado por la estampilla de la administración de correos de Saint-Valery.

—Léala usted, hágame ese favor —dijo el joven sacando la carta del sobre.

Gabriela leyó lo que sigue:

«Mi querido Roberto; le agradeceré se sirva prevenir a la señorita Desjardies que pasado mañana, jueves, a las dos de la madrugada, se encuentre en el terraplén de la plaza de la Nueva Opera. En cuanto llegue a dicho sitio lo sabré yo, e iré a buscarla para conducirla a presencia del procurador imperial. Advírtale usted que deberá aceptar el brazo del hombre que se le acerque diciéndole sencillamente R. C. y aconséjele que no se extrañe de nada, y que no formulé pregunta alguna. ¿Cómo va la caza? Señálase la presencia, cerca de Saint-Valery-sur-Somme, de una enorme bandada de palos salvajes. ¿Cuándo le veremos de nuevo por aquí? Siempre suyo: R. C.».

—¡Es muy extraño! —dijo Gabriela conmovida.

—Según eso, el hombre que me dio el brazo al llegar al terraplén de la Opera era su amigo de usted... ¿el rey Misterio?

—¿No le preguntó usted nada?

—No; usted me lo prohibía en la carta que me trazaba la línea de conducta que me era preciso seguir; por cierto que esa carta llegó a mis manos de tan extraño modo... Sin fecha, sin sello, deslizada bajo la puerta... ¿Cómo había yo de pensar que llegaba de Saint-Valery-sur-Somme?

Hubo entre ambos jóvenes un instante de penoso silencio. Gabriela tomó al fin las manos del artista, y le dijo con adorable tono de súplica:

—¿Quiere usted jurarme, Roberto, que no ha intervenido para nada en los acontecimientos de esta noche, que nada sabía usted de ellos, y que yo he sido la primera en participarle que una intervención divina salvó a mi padre en el momento mismo en que lo conducían al cadalso, porque la tremenda injusticia debía cometerse esta misma noche? ¿Me jura usted que yo soy la primera en participarle todo eso?

—¡Lo juro, Gabriela! —dijo Roberto Pascal sin la menor vacilación.

—¡Bueno! —dijo Gabriela un poco triste, como decepcionada—. Le creo a usted. Mi deseo habría sido que fuese usted el único acreedor a mi gratitud inmensa; puesto que no hay más remedio, le daré la mejor parte ya que gracias a usted he conocido a ese amigo todopoderoso que hace milagros sólo por complacerle, y reservaré para él el resto. Si usted resulta favorecido, es por lo que acabo de decirle y además... porque le amo a usted, ¡Roberto!

Era la vez primera que Gabriela pronunciaba aquellas palabras que unían su destino al de Roberto Pascal.

Este comprendió que aquella mujer le pertenecía en cuerpo y alma; que bastábale con alargar los brazos para posesionarse de ella... Y, ¡cosa extraña! Su semblante, hasta aquel momento alegre y expresivo, se entenebreció de

pronto, y con voz penetrante y fría como la hoja de un cuchillo, preguntó a la joven:

—Me amaría usted Gabriela, *¿si mi amigo no hubiese conseguido salvar a su padre?*

—En tal caso yo habría muerto, pero habría muerto amándole a usted.

Aún no estaba Roberto satisfecho.

—De donde resulta —dijo— que mi amigo ha salvado dos vidas; la de Desjardies y la de usted. A él pues es a quien debe usted amar, Gabriela.

—Para él mi admiración —dijo la joven—; para usted mi cariño.

—¡Gabriela, Gabriela! —gritó Roberto presa de extraña exaltación—, considere usted que tengo celos; ¡celos horribles de mi amigo!

Miró la joven al artista, clavando en él sus hermosos ojos pictóricos de dolor y de pasión.

—Por usted —le dijo— estoy dispuesta a cometer el más abominable de los crímenes: el de la ingratitud. *Me olvidaré de su amigo*, para no pensar más que en usted. De ese amigo depende aún toda la seguridad de mi padre; pues bien a pesar de ello, me haré cuenta de que no le he conocido. *Es a usted a quien amo, Pascal, no al otro.*

—¿Qué significan esas palabras, Gabriela? No acierto a comprender...

—Quiero decir, Roberto —repuso la joven bajando la voz—, que los ojos de su amigo de usted son terribles, tan terribles como dulce es la mirada de usted en este momento.

—¿De modo que mi amigo no le gusta?...

—No es eso; yo no puedo decir que me disguste un hombre que ha salvado a mi padre. Lo que hay es que me parece...

—¿Le parece a usted? —preguntó con ansiedad e insistencia Roberto:

—Me parece que ese hombre me inspira miedo —acabó Gabriela estremeciéndose.

Al oír estas palabras Pascal estrechó a la joven entre sus brazos temblorosos. Y esta vez ella no retrocedió. Apoyóse por el contrario con entera confianza en aquel corazón generoso y apasionado, y sus labios no rehusaron el candente beso que sellaba al fin el pacto que unía para siempre sus almas y sus cuerpos...

XVI

LA CÓLERA DE SINNAMARI

La cólera de Sinnamari era verdaderamente gigantesca. Aquel hombre de increíble audacia, de astucia inverosímil y de tan prodigiosa facultad de intriga que para tropezar con otra semejante hubiera sido preciso remontarse a los tiempos de las repúblicas italianas del siglo décimosexto; aquel hombre que podría haber escrito el *Tratado del príncipe* si Maquiavelo hubiese olvidado el hacerlo; aquel magistrado cuya formidable cara de bandido en ruptura de cadena, o de muerto que ha conseguido deslizarse de nuevo entre los vivientes, tenía a veces expresión de astucia florentina; aquel criminal de genio que debía haber nacido entre Tolón, la ciudad de los presidios y Florencia, la ciudad de los Médicis; que se parecía a Vautrin y que obraba como Mazarino de quien heredara la avaricia; aquel hombre al que vergonzosos y necesarios servicios públicos prestados a muchos ministros — que sabían dónde encontrarle en las horas de crisis política— y el crimen privado también condujeran hasta uno de los puestos más eminentes de la magistratura francesa, regresaba de aquella funesta velada en la casa de la plaza de la Roqueta menos furioso aún de haberse visto burlado, engañado y ridiculizado personalmente, que de haber podido convencerse de que frente al poder del Estado se levantaba una especie de héroe de novela, la existencia del cual hubiera disputado siempre como fantástica e imposible de todo punto en las modernas sociedades.

Y sin embargo, la duda no era permitida. Existía *realmente* un hombre que hubo de realizar en las tinieblas la obra de intriga y de fuerza que él, Sinnamari, había realizado en pleno día. Mientras que él, magistrado, laboraba en la obra de edificación de su fortuna en presencia de todos, alguien habíase atrevido a sentar la suya lejos del foro, en la sombra, en el inquietante secreto de las cavernas, en las catacumbas, de las cuales se proclamaba rey. ¡Y tal fortuna, tal poderío y tal realeza, no eran un cuento! Acallaba de

obtener, aquella misma noche, la prueba perentoria, aplastante, de que existían realmente.

Aquel hombre misterioso que disponía de un ejército numeroso aunque invisible, y de una administración ejemplar; aquel rey de folletón que acababa con ver en su presencia, osaba hombrearse con él, procurador imperial, robándole uno de sus condenados a muerte, ¡y qué condenado!, precisamente Desjardies.

Pensando en esto, mientras rodaba el coche que le conducía al Palacio de Justicia, una sonrisa siniestra iluminaba de modo extraño el desencajado rostro de Sinnamari. Dicha sonrisa era la de un hombre que jamás ha dudado de sí mismo, que se cree más fuerte que todos, los de abajo y los de arriba, príncipes de la tierra o reyes de las tinieblas. Alegrábase de saber que el rey Misterio no era un mito, sino un ser de carne y hueso, y en su fuero interno proponíase reducirlo a la impotencia; más aún, a la nada.

—¡Haberme tenido en su poder —murmuraba— y dejarme marchar tan tranquilo!... Ese hombre está loco. No sabe él la imprudencia que ha cometido. Yo se lo haré comprender antes de mucho.

Con efecto: tras largo paseo por corredores sumidos en las tinieblas, y acompañados por lacayos armados hasta los dientes, todos los convidados del rey Misterio habíanse hallado de pronto, y sin saber cómo, sobre el asfalto de París; en un palio de la calle Montgallet. Y ahora el procurador imperial, ocupando un coche de punto prestado por el rey de las Catacumbas, dirigíase al palacio de Justicia, en compañía de su amigo Regine. ¡Ah, sí! Era preciso proceder, y sin pérdida de momento. La celeridad resultaba indispensable... a causa de la dichosa historia de Desjardies.

Sinnamari se volvió hacia su compañero, el pobre Regine, que postrado en el asiento parecía no haber recobrado aún la plena posesión de todas sus facultades.

—Di algo, Regine —exclamó—. ¿En qué diablos piensas?

El interpelado se estremeció, contestando a la pregunta del procurador con un suspiro que indicaba bien la naturaleza de sus pensamientos, puesto que Sinnamari replicó a dicho suspiro como hubiera podido hacerlo a una frase netamente explicativa.

—¡Estás loco! —dijo—. ¿Qué es lo que temes? Decididamente, tú te haces viejo, amigo mío. ¡Vaya una gallina mojada! Como si lo viera, si se le han acabado las agallas se lo debes a ese rey de opereta, al famoso R. C. Vamos, hombre, trata de reponerte un poco; estamos ya cerca del Palacio, y

no es cosa de que te vean bajar conmigo de un coche con esa cara de entierro. ¿Qué apostamos a que estarías más alegre si regresaras del de Desjardies?

—Calla, por Dios, Sinnamari... Se te ocurren unas cosas...

—¡Bah! Después de todo, que Desjardies viva o no, es cosa que debe tenernos sin cuidado; lo esencial es que no resucite Lamblin.

—La verdad es que tienes unas ocurrencias que ya, ya... —repitió Regine estremeciéndose.

—¿Te fijaste en la cara de Filiberto Walt mientras la hija de Desjardies nos colocaba su historia? Ahí tienes uno a quien será preciso que yo le diga una palabrita al oído cuanto antes. Sospecho que el hombre se imagina que ha sido la Providencia la que le ha desembarazado de un Didier... y de un Lamblin... Ya le sacaré yo de su error.

—Ten cuidado Sinnamari; pueden oírte...

—No le arriendo la ganancia al que me comprenda, Regine; —afirmó el procurador levantando el puño cerrado, como si fuera a pegar a alguien. Regine, anonadado, lo contemplaba en silencio, pareciéndole que aquel hombre tenía en tal momento la expresión fisonómica de un asesino heroico.

—Cálmate, Sinnamari —dijo al fin—, tienes ahora la misma cara que el día en que...

—Que el día en que Desjardies asesinó a Lamblin; ¿no es eso lo que ibas a decir? —acabó el procurador. Y reparando en el postrado continente de su compañero siguió diciendo:

—¿Pero es que vas a desmayarte? Está visto que contigo no se puede contar para nada. En lo sucesivo trabajaré tan sólo con Eustaquio Grimm. Ahí tienes uno incommovible. ¡Qué apetito el suyo esta noche pasada! ¿Te fijaste? Como que no soltó el hueso de la última chuleta hasta que la Desjardies se puso a hablar de Didier...

—¡Didier!... murmuró Regine.

—¡Y se comprende, qué diablo! —siguió diciendo el procurador—; él tiene sobre la conciencia *su* Didier, como nosotros tenemos *nuestro* Lamblin.

Regine se incorporó al oír esto, exclamando con voz ronca:

—¿Por qué hablar de ese modo? Dí, ¿por qué dices eso? Demasiado sabes que si sólo hubiera dependido de mí...

—Si sólo hubiera dependido de ti, a estas horas estaría el gobierno... sabe Dios dónde.

Acercándose más a su turbado compañero, continuó Sinnamari:

—Yo no comprendo cómo tú, un soldado, no se da cuenta de esas cosas. Hay ocasiones en las que hasta el general en jefe empuña un fusil para

dispararlo como un simple soldado... Bonaparte en Inacción del puente de Areola, por ejemplo. Anda, levántate hombre, que ya hemos llegado.

El coche acababa de detenerse en efecto ante la verja del Palacio. Sinnamari se apeó con viveza, y Regine haciendo un violento esfuerzo, siguió al procurador.

La vaga inquietud que a pesar de todo embargara a este último, producida por los acontecimientos de la noche, disipóse por completo en cuanto Sinnamari se encontró en sus dominios, en aquel palacio de Justicia en el cual era él el amo. Y la cólera que provocaba en él el recuerdo del rey Misterio, cólera terrible cuando hubo de arrojarle en el coche en la calle Montgallet, habíase convertido de pronto en una especie de santo resentimiento, de irritación soberana contra un miserable audaz que había osado interponerse entre él, procurador imperial, y la sociedad en cuyo nombre debía ejercer la vindicta pública.

Regine subía tras él penosamente. ¡Con qué gusto habría huido, a serle posible! ¡Cuánto no hubiera dado por evitarse la penosa necesidad de penetrar con Sinnamari en aquel despacho maldito! Sólo la idea de que iba a ver de nuevo la mesa A la que Lamblín se agarrara desesperadamente antes de caer; el suelo por el que rodó, exhalando su último suspiro y su maldición suprema, y aquella caja de hierro que guardó en su seno la causa ocasional del crimen, de aquel crimen perpetrado en presencia suya sin que le fuera dado hacer un solo movimiento para impedirlo, de aquel crimen del que fue cómplice inconsciente, del crimen que le salvaba, a él y a los demás... Tales ideas emocionábanle aún más profundamente en aquel momento; el sudor bañaba su frente, y el miedo parecía sujetarle por detrás, embarazando su marcha, ya vacilante.

La puerta que daba acceso a las oficinas del procurador hallábase entreabierta. En el umbral de la misma un ujier saludó a los que llegaban.

Sinnamari tomó el brazo de Regine y ambos entraron juntos, como dos excelentes amigos.

—Aquí está la señora Demouzin —dijo el ujier—. Preguntó por su excelencia, y la he hecho esperar en el despacho del señor secretario.

—¡La Demouzin, y a estas horas! —murmuró entre dientes Sinnamari, haciendo pasar primero a Regine—. ¿Qué demonios va a decirnos aún esa bruja?

El procurador cerró la puerta que acababan de franquear, que era la del vestíbulo. La única persona que se encontraba allí a aquellas horas era un ujier que hacía la limpieza y escuchaba detrás de las puertas.

Con este último fin sin duda abrió la que acababa de cerrar Sinnamari, observando que el despacho del secretario se hallaba vacío, porque la señora Demouzin había seguido sin duda al procurador y a su amigo a la habitación contigua. El ujier atravesó la secretaría y fue a aplicar el oído contra la puerta del despacho del procurador. Pero se enderezó enseguida, y la abrió sin titubear. El despacho estaba vacío.

Lo mismo que atravesara la secretaría el ujier atravesó el despacho y pegó la oreja contra la puerta que daba acceso al despacho del sustituto del procurador. Así permaneció algún tiempo; luego, incorporándose:

—¡Oh, oh! —murmuró.

Sin duda le interesaba lo que oyera, porque andando de puntillas, deshizo el camino recorrido poco antes, volvió al vestíbulo, cerró con llave la puerta del mismo que daba a la galería, y entrando en un corlo corredor que se deslizaba entre la galería exterior y las habitaciones consagradas al servicio del procurador imperial, se detuvo ante el tabique que le separaba del despacho del sustituto.

Una vez allí arrodillóse sobre una boca de calor, de la que una mitad correspondía al despacho de referencia y la otra al corredor, y no obstante la molestia que producía el aire caliente, que amenazaba ahogarle, se mantuvo en tan poco cómoda postura durante más de un cuarto de hora.

Levantóse de pronto, congestionado el rostro, con mirada incierta como la de un loco, y echó a correr hacia el vestíbulo, llegando a él a tiempo para encontrarse en presencia de una cabeza que emergía del suelo. Y es que en el suelo del vestíbulo, en el que permanecían desde las once de la mañana los ujieres y ordenanzas, había un agujero, rodeado por una barandilla. Por tal estrecha abertura, sombría y siniestra como una mazmorra, se comunicaba, y se comunica aún hoy directamente con una escalera de caracol que conduce a «la ratonera», prisión de paso dónde se encierra a los presos que deben concurrir a las salas de justicia.

Dicha escalera podía servir, bien para que subiesen de la *ratonera* a las oficinas del procurador los presos a quienes debía someterse a interrogatorio especial, bien para que los empleados pudieran pasar de sus oficinas al palio de la Santa Capilla sin tener que seguir los corredores y escaleras públicas. La cabeza se elevaba poco a poco por encima de la barandilla.

—¡Cómo! ¿Es el señor Dixmer? —preguntó el ujier.

Y cuando a la cabeza siguieron el busto y las piernas, y el cuerpo entero de Dixmer hubo salido de la mazmorra, dijo el polizone:

—El mismo, señor Cipriano. Vamos a ver: ¿está en su despacho el señor procurador imperial?

—Sí —contestó el ujier—, sí que está. Pero es aún demasiado temprano, señor Dixmer, y cuando su excelencia viene a estas horas, no recibe a nadie. Es la consigna.

—¿Está solo?

—No, señor; está con el señor Regine.

—Pues ya ve usted que si recibe.

—Le diré a usted; el señor procurador no ha recibido al señor Regine.

—¿Pues no están juntos?

—Porque han venido juntos.

—¡Ah, ya! Y... ¿no hay nadie con ellos?

—Sí, señor: una dama.

—¡Cómo! Una dama, y se obstina usted en decir que el procurador no recibe... Vaya, señor Cipriano, diga usted de una vez que es a mí a quien no so quiere recibir, y estará en lo cierto.

—No, señor; la consigna es general, con una sola excepción.

—¿La señora que está ahí dentro?

—La misma.

—¿Y se puede saber el nombre de esa dama a quien se recibe, mientras a mí se me deja a la puerta?

—No veo en ello inconveniente alguno; es la señora Demouzin.

—Lo sospechaba —murmuró Dixmer entre dientes. Luego preguntó al ujier—: ¿Cree usted que hay aún para rato?

—Lo ignoro.

—Pero sabrá usted si viene aquí con frecuencia.

—Lo he olvidado por completo.

—Eso, señor Cipriano, es una respuesta ridícula. La señora Demouzin es persona conocidísima, y su salón muy frecuentado por cuantos ambicionan ser algo o conseguir alguna cosa del gobierno. Nada pues tiene de particular que venga a ver con frecuencia al señor procurador, y no sé, la verdad, porqué me lo ha de ocultar usted.

—Dicen que puedo mucho —observó el ujier escapándose por la tangente.

—¡Y tanto! Ella es la que hace dos años hizo oficial de la Legión de Honor al señor Dax, jefe de seguridad, y eso que el procurador, que no lo puede ver ni pintado, se opuso a la concesión con toda su influencia. Y vea usted lo que son las cosas; precisamente desde entonces data la amistad que

une al señor Sinnamari y a la señora Demouzin. Usted lo sabe tan bien como yo.

—Trabajo tendría para contestarle —replicó el ujier, cada vez más prudente—. Nosotros estamos aquí para abrir las puertas y cerrarlas; pero no nos ocupamos de lo que pasa detrás de ellas. Eso no es de nuestro oficio, sino del de usted, señor Dixmer.

—¿Conque, el oficio de usted es el de abrir puertas? —preguntó, con sorna, el polizonte—. Bueno pues ábrame usted la del señor procurador.

—Imposible; no olvide usted que también tengo misión de cerrarlas, como lo están ahora.

Dixmer, contrariado, dirigióse hacia las ventanas recayentes al boulevard del Palacio.

—¡Hombre! El coche del prefecto de Policía que entra en el patio de la prefectura; —dijo mirando su reloj con impaciencia. Luego murmuró en voz baja:

—Como si lo viera, antes de media hora está aquí el prefecto. Floja va a ser la escandalera.

En aquel momento, y tomada sin duda una resolución heroica, dirigióse de nuevo a Cipriano.

—Quedamos en que no quiere usted advertir al procurador de mi presencia, ni decirle que tengo que comunicarle algo de la mayor importancia, ¿verdad?

—No sabe usted lo que siento no poder complacerle en cosa tan nimia, señor Dixmer, pero la consigna es la consigna.

—Está bien; me presentaré yo solo.

—Como no pase usted por encima de mí...

—¡Qué disparate!

—Pues no veo otro medio.

—Y sin embargo lo hay. Yo voy a entrar en el despacho del procurador, y usted, señor Cipriano, se quedará aquí tan tranquilo, porque...

—¿Por qué?

—¡Porque así me place! —dijo Dixmer. Y acercando su cara a la del ujier, añadió:

—Creo que hoy el santo y seña es *Panteón*; ¿no es eso, querido Martinet?

El señor Cipriano recibió el santo y seña con admirable sangre fría, y abriendo paso, tendió la mano al polizonte.

—*Como si nada hubiera pasado, señor Dixmer.*

Tomó el alto funcionario de la policía la mano que se le alargaba, sin extrañarse de ello, y la guardó en la suya durante un momento. Y es muy probable que su mano contestara satisfactoriamente a alguna pregunta hecha por la de Cipriano, porque éste dijo enseguida:

—Pase usted.

Y se inclinó ante Dixmer, con gran reverencia.

El polizone atravesó la secretaría, llamó a la puerta del despacho del procurador y oyó la voz de Cipriano que le decía:

—¡Está en el del sustituto!

Entonces continuó su camino con la misma tranquilidad que si se encontrase en su propia casa. Llegado ante la puerta del despacho del sustituto, detúvose un momento, como si escuchase, y enseguida la abrió deliberadamente, no sin haber dado antes en ella dos o tres ligeros golpes.

Al entrar en la habitación, Dixmer se encontró frente a frente de Sinnamari, quien de pie entre Regine y la Demouzin, que estaban sentados, parecía hallarse agitadísimo y daba grandes puñetazos en la mesa mientras decía con tono de firme resolución:

—No, de ninguna manera... ¡Qué he de escribir yo semejante carta! Ni aunque me lo pidiera usted de rodillas. Ni esa ni ninguna, señora; estoy decidido a no escribir nunca más...

En esto vio a Dixmer a la puerta del despacho y se detuvo, sorprendido.

—¿Qué hace usted ahí? —preguntó—. He dado orden de que no pase nadie; pero en fin, ya que ha venido usted, tanto mejor; eso me evitará la molestia de enviarle un recado. ¿Sabe usted si está ya de regreso en su despacho el señor Prefecto de Policía? Necesito verle enseguida; y al jefe de seguridad también, a ese imbécil de Dax, a quien tengo atravesado... ¡Valiente estúpido! Pero yo le aseguro que antes de ocho días se queda sin destino o pierdo el nombre que tengo.

—¿Y a quién pondrá usted en su lugar? —preguntó la señora Demouzin.

—¡Qué sé yo! A cualquiera; aunque sea al rey de las Catacumbas. Ahora, señora, permítame usted que le suplique que dejemos nuestra conversación para otro rato. Hoy va a ser día de movimiento aquí, y no tenemos tiempo que perder.

Defiriendo a estas indicaciones iba a levantarse la señora Demouzin, cuando con gran asombro de todos, adelantóse Dixmer suplicándola que continuase sentada.

—¿Qué significa esto, señor mío? —preguntó Sinnamari próximo a estallar de indignación.

Y Dixmer, muy tranquilo:

—Esto significa —dijo— que ahora mismo va usted a escribir la carta que pide la señora...

XVII

EN EL QUE DESPUÉS DE HACER EL JUEGO DE TODOS, DIXMER EMPIEZA a JUGAR POR SU CUENTA

Era la señora Demouzin una mujer de edad ya algo avanzada, pequeña de cuerpo y arrugada de rostro, con los labios siempre teñidos de vivo carmín, y las cejas ennegrecidas abundantemente con negro de humo. Vestíase con sobriedad no exenta de elegancia, y en el fondo negro de su abrigo de piel, destacaba una larga y maciza cadena de oro.

La fisonomía de la anciana señora, en la que los años y los afeites hicieran profundos estragos, cambiaba de expresión con movilidad extraordinaria: y si a veces aparecía la vieja como una dueña venerable infatuada de sus relaciones con la nobleza, hubiérase podido considerarla en ciertas ocasiones, como una enredadora Celestina.

Como quiera que fuese, la poco agradable dama recibía en sus salones al todo París que brilla y que se mueve, tenía su corle y sus cortesanos y pasaba por tener más influencia política que un ministro. De ella se decía que gustaba de meterse en los asuntos de todo el mundo, y que precisamente en esta intromisión era preciso buscar el origen de los recursos de que sin duda disponía la vieja, a juzgar por el tren de su casa y por su género de vida, relativamente dispendiosa. Sin embargo, sus amigos, muchos en número, hacíanse lenguas de su generosidad y desinterés, aduciendo, con apariencias de razón, que si la señora Demouzin era recibida con agasajo en casa de las más altas personalidades políticas, que si la honraban con su amistad los Regine, los Eustaquio Grimm, los Filiberto Wat y los Sinnamari, no podía ser por otra cosa sino porque la reputación de dicha señora era inatacable.

Conviene decir, para que las cosas queden en su punto, que si la señora Demouzin gustaba en realidad, según pública voz y fama, de meterse en los negocios de los demás, en cambio no toleraba que nadie metiese las narices en los suyos. De aquí que acogiese con ademanes de reina ofendida en su

dignidad la inexplicable y audaz intervención de Dixmer, a quien observaba en silencio, aunque esperando de él, con visible impaciencia, la explicación de su conducta.

Otro personaje esperaba también a que Dixmer hablase, aunque no con ansiedad, antes al contrario, con temor innegable. Este personaje era Regine, acerca del cual conviene que digamos aún algunas palabras.

Era, como sabe ya el lector, un antiguo militar, un bravo, cuyo valor no era supuesto, sino probado en varias ocasiones durante la guerra de Italia. ¿Cómo, con tales antecedentes, comprender que se mostrase tan tímido en presencia de Sinnamari? Sencillamente, porque el hombre heroico en los campos de batalla se acobardaba cuando para vivir o hacer vivir a los suyos se encontraba en presencia de la necesidad de cometer algún acto deshonesto.

Dicha necesidad explicábase por la pasión de Regine por el juego, del que era una víctima infortunada y lamentable. Después de arruinarse en el tapete verde, diose a ejercer de jugador profesional. El desastre financiero de Regine se inició al producirse el de la *Caja general de Caminos de hierro*, que devoró tantas fortunas. Entonces vióse obligado a firmar un considerable número de pagarés que a su vencimiento quedaron impagados; y más tarde, no obstante su elevada situación política, que debía por entero a Sinnamari, hubo de caer en manos de usureros, y de apelar a todo género de recursos para procurarse las sumas que le eran indispensables, convirtiéndose de este modo e insensiblemente en juguete de intermediarios felones. Y así fue cómo un día, por intervención del procurador imperial, que tenía interés en hacérselo suyo, fue a llevar uno de los papeles que le estorbaban a uno de los instrumentos ciegos de Sinnamari, a la señora Demouzin, quien se encargó del mismo, consiguiendo negociarlo. A partir de aquel momento Regine formó parte, moralmente, de la agencia Demouzin, y poco a poco fue subiendo a pesar suyo, hasta colocarse en primer término en aquella poderosa organización imaginada por el procurador imperial, los resortes visibles de la cual se bailaban entre las manos de Filiberto Wat, yerno del presidente del consejo. Dicha banda habíase propuesto, como objetivo, el de vender, en provecho propio, los cargos públicos, empleos, títulos, honores y demás que un gobierno debe conceder gratuitamente.

Volvamos al asunto. Aquella mañana la señora Demouzin tenía que comunicar a su querido Procurador algunas graves cosas. Tratábase de tres negocios que Sinnamari creía ultimados y que, sin que nadie pudiese saber por qué, fracasaban por completo. Hacía algún tiempo en efecto, que la desgracia pesaba sobre la asociación; hubiérase dicho que una mano invisible

se divertía en la sombra deshaciendo todo lo penosamente hecho por los poderosos señores.

Poco acostumbrado a encontrar obstáculos en su camino, Sinnamari estaba furioso del fracaso que le anunciaba la señora Demouzin, aun cuando no se atrevía a dar rienda suelta a su cólera en presencia de la dama y de Regine.

—¿Y qué hay del asunto Merlin, vamos a ver? —preguntó crispando los puños robustos—. ¿Hemos de despedirnos también de ese?

—No —dijo la Demouzin—, ese va bien, por el contrario; pero se necesita una carta de usted...

Entonces fue cuando Sinnamari declaró que no escribiría, y cuando Dixmer, con asombro de todos, hubo de aparecer suplicándole que escribiese.

Ya hemos dicho el efecto que produjo la inesperada presencia del polizonte, cuyas explicaciones esperaban todos en silencio.

—Si usted me lo permite, señor procurador —dijo Dixmer—, dejaré abiertas de par en par las puertas que conducen a este despacho; cuando hay que hablar en secreto, es preferible abrir las puertas que cerrarlas, para estar seguro de que nadie escucha detrás de ellas.

—Habla usted por experiencia, Dixmer.

—No, señor procurador. Por pura casualidad, no porque tal sea mi costumbre, me encontraba detrás de esa puerta en el momento en que hablaba usted del asunto Merlin a la señora Demouzin y hasta mis oídos han llegado, a pesar mío, algunas frases...

—Bueno, pero ¿qué asunto es ese? —preguntó con fingida indiferencia el Procurador—. Entéreme usted ante todo de lo que es el asunto Merlin.

—Pues es un asunto, señor Procurador, en el cual se está procurando hacer perder a la señora Demouzin la influencia de que legítimamente goza, y en el que se trata de comprometer a usted.

—Explíquese usted, Dixmer —dijo Sinnamari visiblemente nervioso.

Dixmer fue a echar una mirada al vestíbulo, vio que no había nadie, ni aun Cipriano, y dejando abiertas todas las puertas tomó tranquilamente asiento en una silla que nadie le ofreciera.

—El señor Merlin —dijo— fue presentado, hace cosa de tres semanas a la señora Demouzin aquí presente. Decíase rico industrial de la provincia del Gard, y no ocultó que deseaba comprar las minas de hulla de Portes y de Senechas, pero que esta operación, que le parecía excelente, veíase retardada por la obstinación del gobierno en exigir del comprador dos millones suplementarios, destinados a la construcción de un ferrocarril para unir dichas

minas con Alais. El señor Merlin estimaba que siendo dicho ferrocarril de interés general, no era un particular, sino el gobierno, quien debía pagarlo, limitándose él por su parte a mostrarse reconocido con los personajes que se decidieran a que triunfase causa tan justa... ¿No es exacto cuanto digo, señora Demouzin?

Miró a su vez la vieja hacia el vestíbulo y contestó lacónica:

—Siga usted; ya veremos a dónde va a parar.

—Pues voy a parar —continuó Dixmer más tranquilo y más seguro de sí mismo a cada momento— al ofrecimiento que Merlin le hizo a usted, señora, de entregarle a cuenta cincuenta mil francos...

—¡Eso es falso! —gritó la Demouzin.

—Es falso que usted los haya aceptado —contestó Dixmer—, pero es exacto que el hombre se los ofreció. Rechazó usted la oferta, en primer lugar porque es usted una mujer honrada, y en segundo lugar porque el hombre, que prometía una suma total de trescientos mil francos, le exigió a usted una, carta en la que el señor Sinnamari se comprometiese a hablar amistosamente de este asunto al señor Filiberto Wat. La caria debía ser dirigida a usted, señora, y usted debía enviarla al señor Merlin, quien cambio de ella prometía entregarle enseguida los cincuenta mil francos... Si aún los espera usted, señora, es porque aún espera él la carta de referencia. ¿Es cierto lo que digo?

Dixmer se calló. Y como nadie contestaba, hubo de continuar de este modo.

—El señor Procurador aquí presente, a quien usted, señora, ha comunicado las exigencias incomprensibles del señor Merlin, ha contestado como debía hacerlo; nada de compromisos, ni de promesas, ni de firmas... El señor Sinnamari es un hombre honrado. Y sin embargo, yo vengo a decirle: Es preciso que escriba usted esa carta: una carta en la que se transparente la sorpresa, el cansancio, el enojo, una carta que pruebe con claridad meridiana, que si la señora Demouzin, para ayudar a sus amigos menesterosos ha podido autorizarse a veces de sus relaciones con el señor Sinnamari, particular, el Procurador imperial en cambio ha sido siempre ajeno a esta clase de... especulaciones peligrosas. Y eso es lo que tenía que decir a usted, señor Procurador imperial —concluyó Dixmer con sin igual audacia, pero en actitud humilde y respetuosa—, porque no es cosa de que uno de los primeros magistrados del imperio sea víctima inconsciente de las imprudencias de esta señora.

Mientras hablaba Dixmer, contemplábalo Sinnamari con curiosidad evidente, pero irónica.

—¿Quién es ese Merlin? —le preguntó cuando hubo concluido—. Es la primera vez que oigo hablar de él.

—Pues ese Merlin —replicó enseguida Dixmer— ni es de la provincia del Gard, como ha dicho, ni tiene nada de industrial. Es sencillamente un agente que se ha presentado en casa de la señora Demouzin con la sana intención de obtener la prueba de tráfico criminales que no han existido nunca; estoy seguro de oílo.

Oyendo hablar así al polizante, la señora Demouzin parecía desear que la tierra se la tragase; Regine suspiraba, y Sinnamari, cuyas energías duplicaba la evidencia del peligro, mostrábase altivo y sereno como nunca.

—¿Un agente de quién? —preguntó con imperio.

—¿De quién ha de ser?... de Dax —exclamó la señora Demouzin respirando un frasco de sales—. El jefe de Seguridad es capaz de todo.

—Tal vez un agente del Procurador general —dijo Sinnamari sonriendo y jugando con sus guantes.

—No, señor Procurador imperial —contestó Dixmer—. Va usted por mal camino. El señor Merlin es sencillamente un agente de R. C, del rey Misterio, del rey de las Catacumbas.

—¿De veras?

—Como usted lo oye.

—Por lo visto me odia personalmente —murmuró en voz tan baja que solo Dixmer pudo oírle y comprenderle.

—¡Sí!... —dijo, mirando con fijeza al Procurador.

Levantándose enseguida, añadió.

—Desearía hablar con usted a solas, señor Procurador imperial.

Tendió Sinnamari la mano a Regine y a la señora Demouzin, y ambos salieron a poco del despacho, procurando calmar la violenta agitación que les dominaba.

Oyóse la voz de Cipriano, que cerraba tras ellos la lejana puerta, y de nuevo se hizo el silencio más absoluto. En concepto de los dos personajes que quedaban en el despacho, era indudable que Cipriano había ido a sentarse en su sitio de costumbre, detrás de la mesa mostrador colocada en el pasillo, paralelamente a las ventanas que daban al boulevard del Palacio, mesa que no podía verse desde el despacho en que se hallaban Sinnamari y Dixmer.

El procurador se adelantó hacia el policía.

—¿Sabe usted —le dijo— que su juego es muy aventurado?

—Lo sé: sí, señor —contestó Dixmer imperturbable.

—Mucho temo.

—¿Usted tiene miedo? —insistió el policía—; querrá usted decir que teme por alguien...

—Exactamente.

—¿Por quién?

—Por usted.

—Mal hecho; aquí donde usted me ve soy más fuerte que usted, señor Procurador imperial. Por eso no temo por nadie: ni por usted ni por mí.

Sinnamari contempló atentamente la cara de zorro de su interlocutor, que había debido engañar a mucha gente, ya por interés, ya por el deseo morboso de burlarse del prójimo.

—¡Ustedes un artista, señor Dixmer! Sin embargo, ándese con cuidado. Yo no gusto poco ni mucho de los artistas, que acaban siempre mal... La profesión es peligrosa, créame usted.

—Me juzga usted con excesiva severidad, señor Procurador imperial. ¡Yo artista! No, señor; yo no soy más que un mísero funcionario, devorado por la ambición de ser algo...

—¿Qué?

—Se lo diré al momento.

Sinnamari señaló a Dixmer una silla colocada frente a él. Sentóse el policía y sin emoción aparente, continuó:

—Antes he de comunicarle algo que usted ya sabe.

—¿Y es?

—Que Desjardies es inocente.

—Así lo asegura su hija —replicó el Procurador reclinándose perezosamente sobre la mesa y descansando la enorme cabeza entre sus manos velludas. Un fino observador habría podido notar que su mirada vacilaba, y que sólo por un prodigio de energía le era posible mirar con aparente serenidad a Dixmer que osaba hablarle en su propio despacho como nadie lo hiciera hasta entonces.

—También yo lo aseguro —replicó el agente.

¿Qué era lo que se proponía aquel hombre? ¿Por qué empleaba lenguaje tan audaz y poco respetuoso? ¿Qué secretos conocía? Todo esto, y aun algo más, preguntábase Sinnamari; y como no le era posible contestarse satisfactoriamente, la duda comenzaba a atormentarle, no obstante su extraordinaria presencia de espíritu, y aun esa duda le abatió un momento. Pero se rehízo enseguida, y comenzó a interrogar con tono indolente:

—¿Cree usted posible, querido señor Dixmer, que hayamos cometido un error judicial? No sabe usted cuánto lo sentiría.

—Pues sí, señor —afirmó Dixmer—, el error judicial se ha cometido.

—¡Es posible! Y en concepto de usted, ¿quién es el culpable de tal error, mi querido Dixmer?

—¡Usted, señor Procurador imperial!

XVIII

EN EL QUE DIXMER DESCUBRE SU JUEGO

Conocedor del carácter violento e impulsivo de Sinnamari, el polizante esperaba que sus palabras provocarían una explosión de Cólera, o de furor formidable en el magistrado, y en evitación de lo que pudiera ocurrir tuvo buen cuidado de retroceder hasta quedar separado de su temible interlocutor por la mesa-ministro, principal ornamento del despacho. Sin embargo, y con no poca sorpresa de su parte, Dixmer hubo de confesarse que nunca había visto más tranquilo al señor Procurador. Este le preguntó con calma inaudita:

—¿Tiene usted pruebas de lo que asegura?

Dixmer, que se creía capaz de hacerse necesario a Sinnamari *asustándole un poco*, comenzó a percatarse de que el valor lo abandonaba. Era un maestro en el arte del disimulo, pero no había tenido nunca ocasión de medir sus fuerzas con un adversario de la talla del que tenía delante, y temblaba ya ante él como tiembla el esclavo en presencia del amo que se dispone a azotarle o a matarlo. Esto no obstante, contestó, al parecer, tranquilo.

—Sí, señor, tengo pruebas; ahí las tiene usted.

Y enseñaba al decir esto un paquete compuesto por algunos papeles plegados y atados, con apariencia de haber pasado por manos o bolsillos no muy limpios.

Desaló Sinnamari el paquete, y luego de examinar con poca atención las cartas, papeles y tarjetas que lo componían, cubierto todo ello de una letra minúscula, casi invisible, casi indescifrable, en la que reconoció su propia letra, rechazó el todo con la mano, empujándolo hacia el inspector de policía, y le dijo con calma:

—Es usted un imbécil.

Miróle Dixmer absorto, como si no comprendiese el porqué de tal epíteto. Sinnamari se encargó de explicárselo.

—Esos papeles —dijo— son los mismos con los que Lamblin, que era más imbécil aún que usted, pretendió sacarme dinero. ¿Pretende usted acaso hacer ahora lo mismo?

—La cosa le salió demasiado mal a Lamblin —replicó Dixmer desconcertado—. Yo he venido aquí como amigo, señor Procurador, y lo pruebo poniendo en sus manos, de buenas a primeras, esos papeles comprometedores.

—Puede usted guardárselos —dijo Sinnamari—. Si realmente siente usted por mi algo de admiración, esos autógrafos le resultarán inapreciables, porque prueban que yo soy un hombre excelente, amigo de mis amigos, a quienes defiende cuando lo han menester, por interés político y por deber moral...

—Y por interés pecuniario también, señor Procurador —interrumpió Dixmer con voz sorda.

—Oyéndole a usted me parece que oigo hablar al *pobre* Lamblin —dijo el Procurador con feroz sonrisa—. Siga usted, amigo mío; no sabe usted cuánto me interesa.

—También le interesarán estos otros papeles —replicó Dixmer sacando otro paquete del bolsillo de su levita.

—Esas cartas —replicó Sinnamari, señalando el nuevo paquete al que no tocó siquiera— deben ser las do que quiso servirse Didier, otro imbécil, para sacar dinero a Eustaquio Grimm, por el mismo motivo, claro está; porque éste hubo de recomendar al gobierno algunos amigos suyos, interesados en asuntos muy legales. Ahí tiene usted otro —me refiero a Didier— que también acabó mal.

—Sí —asintió Dixmer lúgubrementemente—, fue asesinado, como Lamblin.

El Procurador sonrió:

—Quiere usted decir que se suicidó; no hay que confundir el suicidio con el asesinato, porque tal confusión es cosa grave...

—Se suicidó, como tantos otros que intervinieron en determinados asuntos políticos, de que no he de hablar, porque usted los conoce tan bien como yo, y porque también a mí me interesa, como a otros muchos, la tranquilidad del Estado.

—Tiene usted, señor Dixmer, una opinión muy exagerada acerca de su propia personalidad. ¿Cree usted que sus secretos merecen en realidad el misterio de que quiere usted rodearles? Pues no, señor; no hay porqué guardar tal misterio. Y la prueba es que, con permiso de usted, voy a colocar estos dos paquetes de papeles que tanto me comprometen en el despacho de mi sustituto, donde los dejaré bien en evidencia, con una nota concebida en

estos términos. «Póngase en posesión de los adjuntos paquetes al señor Jonares, juez que instruyó la causa de Desjardies, y ordénesele interrogue al señor Dixmer, oficial divisionario de la Prefectura de Policía, para averiguar cómo han podido encontrarse en poder de dicho funcionario.»

Y mientras hablaba, Sinnamari iba escribiendo con gran calma la providencia.

Dixmer estaba aturdido, sin atreverse a creer lo que veía y oía, y preguntándose si no sufrirían grave desequilibrio las facultades mentales del Procurador. Deteniéndose en esta última hipótesis, decidió volverle a la razón.

—Si el juez me interroga acerca de ese asunto —dijo levantándose—, declararé la verdad.

—Así lo espero.

—La verdad, que es ésta: Lamblin era amigo mío...

—Mi enhorabuena... Pero observo usted que eso que dice es grave para usted. Siendo amigo de Lamblin, hay que suponer que no andaba usted muy lejos de ser su cómplice. Claro es que ya no puedo detener a Lamblin, porque murió bien a destiempo por cierto; pero ¿quién puede impedirme hacer que le detengan a usted?

Dixmer palideció. Sin embargo, sin darse por vencido, continuó el duelo entablado con el Procurador.

—Creo que alguien se arrepentiría de haberme hecho detener. Tengo aún muchas cosas que decir, señor Sinnamari.

—Pues por mí que no quede —dijo este último—. Mi paciencia es inagotable. Siéntese pues, mi querido señor Dixmer, y dígame a mí lo que diría al señor juez Jonares si a éste le diese el capricho de interrogarle.

—Empezaría por decirle que veía a Lamblin casi diariamente...

—Entrevistas comprometedoras.

—... En el café del Chatelet, donde cuando tenemos un momento...

—Sí; va usted con algunos de sus colegas de la Prefectura, para gustar las delicias de la malilla.

—Eso mismo, señor Procurador. Pues bien, la antevíspera de su muerte, Lamblin, que acababa de perder a la malilla con un juego magnífico y que era muy supersticioso, entregándome bajo sobre cerrado los tíos paquetes que están ahí, me dijo...

—Como si lo oyera —interrumpió Sinnamari—. Le dijo a usted: «Mi querido Dixmer, si pasado mañana a las cinco, no me ves llegar como de costumbre para hacer nuestra partidita, será prueba de que va no existo.»

—No fue eso precisamente lo que me dijo, pero sí algo que se le parece mucho. Me confió en efecto que corría grave peligro, que un elevado funcionario lo odiaba de muerte, que temía ser víctima de una venganza, no sólo él, sino también un amigo suyo empleado en la Asistencia pública... que si tal ocurría me dejaba con qué vengar a él y a su amigo a quien yo no conocía... Al principio —continuó Dixmer— creí que estaba algo tocado de la cabeza; él lo comprendió y me dejó escrito en un papel cuanto acababa de decirme de palabra.

—¡Vea usted lo que son las cosas! —dijo Sinnamari—. Conque por escrito... De modo que usted conserva ese papelito y aun se siente orgulloso de poseerlo. Y vamos a ver: ¿Se dice en él que yo había prometido a Lamblin asesinarle?

—Más bajo, señor Procurador... podría oírnos alguien —dijo Dixmer mirando con desconfianza en torno suyo.

—¡Ya! Y a usted le interesa que nadie le oiga. Esas son bajas costumbres policiacas. Cuanto a mí, el papel de que me habla me tiene sin cuidado. Me i figuro que será lo que puede ser la obra de un hombre que se prepara a cometer una estafa considerable. Puesto que para lograr sus fines pensaba Lamblin hacerme, correr algún peligro, natural es que su fértil imaginación aumentase, hasta hacerlo llegar al asesinato, el que pensaba correr él mismo.

—Y pensaba bien, señor Procurador —continuó el policía cuya voz cada vez más baja, adquiría trágicas entonaciones—. Dos días después de sus confidencias, Lamblin moría asesinado. Cuando al llegar a la Prefectura me enteré de que lo habían encontrado muerto en el despacho de usted, hube de confesarme que no estaba loco, como creí, cuando me aseguró dos días antes, el peligro que corría. Y he aquí que al mismo tiempo me entero de que un tal Didier, secretario del señor Eustaquio Grimm, de la Asistencia pública, había sido encontrado en su casa muerto... suicidado, según se dijo. Yo tenía entre mis manos los dos paquetes que me diera Lamblin... y comprendí...

—Comprendió usted que su amigote Lamblin era un canalla, que había querido sacarme dinero con amenazas, *como quiso sacárselo a Desjardies...* y se olvidó usted de cumplir con su deber, que era poner esos papeles en manos del juez instructor. Bueno, pues sepa usted, infeliz, sepa usted que el juez espera esas cartas, las espera porque *yo le he anunciado que las recibiría*, y se lo anuncié porque desde los comienzos del asunto Desjardies me apresuré a decirle el concepto que me merecía Lamblin por haber pretendido hacerme víctima de un chantaje; ¡a mí, al procurador imperial! ¿En qué fundaba sus acusaciones? En las diligencias y recomendaciones más inocentes del mundo.

Así se aclaraba el drama Desjardies. Lamblin tenía la costumbre del chantaje; lo tenía en la masa de la sangre. Lo que no consiguió conmigo quiso intentarlo con Desjardies, comprendiendo sin duda que si a mí me tenían sin cuidado los papeluchos con que me amenazaba, es decir, esas dichosas cartas que yo le entregué para que las llevara a su destino y que él se guardara indebidamente, en cambio a Desjardies no podía serle indiferente el que se descubriesen los papeles que probaban sus negocios sucios en los Ferrocarriles otomanos, la custodia de los cuales estaba confiada a Lamblin... Este debió pedirle una suma enorme... conozco sus precios; cien mil francos por lo menos. Y como Desjardies no tenía un céntimo... pues asesinó a Lamblin.

Hizo una ligera pausa el Procurador y continuó enseguida, como si no quisiera dar tiempo a Dixmer para reponerse.

—¿Comprende usted ahora, querido señor Dixmer? ¿Comprende usted que no puede decir a ninguno de nosotros nada que no sepamos ya? Vaya, hombre, levante usted esa cabeza; muéstrenos su frente de persona perspicaz, y sepa para su completa edificación que el juez instructor, al hacer el registro domiciliario en casa de Lamblin, buscó todos esos papeles que me trae usted ahí, la lista de los cuales le había yo dado antes, pues el buen Lamblin tuvo la bondad de enviármela cuando pretendía estafarme.

Dixmer estaba literalmente aterrado en presencia de tan cínica audacia, y no acertaba a pronunciar una palabra. Sinnamari, gozándose en su asombro, le preguntó:

—¿Qué tiene usted, querido Dixmer?

Este se pasó la mano por la frente, como para hacer un llamamiento a sus ideas fugitivas. Luego dijo:

—Sí; puede que eso sea así... Pero ¿y los papeles de Didier? Relacionando los dos paquetes y los dos muertos, puede llegarse a concebir sospechas peligrosas. ¿No le parece a usted así, señor Procurador?

—El juez de instrucción —contestó Sinnamari sin mostrarse emocionado— recibirá con igual satisfacción ambos paquetes; porque —y esto es un detalle que olvidaba— obedeciendo a indicaciones del señor Eustaquio Grimm y a las mías propias, buscó los papeles de Didier como buscara los de Lamblin, inútilmente, porque ambos paquetes estaban en el bolsillo de usted.

—De modo que el juez sabía...

—¿Que Lamblin y Didier eran dos malhechores asociados? ¡Pues no lo había de saber! Ya lo creo. Como que en cuanto el señor Grimm me confió a qué género de ejercicio quería someterle su empleado, recibió de mí la orden

de prevenir al comisario de policía. No era cosa de dar un escándalo que hubiera trascendido al público y a la prensa. Pero ¡vea usted lo que es la desgracia, querido señor Dixmer! Asustado sin duda por lo que debió decirle el comisario, y devorado tal vez por los remordimientos, ese infeliz Didier tuvo la mala ocurrencia de ahorcarse en su casa. ¿No le parece a usted esa muerte muy natural? ¿No dice usted nada, mi querido Dixmer?

—Pues digo —murmuró el polizante alocado y jugándose su última carta —... digo que Didier no se suicidó; lo estranguló un individuo llamado Costarica, al cual se hizo creer, por medio de una carta anónima enviada por usted de acuerdo con el señor Grimm, que su querida...

—Le engañaba con Didier, ¿verdad? Sí; en otra carta, también anónima, se me denunciaba a ese Costarica. Se le hizo comparecer y probó plenamente la falsedad de la denuncia de que era objeto. Cuanto a su querida, una moza que se hace llamar la Muna, si no me engaño, está fuera de toda duda que no conoció jamás a Didier.

Dixmer permanecía en silencio. El procurador, tocándole en un hombro, continuó:

—Tenemos pues que ese Didier era amigo de su amigo de usted. Y es cosa de preguntar: ¿dónde diablos va usted a buscar sus amigos y los amigos de éstos? ¿Qué clase de gente es la que usted frecuenta?

El polizante sentíase anonadado, y a su mente acudían reflexiones poco lisonjeras. ¿Por qué tuvo empeño en hombrearse con Sinnamari? Ahora, a consecuencia de lo dicho por el Procurador, veía claro en el asunto, parecíale presenciar el drama que se desarrollara entre aquellas cuatro paredes; creía ver a Lamblin, llegando por la mañana al Palacio de Justicia donde le esperaban para la negociación definitiva del chantaje el Procurador y Regine, con los papeles importantes, los únicos capaces de interesar a Sinnamari; papeles que Lamblin había sin duda conservado, esperando que se los pagarían a buen precio. ¿De qué podía hablarse en tales papeles? De dinero sin duda... ¿Quién lo pedía? ¿Sinnamari? No, éste no era tan estúpido que se comprometiese así, a la ligera... Tal vez en las cartas comprometedoras se recordaban ofertas ya medio aceptadas... Sí, con seguridad; esas cartas eran las únicas que el Procurador tenía interés en conservar para tener armas que esgrimir contra ciertos personajes que olvidan con facilidad los servicios que se les han hecho... ¿Cómo Lamblin habíase procurado aquellos papeles? Misterio. El hecho es que los tuvo en su poder y que quiso venderlos puesto que por causa de ellos había encontrado la muerte...

Todo esto aparecía con claridad meridiana en la mente de Dixmer, y con más claridad aún hubo de comprender el ningún valor de los papeles que él llevara. Tranquilo el Procurador con la posesión de los documentos que le amenazaban directamente, habíase puesto en condiciones de despreciar los que sólo podían comprometerle. ¡Qué habilidad tan grande demostraba su modo de proceder! ¡Denunciar él mismo el asunto al juez de instrucción! Y no digamos nada de la querrela entablada por Grimm ante el comisario de policía contra el empleado Didier, de la Asistencia pública, antes del suicidio de éste: era una obra maestra, sencillamente.

Sinnamari contemplaba en silencio a Dixmer, quien se había levantado y paseaba nervioso, con las manos cruzadas en la espalda, los hombros encogidos y arrugado el entrecejo. Sentíase humillado, vencido, aniquilado. Pronunciaba palabras incoherentes y miraba a hurtadillas a su rival poderoso. Todo en él denotaba el estado de alma de un hombre que sostiene violenta lucha interior. De ello hubo de percatarse Sinnamari.

—De todo cuanto aquí hemos dicho —exclamó de pronto con fingida bondad—, saco tan sólo la impresión de que ha venido usted a mí en la creencia y con la firme voluntad de prestarme un servicio...

—Exactamente —contestó Dixmer inquieto.

—Tenía usted en su poder papeles que creyó comprometedores para mí, y me los ha traído espontáneamente; eso, en realidad es una buena acción.

—¡Soy un amigo leal de usted, señor Procurador! —gimió Dixmer.

—Usted supo, no sé cómo, que el señor Merlin es agente de no sé qué bandido que se hace llamar el rey Misterio, y se ha apresurado a venir para ponerlo en mi conocimiento. Ese acto merece solo elogios, mi querido señor Dixmer.

—Crea usted, señor Procurador, que mi único deseo es ser a usted de alguna utilidad.

—Estoy seguro de ello. Desgraciadamente para usted, el servicio que creyó prestarme hoy es de muy escasa importancia porque esos papeles no tienen nada de comprometedores, y porque como yo soy un hombre honrado, cosa de la que usted ha tenido la torpeza de dudar, señor Dixmer, no pensé jamás en comprometer mi firma escribiendo la carta que la señora Demouzin, inconsciente como mujer honrada que es, pretendía que le diese. Sin embargo, confieso ingenuamente que sería mostrarme ingrato no tener en cuenta las buenas intenciones que le animan a usted con respecto a mi persona, mi querido señor Dixmer.

—No se burle usted de mí, señor Procurador, y considere que soy harto desgraciado.

—Y no sin motivo —observó Sinnamari—. Pero vamos a ver; al llegar hasta mí, impulsado por tan loables sentimientos, ¿qué es lo que usted esperaba señor agente de policía?

Es de todo punto imposible expresar el tono de supremo desdén con que fueron pronunciadas las cuatro últimas palabras.

El agente de policía movió la cabeza. Parecía cada vez más preocupado y como si se propusiese decir algo que le quemaba la lengua.

—¿No me contesta usted? —continuó Sinnamari—. Pues lo haré yo mismo, porque conozco bien la ambición que le domina, señor Dixmer... Usted se proponía pedirme el cargo que ocupa el señor Dax; la plaza de jefe de seguridad. ¿Acierto?

—Es un puesto que he merecido —dijo Dixmer modestamente—, por más de que ya no me atrevo a esperar que se me conceda.

—¿Y cómo se ha hecho usted acreedor a él? ¿Dejando escapar la noche pasada a Desjardies?

—No —replicó el polizonte—, pero advirtiéndole a usted que se escaparía. ¿Es o no cierto que le previne?

—Sí, es cierto, pero como mérito, me parece poca cosa.

—Pues yo creo que es mucho. Usted no puede imaginarse lo que significa conocer uno de los secretos del rey de las Catacumbas.

—Si usted no conoce de ese rey más que los secretos, yo le aventajo, porque le conozco personalmente. He tenido el gusto de cenar con él esta noche pasada.

—Señor Procurador —dijo Dixmer con voz sorda—, antes que usted le he conocido yo.

Clavó en él Sinnamari su mirada de águila, y enseguida, sin vacilar, le dijo imperiosamente.

—¡Vamos, Dixmer, ha llegado el momento; *traicione usted!*

Al oír esta orden, al escuchar una palabra que respondía exactamente a las ideas que agitábanse en su cerebro desde un momento antes, Dixmer quedó como aturdido. Pensaba efectivamente en traicionar; estaba decidido a hacerlo no obstante los peligros que debería arrostrar, y quizás a causa de esos peligros, porque no se le ocultaba a él que, fracasada su tentativa de intimidar a Sinnamari, no le era posible esperar misericordia de éste, a menos de no entregarle al rey de las Catacumbas. Además —la verdad ante todo— comenzaba a experimentar una real simpatía por aquel formidable bandido

que se había burlado del él, Dixmer, como de un niño. Encontraba al Procurador admirable, y parecíale acertado escoger a éste, que ejercía su poder a la faz del mundo y en cuya mano estaba darlo todo, dejando en cambio a aquél, que lo prometía todo en la sombra y a quien resultaba peligroso servir. Un momento hubo en que creyó que podría servirse de ambos poderes en provecho propio, pero a la sazón veía bien claro que le era forzoso encoger un amo entre aquellos dos hombres, y tomada mentalmente su decisión, adelantóse hacia Sinnamari.

—Soy de usted en cuerpo y alma —le dijo—. Usted lo puede todo; bien puede prometerme que seré jefe de Seguridad. Hágalo, y le entregaré la asociación oculta más poderosa que ha existido nunca; una asociación que, óigalo usted bien, da órdenes a la sociedad y amenaza al Estado.

—¿Se refiere usted acaso a R. C y a sus secuaces? Una vez más miró Dixmer hacia los despachos vacíos cuyas puertas seguían abiertas de par en par; luego a la derecha y a la izquierda. Y tranquilo sin duda por la soledad que parecía rodearles, dijo en voz tan baja que resultaba apenas perceptible:

—Sí, señor; de la asociación del rey de las catacumbas; de la A. C. S. como ellos dicen; *Asociación contra la sociedad*.

—¿La conoce usted bien? —preguntó Sinnamari. Y Dixmer, casi imperceptiblemente, dijo:

—*Formo parte de ella*.

—Lo sospechaba —replicó el procurador sin denotar sorpresa.

—¿Promete usted? Piense que seré suyo en absoluto... Tendrá usted en mí un servidor que le admira y que le quiere; un esclavo que ha aprendido hoy a conocerle y a temerle... Un hombre como usted, ha de tener por fuerza, y muchas veces, necesidad de un hombre como yo... ¿Promete usted?

Hubiérase dicho que Dixmer amenazaba y suplicaba a la vez. Tenía la evidencia de que jugaba su última carta. El sudor corría por su frente.

En aquel momento oyóse rumor de pasos en el vestíbulo. Cipriano apareció en la más apartada de las habitaciones, adelantándose hacia donde se hallaba el Procurador.

—El señor prefecto de policía —dijo al llegar— desea hablar al señor Procurador imperial.

—¡Que pase! —ordenó Sinnamari.

Y volviéndose hacia Dixmer que esperaba una respuesta:

—Señor Dixmer —añadió—, sepa usted, pues por lo visto lo ignora, que el Procurador imperial no necesitado nadie; y sobre todo, oiga usted bien esto: que no pacta con nadie. Que esté usted por mí o contra mí, es cosa que sólo a

usted importa y que no interesa más que a usted. He aquí al prefecto de policía que viene hacia nosotros; va usted a decirnos enseguida todo cuanto sepa acerca del rey Misterio, y a indicarnos de qué modo podremos apoderarnos de él, que es lo que interesa por el momento. Luego... el prefecto de policía y yo decidiremos lo que se ha de hacer con usted; o bien será usted jefe de Seguridad, y cuando yo doy una palabra la cumplo, o irá usted a la cárcel por tentativa de estafa a un magistrado, a menos que... a menos que no llegue el caso de que no me sea posible dar un céntimo por su pellejo.

Dicho esto, Sinnamari estrechó la mano del prefecto de Policía que acababa de entrar en el despacho, y que parecía, a juzgar por su semblante descompuesto, un condenado a muerte, por el estilo del que acababa de dejar escapar poco tiempo antes.

XIX

EL AFICIONADO a LOS LOROS

La mañana del día en que se desarrollaban estos acontecimientos tan importantes y de tanto interés para nuestro relato, y como a cosa de las diez y media de la misma, un hombre en quien a causa de su hermosa barba rubia recortada en abanico reconocíase enseguida a Filiberto Wat, remontaba la larga avenida de los Campos Elíseos.

Los que le conocían —¿y quién no conocía en París al todopoderoso hombre de negocios, al más elegante de los financieros, yerno además del presidente del Consejo?—... los que le conocían, repetimos, podían extrañarse de verlo tan de mañana, atravesando a pie, él que siempre ocupaba lujosos carruajes, una vía espaciosa, con un frío más que regular.

Aquella mañana Filiberto parecía muy preocupado, y es de suponer que había emprendido aquella caminata, tras una hora de duchas y de fricciones para anular el cansancio de una noche pasada en vela, con el exclusivo objeto de meditar a sus anchas acerca de sus inquietudes y zozobras y para hacer lo posible por verlas desvanecidas.

Los acontecimientos de la noche anterior le habían turbado bastante. No porque estuviese comprometido ni poco ni mucho en el asesinato de Lamblin ni en el de Didier, sino porque no ignoraba nada de la tentativa de chantaje de ambos muertos, y porque mantenía relaciones de íntima amistad con Sinnamari y con Eustaquio Grimm, razón por la cual se preocupaba de cuanto de desagradable pudiera ocurrir a estos últimos. ¿Y qué podía ocurrirles de más desagradable que la evasión de ese Desjardies, la ejecución del cual era como el epílogo necesario de los dos embrollados asuntos de Lamblin y de Didier?

Y a este propósito, Filiberto, acariciando nerviosamente su hermosa barba de oro, se preguntaba por la centésima vez quién podría ser ese fantástico rey Misterio que tan audazmente se mezclaba en cosas que debían tenerle sin

cuidado; aquel ser extraordinario cuyo enorme poder había podido apreciar pocas horas antes; el enigmático R. C. con quien le fuera dado cenar la noche anterior. El conde de Teramo-Girgenti habíale dicho ser uno de sus amigos; pero ¿debía creer al conde? ¿No se habría éste burlado de él? Así lo hubiera creído sin duda Filiberto a no recordar que llevaba precisamente encima, en su cartera, los 25. 000 francos perdidos por el conde, que él acababa de cobrar en casa del banquero de R. C. Razón de más para interrogar seriamente a Téramo a este respecto.

Decidido a hacerlo como se lo proponía, Filiberto apretó el paso en dirección al hotel que acababa de comprar el conde en la esquina de la Avenida de los Campos Elíseos y de la calle del Coliseo.

El jardín del hotel daba a la Avenida, y los patios interiores a la calle de Ponthieu. Acababa Filiberto de dejar atrás la plazoleta, y disponíase a llamar junto a la verja del jardín, cuando vio llegar hacia él un noble anciano a quien reconoció en el acto. El noble anciano llevaba en la mano un loro.

—¡Señor de Teramo-Girgenti! —dijo Wat adelantándose con viveza hacia el conde. Este le enseñaba el pajarraco.

—¿Qué le parece a usted? Soberbio, ¿verdad? Pues soy yo quien lo ha descubierto. Era vecino mío. Todas las mañanas, al salir de casa, oíale anunciar a los pasantes «que había almorzado bien». Me gustó su voz y encargué a mis gentes que me lo trajesen, costara lo que costase. Y, ¡asómbrese usted!, aunque lo oían, no llegaban a dar con él. Por una verdadera casualidad acabo de descubrirlo yo, al volver de mi paseo, ¿dónde dirá usted? En casa de un zapatero de viejo que ha puesto su tenducho en un sótano de la calle del Coliseo. ¡Lo que me he alegrado! No puede usted figurárselo. El hombre me lo ha dejado por una friolera, quince luises... Vamos, ¿qué le parece a usted?

Parecíale a Filiberto Wat que aquel loro se parecía a todos los loros y no acertaba a comprender cómo un hombre de tan sano juicio, al parecer, como el conde, pagaba la crecida suma de trescientos francos por tan vulgar avechucho.

—Vamos adentro, o mi loro se va a helar —dijo Téramo-Girgenti.

La verja que daba acceso a los jardines del hotel del conde abrióse sin que éste último hubiese tocado siquiera el botón del timbre eléctrico.

Wat no se extrañó de ello. Desde que poco tiempo antes conociera a tan singular personaje, había tenido ocasión de observar que el conde de Téramo-Girgenti estaba servido como no podía estarlo ningún príncipe de la tierra. Lo mismo si se quedaba en su casa que si paseaba por París, hubiérase dicho que

todas las personas a quienes se dirigía habían sido creadas y puestas en el mundo con el exclusivo objeto de prevenir sus más insignificantes deseos.

¿Quién era en realidad aquel conde de Téramo-Girgenti a quien el presidente del Parlamento español recomendara a la benévola atención de Sinnamari? Según él mismo aseguraba, conocía personalmente a la mayor parte de los soberanos reinantes y decíase emparentado con las más nobles familias de España y de Italia.

En cambio en París nadie conocía a tan gran señor. El conde aseguraba no haber vuelto a la capital de Francia *desde hacía varios siglos*, y este detalle, como es natural, bastó para que Filiberto Wat clasificara *in mente* al extraño personaje, entre el número de los caprichosos. Tanto más cuanto que el hombre, en el poco tiempo que llevaba en París, había arrojado una verdadera fortuna por la ventanilla de su coche, coche por cierto arrastrado por una pareja de bayos que valían, por lo menos, cuarenta mil francos.

En el breve espacio de cuarenta y ocho horas había comprado su intendente aquel hotel, amueblándolo regiamente. Un ejército de obreros hizo de tal inmueble, de una burguesa banalidad desesperante, un verdadero palacio que el conde se complació en poblar de figulinas y objetos raros, pues era muy aficionado a las antigüedades.

Pero más aún que su pasión por estas últimas, admiraba al banquero la que Téramo parecía tener por los loros; y no por otra razón sino porque el hombre no escogía entre estos últimos, como acostumbraba a hacerlo con las antigüedades. Arramblaba por el contrario con cuantos encontraba en su camino, sin distinción de clases ni de sexos; comprábalos todos y daba órdenes para que los llevasen enseguida a su casa, cuando como en el momento en que lo encontramos no era él mismo quien se encargaba de hacerlo.

El día en que tan original archimillonario hubo de presentarse por la vez primera en el despacho de Filiberto Wat, éste no pudo por menos de sorprenderse ante la importancia de las cartas por las cuales el extranjero era recomendado a su alta influencia y a su parisianismo; pero ello no fue obstáculo para que se sintiese verdaderamente maravillado en presencia de la tranquila extravagancia que en sus actos y en sus palabras ponía el noble conde, extravagancia de la que pudo percatarse desde el primer paseo que diera en su compañía.

Telegrafió el yerno del presidente del Consejo a Roma, a Madrid, a Viena y a Berlín, y príncipes y ministros le contestaron que respondían en absoluto del conde, recomendándole al mismo tiempo que hiciera cuanto él le indicase.

De todo lo cual hubo de concluir Filiberto Wat que indudablemente se encontraba en presencia de algún príncipe de la sangre que por razones especiales se creía en el caso de ocultar su verdadera personalidad.

Cuando ambos personajes hubieron pasado la verja, y una vez cerrada esta última, el conserje, sin hablar ni una palabra, acercóse al conde y tomó de su mano el loro.

—¿Qué va usted a hacer con ese animal? —preguntó Wat al conde.

—Pues dentro de un momento estará con sus congéneres en la jaula de la calle de Ponthieu.

—¿Le interesaba a usted de veras ese loro?

—Mucho.

—Así es que irá usted a verlo con frecuencia...

—¡Jamás!

—¿Cómo jamás? ¿Pues para qué compra usted los loros, querido conde?

—Para no verlos nunca.

—Pues, la verdad, no me lo explico.

—Yo se lo explicaré a usted, no hoy; otro día. El día de la fiesta de mi instalación definitiva en este palacio.

—¿Será pronto?

—Así lo espero por lo menos... Tal vez dentro de quince días. Eso es cosa de mi intendente quien me tiene frito con su lentitud. Es de lo más calmoso que puede usted imaginarse. La instalación debería estar ya completa desde hace mucho tiempo, y ya lo ve usted, aun habré de esperar por lo menos dos semanas.

Así hablando, el conde y Wat habían llegado a la escalinata que daba acceso al hotel.

—Pase usted, querido Wat —dijo Téramo-Girgenti—. Llevo tres horas andando, y le aseguro a usted que no me vendrá mal sentarme un ratito.

—¿Tres horas? —replicó Wat—. ¿Se trata de un régimen?...

—Sí, señor; a mi edad, por desgracia, no hay más remedio que someterse a los regímenes y tratamientos.

—¡Bah! A su edad... ¡Como si fuera usted tan viejo!

—¿Cuántos años me da usted?

—¿En serio?

—En serio; yo no bromeo nunca.

—Pues... entre los sesenta y los sesenta y cinco.

Por más de que no los representa usted, querido conde.

—Tengo veinte años —interrumpió Téramo—. Veinte años y tres meses. Ni un día más, ni uno menos.

Y así diciendo empujó a Filiberto Wat hacia el interior del vestíbulo.

Wat reía de buena gana; no así el conde, a quien el primero no había visto reír nunca.

Téramo-Girgenti representaba en efecto unos sesenta años, más bien más que menos. Las cejas pobladas y blancas, como el espeso bigote que caía a ambos lados de una boca bien dibujada, en la comisura de cuyos labios había algo de dureza y de escepticismo; la barba, igualmente nívea, y la cabellera abundosa que caía en bucles de plata sobre las orejas, ocultándolas por completo, contribuían no poco a envejecer un semblante que por otra parte podía parecer joven aún pues las mejillas eran tersas, y los rasgos fisonómicos perfectamente regulares, sin arrugas ni deformaciones. Llevaba lentes de oro, y era de aventajada estatura, aun cuando los hombros parecían algo encorvados. Su voz sonaba con grato timbre; hablaba el francés con ligero acento italiano, no desagradable, y era dado advertir en sus ademanes notable calma y no poco de natural armonía.

Wat interrumpió de pronto su acceso de hilaridad, porque hasta sus oídos acababa de llegar el eco de una voz chillona y desagradable, oída ya por él alguna otra vez, aunque no recordaba dónde ni cuándo. La voz gritaba detrás de una puerta: «Master Bob, Master Bob, voy a contar a usted la historia de la señorita Belladonna y el asesinato del Puente Rojo.»

Observando que Filiberto parecía escuchar, el conde volvióse vivamente hacia él y le hizo entrar, mejor dicho, le empujó hacia una habitación bastante oscura, deliciosamente amueblada al estilo turco. Y sin darle tiempo de admirar las panoplias repletas de armas raras, ni los modelos de yataganes y de fusiles con culatas incrustadas de plata, cobre y marfil que adornaban las paredes, se excusó por recibirle en aquel cuarto «de los trastos inútiles» asegurándole que deseaba no enseñarle el hotel hasta que su intendente lo dejara en estado de ser visto por parisién tan inteligente y advertido como lo era Filiberto Wat.

Luego le obligó a sentarse, insistiendo para que aceptase algunas cucharadas de sus confituras perfumadas, que un criado negro, a quien llamaba Alí, había presentado colocadas en alto taburete incrustado de piedras preciosas: una verdadera maravilla del arte árabe. Junto a las confituras erguía gallardamente una botella de vino de Tokay, cuyos flancos polvorientos presentaban a intervalos áureos reflejos. La verdad exige que se diga que la tal botella llegaba directamente de las cavas prodigiosas del

antiguo castillo de Koenigsberg, que fue mudo testigo de la memorable borrachera de Falstaff.

De estómago delicado, y poco comedor por naturaleza, Filiberto Wat no quiso tomar nada, agradeciendo mucho la invitación que se le hacía. El conde por su parte se tendió en un diván, y tomando de manos de Alí una especie de estuche de cristal en el fondo del cual aparecían algunas gotas de cierto licor opalino, dijo a su acompañante:

—Hace usted mal, amigo mío, no probando siquiera esas confituras que me envían de Fez, y que son un regalo anual, una especie de precioso tributo de mi amigo Sidi-ben-Kadow, ministro de la guerra de Sid'na Mohamet-Alí.

—Yo he oído decir —interrumpió Wat sin mostrar extrañeza— que ese Sidi-ben-Kadow es el hombre más viejo del mundo. ¿Es verdad que tiene ciento treinta años?

—Nada tan exacto —replicó el conde—. Tiene en efecto esa edad: me consta.

—Y sin embargo, es aún ministro... ¿No le parece a usted eso maravilloso?

—¡Bah! —dijo Téramo tranquilamente—. Sus ciento treinta años no le impiden ser más joven que yo, que no tengo más que veinte. ¡Veinte años! ¡Parece increíble cómo pasa el tiempo! Aun me creo en el día de mi nacimiento. Ha de saber usted, mi querido señor Wat, que *esta vez* nací en Siria, precisamente el mismo día en que el almirante Napier comenzó el bombardeo de San Juan de Acre. Figúrese usted si recordaré bien ese detalle, que tuve que pasarme doce horas en mi féretro, esperando que acabase el ruidoso cañoneo.

—¿Cómo es que se encontraba usted allí el día de su nacimiento? —preguntó Wat imperturbable.

—Pues sencillamente, porque allí me había hecho enterrar setenta y cinco años antes. Ya sabe usted, querido señor Wat, que de cada cien años paso setenta y cinco enterrado; o lo que es igual, que vivo veinticinco años de cada siglo. De modo que esta vez, aun tengo por delante cinco añitos. Pero eso sí, tendré que cuidarme, y sobre todo no engordar. Qué quiere usted, amigo mío: yo no soy un Bálsamo, ni un Cagliostro, ni un conde de San Germán. ¡Ah, si yo fuera eterno! Pero para llegar a los veinticinco años he de tomar a veces mis precauciones. Por eso en el verano voy a tomar baños... sí, señor, ¿le extraña a usted? Pues voy... Aunque a decir verdad nada como el ejercicio; no sabe usted lo bueno que es andar, para la salud... Casi tan bueno como

esta mixtura de perlas de Ceilán, disueltas en bálsamo de Fingal. ¿Quiere usted probarla?

—¿A cómo le resulta a usted cada gola de osa mixtura? —preguntó curiosamente Wat.

—¿Usted da importancia a ese detalle? Pues no puedo satisfacer su curiosidad; pero Alí va a sacarnos de dudas, porque él debe llevar *mis libros de cocina*...

El negro se acercó.

—Cinco mil francos la gota, monseñor —dijo. Y haciendo una profunda reverencia salió de la estancia.

Filiberto saltó en su silla al oír la enorme cifra.

—Ya lo ve usted —dijo el conde—, una friolera. Conque no se preocupe usted del precio y beba cuanto guste. Tengo en la India tres pesquerías de perlas inagotables, y no pienso establecerme como joyero. ¿Qué quiere usted, pues, que haga con las perlas si no me las como?

—Regalarlas a las señoras.

—¡Ay, amigo mío! Las mujeres son la ingratitud personificada. Las conozco bien; en dos mil años creo que habré tenido tiempo de conocerlas.

—¡Dos mil años! ¿Pero es que lleva usted todo ese tiempo sometido al régimen de que me hablaba ahora mismo?

—Sobre poco más o menos. No lo sé a punto fijo, porque mi memoria flaquea cuando pretendo recordar la época lejana de mi primer nacimiento. Sobre que la primera vez apenas cuenta por nada. Fue un accidente casual, el resultado de un rápido encuentro entre un pastor enamorado y una ninfa de Tesalia, al borde de una fuente en el valle de Tempis. En cambio las otras veces, si he nacido fue porque yo lo quise... después de haber preparado mi muerte. En cada una de esas veces he sido yo mi propio padre; sí, no se extrañe usted. Como que sola mi voluntad hacía me renacer a la luz del día después de setenta y cinco años de descanso entre los muertos. ¡Setenta y cinco añitos de descanso! ¡Vaya un régimen, señor Wat! Claro que al despertar se siente cierto hormigueo en los pies; pero se da uno un paseíto, y como si tal cosa... Aquí donde usted me ve yo he sido uno de los primeros andarines de Grecia. Más tarde, concluidas las guerras médicas, en las que me distinguí como portador de mensajes, logré victorias en el estadio de Olimpia. Sí, señor, como usted lo oye; yo he conocido al corredor de Maratón.

Wat estaba asombrado. Miraba fijamente a Téramo-Girgenti, y no sabía qué admirar más en él, si su lenguaje extraño, o la precipitación con que hablaba y el tono en que decía aquellas cosas inverosímiles. Extrañábale

sobre todo que el conde elevase la voz como no era en él costumbre. Además, habíase levantado y marchaba ruidosamente por la habitación; él, que no hacía nunca ruido.

En aquel momento se abrió la puerta dando paso a Alí, y durante el brevísimo tiempo que permaneció abierta, Wat pudo oír de nuevo aquella voz extraña, las exclamaciones roncas o agudas que ya le preocuparan poco antes, sin duda porque no le era dado recordar dónde había oído por primera vez tan singular chillido.

La voz gritaba: «*By Jove, Master Bob! What a fearful sight.*» (Por Júpiter, señor Bob, vaya un espectáculo desagradable.)

Wat sorprendió una mirada fulminante de Téramo-Girgenti a Alí, que habíase atrevido a abrir aquella puerta en el momento en que el conde procuraba que a los oídos de su visitante no llegasen las voces proferidas en el vestíbulo. Dicha mirada pasó de Alí al propio Filiberto, quien lo comprendió todo. Adivinándolo así, Téramo dijo a Alí que esperaba sus órdenes:

—Di al señor Macallán que no quiero recibirle; que no le puedo decir nada, y que haga de modo que yo no le vea por aquí antes del 15 de Enero.

—¿Y si no quiere irse?

—Lo pones de patas en la calle.

Alí se retiró, muy digno.

—¿Qué era lo que le estaba diciendo cuando nos han interrumpido? —preguntó Téramo, mientras Wat se acordaba de pronto del famoso gnomo que cenara con él la noche antes en la plaza de la Roqueta. Una tempestad de juramentos y palabrotas franco-inglesas acababa de estallar detrás de la puerta; pero el conde, como si nada oyese, continuaba paseando a lo largo de la habitación, apareciendo y desapareciendo alternativamente en la penumbra y en la sombra como un fantasma alborotador que anduviese a trastazos con los muebles.

—¡Ah, sí! —dijo al fin—. Decía a usted que con tres horitas de paseo diario espero llegar en buenas condiciones al término de mi vida en este siglo... Usted no ignora que todos los personajes que la historia cita como modelos de longevidad fueron en vida activos y laboriosos.

Dicho esto, el conde arrojó al suelo el taburete árabe y con él el magnífico servicio de cristal de Venecia que se hizo añicos, derramándose sobre la alfombra el almíbar espeso de las confituras de Fez.

Filiberto pensó, sin equivocarse, que actitud tan inusitada sólo podía responder al deseo de cubrir el ruido que detrás de la puerta armaba el enigmático aborto a quien el conde diera el nombre de Macallán.

Téramo interrumpió un momento su charla, y como notara que cesaba el ruido detrás de la puerta, dedujo que Alí había por fin ejecutado sus órdenes. Y Filiberto, que deseaba hacer creer que el incidente no le preocupaba poco ni mucho, se apresuró a interrogar a su huésped.

—¿Sabe usted —le dijo— que gustando como gusta de andar, debe usted fastidiarse de lo lindo durante los años que permanece cadáver?

Detúvose Téramo y miró fijamente a su interlocutor. Y puso tan intensa extrañeza en su mirada, que la sonrisita burlona que retozaba en los labios de Wat pareció helarse en ellos.

—Sepa usted, señor mío, para su gobierno —dijo el conde—, que nada me fastidia, ni cuando estoy muerto, ni cuando vivo. Claro es que no me muevo estando muerto; pero puedo jurar a usted que mientras vivo hago que los demás se muevan, y me muevo yo mismo tanto y de tal modo, señor Filiberto Wat, que son muchos los que se han postrado a mis pies suplicándome que me detenga...

Y con voz tan sombría, tan siniestra, tan amenazadora de desgracias y catástrofes ocultas que Wat hubo de estremecerse contra su voluntad, añadió enseguida:

—... ¡Pero yo no me detengo nunca!

Oyendo hablar así al conde, Filiberto tuvo miedo; miedo tanto más extraño cuanto que, lejos de distinguirse por la pusilanimidad, Filiberto Wat era lo que se llama un carácter. Y aquí vienen como de molde unas cuantas líneas para enterar al lector de la historia de este personaje.

Filiberto Wat había nacido en Burdeos. Contaba veinticuatro años cuando murió su padre dejándole sin recursos, por lo que, necesitando ganar su vida, concibió la ingeniosa idea de fundar una agencia para encauzar las reclamaciones de los propietarios bordaleses contra las evaluaciones catastrales. Por desgracia para él, el consejo de prefectura rechazó de plano todas las reclamaciones, y, como es natural, los clientes le abandonaron.

Trató luego, con actividad y deseos de triunfar, de hacer el corretaje de vinos, entrando más tarde en la Bolsa donde se ocupó de contrataciones y corretaje de valores, ingresando de este modo en las filas de la bohemia cimarrona del bolsín y de la banca. No le costó mucho ponerse en primera línea, haciendo gala de la ductilidad de su imaginación, de lo fértil de sus recursos y de su prodigiosa audacia de ejecución. Su primer golpe lo dio fundando un periódico *El Ferrocarril*, del que hizo un órgano de noticias referentes a vías férreas y también a la finanza especulativa; a partir de este

momento Filiberto Wat se consideró, con razón, lanzado en el mundo de los negocios.

Aprovechando hábilmente la enorme publicidad de *El Ferrocarril* fundó una sociedad: la *Caja de acciones asociadas*, el objeto de la cual, de los más sencillos, pero de los más difíciles, era la compra de las acciones en el momento favorable, para revenderlas luego con beneficio. Fue por aquel entonces cuando Wat se encontró con Sinnamari. Los dos hombres parecían nacidos para entenderse. La agencia Sinnamari funcionaba ya en la sombra, y su poder político era considerable, por lo cual Filiberto decidió unir por un lazo secreto dicho poder político al financiero del que él disponía, firmemente persuadido de que ninguno de dichos dos poderes podía subsistir aisladamente y sin el concurso del otro. En realidad de verdad Filiberto no hizo más que ejecutar, sin darse de ello cuenta, las voluntades de Sinnamari; pero como éste dejaba a aquél la responsabilidad de lo que ambos hacían, de ahí que Wat pudiera imaginarse por un momento que él era uno de los hombres de más sólida posición de París, creencia que subió de punto cuando entró, en calidad de yerno, a formar parte de la familia del presidente del consejo. Embriagado por el éxito, se olvidaba de Sinnamari, el cual, en cambio, tenía a él muy presente.

Volvamos ahora el saloncito turco. La puerta de éste se abrió por segunda vez y el criado turco anunció al conde que su coche estaba enganchado.

—¿Va usted a salir enseguida? —preguntó Wat no poco sorprendido por cuanto acababa de ver y oír, y sin atreverse a tratar a Téramo de querido conde sin que él mismo supiera el porqué de tal escrúpulo.

—Sí, al momento —dijo Téramo—. Tengo que ir a la clase de declamación do Marcela Feraud...

—¿De veras? Pues sepa usted que es una de mis buenas amigas. Si puedo ser a usted de alguna utilidad... Precisamente esta noche pasada hemos cenado juntos en casa... ¿de quién dirá usted? ¡Del rey Misterio!

—¿Es posible? —replicó Téramo cediendo el paso a Filiberto—. ¿Y qué tal, cómo va ese buen amigo?

—Pero... ¿es de veras amigo de usted?

Y al hacer esta pregunta Filiberto miraba atentamente al conde, quien descendía la escalinata invitándole con el ademán a ocupar un puesto en el carruaje. Téramo contestó con displicencia:

—Diré a usted; yo no tengo muchos amigos, y no creo que haya nadie que pueda estar seguro de tener uno verdadero. Sócrates, a quien tuve el honor de enterrar en otro tiempo, durante una de mis primeras juventudes, decía que su

casa era demasiado grande para albergar a todos sus amigos. Pero en fin, Misterio me ha prestado algunos servicios, cuando fui prisionero suyo en la campiña romana...

—¿Cómo, prisionero suyo?...

—Como usted lo oye. Misterio fue en sus comienzos uno de los más célebres bandidos romanos. En Italia un rey de las Catacumbas es cosa que se ve todos los días, o todas las noches... No tiene usted más que darse un paseíto por la noche, después de comer, por los alrededores de la tumba de Cecilia Metela, que es un hermoso monumento, y lo vé, de seguro. Así me ocurrió a mí hará cosa de ocho años...

—Pero ¿qué servicios pudo hacerle a usted, querido conde, puesto que era usted su prisionero?

—Entre otros el inestimable de hacerme conocer al papa.

—¿Qué me dice usted? —exclamó Filiberto encendiendo un enorme cigarro habano.

—El papa estaba preso, como yo, y lo estuvo por espacio de cuarenta y ocho horas.

Precisamente esa captura fue el punto de partida de la celebridad de que goza el rey de las Catacumbas.

A todo esto el conde había hecho montar a Filiberto Wat en su coche.

—Puesto que es usted amigo de Marcela Feraud —le dijo— me hará el obsequio de presentarme a ella.

El coche rodó sobre la grava del jardín, mientras Téramo, luego de cerrar uno de los cristales que quedara abierto, se recostaba muellemente en el ángulo del cupé.

—Si he dicho que la captura del Papa fue el punto de partida de la celebridad de Misterio, es porque R. C., como le llamaban ya allí, en la campiña romana, no era hombre capaz de contentarse con la gloria que le proporcionaba un golpe como ese. Para salir indemne de su cártel, por cierto muy confortable, que se encontraba entonces en una de las dependencias de las catacumbas de Santa Calixta, en la Via Apia, el Papa hubo de pagar un rescate de tres millones. Y dos horas después de su entrada en el Vaticano, que fue tan misteriosa como lo fuera su salida forzada, le fueron devueltos los tres millones, para sus pobres, según le dijeron al devolvérselos.

Aunque Filiberto Wat había oído referir algunas fantásticas historias de bandidos romanos, parecía excesivamente inverosímil la que el conde le narraba, por más de que, por otra parte, no veía qué interés pudiera tener aquel hombre en burlarse de él.

—Pero, ¿no le parece a usted —preguntó— que si en realidad hubiese R. C. capturado al Papa, la cosa se habría sabido enseguida?

—Pues nadie supo una palabra, amigo mío. El rey de las Catacumbas es la discreción personificada.

—No diré que no; pero francamente, no me explico cómo quedando en el silencio ese golpe magistral, del que R. C. no sacó ningún provecho pecuniario, pudo sin embargo ser el punto de partida de su celebridad, según dijo usted hace un momento.

—Porque el golpe lo ignoró el público, pero en cambio lo supieron todos los jefes de banda, y éstos, enterados de la cosa...

—¿Qué hicieron?

—Proclamaron a R. C. jefe supremo.

—Cargo que aceptó, naturalmente.

—Sí; pero como hubo de parecerle Italia demasiado pobre para la realización de sus vastos planes, vino no hace mucho tiempo a instalarse en Francia, trayéndose de allí a algunos de sus mejores lugartenientes.

—Lo que me extraña es que no se haya hablado de él hasta estos días.

—Tengo entendido que meditaba un negocio enorme, una operación magna para llevar a cabo la cual era preciso mucho tiempo, varios años, según creo.

—Puede. Pero aún no me ha dicho usted, querido conde, cuánto hubo de pagar a ese bravo para conseguir su libertad. Sin embargo, si soy indiscreto...

—Nada de eso, amigo mío; es una pregunta muy natural la de usted. Pues por mi libertad pagué cinco millones.

—¡Cinco millones! Que naturalmente no le ha devuelto a usted. ¿Y a eso le llama usted hacer servicios?

—Ya le dije antes que gracias a él conocí personalmente al Papa.

—Pero es que al Papa se le puede conocer por mucho menos dinero.

—Los católicos, sí; pero yo no lo era.

—¡Ah!

—Figúrese usted que yo seguía siendo pitagórico... Un retraso considerable, como usted ve.

—Sí que lo era.

—Y el Papa me convirtió; el hombre se aburría, como yo, porque estuvimos juntos...

—Sí, ahora comprendo, y la cosa me parece original, deliciosa: dijo Filiberto Wat con tono zumbón. Luego añadió poniéndose serio:

—¿Conoce usted la última proeza de su amigo? ¿Sabe usted lo que ha hecho esta noche el rey Misterio?

Téramo-Girgenti interrumpió a Wat.

—Sí, lo sé, porque se trata de un hombre que me interesa mucho. Pero dígame usted, querido señor Wat; ¿no había usted prometido el secreto acerca del asunto Desjardies?

—No sólo a R. C. sí que también al Procurador imperial. Todos se lo hemos prometido. Sin embargo, no creo que tarde mucho en saberse la cosa. Los periódicos...

—Esos no dirán nada.

—¿Por qué?

—Porque nada han de saber. Buen cuidado tendrán de que lo ignoren todo, el poder de arriba, personificado por Sinnamari, y el de abajo, que encarna en R. C. Créame usted, todo el mundo tiene interés en que se haga el silencio.

—¿Sabe usted —dijo con sorna Filiberto— que no deja de ser extraño que llevando en París tan poco tiempo esté usted tan al corriente de lo que aquí ocurre de más misterioso?

—Lo reconozco.

—¿Es acaso R. C. quien le pone al corriente de todas esas cosas?

—Sí, señor; le veo con bastante frecuencia.

—En ese caso hay que suponer que usted conoce asimismo *lo que se propone* R. C.

—¿Cómo *lo que se propone*?

—Sin duda; R. C. persigue un objetivo. Personal, indudablemente, y en absoluto ajeno a los negocios de la famosa asociación A. C. S. como la llaman, según creo.

—Así es, en efecto.

—Estaba seguro de ello. Si ha hecho que se fugue Desjardies no es tan sólo por altruismo, por amor de Ja humanidad. Ese hombre trabaja contra algo, o contra alguien.

—Me parece indudable.

—Todo eso tiene el interés que le da el misterio —dijo Wat con tono indiferente—. Sospecho que pasará algún tiempo antes de que sepamos qué es ese algo, o quién es ese alguien...

—¡Bah! —Exclamó Téramo—, como no se trata de usted, señor Wat, creo que eso es cosa que debe tenerle sin cuidado.

En este momento el coche, que se dirigía hacia la calle de Berlín, donde Marcela Feraud tenía su clase de declamación, había llegado al cruce del Faubourg Saint Honoré, y hubo de detenerse un momento por haberse producido un choque entre otros dos carruajes.

Wat se estremeció de pronto. En el marco de la portezuela, del lado de Téramo Girgenti, acababa de aparecer, gesticulante y terriblemente amenazadora la cara fantástica del gnomo americano, articulando sin duda palabras que no se oían.

El conde bajó bruscamente el cristal y dirigió al gnomo severas palabras en una lengua desconocida para Wat. Y éste presenció entonces el espectáculo inquietante de una fisonomía que deja de reflejar la cólera, para dar paso a las manifestaciones de la más loca alegría. Luego aquella boca horrible y desdentada, que plegaba una infernal sonrisa, pronunció estas palabras «*Can it be?*» (¿Es posible?) y la mirada del aborto tuvo una expresión de infinita ternura, y de sus ojos se desprendieron dos gruesas lágrimas.

Levantó el conde el cristal y casi al mismo tiempo reanudó el coche su marcha.

—Querido conde —dijo con cierta timidez Filiberto—, ¿quién es ese hombre? Se lo pregunto porque le he visto esta noche pasada... Se presentó él mismo en casa del rey de las Catacumbas.

—¡Bah! —contestó el aficionado a los loros—. *No se ocupe usted de eso...* El rey es el rey, y ése es su bufón.

XX

EN EL QUE EL LECTOR HACE CONOCIMIENTO CON LILIANA DE ANJOU, Y EN EL QUE LILIANA DE ANJOU CONOCE AL CONDE DE TÉRAMO GIRGENTI.

La aparición de Macallán a la portezuela del coche debía haber impresionado singularmente a Filiberto Wat, porque luego de las últimas palabras pronunciadas por el conde, palabras que cerraban el paso a toda nueva indiscreción, guardó profundo silencio que no quiso interrumpir hasta que el coche se detuvo de nuevo en la esquina del boulevard Malesherbes y de la calle de la Pepinière.

Eran entonces las once de la mañana.

Filiberto Wat, que miraba distraído los pasantes que desfilaban friolentos por las aceras, exclamó de pronto:

—¿Usted no conoce al coronel Regine? Ahí lo tiene usted; ese que sale de la casa de enfrente.

—¿Quién es Regine? —preguntó Téramo Girgenti, que parecía indiferente al honor de ver al coronel.

—¿No recuerda usted? Pues le he hablado mucho de él. Un buen amigo mío a quien precisa conocer cuando se es de París. Ya tendré ocasión de presentárselo.

—¿Es ese caballero que parece triste, y que pasea dos niñas?

—El mismo. Esas niñas son sus hijas, que él saca siempre de paseo cuando no tiene trabajo urgente en el ministerio de la Guerra.

—¡Cosa más extraña! El me parece un viejo, y las niñas pueden tener un par de años...

—En efecto, las ha tenido un poco tarde; eso precisamente explica su pasión por ellas.

—Me parece mucho que usted me dijo que Regine solo había tenido una pasión en su vida...

—Sí, el juego; pero hace dos años que tiene además otra; esas dos niñas nacidas al cabo de ocho años de matrimonio.

—¿Qué edad puede tener su señora?

—No es muy joven que digamos; pero bastante más que su marido; es parienta próxima, prima según creo, de Sinnamari, nuestro Procurador imperial.

—Sí, sí —replicó indiferente al parecer el conde—. Ya me ha contado usted todo eso: pero mi memoria flaquea de tal modo... Regine y Sinnamari son antiguos amigos, ¿verdad?

—Compañeros do Colegio. En el de Santa Bárbara eran tres inseparables; Sinnamari, Regine y Eustaquio Grimm. Contra lo que sucede generalmente, han continuado juntos después... Una amistad verdaderamente ejemplar, la de esos tres hombres.

—Sepa usted, señor Wat, que Séneca escribió un tratado sobre la amistad que no le sirvió para nada... ¿Decía usted que ese Regine es un padrazo?

—Como que está loco con sus gemelas. Y tengo para mí que el nacimiento de esas niñas le ha hecho cambiar bastante.

—Por de pronto le ha convertido en niñera...

Cambiando enseguida de conversación, Téramo Girgenti pidió a Wat algunos detalles acerca de la escuela de declamación de que era directora la actriz Marcela Feraud; pero Filiberto sólo habló de la presencia de dicha artista en el banquete de la plaza de la Roqueta, dándose la coincidencia de que cuanto más él se esforzaba por mantener la conversación en el único terreno para él interesante, tanto más el conde conseguía llevarla por distintos cauces. Tuvo pues que resignarse, y se limitó a enumerar los éxitos alcanzados en el Conservatorio por los discípulos de Marcela Feraud en los dos años que ésta llevaba de ejercicio como profesora.

Fue entonces cuando el conde se creyó en el deber de explicar a su acompañante que su visita a la clase de declamación no tenía más objeto que el de ver si en ella le era posible reclutar personal apto para constituir una compañía aceptable con destino a su teatro, al que construía en su propio hotel, deseoso de tener un coliseo, como otros millonarios tienen una cuadra de carreras.

Llegados que fueron a la esquina de las calles de Amsterdam y San Lázaro, el conde, que gustaba de ir aprisa, y que aun no se había impacientado, miró la hora en su reloj. Hizo lo propio Filiberto, asegurando que eran las once menos diez minutos, mientras que Téramo por su parte afirmaba que eran las once y once minutos exactamente.

Wat hizo observar inútilmente a su compañero que como la clase tenía lugar entre las once y las doce, podían estar seguros de encontrar a Marcela Feraud, a menos que, fatigada por la noche de insomnio, no hubiese decidido suspender sus lecciones hasta el siguiente día; el conde, sin hacerle caso, apoderóse del tubo acústico e hizo saber a su cochero, por mediación del lacayo, *que tenía prisa*.

Mágica debía ser esa fórmula, y destinada sin duda a producir cierta impresión sobre el cochero, por cuanto éste, sin preocuparse en lo más mínimo del peligro que podía hacer correr a su amo y a Wat, del que él mismo corría, sin contar con el de que pudieran ser víctimas los pasantes, levantó el látigo y fustigó a los hermosos caballos bayos que costaban cuarenta mil francos, con la misma brutalidad que pudiera hacerlo un carretero.

Como consecuencia del castigo, y no obstante lo pronunciado de la pendiente de la calle de Amsterdam, el coche partió como un bólido, mientras Filiberto Wat, verdaderamente asustado, se volvía hacia el conde, quien como si nada ocurriese de particular, bajó los cristales que se encontraban cerca de él, y continuó mirando la esfera de su reloj.

Wat quiso gritar y no pudo. Era tan infernal la carrera de los caballos, que el desdichado se creyó perdido irremisiblemente, y veíase ya hecho papilla mientras Téramo continuaba contemplando tranquilamente su reloj.

¡Cosa extraordinaria, fantástica, inexplicable! No obstante la vertiginosa carrera del vehículo, el cochero no atropelló a nadie, ni causó el más ligero desperfecto en el trayecto que media entre la calle de Amsterdam y la de Berlín. Pero al llegar a esta última, las voces de los transeúntes y un formidable choque que fue causa de que Filiberto Wat rompiese con la nariz el cristal levantado frente a él, le hicieron comprender que el temido accidente acababa al fin de producirse.

Los caballos del conde se detuvieron, como si los hubieran clavado en el suelo; y por lo que respecta a Téramo, mucho antes de que Wat se repusiera de su estupor había ya sallado del coche con la agilidad de un muchacho, precipitándose enseguida hacia otro carruaje al que el suyo acababa de hacer astillas.

Era una elegante victoria, cuya caja aparecía destrozada en tales términos que los transeúntes acudidos en socorro de las probables víctimas se preguntaban admirados cómo el coche del conde pudo quedar intacto después de haber producido tamaños destrozos.

Afortunadamente no hubo desgracias personales que lamentar. Por efecto de un fenómeno tan plausible como inexplicable, el cochero de la victoria hubo de saltar con tal oportunidad del pescante *al oír* (porque aún no podía verlo) el coche del conde que rodaba por la calle de Amsterdam con la rapidez y el ruido de una tromba, que ya estaba el hombre en la acera en el momento en que la lanza del coche de Téramo destruía en un santiamén la victoria. Fue tan instantánea dicha destrucción que hubiérase dicho que se trataba de un carruaje mágico que por arte de brujería pasaba de su estado natural al de polvo impalpable.

Hacíase difícil imaginarse que una victoria pudiera ser cosa tan frágil, y cosa tan sólida y resistente un cupé como el del conde. Ni que las ruedas, ejes, tornillos y resortes hubiesen sido preparados con antelación para impedir que la victoria resistiese al más ligero choque, habríase la misma deshecho con más prontitud y tan en absoluto.

Digamos por último que la casualidad, que a veces es factor afortunado y otras lo es desastroso en los acontecimientos, habíase complacido en colocar la frágil victoria de modo tan desgraciado en la esquina de las calles de Berlín y de Amsterdam, que la trasera del carruaje, rebasando un poco el ángulo de la primera de dichas calles, presentaba un blanco excelente para cualquier encontronazo con otro carruaje que llegase a gran velocidad procedente de la calle de Amsterdam. En cambio operó con tal fortuna, por lo que a las personas se refiere, que el choque se produjo cuando ya de la victoria había pasado a la acera la más impresionante mujer de vida alegre que París cobijara en aquel entonces: mujer conocidísima y temible por su encanto irresistiblemente tierno y singularmente fatal. Llamábase la hermosa Liliana de Anjou.

En el momento en que la presentamos al lector, Liliana de Anjou parecía profundamente consternada. No quiere esto decir que la pérdida irremediable de su carruaje, y el triste estado en que se encontraba un soberbio bruto que, herido, hacía esfuerzos para desenredarse de los tirantes y arneses que ambarazaban sus movimientos, hubieran sumido a la bella Liliana en la desesperación. Consternábala la sola idea de que si el accidente se hubiese producido con tres o cuatro segundos de anticipación, su personita graciosa encontrariase sin duda reducida al estado de masa informe y sanguinolenta. Esta idea, en verdad poco risueña, aumentaba en aquellos instantes trágicos su natural melancolía.

De pronto observó que delante de ella un señor vestido con elegancia y de edad respetable la saludaba profundamente; y aun le pareció oír cómo aquel

caballero expresaba su confusión y su remordimiento por el accidente ocurrido, añadiendo que sentíase consolado al observar que todo hubo de reducirse a daños materiales, porque jamás habría podido perdonarse si por culpa suya le hubiese ocurrido la menor desgracia a una tan linda persona.

Dejó Liliana hablar al caballero, y luego encogió sus adorables hombros cubiertos con una magnífica piel de chinchilla, e hizo una mueca ligera como si quisiera hacer comprender a aquel señor que tan bien se expresaba en francés, no obstante su marcado acento italiano, que aquello del accidente pertenecía ya a la historia antigua y que era cosa dada al olvido de la que no había porqué ocuparse.

Sin embargo, el conde insistió, para hacerle observar que no podía quedarse sin coche ni volverse a pie a su casa, razón por la cual permitíase él ofrecerle hospitalidad en su propio cupé, y aun mejor, poner éste a la entera disposición de Liliana.

Al hablar así, Téramo Girgenti hizo una seña y su carruaje llegó hasta colocarse junto al borde de la acera, con gran contento de Liliana que no pudo ocultar su entusiasta admiración en presencia de los dos soberbios bayos y del admirable coche.

—Si fuera usted un hombre *chic* —dijo—, me lo regalaría.

—No me atrevía a ofrecérselo, señorita —repuso Téramo sin inmutarse—. Pero desde este momento le pertenece. Y con el carruaje y los caballos, le doy también el cochero.

Y dirigiéndose A éste, añadió:

—Temerario, desde este mismo instante quedas al servicio de esta señora.

Inclinóse el cochero en el pescante, y el conde abrió por sí mismo la portezuela.

Entonces se apeó del carruaje el bueno de Filiberto Wat, A quien Téramo había olvidado por completo, y que comenzaba tan sólo a reponerse del susto recibido que había sido de los gordos.

El banquero, que conocía a Liliana, quiso presentarla al conde, pero éste le declaró que ya estaban hechas las presentaciones. Y luego de ayudar a la joven a instalarse en el cupé, sentóse junto a ella, y dio la orden de marcha dejando a Wat asombrado en mitad de la acera.

—Marcela Feraud se va A enfadar conmigo, como si lo viera —observó riendo Liliana—. ¡Bah!, otro día daré mi lección. Ahora desearía saber dónde me lleva usted, señor... señor...

Conde de Téramo Girgenti.

—Bonito nombre.

—¡Bonita mujer!
Y el conde miró a Liliana.

XXI

HACIA EL PASADO

Aun cuando sólo hemos definido la belleza de Liliana de Anjou de modo algo impreciso, recordando que era tan irresistiblemente tierna como singularmente fatal, el lector conoce ya bien esa belleza. Tuvimos ocasión de describirla con detalles cuando de modo misterioso penetramos en el cuarto de Roberto Pascal, pues ya entonces insistimos en los particulares de cierto retrato que, con un espejo, constituían toda la ornamentación de aquellas austeras paredes.

En Liliana de Anjou reaparecían en efecto los rasgos característicos de la dama del retrato. Ambas tenían rubios los cabellos y negros los ojos; pero lo que no se observaba en el retrato de referencia era cierta funesta melancolía, cierto aire de absoluta despreocupación, cierto aspecto de egoísmo impertinente y tranquilo, cierto desprecio de los demás, y aun de sí mismo, que parecían impresos en la frente de Liliana en la que ya no quedaban ni vestigios de la prístina pureza.

Parecía flexible como una liana, de la que casi tenía el nombre. Su talle era una maravilla, y otra maravilla su paso rítmico. Viejos parisienses, gentes que de nada se sorprenden, habíanse enamorado súbitamente de Liliana después de encontrarla de pronto en el Bosque, al regreso del paseo, y otros habían enloquecido viéndola andar. La ondulación de su talle, la armonía de sus piernas divinas en movimiento, la encantadora lascivia de su cuerpo de diosa que deambula, menos por entregarse a un higiénico ejercicio que por alegrar las miradas de los hombres y excitar al mismo tiempo sus sentidos, todo en fin concurría en ella para encender la pasión en el hogar de los corazones más fríos, es decir, de aquellos que parecían los más helados.

Ella no se percataba de los estragos que producía con su presencia. Poco le importaba que los hombres la amasen, se arruinasen o se matasen por ella; y sin embargo, ni uno solo de los que con ella intimaban podía decir que era

mala. Era empero más terrible que si hubiese sido mala. Era indiferente. Tanto, que la sangre de los amantes que, por dos veces, tiñó la alfombra de sus habitaciones, no le produjo horror, sino la misma contrariedad que le hubiera producido una incongruencia de su perrita Mirza, si ésta hubiese manchado dichas alfombras por error ú olvido.

No: Liliana no era mala. Pero la aburrían los hombres que la casualidad había puesto en su camino.

En cambio, el conde de Téramo Girgenti, con quien acababa de trabar conocimiento, no parecía aburrirla. Tuvo tal modo de destrozar su coche y de reparar enseguida el daño hecho, que no se hallaba sin duda al alcance de todo el mundo. Agradábanle su perfecta caballerosidad y sus cabellos blancos. Liliana gustaba de los viejos, con quienes se puede hablar. Y el conde tenía para ella sobre los demás la ventaja de que le intrigaba un poco. Eran tan singulares, tan llenos de inquietante y suave autoridad los modales de aquel hombre, que ella no pudo resistir al placer de encontrarse sola con él, en el fondo del carruaje.

¡Cosa extraña, tal vez presentimiento inexplicable! Parecíale, no que aquel extranjero tuviese algo que decirle a ella, sino que ambos tenían algo que decirse mutuamente. Pero ignoraba qué. No era aquello más que una impresión, pero de las más curiosas. Observó que el conde la miraba muy serio; tanto que no pudo por menos de interrogarle, acompañando sus palabras de una de esas sonrisas vagas que habían hecho ya tantos desgraciados:

—Pero en fin, caballero, ¿qué es lo que desea usted de mí?

—Nada —contestó Téramo—. Absolutamente nada, señora, más que el honor de acompañarla hasta su casa.

—Pero si usted no sabe dónde vivo...

—¿Le parece a usted eso? —dijo tranquilamente el conde—. Cuando me conozca un poco mejor, señora, advertirá que yo lo sé todo.

—Es usted pretencioso. Y eso es tanto más censurable cuanto que voy a cogerle en una mentira. En este momento vamos en dirección contraria a mi domicilio.

—¿De veras?

—Su cochero nos lleva a la calle de Moscou y yo vivo...

—En el barrio de los Campos Elíseos, ya lo sé; pero, ¿no le parece a usted que a veces resulta agradable tomar el camino más largo? ¿Quién me asegura que volveré a encontrar a usted después que la haya dejado en su casa, vamos

a ver? Y el placer de hallarme en su compañía me parece demasiado precioso...

El coche se encontraba en aquel momento en el ángulo formado por las calles de Moscou y San Petersburgo, donde se detuvo.

—¡Pero si no hemos llegado! —gritó riendo Liliana.

—Ya sé lo que es —dijo el conde abriendo la portezuela—. ¿Usted permite, señora? Un momento no más... El tiempo de decir dos palabras a ese hombre...

El conde se apeó.

Liliana pudo ver cómo se dirigía a la puerta cochera de una casa nueva, hablando durante algunos segundos con un hombre que parecía ser el conserje; éste desapareció de pronto, volviendo enseguida con una jaula dentro de la cual había un loro.

Con la jaula en la mano regresó el conde al carruaje; dióla al cochero, y ocupó su sitio otra vez junto a Liliana.

—¿Ha comprado usted ese loro? —preguntó ella sorprendida.

—Sí; mi cochero sabe que tengo una verdadera pasión por esos bichos. Debe haber visto ese tras la ventana de la portería, y ha detenido sus caballos seguro de que para mí sería un placer volver a casa con ese pájaro.

—Es usted un tipo singular, señor conde —contestó Liliana sin asombrarse de las excentricidades de Téramo, acostumbrada sin duda a verlas mayores.

Continuó el coche su camino, y al llegar a la esquina del boulevard de Batiñoles se detuvo de nuevo.

—¿Qué es eso: va usted a comprar otro loro? —preguntó Liliana, ya algo sorprendida.

—¿No es aquí donde vive usted? —dijo a su vez el conde señalando a un balcón que ocupaba toda la anchura del primer piso de una casa de buena apariencia.

—Atrasado amia usted de noticias, señor mío —dijo la joven de vida alegre—. Hace ya diez y ocho meses que dejé ese piso.

Téramo, con esa calma extraordinaria que caracteriza a los espíritus superiores y a los imbéciles, contestó sin inmutarse.

—En aquel entonces hacía usted la felicidad del señor de San Roy, abogado general en el tribunal de casación.

Liliana, estupefacta, miró al conde, y le dijo hostil:

—¿Qué puede importarle a usted eso?

—A mí, nada, querida señora, créalo usted; si aduzco eso detalle es tan sólo para convencerla de que estoy mejor enterado de lo que usted cree.

—De lo que me convenzo es de que está usted peor educado de lo que parece.

Partió do nuevo el coche al trote de sus caballos. Había dado la vuelta, y subía por el boulevard de Clichy.

—¿Pero dónde vamos? —preguntó Liliana con evidente mal humor.

—¡Vaya usted a saber! Cuando yo no doy la dirección, mi cochero, que le he regalado a usted con el carruaje y que le recomiendo muy particularmente, se imagina que lo que deseo es pasearme, y el hombre me pasea...

—¿Por cualquier parte?

—No: porque no puede decirse que sea llevarnos a cualquier parte el detenernos delante de esa puerta.

Y el conde, al decir esto, señalaba la de un hotel de tercer orden de la calle Douai, ante el cual acababa de parar el coche.

Liliana hubo de reconocer la puerta del hotel, y su mal humor se convirtió en cólera repentina.

—¿Quiere usted explicarme qué significa todo esto, caballero? —dijo alzando la voz.

—Aquí, repuso el conde siempre tranquilo —hizo usted las delicias del pobre Bolívar, que murió por usted. Era un buen muchacho que después de apoderarse de una fortunita por él encontrada en la caja de su principal, tuvo el buen acuerdo de levantarse la tapa de los sesos, por no verse en el caso de dar cuenta de sus actos a la Justicia.

Liliana adelantó la mano para abrir la portezuela, dispuesta a lanzarse fuera del carruaje; pero no contaba con Téramo, que rechazó aquella mano delicada. Partió otra vez el coche, y la joven, a quien asustaba la siniestra evocación de su pasado, hubo de resignarse a permanecer junto aquel anciano misterioso que la amedrentaba. Ya no era cólera lo que sentía sino pavor, pavor inmenso e invencible.

—¡Señor, señor! —Gemía la joven—. ¿Quién es este hombre? ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere usted de mí?

Descendía el coche a buen paso de las alturas de Montmartre, y atravesando la plaza de la Trinidad, embocó la calzada de Antin, llegó a la calle de Rivoli y atravesó el Sena por el Puente Nuevo.

Liliana con voz desfallecida preguntaba:

—¿Pero dónde vamos por aquí? ¿Dónde vamos?

Entró el carruaje en la calle de Mazarino. Observólo la joven y le pareció que su corazón dejaba de latir; sintió que se ahogaba, y hubo de creer inmediata su muerte.

—¡Perdón, perdón! —murmuró más muerta que viva.

El coche habíase detenido por la tercera vez, frente a frente de una casa infame, de un prostíbulo bien conocido de los estudiantes rijosos, cuya horrible puerta, pintarrajeada de rojo, comunicaba con un largo corredor obscuro.

Los dientes de Liliana castañeteaban con ruido bien perceptible, y sus rosadas uñas hundíanse sin piedad en la carne exangüe de sus mejillas, mientras sus ojos adquirían la terrible fijeza de la locura.

Téramo habló.

—No me sería posible recordar con exactitud —dijo— qué día entró usted en esta casa. En cambio puedo asegurar que salió de ella hace tres años, el 14 de Mayo, del brazo de un hombre que hoy es amante de una tunecina apodada la Muna. El hombre que abrió a usted las puertas de esa casa se llama el conde de Costarrica.

El coche se puso en movimiento.

La joven no tuvo para su atormentador ni una palabra de reproche; no lanzó ni un gemido, ni vertió una sola lágrima. Los vaivenes del carruaje sacudíanla como una masa inerte, y su cabeza oscilaba de un lado pura otro siguiendo los movimientos que le imprimían las sacudidas del vehículo. El conde no la miraba; un curioso observador hubiera podido fijarse en que aquel hombre lloraba en silencio.

¿Cuánto tiempo rodó el carruaje a través de las calles de París? Ninguna de las dos personas que lo ocupaban hubiera podido decirlo. En el interior del cupé reinaba un silencio penosísimo entre aquellos dos seres, reunidos por modo singular por el destino, extrañamente enigmático.

Cuando el cochero detuvo de nuevo sus caballos pasó el carruaje junto a un muro largo y sombrío, cubierto por tupido manto de yedra, por encima del cual podía verse la copa de algunos árboles desprovistos de verdura, y un tejado cerca de ellos, cuyas lejas desaparecían bajo la capa de nieve caída pocas horas antes. Paralelamente a este muro había otra, algo más lejos, cerrando entre ambos el jardín.

Dando vuelta a la callejuela, porque nuestros personajes se encontraban en una callejuela de esas que parece sólo pueden encontrarse en las ciudades de segundo o tercer orden, era posible ver una casita cuadrada que tenía una

extraña particularidad: la de que su techo tenía los ángulos encorvados, lo cual le daba el aspecto de un pabellón chinesco.

El conde había abierto la portezuela del coche, sallando ligeramente del mismo.

—Venga usted —dijo a su compañera.

Liliana obedeció. Parecíale que aquel hombre, un desconocido para ella, pero que la conocía en cambio perfectamente, era su dueño y señor desde mucho tiempo antes. Sacando fuerzas de flaqueza levantóse de su asiento, y dejó el carruaje porque el otro se lo ordenaba.

¿Dónde la había llevado? Su mirada erró indiferente por aquellos parajes desconocidos. De pronto la joven se estremeció. Acababa de ver el techo chino, y hubo de llevar una mano hasta su frente, con ese ademán que parece pretender dar órdenes al cerebro para que recuerde... De su pecho se escapó un suspiro, tembló como una azogada, y tuvo necesidad de apoyarse en el brazo del conde para no caer.

—No, no es posible —decía—. ¿Estaré yo loca?

Mirábala el conde atentamente, mientras ella seguía repitiendo.

—Loca, si; estoy loca.

Sacó entonces el conde de uno de sus bolsillos una llave herrumbrosa, y la introdujo en la cerradura de cierta puertecilla vetusta, apenas visible en el muro, gracias a la espesa capa de yedra que la cubría casi por completo. Téramo Girgenti empujó la puerta, levantando al mismo tiempo la yedra para que pudiera pasar la joven.

—¡Entre usted! —dijo a ésta.

Puso Liliana su planta en el umbral, pero apenas pudo ver lo que el muro le ocultara hasta aquel momento, lanzó un grito terrible y cayó de rodillas.

El conde la dejó llorar, entregada sin duda a sus recuerdos. Pasado largo rato, alzó Liliana su cabeza.

—Aquí —dijo— jugaba mi hermano.

—¡Ah! —exclamó Téramo—, ¿tiene usted un hermano? ¿No sabe usted lo que ha sido de él, señorita?

El conde trataba de señorita a la misma a quien poco antes llamaba señora.

—No, no lo sé —gimió ella—. Yo tuve un padre, una madre y un hermano... Vivíamos felices... Pero de eso hace ya mucho tiempo, mucho, mucho; no recuerdo cuánto. Y es que yo no sé nada, nada...

Era tan violenta la emoción de Liliana que no se percató de que su acompañante se hallaba tan emocionado como ella... Dijérase que para la

infeliz no existía aquel hombre. No hablaba para él sino para ella misma, y si lo hacía era porque parecíale que al conjuro mágico de su voz resucitaban, presentábanse más numerosas a cada momento, las imágenes, las figuras, los momentos vividos en tiempos ya lejanos.

—Vamos a casa —dijo avanzando resueltamente, como si de un golpe hubiese recuperado todas sus fuerzas—. ¡Vamos al taller de mi padre!

—¿En qué se ocupaba su padre, señorita?

—No lo sé; pero recuerdo que tenía un taller, con muchas tazas dentro, muy bonitas.

—¿Tazas dice usted?

—Sí, tazas y botellas; ¡qué sé yo! Eran cosas que yo no vi nunca en ninguna parte más que allí... Ahora recuerdo que a veces el taller nos daba miedo.

—No comprendo...

—Sí; mi padre encendía sus grandes hornos y entonces oíamos un martilleo espantoso; mi hermanito decía que papá fabricaba oro... Sí, eso es, ahora me acuerdo.

Entraron en la casa, deteniéndose un momento en el corredor.

—¡Lo que hemos jugado aquí! —dijo ella—. Mi hermanito hacía rodar sus bolas. Esta es la escalera en cuyos peldaños alineaba sus soldados de plomo. Luego venía a colocarse aquí, donde yo estoy ahora, con una silla que tomaba en la cocina; ataba un cañoncito a la silla, y venga bombardear a sus soldados. Yo recogía las balas que eran guisantes secos... ¡Cosa más particular! Ahora voy acordándome de todo, hasta de las cosas más nimias... ya ve usted, de los guisantes.

Visitaron luego el taller, el comedor, las habitaciones, todo en fin, y en todas partes revivió ella el pasado como si se tratase del día anterior. Hubiérase dicho que nada había cambiado allí, que los muebles ocupaban cada uno el sitio de costumbre. Las sombras de su padre, de su madre y de su hermano seguían a Liliana en su dolorosa peregrinación, y parecía como si le hablasen del ayer lejano. Y ella oíalas complacida, y lloraba dulcemente. Lágrimas de dicha brotaban de sus ojos antes tan secos. Parecíale muy natural que el jardín, y la casa y la escalera y el patio no hubieran cambiado ni poco ni mucho, que hubieran continuado tal y como el recuerdo se los revelaba... Vivía en un sueño que no alcanzaba a explicarse. Sentíase vuelta a la niñez, y preguntábase porqué todas aquellas cosas que estaba viendo hubieron de desaparecer, y porqué reaparecían de nuevo...

Fue el conde quien le hizo observar que era cosa en verdad sorprendente que encontrase en la casa todo en su sitio, como si su padre se dispusiera entrar en ella.

—¡Oh, si, señor! Más que extraño es maravilloso. ¿Usted no sabe de quién es ahora esta casa? Sí; usted debe saberlo, puesto que me ha traído aquí. Lo pregunto porque desearía comprarla.

—Esta casa me pertenece —respondió el conde—, y se la regalo a usted.

—¡Gracias, gracias! Es usted la bondad en persona. Pero ¿quién es usted? ¿Qué misterio le rodeaba? Hace un momento le odiaba, y ahora, por haberme traído aquí...

El conde la interrumpió.

—Pregunta usted quién soy, y yo no lo sé —dijo.

—¿Cómo puede ser eso? Si es que no quiere decírmelo, guarde su secreto. Pero todo se aclarará —añadió Liliana sacudiendo la cabeza.

—Y usted, ¿sabe acaso quién es? —preguntó el conde tristemente—. ¿Sabe usted cómo abandonó esta casa, la plácida dicha de un hogar, y a unos padres cariñosos a los que nunca ha vuelto a ver? ¿Sabe usted porqué en vez de seres humanos que se adoran y sonríen a la vida no hay en este sitio más que sombras y fantasmas, esas fantasmas y esas sombras que evocaba usted hace un momento?

—No —dijo ella—. No sé nada. Mi desgracia es grande, tan grande, que creía ser la única en la tierra que hubiese olvidado su personalidad.

—¿Pero no se acuerda usted de nada? ¿Ni de cuando se fue, ni porqué, ni cómo, de nada en fin?

—No, no; de nada, ya lo he dicho. Con seguridad he sufrido disgustos que me parece perturbaron algo mi razón. Creo que mis padres murieron, aun cuando no estoy muy segura de ello... Además, he tenido la fiebre tifoidea, y dicen que es muy mala para la memoria. Pero... ¿qué es eso, llora usted? ¿Por qué está usted llorando? ¿Es posible que el relato de mis desventuras le conmueva hasta el punto de hacerle verter lágrimas? Si es usted pariente mío, dígamelo, aun cuando parentescos como el mío no son de los que honran. Pero por eso mismo yo le prometo no decírselo a nadie; ¿me oye usted? Guardaré bien el secreto. Si algo sabe usted, dígamelo por lo que más quiera en el mundo. ¿Para qué me ha traído usted aquí, si no quiere decirme nada? Vamos a ver, ¿por qué llora usted?

—Yo no soy para usted nada más que un amigo —declaró Téramo Girgenti—. Un amigo desconocido...

Volvióse un poco para disimular la emoción que le embargaba. Luego prosiguió:

—¿Me cree usted amigo suyo, Liliana?

—Sí, señor, lo creo.

—Pues si lo cree usted, tenga confianza en mí. Dígame usted el nombre de su padre. ¿Cómo es que aun no me lo ha dicho?

—¡Porque lo ignoro en absoluto! Le juro a usted que no lo sé. Verá usted; todo lo que sé es que una gitana vieja, «le Marsella», me encontró en la calle. ¿Cómo me hallaba yo en Marsella? Tampoco sé nada de eso; pero sí recuerdo que tuve el tifus, que anduve entre la muerte y la vida, y que salí por fin del paso... Y ahí tiene usted todo lo que sé.

—¿Me lo jura usted, Liliana?

—Se lo juro.

Fue tan hondo, tan doloroso el suspiro que se escapó del pecho de Téramo Girgenti que la joven, apenada, le tomó una de sus manos.

—¡Oh, amigo mío, usted sufre! —le dijo con dulzura.

Téramo Girgenti, sin contestar, la arrastró fuera de la casa, conduciéndola hacia el sitio en que, según ella recordara, había construido su padre en otros tiempos una casita de madera, a la sombra de unos tilos. Llegados allí levantó él la yedra tupida y señaló una misérrima construcción de madera en la que resultaba imposible la entrada a menos de agacharse.

—¿Qué veo? —Dijo ella—. ¡Nuestra cabaña!... Entremos.

—¿Cómo *nuestra*? —preguntó el conde.

—Usted dispense, caballero. Sin saber por qué, me he figurado por un momento que era usted mi hermano, ¿seré tonta?, y que me llevaba usted de la mano a esa cabaña...

Entró Liliana, y dióse enseguida a palmotear con infantil alegría.

—¡Digo, pues si está aquí su pala!... Y mi rastrillo... Venga usted, venga usted, caballero. Tome usted esa pala con la que *él* cavaba mi jardín para plantar los pies de violetas que traía mamá del mercado...

—¿Quién es *él*? —preguntó el conde cuya mano temblaba sobre la pala, al lado de la de la joven.

—¿Quién ha de ser? Mi hermano.

Y de pronto, como si recordase:

—¿Qué habrá sido de mi hermano? ¡Dios mío, muerto tal vez! Sabe usted que es una desgracia horrorosa esto de no saber nada; de tener que decirse que muerto o vivo para mí es lo mismo, porque no sé su nombre...

—¿Cómo, hija mía —preguntó el conde—, no recuerda usted el nombre de su hermano?

—¿Qué tiene eso de particular, caballero, si ni siquiera recuerdo el mío, y eso que he procurado recordarlo muchas veces?

—¡Oh, hija mía, hija mía!

—Dice usted eso de un modo, caballero... Solo un padre puede compadecer así a sus hijos. Y sin embargo, yo sé, mejor dicho, *siento* que usted no es mi padre.

Inclinóse Téramo Girgenti hacia Liliana, y en voz muy baja murmuró a su oído:

—¡Clotilde!

La joven, al oír este nombre, contestó lanzando en un grito del alma las sílabas de otro.

—¡Roberto!

Y como poseída de delirio, abrazó las rodillas del conde y arrastrándose por la gleba endurecida del jardín, parecía dirigir al anciano una súplica tan fervorosa que más que tal dijérase plegaria. Parecíale a Liliana que al escuchar el eco de aquellos dos nombres, que tan alegremente resonaran en otro tiempo entre aquellos muros, iban los árboles a reverdecer, a mostrarse la primavera, a cobrar animación la casita silenciosa, a romper en fin los muertos las losas de sus tumbas para presentarse allí, en aquel instante, con todas las apariencias de la vida.

... ¡Roberto! ¡Clotilde! Liliana creía ver, *creía oír*, al niño y a la niña.

¡Clotilde! ¡Roberto! Sí; ahora recordaba que ella se había llamado Clotilde. ¡Y qué pronto, al oír su nombre, hubo de recordar el de su hermano! ¡Cómo había contestado enseguida! ¡Qué espontáneamente surgió ese nombre de su corazón y de sus labios!

Y era él, precisamente aquel desconocido, quien pronunciara la mágica palabra.

¡Ah! ¡Cómo temblaba su mano, la de él, al encontrarse con la de la joven, bajo la pala descubierta en la cabaña! ¿Por qué, ahora que ella le suplicaba que hablase, que dijese algo más, por qué huía, por qué pálido y en silencio se apoyaba contra el muro?... ¡Ah! ¡Si no la hubieran intimidado aquellos blancos cabellos!

—Puesto que no puede usted ser mi padre ni mi hermano —dijo ella tras largo silencio que parecía haber aproximado aún más sus dos almas—, ¿quién es usted? De aquí no he de salir sin saberlo.

—Soy un enviado de su hermano de usted —dijo el conde.

—¿Según eso, vive? —preguntó ella—. ¡Gracias, Dios mío!

—Vive, sí.

—¡Oh, lléveme usted a su lado cuanto antes! Se lo suplico; se lo ruego.

—Día vendrá en que la lleve a usted hasta él, Liliana.

—¿Pronto?

—Pronto.

—¿Qué hacer mientras llega ese día?

—Nada, Liliana, nada.

—¿Dónde veré a mi hermano, caballero? —preguntó ella, febril, ansiosa.

—Lo verá usted en mi casa, en casa del conde Téramo Girgenti, la noche misma en que celebre la fiesta de mi instalación en el hotel de los Campos Elíseos. Será una gran fiesta, Liliana —añadió el conde con voz que la joven no pudo reconocer de tan cambiada—; sí, una gran fiesta para los vivos... ¡y también para los muertos!

XXII

EN EL QUE DIXMER EMPIEZA a ARREPENTIRSE DE HABER ENSEÑADO SU JUEGO

Pocos minutos después el conde y Liliana se encontraban de nuevo en la callejuela donde esperábalas el coche que Téramo Girgenti regalara a la joven.

Cerró el conde la puertecilla del muro, y entregó la llave a Liliana previniéndola de que, cuando quisiera visitar aquellos lugares, no tendría más que manifestar sus deseos al cochero, que debía conservar su servicio en la seguridad de que le sería tan fiel como lo había sido para él mismo.

Liliana escuchaba al conde sin darse exacta cuenta de lo que decía, y obedeció como una autómatas al gesto de aquel, que la invitaba a subir al coche.

—¡A casa de la señora! —ordenó Téramo—. Y no te olvides de llevar esta tarde mi loro a la calle de Ponthieu.

En la portezuela apareció la cabeza de Liliana, quien sonreía al conde.

—¿Cómo dice usted que se llama ese hombre? —preguntó.

—Temerario.

—¡Buen nombre para un cochero!

Dicho esto envió al anciano un beso en la punta de sus dedos.

El coche partió como una flecha.

Una vez solo el conde, dióse a andar con calma por las calles, casi desiertas, del barrio del Observatorio.

Fúnebres debían ser las ideas que se agitaban en su cerebro, por cuanto algunos transeúntes con quienes tropezó en su camino, sin tener para ellos ni una palabra de excusa, como si ni siquiera se hubiese percatado de que existían, no pudieron por menos de traducir su sorpresa en un gesto o una exclamación de espanto. Y es que en la fisonomía del conde se reflejaba tanto odio, que los más bravos sintieron cierto temor al fijarse en ella.

Un carruaje de lujo, que parecía esperarle, se unió al conde en la esquina del boulevard Montparnasse.

—¡Al palacio de Justicia! —dijo al cochero, acomodándose en el interior del carruaje.

Cuando pocos minutos después llegó el conde al Palacio, y después que hubo subido la escalera que conducía a las habitaciones del Procurador, sin necesidad de preguntar a nadie su camino, hubo de extrañarse no poco del insólito movimiento que observara en la galería.

Corrían los guardias como locos, interpelábanse los empleados, los leguleyos, abandonando las salas de correccional, precipitábanse, arremangadas sus togas, hacia la escalera, y por la galería Marchande avanzaba una patrulla de guardias.

Detuvo el conde a un abogado joven que parecía muy preocupado y le preguntó qué ocurría; él lo ignoraba, y si corría era por hacer como los demás.

Por fin, un empleado le enteró de que circulaba por todo el Palacio el rumor de que en las oficinas del Procurador imperial se había cometido un nuevo asesinato.

Y el funcionario añadió:

—¡Qué quiere usted! Desde el asunto Desjardies y el asesinato de Lamblin aquí ha perdido todo el mundo la cabeza, y los dedos se les antojan asesinos. Pero en realidad lo de hoy no tiene importancia. Parece ser que un portero de la cárcel de la Roqueta que vino llamado por el Procurador imperial, se ha sentido indispuerto...

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó el conde.

—Por el doctor Sartine, el médico del Palacio, que acaba de decírmelo.

—¡Ah! ¿El doctor Sartine ha venido ya?

—Vino, sí, señor, y se fue enseguida... para volver. Ha ido a buscar su estuche de cirujano.

Dio Téramo las gracias al empleado, y continuó su camino extrañando *in mente* que el médico del Palacio considerase necesario ir en busca de sus bisturís para asistir a un indispuerto.

No sin trabajo consiguió llegar a la puerta de las oficinas del Procurador. Una vez allí aprovechóse, para entrar, de la confusión que el acontecimiento había producido.

Hubiérase dicho que el conde buscaba a alguien a quien no conseguía encontrar; cansado sin duda de buscar inútilmente se dirigió a un mozo de oficinas.

—¿No está por aquí Cipriano? —le preguntó.

—No, señor —dijo el otro bruscamente—. ¿Para qué lo quiere usted?

—Vine anoche a ver al señor Procurador, y Cipriano me dijo que no estaba, pero que seguramente hoy a las dos me recibiría; añadió que preguntase por él, por Cipriano.

—Pues no está —dijo el mozo alejándose. Tanto peor para él.

Teramo-Girgenti pareció armarse de paciencia. Tomando una silla se sentó, y dióse a observar atentamente cuanto ocurría en torno suyo.

Cerca de la abertura de que ya hablamos en sazón oportuna discutían algunos grupos, y varios de los interlocutores hacían gestos como si mirasen una escena que el conde no acababa de comprender, por más que lo procuraba.

Ujieres y mozos, por su parte, hacían esfuerzos por rechazar la invasión de curiosos, contestando invariablemente a cuantas preguntas les eran hechas:

—No es nada, no es nada. Un hombre que se ha sentido indispuerto.

Y Téramo-Girgenti seguía preocupado por no ver a Cipriano entre los ujieres y mozos de oficina. De pronto vio cómo los grupos abrían paso, y oyó distintamente estas palabras:

—¡Aquí está el doctor Sartine! ¡Dejen pasar al doctor!...

Con efecto: un hombre vestido de amplia levita y llevando un estuche de cuero bajo el brazo, avanzaba precipitadamente. En su semblante reflejábale la ansiedad. Téramo-Girgenti pensó que la cara de aquel hombre no era precisamente la de un médico que se dirige a prestar auxilio a una persona que sólo se encuentra indispuerta.

Pasó el doctor, atropellando a todo el mundo, y entró por la secretaría, en el despacho del Procurador.

Tras él cerróse la puerta, que quedó custodiada por un guardia.

Entonces Téramo pudo oír cómo el mozo a quien antes se dirigiera pronunciaba detrás de él algunas frases que hubieron de parecerle chocantes. Decía, dirigiéndose a un ujier:

—Tres veces ha preguntado el Procurador por Cipriano. ¿Verdad que es extraño que haya desaparecido así, tan de repente?

—Sí que es raro; pero tú, ¿qué piensas de eso, vamos a ver?

—Pues lo que yo pienso es que voy a hacer lo posible porque me trasladen al servicio del Procurador general. Aquí ocurren cosas que... la verdad, no me huelen bien.

—¡Ya, ya! Pero dime —preguntó al ujier—, ¿habrá muerto ese pobre hombre?

—Por lo menos parecía un difunto cuando lo vi hace un momento.

Téramo-Girgenti se levantó, hizo una seña al mozo, llevólo hasta un rincón, y poniéndole un luis en la mano, le dijo:

—¿Cree usted que en este momento no es posible anunciarme al señor Procurador?

—No me pareció momento más indicado: y crea el señor que si en mi mano estuviera...

Téramo-Girgenti puso otro luis en la mano mercenaria.

—Esperaré con paciencia, amigo mío —añadió—, pero con una condición. La de que me cuente usted, con pelos y señales, lo que acaba de ocurrir aquí.

Dicho esto, se sentó de nuevo.

Entonces el otro, dándose importancia y en actitud misteriosa, le confió que durante casi toda la mañana el Procurador imperial había permanecido en su despacho conferenciando con el Prefecto de policía y un oficial divisionario de la Prefectura, llamado Dixmer. Que dicha conferencia había intrigado a todo el mundo, porque se ignoraba el motivo de la misma, terminada un cuarto de hora antes. Hacía en efecto ese tiempo que los tres conferenciantes habían aparecido muy acalorados en la antecámara. Mientras duraba la entrevista hubo de llegar el portero de la cárcel de la Roqueta, mandado llamar a la prefectura, donde hubieron de ordenarle que se dirigiese a las oficinas del Procurador imperial que era donde se encontraba el prefecto. Esperaba pues el hombre a que le llamasen, cuando los tres conferenciantes aparecieron en el umbral de la puerta. Viendo allí al portero, el Prefecto le dijo: «Dentro de un momento le recibiré a usted en la Prefectura» y se despidió del Procurador, estrechándole la mano. Dixmer por su parte saludó a ambas autoridades dictándoles: «Hasta la noche» dirigiéndose enseguida a la escalera de caracol que pone en comunicación el vestíbulo del Procurador con el patio de la Santa Capilla. En el momento mismo en que ponía la mano en la barandilla de la escalera, el ujier Cipriano pasó bruscamente delante de él diciendo: «Voy a ver si está abierta la puerta de abajo.» Y desapareció por el boquete. Dixmer había ya puesto el pie en el primer escalón cuando el Procurador imperial le detuvo un momento para decirle en voz muy baja algo que nadie pudo oír, y durante ese tiempo, que debió durar pocos segundos, el portero de la Roqueta pasó delante de Dixmer, y viendo que éste no bajaba, bajó antes que él la escalera.

—Ahí la tiene usted —añadió el mozo—, es ese boquete obscuro, una especie de tubo por el que un hombre algo grueso puede pasar con dificultad. Pues ahí dentro ha ocurrido la cosa. No me pregunte usted qué, porque a

ciencia cierta nadie lo sabe. Lo indudable es que cuando Dixmer bajó a su vez, le oímos gritar pidiendo socorro.

Yo me precipité enseguida y ayudé como pude al señor Dixmer a sacar de ese tubo un cuerpo que obstruía el paso. Cuando lo tuvimos aquí arriba pudimos reconocer en él al portero de la Roqueta. ¿Respiraba aún? Difícil hubiera sido decirlo, porque el hombre no hacía el menor movimiento, y la palidez que cubría su cara era horrible. Me parece mucho haber oído que el señor Dixmer decía con voz alterada; «¡Es espantoso, espantoso!» Le miré y estaba más pálido que el muerto; porque para mí el portero de la Roqueta estaba ya en el otro barrio. El Procurador y el Prefecto de policía, que aun estaban aquí al ocurrir la cosa, preguntaron ansiosamente: «¿Qué ha ocurrido, Dixmer, qué es eso?» Y el otro les contestó: «Pues nada; que me he encontrado con este cuerpo en la escalera...» ¡Figúrese usted la escena! Nadie sabía qué hacer. Fue el Procurador quien ordenó que llevasen al herido, o al muerto, a su despacho, y que se buscara al médico del Palacio. Y eso es todo. Ahora sabe usted tanto como yo, caballero. Hay quien dice que ese pobre hombre ha caído víctima de un ataque. Bueno, pero ¿de *un ataque de qué?* —añadió el mozo entornando los ojos—. A mí lo que me extraña es que nadie haya visto a Cipriano a partir de ese momento. Y para mí que no le vemos más. Después de todo no se perderá gran cosa; aquí nadie le conocía, ni supimos nunca quién lo había colocado. En fin, basta de charla; hay momentos en que lo más acertado es callar.

Mientras que el conde se informaba en el vestíbulo de lo ocurrido, el doctor Sartine penetró en el despacho del Procurador, encontrando el cuerpo del portero tendido en el diván de cuero, en la misma posición en que lo dejara poco antes. El Procurador hallábase sentado ante su mesa y parecía reflexionar profundamente; Dixmer recorría a grandes pasos la habitación, y el Prefecto, con las manos en los bolsillos, apoyaba la frente en los cristales de uno de los balcones recayentes al bulevar del Palacio.

Cuando entró el médico, el Procurador levantó la cabeza.

—Ductor —dijo fríamente Sinnamari—, estamos ya informados; es una bala lo que ha matado a este hombre.

—¿Está usted seguro de que es una bala? —preguntó el médico inclinándose hacia el cadáver, cuyo pecho aparecía desnudo—. Yo no creo que una herida tan pequeña como ésta... Además, nadie ha oído nada, ninguna detonación... ¡Pero cuidado si es pequeña la herida! Parece hecha con un alfiler.

—Esa herida, doctor, ha sido hecha con una pistola de niño, un juguete, que según parece hace menos ruido al disparar que un arma de tiro de feria. Repito que estamos informados... Por lo demás, habrá que proceder cuanto antes a la autopsia; pero, eso sí, en el mayor misterio. Es de todo punto necesario que por lo menos durante algún tiempo, se siga creyendo en la posibilidad de un ataque fulminante, de la ruptura de un aneurisma, en fin, lo que a usted le parezca más explicable. La herida casi invisible y el derrame interno, hacen verosímiles todas las hipótesis... Conque cuento con usted, doctor; es decir, la Justicia cuenta con usted... Gracias... Ahora vamos a dejarle. Su trabajo está casi terminado, pero el nuestro no ha empezado todavía.

Así diciendo, Sinnamari pasó al despacho de su substituto, desocupado entonces, seguido del Prefecto y de Dixmer.

Apenas cerrada tras ellos la puerta, Dixmer, cuya agitación iba en aumento, exclamó con amargura.

—Repito lo dicho; se han equivocado. El que debía morir soy yo. Yo era el condenado, y no ese infeliz. Ustedes no saben lo que es esa gente, cuán grande es su poder. Aquí mismo hemos hablado, con todas las puertas abiertas, sin ver absolutamente a nadie, y sin embargo han sabido mi traición; ¿cómo? ¿Por quién? No lo sé. Como tampoco sé en virtud de qué milagro estoy aún vivo. Acababa de poner el pie en la escalera cuando ese desdichado tomó mi vez para hacerse matar en mi lugar...

—¿Por quién?

—¿Por quién quiere usted que sea sino por ese Cipriano que bajaba delante de nosotros, que me creyó sin duda detrás de él, y que se revolvió hundiendo su juguete en el pecho del otro?... Juguete terrible; esos hombres no están armados como todo el mundo. Ahora Cipriano sabe que yo les he traicionado, y estoy perdido, ¡irremisiblemente perdido! —gimió Dixmer, dando vueltas por el despacho, como una fiera acorralada—. Pero ¿por dónde?... ¿Cómo han podido oír?... ¡Pero qué, si lo saben todo!... Y yo he sido un imbécil, sí, señor, un imbécil... Comparados con esas gentes, ustedes no son más que niños de tela, que no han de salvarme... ¡Estoy perdido, perdido!

Sinnamari creyó prudente interrumpir por un momento la desesperación de Dixmer:

—Pero en fin —dijo con cierta impaciencia—, aun suponiendo que Cipriano haya sido colocado como espía por R. C. a la puerta de mi despacho, sería preciso admitir que al mismo tiempo era su ejecutor de altas obras,

puesto que no ha vacilado un segundo en asesinar a un hombre que traiciona a su señor.

—¡Él y todos, señor Procurador! Todos son sus ejecutores de altas y bajas obras, y de cuanto le viene en gana ordenar. Sí, señor; cuenta con hombres dispuestos a matar y a hacerse malar por él. ¿De dónde los ha sacado? ¿Qué servicio ha podido hacerles? ¿Con qué fortunas colosales les paga? ¿A qué gratitud obedecen todos? Nadie lo sabe. Por mi parte conozco tres que se dejarían hacer pedazos por él; pero hay más, muchos más, otros a quienes no conoceremos nunca, porque después de todo yo no sé apenas nada. Sólo me han dejado penetrar de su secreto aquello que puede favorecerles. Ese camino por el cual bajo desde hace un mes a las Catacumbas, a algunas de sus Catacumbas, porque no vayan ustedes a creer que sólo tienen una guarida, ese, camino está perdido para mí, para nosotros, puesto que saben que les he traicionado... ¡Bien me vigilaban los malditos! Su policía es de primer orden, y se vigilan los unos a los otros, como los miembros de la Compañía de Jesús. Cada uno de ellos tiene su sombra que le sigue paso a paso, una oreja que le escucha cuando se cree en el desierto, y una mano vengadora que le hiere cuando se juzga al abrigo de todo peligro por hallarse en el despacho del Procurador imperial... Óiganme ustedes bien; tengan cuidado, tomen sus precauciones, porque ese hombre lo puede todo contra ustedes, y ustedes no pueden nada contra él. No, nada, porque aun cuando estará en todas partes, ustedes no lo encontrarán en ninguna.

—¿Cómo no? Usted nos ha dicho que le ha visto; yo le he visto también... De modo que podemos verle, tocarle y reconocerle.

¡Reconocerle! Posible es que le estreche usted la mano diez veces al día, creyéndole uno de sus amigos, o un amigo de alguno de sus amigos, Ese hombre tiene veinte caras; sus más fieles lugartenientes no conocen más que una de ellas, y tiene usted la pretensión de poder reconocerle... ¡Qué disparate! Créanme ustedes; antes de formar en las filas de ese hombre he tenido ocasión de cerciorarme de cuán grande es su poder.

—Y para decidirle a usted a que formara en sus filas, ¿qué es lo que le prometió ese hombre? —preguntó el Prefecto de policía.

—El puesto de usted. Me prometió hacerme nombrar Prefecto —contestó Dixmer, añadiendo con ingenuidad:

—Y crea usted que lo habría hecho, señor Prefecto, se lo aseguro a usted. Cosas de mayor importancia ha conseguido. Más seguro estaba yo de ser gracias a él Prefecto de policía, que lo estoy de conseguir gracias a ustedes, la plaza de jefe de Seguridad.

—Le compadezco a usted sinceramente, señor Dixmer —dijo el Prefecto.

Por su parte Sinnamari dijo con rudeza:

—Oiga usted, Dixmer; me parece que está usted perdido...

—Tal es mi opinión —aseveró Dixmer, lamentable, sacudiendo su cabeza con cara de zorro.

—Está usted perdido como no consigamos apoderarnos de ese rey de guardarropía. Cuanto a nosotros corremos un ridículo espantoso. Por eso quiero que el público no se entere de la evasión de Desjardies sino al enterarse de que está detenido de nuevo, así como el rey de las Catacumbas. ¿Ve usted algún medio?

—¿De qué?

—De ser nombrado jefe de Seguridad.

Hubo un instante de silencio. Luego, como decidiéndose de pronto, dijo Dixmer.

—Un medio de llegar hasta él, directamente, la verdad, no le conozco, sobre todo ahora que ya estoy denunciado... Sin embargo, algo puede hacerse que no dejaría de molestarle.

—Hable usted.

—Esta mañana, después de lo de la evasión —dijo el polizone con voz tan baja que los otros apenas le oían—, sorprendí parte de un diálogo entre el Buitre y Pata de galio...

—¿Quiénes son esos personajes? —preguntaron simultáneamente el Procurador y el Prefecto de policía.

—Dos de sus principales lugartenientes.

—¿Y qué decían?

—Pues se manifestaban algo extrañados de la formidable tarea de la noche. Añadían que desde que existe la A. C. S. jamás se había intentado nada tan enorme como la evasión de Desjardies.

—¿Y qué deducción sacaban?

—La de que una intentona de esa clase debía obedecer a algo más que al deseo de salvar a Desjardies.

—¡Ah, ah! —dijo Sinnamari que empezaba a comprender.

—Añadió el Buitre que él había tenido ocasión de ver varias veces a la hija de Desjardies, y que es en realidad muy hermosa.

—Y a eso contestó el señor Pata de gallo...

—Que no le disgustaría saber a qué atenerse respecto del asunto. Entonces el Buitre le dio unos golpecitos en el hombro, y le dijo textualmente: «Pues yo

estoy seguro; me lo ha dicho la Muña. Ella ha comprendido esta noche que Misterio está enamorado de la Desjardies, y nosotros somos unos primos.»

—¿Qué más? —preguntó Sinnamari muy interesado.

—Eso es todo cuanto pude oír; no quise esperarme más, temiendo ser sorprendido...

—¿Por quién?

—¡Vaya usted a saber! Tal vez por el mismo rey de las Catacumbas. La escena ocurría en un tabernucho de la calle Montgallet; y como no es posible ni aun pensar bajo qué aspecto se presentará ese hombre, que a veces es el de un embajador y otras el de un mozo de café...

—¿De veras?

—Como usted lo oye; y lo peor es que llega cuando menos se le espera.

Alguien llamó en este momento a la puerta del despacho. Era un ujier que preguntó, de parte del conde Téramo Girgenti, si el señor Procurador imperial podía recibirle.

—¡El conde Téramo Girgenti! —exclamó Sinnamari—. El cielo nos le envía.

Tanto el Prefecto como Dixmer se dispusieron a retirarse.

—No, quédense ustedes, se lo ruego; deseo presentarles al conde.

Éste apareció a la puerta del despacho.

—Bien llegado, señor conde —dijo Sinnamari saludando—, por más de que su visita coincide con ciertas circunstancias particularmente trágicas...

—Sí, ya sé; acabo de enterarme de que un guardia ha fallecido en su despacho a consecuencia de un ataque apoplético. He visto cómo levantaban el cadáver.

Cerró Sinnamari la puerta por la que entrara el conde, y presentó éste al Prefecto y a Dixmer. Y luego de suplicarle que tomase asiento, pidióle noticias de su gran amigo don Álvaro de Manovar, presidente del congreso español.

—He recibido una larga carta suya —añadió— en la que relata las extraordinarias aventuras de cierto viaje que hicieron ustedes juntos a Portugal. Parece ser, señor conde, que tiene usted una manera de viajar especialísima, y que el que tiene la suerte de acompañarle se cree transportado al país de las hadas y de los demonios. ¿Sabe usted cómo le llama Manovar? *El conde de las mil y una noches.*

—No está mal —dijo el conde dignándose sonreír.

—Son tantas las cosas extraordinarias que me ha escrito acerca de usted, que ardía en deseos de conocerle. Mi amigo Filiberto Wat, yerno de nuestro

presidente del Consejo, me anunció la llegada de usted a París, y me alegré de ello tanto más, cuanto que, dicho sea con entera libertad, tengo precisión de pedirle a usted un servicio, señor conde: un señalado servicio.

—Pues me ve usted encantado de poder ser de alguna utilidad a un amigo de don Álvaro de Manovar, con quien tengo deudas de gratitud que no he de liquidar mientras yo viva. Puede usted dar desde luego por concedido lo que piensa pedirme...

—Un momento, señor conde; aun no sabe usted de lo que se trata.

—Sea lo que fuere; eso no tiene importancia.

—Quizás sí. Pero usted juzgará. Sepa pues que en estos momentos nos encontramos en guerra —al decir *nos*, quiero decir la justicia y la policía francesas— con un bandido de temple extraordinario, que se está burlando de nosotros. Y para que usted me comprenda mejor, voy a confiarle un secreto. Ese hombre, cuyo cadáver ha visto usted sacar hace poco, no ha muerto de muerte natural, como se dice, porque tenemos interés en que así se crea. No, señor; ese hombre ha sido asesinado en mi propio despacho por uno de los afiliados a su banda.

—¿A la de quién? —preguntó imperturbable Téramo Girgenti.

—A la del rey Misterio. También le llaman el rey de las Catacumbas.

—¡Ah, vamos! ¡El rey de las Catacumbas! Pues ya sé quién es. Lo conozco —dijo el conde.

—Sí; Filiberto Wat nos dijo que usted lo conocía en efecto; que había usted estado en tratos con él, y aun añadió, en broma por supuesto, que eran ustedes amigos.

—Eso de amigos, señor Procurador —interrumpió Téramo—, es mucho decir.

—Ya lo sabía yo.

—En cambio yo ignoro porqué ese guardia ha sido muerto por un acólito del monarca en cuestión.

—Por equivocación, señor conde. Y como está usted iniciado en nuestros secretos, no tengo inconveniente en decirle que el golpe iba dirigido a este caballero.

Y Sinnamari señaló a Dixmer, que se inclinó muy pálido.

—Mi enhorabuena por haber escapado ileso —dijo el conde dirigiéndose a Dixmer. Y luego, volviéndose a Sinnamari, continuó:

—El otro infeliz ha encontrado la muerte donde y cuando menos la esperaba. ¿Quiere usted tener la bondad de poner en conocimiento de su viuda, de sus hijos si los tuviere, en una palabra, de su familia, que pueden

contar con una pensión de diez mil francos anuales? Esta misma noche entregaré el capital necesario...

Los tres hombres creían haber oído mal.

—¡Diez mil francos de renta! —exclamaron a un tiempo.

—¿Qué tiene eso de particular? Esa renta significa un capital de trescientos mil francos, que para mí es muy poca cosa. Y el rey de las Catacumbas me habrá costado seis millones trescientos mil francos.

—¿Misterio le debe a usted seis millones? —preguntó Sinnamari intrigadísimo.

—No es precisamente que me los deba. Esa es la suma que pagué por mi rescate cuando fui prisionero suyo en los subterráneos de la campiña romana. La última vez que ví a ese excelente sujeto, hace de esto pocos días, me preguntó con gran interés por mi salud, y luego de anunciarme que sus negocios en París marchan viento en popa, me aseguró que muy pronto le sería posible reintegrarme mis millones, pues según parece desea ante todo conservar mi estimación. Cuando le pregunté qué clase de negocios tenía en París, me explicó la complicada organización de una sociedad de todo punto sorprendente, que él titula la A. C. S. Y tan bien me ha presentado la cosa, señor Procurador, que no solamente le he dicho que conserve para sus negocios los seis millones que me robó, y que van a producirme según parece un interés del 20 por 100, sino que además le he dado otros seis millones.

Y Téramo añadió:

—Eso es todo lo que hay entre ambos. Como usted ve, estoy en negocios con el rey de las Catacumbas, pero no soy su amigo.

Hubo un momento en que el Prefecto y Sinnamari creyeron que el conde bromeaba; más tarde le miraron sorprendidos sin saber a qué carta quedarse. ¡Era tan desconcertante la actitud del amigo del presidente del Congreso español! El Prefecto se mostró indignado ante ella, y Sinnamari fue prudente. Por último, Téramo aseguró que si hubiese adquirido la convicción de que Misterio le había mentado al asegurarle que todos los negocios en que se ocupaba eran perfectamente lícitos, no vacilaría en entregarle a la justicia, pues no se hallaba dispuesto a tolerar que se burlase nadie de él.

Dicho lo cual, sorbiendo con suprema distinción un polvo de rapé, dejó a los tres hombres intrigadísimos. Sinnamari pretendía que Téramo era algo loco; Dixmer se preguntaba *in petto*, si no acababa de ver una vez más al rey Misterio, por más de que, como pasaba el tiempo viéndolo en todas partes, no admitió como cierta su hipótesis, por el momento al menos. En el decurso de la conversación el conde había invitado a Sinnamari a la fiesta de

inauguración de su palacio, invitación que el Procurador se apresuró a aceptar. Una vez que el conde hubo salido, el Procurador, el Prefecto y el aspirante a Jefe de Seguridad reanudaron su conferencia, para llegar a un acuerdo acerca de la mejor manera de apoderarse de la persona del rey Misterio.

Cuando Sinnamari abandonó por fin el palacio de Justicia eran ya las cuatro de la tarde. Nadie hubiera podido leer en su fisonomía ni aun asomos de preocupación ni de contrariedad.

Una vez en el bulevar, llamó a un cochero.

—Avenida de Jena, 72, y al trote —dijo.

Luego, al arrellanarse en los cojines, hubiérase podido oírle murmurar:

—Con tal de que Liliana me haya esperado...

El señor Procurador imperial sólo pensaba en aquel momento en su hermosa querida.

XXIII

EL GRAN HOTEL DEL MAPAMUNDI

Serían como las cinco de la mañana de un domingo, pocos días después de los acontecimientos que dejamos relatados.

Dos hombres subían la dura pendiente de la calle de los Molinos, y se encontraban no lejos del sitio en que más tarde hubo de ser construido el llamado Molino de la Galette, en la calle de Lepic.

Uno de aquellos hombres, en quien por su juvenil desenvoltura y su hermosa barba rubia era fácil reconocer a nuestro Benvenuto Cellini, es decir, a nuestro Roberto Pascal, decía a su compañero, un buen mozo de anchas espaldas y de torso prominente, estas palabras.

—Mi querido Profesor, be aquí un sobre y un silbato.

Tomó el querido Profesor el silbato y el sobre que Roberto Pascal le alargaba sonriente, y encorvándose un poco, por efecto de su elevada estatura, preguntó un tanto alarmado:

—¿Podría usted decirme, insigne Benvenuto Cellini, qué significa este misterio?

—No hay tal. Ese sobre —dijo Pascal— que no abrirá usted hasta mañana por la mañana, contiene una palabra que es un santo y seña. Cada día recibirá usted por el correo un sobre conteniendo la palabra correspondiente, porque esta será variada diariamente. Cuando acompañe usted a la señorita Desjardies desde el hotel al taller de Baúl Gosselin, guárdese usted bien de detenerse, bajo ningún pretexto, para hablar con nadie, ¿me oye usted bien?, con nadie que no le dé a usted ese santo y seña; aunque se trate de su mejor amigo.

—Comprendido —dijo el Profesor—. ¿Y el silbato?

—En caso de que durante el trayecto surja alguna dificultad, aun la más insignificante, si algo le parece sospechoso, o si tiene necesidad de auxilio o

de encontrar un refugio, no tiene usted más que silbar, y al punto encontrará refugio y recibirá auxilio.

—¡Por la colina sagrada! —exclamó el Profesor, ¡por Montmartre, ubre augusta, granítica y tres veces santa! Me deja usted asombrado. Como que me resisto a creer...

—Haga usted la prueba —repuso Pascal riendo ruidosamente de la infantil y cómica sorpresa del Profesor.

—¿Que silbe? —preguntó el otro indeciso y mirando el silbato.

—Sí, silbe usted.

—¿Y si silbo, encontraré refugio y refuerzo?

—Sin la menor duda —replicó Roberto Pascal.

—Oiga usted; son muchas las cosas extraordinarias que me ha contado usted de su rey Misterio, de su monarca de las Catacumbas, y las he creído sin hacerme de rogar. Pero francamente, eso de que sea bastante poderoso para poblar en un instante esta calle desierta de caballeros prontos a hacerse matar por mí, y eso con sólo oír el ruido de este pilo, vamos, me parece un tanto exagerado, mi querido Benvenuto Cellini.

El Profesor no llamaba nunca de otro modo a Roberto Pascal. El lenguaje de aquel era pintoresco en grado sumo, y a las cosas más insignificantes aplicaba de continuo imágenes, más o menos afortunadas, pero siempre pictóricas de colores brillantes. Para él Pascal era Benvenuto Cellini por lo que tenía de orfebre; como llamaba Fidias a todos los escultores, y Apeles a todos los pintores, y Homero a todos los poetas.

Conviene decir, en honor a la verdad, que el Profesor no había profesado nunca nada, si se exceptúa la alegría de vivir en Montmartre, confundido con los artistas, los bohemios y los poetastros más o menos melencólicos y glaucos. Paseábase en la existencia como en un cuento de hadas, indiferente a todo lo material, por lo que un detalle cualquiera de la vida difícil y prosaica adquiría a sus ojos —que eran de color gris claro— un relieve verdaderamente sobrehumano. El latente entusiasmo que calentaba la sangre en sus arterias, irradiaba en torno suyo, envolviéndole en una atmósfera de epopeya montmartresa.

Cuando a cosa de las tres de la madrugada abandonaba la taberna de las Tres-Pintas y deteníase un instante para contemplar las tinieblas rasgadas en diversos sitios por la llama vacilante de los reverberos de la colina sagrada, ¡había que oírle pronunciar una de sus frases favoritas!, el *¡mons martirum!* Y era tan delicada la naturaleza del Profesor, que veces sorprendíase él mismo llorando al pensar en la sangre de los mártires que hubo de correr en tiempos

pretéritos en aquel mismo sitio por el que debía correr más tarde tanta cerveza.

No era tan sólo la riqueza de colorido de su lenguaje lo que diera popularidad al Profesor, ni el elevado concepto que tenía de Montmartre, ni su amor de las bellas artes; hízose además querer por su bondad inagotable, que le llevaba a distribuir gratuitamente recelas médicas entre sus amigos indispuestos a consecuencia de pantagruélicos festines; cosa tanto más de agradecer —y tal vez de temer— en él, cuanto que el Profesor no había puesto nunca los pies en la Facultad de Medicina. Claro es que no habiendo sido ni siquiera estudiante, mal podía ser doctor. Sin embargo, sus amigos acabaron por hacérselo creer.

El Profesor era un amigo fiel y desinteresado. Desde que se le conocía en Montmartre, es decir, desde siempre, vivía en el Gran Hotel del Mapamundi, donde no pagó jamás su habitación, ni una siquiera de las comidas que hacía diariamente. El dueño, ¡cosa extraña!, rehusábale el dinero, lleno como estaba de admiración por su glorioso cliente.

Allí hubo de conocer a Roberto Pascal, entablándose enseguida entre ambos una amistad sólida, que comenzó en la mesa del hotel a la que Roberto se sentaba algunas veces, por más de que en ella envenenaban a conciencia a los infelices consumidores, y que se robusteció en la taberna de las Tres-Pintas, que era una dependencia del Hotel. Fue en los comienzos de esta amistad cuando el Profesor tuvo ocasión de curar a Benvenuto Cellini un orzuelo que hubo de molestarle durante algunos días, y cuando Pascal pudo convencerse de las excelentes cualidades morales del Profesor, entre las que dominaban la prudencia y la discreción. Varias veces habíale sorprendido hablando con Gabriela Desjardies, y jamás le preguntó quién era aquella muchacha, a la que todo el mundo en el Hotel conocía por el nombre de la señorita Derennes, ni qué clase de relaciones la unían a ella.

Y cuando Roberto Pascal le pidió como favor especialísimo que acompañase todos los días a la Derennes hasta el taller de Raúl Gosselin, en la calle Cardinet, donde el artista pintaba el retrato de la joven, tuvo el tacto exquisito de no sorprenderse de la demanda, ni de pedir acerca de ella la menor explicación. Accedió a lo que se le pedía sencillamente, como un gentilhomme de Montmartre que sabe el respeto que a las damas se debe, y el silencio y la indiscreción que la amistad impone. Pero como el Profesor conocía a Raúl Gosselin, hubo de enterarse en el taller de éste de que la joven Derennes no era otra que la señorita Desjardies, hija del condenado a muerte. Claro es que hubo de pensar en que tal vez se había metido en un mal

negocio; pero cuando por la noche Roberto le contó las desgracias de la muchacha y la inocencia de su padre, el Profesor, enternecido, declaróse satisfecho de su proceder, especialmente al decirle Roberto, como resumen de su conversación: «Ahora que conoce usted las desgracias de la señorita Desjardies, querido Profesor, deseo que se ponga usted a su servicio. Este consistirá en acompañarla una vez al día a casa de Raúl Gosselin. Debo advertirle usted que esa joven no ha de salir para nada del Hotel sin que usted vaya con ella, y que su único paseo será para ir a casa del pintor. Sigán ustedes invariablemente el itinerario que he marcado: calle de los Molinos, la de Bruillards, luego la del Camino Viejo, la de Damas... dando vuelta al cementerio Montmartre; atraviesen la avenida de Saint-Ouen, y por las calles de Santa Isabel y Balagny se encontrarán en la de Cardinet. Ya es un buen paseito; y como si la señorita Derennes va a casa de Gosselin es más bien por el paseo que por el retrato, irán ustedes siempre a pie. El ejercicio es muy higiénico.»

—Más sencillo sería seguir los bulevares exteriores —hubo de observar el Profesor.

—Más sencillo, sí, pero también más peligroso. Contra su costumbre, el Profesor formuló una pregunta.

—¿Pero es que la señorita Desjardies corre algún peligro?

—Ninguno, si cumple usted mis instrucciones al pie de la letra.

—*¡Suficit!* —exclamó el Profesor—. Puede usted estar tranquilo.

En efecto: durante varios días el Profesor acompañó a la Desjardies a casa de Gosselin sin que se produjera más incidente que los debidos a la curiosidad de la portera y vecinos de la casa. Y así llegó el domingo de que hablamos, día en que, habiendo salido el Profesor a tomar un bocado, se unió a él Roberto Pascal en el momento en que subía la calle de los Molinos. Luego de agradecerle cumplidamente sus buenos y leales servicios, le recomendó Pascal más eficazmente que nunca que evitase sin vacilaciones las aventuras de la calle. Era indudable que el artista se hallaba informado de probables peligros que podría correr la joven, puesto que consideraba necesario llevar al Profesor dos nuevas garantías: el santo y seña y el silbato.

Habían llegado los dos hombres a la esquina de las calles de los Molinos y Tholozé, y el Profesor continuaba examinando el silbato sin atreverse a llevarlo a sus labios.

—Silbe usted de una vez, hombre testarudo —dijo Roberto Pascal.

Levantó el Profesor los brazos, como tomando al cielo por testigo de la vesanía de su excelente amigo, y dijo estas palabras:

—¡Oh loca imaginación, engañosa seductora que nos induces en error siete veces al día con el espejismo de tus ilusiones!

Y silbó. Fue un sonido muy estridente, extraño, poderoso y agudo, el que produjo el pito. Y como luego de haber pitado la calle permanecía tan desierta como antes, prorrumpió el Profesor en sonoras carcajadas.

—¿Dónde está el socorro? ¿Dónde los refugios? —preguntaba riendo.

Roberto Pascal le mostró entonces algo en que él no había reparado. En el umbral de todas las casas, desde el Hotel del Mapamundi hasta donde podía alcanzar, la vista, los porteros aparecían en pie, atentos, como si esperasen órdenes.

La cosa sorprendió algo al Profesor. Roberto le dijo:

—Haga usted sonar de nuevo el silbato, y verá cómo todos esos hombres se precipitan hacia nosotros para ofrecernos el auxilio de sus brazos y el refugio de sus porterías.

—¡Diablo! —exclamó el Profesor—. ¿Sabe usted que es ese un servicio muy importante, ingenioso y bien organizado?

—Sí que lo es; pero no hay que alabar por él a mi amigo el rey de las Catacumbas, sino ¿a quién dirá usted?... Pues a la policía rusa, que ha inventado ese medio de hacerse ayudar, sean cuales fueren las circunstancias en que se encuentre.

Viendo que el silbato no sonaba por segunda vez, los porteros desaparecieron sin precipitación y lo más naturalmente del mundo.

—Lo estoy viendo y no lo creo —dijo el Profesor—. Yo creía que las sociedades secretas eran ya un mito.

—No lo han sido nunca; existieron y siguen existiendo, no lo dude usted.

—¿De modo que existe la del rey Misterio? Pues mire usted, la verdad, aunque había oído hablar de él, siempre lo tomé a broma.

—Un día de estos se lo presentaré a usted, amigo mío.

Hablando de este modo llegaron al hotel del Mapamundi Roberto y el Profesor, más preocupado éste de lo que aparentaba, a consecuencia de la maniobra de los porteros.

Era el tal hotel un edificio espacioso, sin arquitectura alguna especial, de paredes desnudas, de color amarillento sucio, en las que se abrían altas ventanas que ninguna cornisa ni adorno unía entre ellas. El portal era ancho, como los que aún se ven en ciertas antiguas posadas, en términos que resultaba posible entrar en él en carruaje. Luego de haberlo franqueado, encontrábase a mano derecha una puerta pequeña, que era la de la portería, y

otra a la izquierda por la cual, y luego de bajar dos escalones, se entraba en la sala común de la taberna de las Tres Pintas.

Esta tenía además otra puerta, que daba a la calle. Encima de ella, balanceábase de continuo, como si pretendiera amenazar la cabeza de los clientes, una gran plancha metálica, principal y artístico ornato del establecimiento. En ella hubo de pintar algún Apeles desconocido, cuyo nombre no pasó a la historia, tres hombres jóvenes, de fisonomía jocunda, representando respectivamente la Flandes, la Borgoña y la Normandía, y armados cada uno de ellos de una pinta de sidra, de cerveza o de vino, lo cual parecía significar que en la taberna de las Tres Pintas había para todos los gustos.

Nada de enseña o de muestra en el hotel. Pero ocupando todo el ancho de la fachada, y a la altura del primer piso, destacaba sobre el amarillo sucio de aquella un letrero, de negros caracteres, que decía: «Gran Hotel del Mapamundi».

A la puerta del mismo llegaban el Profesor y Roberto Pascal, cuando se oyeron interpelar por una voz alegre y robusta. Era la del pintor Raúl Gosselin que les esperaba —a propósito—, preguntó rápidamente y en voz baja el Profesor a su compañero; — ¿forma parte de esa asociación de porteros la señora Eloísa?

—No; —contestó Pascal adelantándose hacia el pintor.

—Media hora hace que le espero, amigo Pascal —dijo Gosselin—, y la verdad sea dicha, ya empezaba a impacientarme.

—¿En tan poco aprecio tiene usted la compañía de la excelente señora Eloísa? —preguntó el Profesor.

—Es que la piadosa señora brilla hoy por su ausencia —replicó Gosselin. E indicaba al decir esto la portería solitaria.

—Debe estar rezando por nosotros en Nuestra Señora de Loreto, Por lo menos así lo prometió ayer.

Hablando así el Profesor entró en la portería.

—¡Gran desgracia nos amenaza! —continuó diciendo—. ¡Oh dioses inmortales! ¿Qué es lo que va a ser de nosotros, pecadores?

Roberto Pascal y Gosselin habían seguido al Profesor, y nada observaban que justificase la alarma de su amigo. Veían la portería como la vieran siempre, es decir abarrotada de objetos piadosos, de imágenes de la Virgen, de San José y del Niño Jesús, y adornadas las paredes con gigantescos rosarios colgados a modo de guirnaldas. Sobre el calorífero, de hierro colado, cocía en una cazuela un pedazo de carne.

—¡Cosa más rara! —murmuraba el Profesor.

—¿Pero de qué se extraña usted? ¿Qué es lo que ve de particular?

—No me extraño de lo que veo, sino de lo que dejo de ver.

—¿Y qué es lo que deja usted de ver, puede saberse?

—En primer lugar no veo a la señora Eloísa, lo cual podría no significar gran cosa; lo estupendo, lo inverosímil, es que tampoco veo por ninguna parte a Salomón.

—¡Calla, pues es verdad! ¡Salomón! ¿Dónde está Salomón? —preguntó Roberto Pascal.

Y el pintor repitió a su vez:

—¿Dónde está Salomón? ¿Y cómo no he notado yo su ausencia?

—Porque usted no es de la casa. Aunque loro, Salomón no habla —dijo el Profesor—, y su silencio no puede revelar su ausencia a quien no está acostumbrado a verle. Pero nosotros le vemos todos los días mañana y tarde, encaramado en su percha, y hasta le pedimos la llave, cuando la señora Eloísa no está aquí... ¿Qué le habrá pasado? ¿Dónde estará ese bicho?

Y el Profesor salió al zaguán gritando:

—¿Dónde está Salomón? ¿No ha visto nadie a Salomón?

Atraídos por las voces acudieron hasta media docena de huéspedes, que manifestaron su extrañeza por la indudable ausencia de Salomón, que nadie acertaba a explicarse. Aquel pájaro era un conserje modelo, discreto y poco lenguaraz; ¡como que era mudo! Su prudencia y perspicacia habíanle valido el nombre de Salomón con que lo bautizaron los huéspedes.

Diez minutos más tarde todo el mundo en el Hotel conocía la ausencia del loro. Oyóse entonces correr en los patios y en las escaleras, abrirse y cerrarse ruidosamente las puertas, y fueron no pocos los inquilinos que invadieron la portería, ávidos de persuadirse de la sensacional desaparición. Todo el mundo gritaba:

—¡Salomón! ¿Dónde está Salomón? ¿Quién ha visto a Salomón?

El Profesor, por su parte, dióse a improvisar una sentida necrología, lo que le valió una rociada de las mujeres presentes quienes aseguraban que era él más hablador que todas ellas juntas. Sin embargo, como se acreditaba, sin saber por qué, la especie de que a Salomón le había ocurrido alguna desgracia, cada uno de los circunstantes preguntábase qué género de catástrofe podía haber hecho una víctima del pájaro ausente. Entonces Roberto Pascal se deslizó sin ser visto por entre los allí reunidos e hizo seña a Gosselin para que le siguiera; pero el pintor, que se divertía extraordinariamente con aquella escena funambulesca, dijo al orfebre:

—No: espero a usted aquí. Esto es muy divertido. Bájeme el medallón.

Apenas se hubo ausentado Pascal en dirección a su cuarto, una gritería espantosa acogió la inesperada presencia de la señora Eloísa, que llegaba en aquel instante llevando en la mano una jaula, dentro de la cual se hallaba el interesante Salomón.

Vestía la portera de negro, según su costumbre desde que pasara a mejor vida su esposo, algunos años antes. Muy sorprendida, al parecer, de la reunión en el portal de casi todos los huéspedes del hotel, entró en su cuchitril, colocó a Salomón en su percha, y luego de reponerse un poco de las emociones que acababa de sufrir, ya sentada, consintió en explicarse.

Bastaba ver su semblante de ordinario amarillento como un viejo pergamino, y en aquel instante ligeramente sonrosado, para comprender que la señora Eloísa no estaba contenta y que acababa sin duda de sentirse herida en su amor propio. Desplegó un periódico y señalando en la primera página un suelto impreso en caracteres bien visibles, exclamó solemne: «De aquí arranca todo el mal.»

El Profesor, interpretando la general curiosidad, y decidido a satisfacerla, tomó el periódico y leyó lo que sigue: «Se ruega a cuantas personas se hallen en posesión de uno o varios loros se sirvan pasar por el hotel del conde de Téramo Girgenti, calle de Ponthieu, donde les serán comprados dichos animales. Los que no quieran venderlos pueden acudir asimismo *pues sus loros serán alquilados por el tiempo y en la cantidad que se convenga.*»

Todos los presentes comprendieron enseguida que aquel anuncio había tentado la codicia de la vieja Eloísa, quien si era incapaz de vender a Salomón, no debía sentir escrúpulos por alquilarlo durante una temporadita más o menos larga.

—¡Ocho días! —decía ella—, no hubiera podido separarme de él por más tiempo.

Así lo comprendían los huéspedes; lo que éstos no acertaban a comprender es que hubiese un ciudadano capaz de alquilar por más o menos tiempo los loros que no querían venderle.

Llegó el ansiado momento de las explicaciones. La señora Eloísa, satisfecha de ser escuchada con atención, refirió cómo habiendo leído el anuncio, y decidida a alquilar su loro, tomó asiento en un ómnibus para dirigirse a la calle de Ponthieu. Interesados por la presencia del loro, algunos de los pasajeros que se encontraban en el carruaje no quisieron darle crédito cuando ella les hubo referido lo del suelto del periódico, llegando su incredulidad hasta el punto de que tres de ellos, una mujer y dos hombres,

quienes sin duda no tenían cosa mejor que hacer, decidieron acompañarla, para cerciorarse...

Los vendedores de loros hacían cola en la calle de Ponthieu. Iban entrando uno por uno, y salían, naturalmente, en la misma forma. Era inútil preguntarles; todos decían lo mismo: «¡Es sorprendente, extraordinario! ¡Quién había de pensarlo! Va, ya verán ustedes...» Y se alejaban sin decir más.

Tosió ligeramente la señora Eloísa; y cierta de que se sostenía la atención general contó a los allí presentes cosas extraordinarias e inverosímiles. Díjoles que al entrar ella, por haberle llegado su turno, un criado hubo de conducirla hasta un espacioso cobertizo en el que pudo ver varios miles de loros, cada uno en su jaula respectiva, y éstas alineadas formando calles, pisos, bajo la vigilancia de todo un ejército de criados. Además, otros hombres, muchos en número, recorrían las calles de jaulas, anotando algo en inmensos registros que llevaban en las manos. Otro empleado la condujo a presencia de un funcionario que sin levantar siquiera la nariz de sus papelotes hubo de preguntarle si quería vender o alquilar su loro. Al llenar las formalidades indispensables, y al dar ella su nombre y dirección, el grave funcionario había exclamado, con no poca sorpresa de la interesada: «¡Cómo! ¿Es usted portera del gran hotel del Mapa-Mundi? Pues ya puede usted volverse con su loro por donde ha venido. No lo necesitamos para nada.»

Era de ver la indignación de la señora Eloísa al referir este episodio cómico-trágico, y al recuerdo del desprecio de que fueran objeto ella y Salomón.

—¿Declaró usted que Salomón es mudo? —preguntó uno de los huéspedes, como si buscase una explicación a la afrenta hecha al interesante loro.

—No —dijo la señora Eloísa.

—Pues debió usted hacerlo —afirmó el Profesor. Por más de que ese funcionario debía ya saberlo. Su exclamación al enterarse de que era usted portera de este hotel prueba que conoce lo que aquí pasa.

—No le dije que Salomón es mudo porque habría mentido.

—A ver, a ver, ¿cómo es eso? ¿Salimos ahora con que Salomón habla? —dijo el Profesor.

Y el coro de huéspedes repetía:

—¡No es mudo! ¡No es mudo!

La señora Eloísa, con voz plañidera aclaró los conceptos.

—La verdad es que Salomón no ha dicho este pico es mío desde la muerte de mi pobre marido.

—¡Pobrecito! —dijeron las mujeres que comenzaban a conmoverse.

—Pero antes —siguió diciendo la señora Eloísa—, antes hablaba como todos los loros, y aun mejor que muchos de ellos. Tenía la misma voz que mi difunto. ¡Y si hubieran ustedes oído qué bien repetía las palabritas tiernas que rae decía mi esposo durante nuestra luna de miel! Era cosa de confundirlos. Por eso no han de extrañar ustedes que muerto mi marido y mudo Salomón me considere doblemente viuda.

—¡Sí que es extraño! —repitió el coro de huéspedes. Ni la señora Eloísa ocupadísima con su narración, ni ninguno de los que allí se encontraban, atentos a la misma, había podido observar la llegada de un personaje que no perdió palabra de lo dicho por la portera. No obstante la poblada barba de zapador, destinada sin duda a disfrazar su verdadera personalidad, un observador atento habría tal vez reconocido en el recién llegado a nuestro antiguo amigo Dixmer.

Como los recuerdos evocados por la señora Eloísa hubieron de conmoverla en grado sumo, el coro de huéspedes decidió dejarla a solas con su dolor, con pretexto de respetarlo, y fueron desfilando uno a uno. El Profesor, por su parte, disponíase a llevarse a Gosselin a la taberna de las Tres-Pintas, cuando ambos vieron a Roberto Pascal que se acercaba llevando un paquete bajo el brazo.

—Aquí lo tiene usted —dijo a Gosselin—. Pero como no es cosa de que se le caiga por el camino, me parece prudente atarlo. La señora Eloísa nos dará una cuerdecita.

Y entró en la portería para pedirla.

—Pero antes —le dijo Gosselin— déjeme usted que le dé aún un vistazo. ¡Esto es un regalo regio, amigo mío!

—¿Se puede saber qué es ello? —preguntó el Profesor.

—Venga usted a verlo —dijo Gosselin.

Y ambos entraron tras de Roberto en la portería.

El profesor pareció extrañarse, al ver el contenido del paquete; un medallón maravilloso.

—¿Cómo es eso? —dijo—. ¿Se deshace Benvenuto Cellini de su medallón? ¿Del medallón de Margarita de Valois?

Acababa apenas el Profesor de pronunciar las últimas palabras, cuando se produjo un fenómeno extraordinario, increíble. Una voz, extraña, lejana,

ronca, una voz que parecía de ultratumba, salió del pico entreabierto de Salomón. Este, erguido en su percha, hablaba.

—*Tú eres* —dijo— *la Margarita de las Margaritas: Tú eres la perla de los Valois.*

Fenómeno increíble, que produjo un doble efecto. El de que se desmayara la señora Eloísa, luego de lanzar un grito desgarrador, y el de que se desmayara asimismo Roberto Pascal, quien por su parte no había lanzado grito alguno.

XXIV

¡TÚ ERES LA MARGARITA DE LAS MARGARITAS! ¡TÚ ERES LA PERLA DE LOS VALOIS!

No hay noticia de que en la capital de Francia haya existido nunca un hotel comparable al Gran Hotel del Mapa-Mundi, curioso como ningún otro a causa de su clientela excepcionalmente variada, aunque decente, y algo también por efecto de los usos y costumbres de la susodicha clientela.

Componíase el Hotel de tres cuerpos de edificio. El primero de ellos, el que se alzaba en la calle de los Molinos, llamábase o le llamaban «el Hospital» y con esta denominación figuraba en los libros del señor Thiébault, propietario y gerente del Hotel, dueño asimismo de la taberna de las Tres Pintas, y explotador de la fonda en que se envenenaban, lenta pero continuamente, los huéspedes del edificio, en su mayor parte por lo menos.

Habitaban el Hospital esas gentecillas, como decía el señor Thiébault, que se sirven a sí mismas y rehusan, por economía, los servicios de las manos mercenarias del mozo del hotel. Eran matrimonios provisionales en su mayor parte, pero de costumbres irreprochables. Había entre ellos sastres, funcionarios públicos de ínfima categoría, algunos artesanos, no pocas echadoras de cartas, y numerosos payasos, domadores, equilibristas, mozos de pista y otros dependientes de los circos que se establecían periódicamente en las ferias tumultuosas de los bulevares exteriores.

Tales gentecillas hacían poco gasto en el hotel, vivían en el aislamiento de sus tabucos, abrazándose a ratos y a ratos dándose de mojicones; pero pagaban con regularidad el alquiler al señor Thiébault, cosa para él la más interesante, y cumpliendo con este deber de buenos inquilinos hacíanse despreciables a los que ocupaban los otros dos cuerpos de edificio, quienes en su inmensa mayoría pensaban ejercer una noble prerrogativa no pagando al casero.

El segundo cuerpo de edificio llamábase *La Literatura*. El señor Thiébault, propietario, miraba con gran respeto a los que lo habitaban. Su

construcción, en ladrillo, era más reciente que la del Hospital y se componía de seis pisos. En ellos habitaban gentes escogidas para quienes el ideal era objeto de fervoroso culto. Como es consiguiente, el Profesor ocupaba uno de los mejores cuartos, hallándose en él rodeado de novelistas, poetas, cancioneros, dibujantes, retratistas de esos que recortan en papel negro la silueta de la víctima en las terrazas de los cafés, como Sesostris, gran amigo suyo, y aun de vendedores de aceitunas, como Maíz; gentes todas de talento o por lo menos de fértil imaginación, que, como el mismo Profesor, han llegado, con el tiempo, a ser algo en el mundo.

Ni que decir tiene que la Literatura no pagaba; y como la actitud conciliante del señor Thiébault para con tan desahogados inquilinos hubiera resultado inexplicable para cualquiera, él mismo se encargaba de explicarla mostrando con orgullo la solapa de las levitas o chaquetas de sus clientes. Ninguno de ellos pagaba, pero todos estaban condecorados, unos por el gobierno, otros por sí mismos, aduciendo éstos últimos, como excusa de su frescura, que al proceder así no les guiaba la necia afición a las distinciones honoríficas, sino el deseo noble de ser agradables al propietario del hotel, quien no hubiera comprendido que un señor no condecorado se permitiese el lujo de vivir en su hotel sin pagar el pupilaje.

Cuanto al tercer cuerpo de edificio llamábase el *Conservatorio* y servía tan sólo a alojar los músicos, como puede comprenderse por el enunciado de su denominación.

Divididos así en castas, claro es que no reinaba precisamente la mayor cordialidad en las relaciones entre los vecinos del hotel, y ciertas épicas batallas entre la Literatura y el Conservatorio habían dejado memoria en todo el barrio, y aún puesto en peligro los intereses del señor Thiébault. Y como éste no quería arruinarse, y como por otra parte la Literatura, lejos de producirle, le costaba cada vez más dinero, resolvió abrir las puertas de su casa a *todo lo que pagase*, con tal de que el dinero fuera honrado.

Y como entre todo lo que paga lo mismo puede haber personas que animales, el propietario del hotel admitió como inquilinos a dos focas que pagaban bien, y que no encontraran alojamiento en la feria. El hombre las instaló en la gruta de Terpsicore; y no decimos que las encerró en ella, porque la gruta carecía de puerta.

Era una gruta de juguete, de cartón piedra, que adornaba el centro del segundo patio, y en torno a la cual había un pequeño estanque sin agua, y en torno al estanque un cuadro de césped sin césped, rematado en sus ángulos por cuatro palos de escoba que simulaban otros tantos árboles.

Cuando las focas se enteraron de la cordial hospitalidad que dispensaba el señor Thiébault, acudieron al hotel regularmente, y si una pareja de focas se iba, otra llegaba a sustituirla, y era de ver cómo los interesantes animalitos se paseaban en torno a la gruta de Terpsicore o tomaban el fresco en el umbral de su vivienda. Las crónicas no cuentan por qué la gruta ' del segundo patio había tomado el nombre de la musa coreográfica; lo que de ella se sabe es que servía sencillamente de zócalo, no a la diosa de referencia, sino a un busto de M. Thiers.

La vecindad de las focas fue al principio un tanto molesta para los inquilinos de la Literatura, que se acostaban tarde. Sin embargo, comenzaban ya a acostumbrarse a ella, cuando con motivo de la feria llegó un reno a instalarse en el hotel. Aquello fue un colmo. El animalito, con sus patas, hacía más ruido que las dos focas con sus gritos estridentes. Los inquilinos de la Literatura decidieron vengarse y conspiraron contra el reno; pero como se llevaron a éste sus propietarios, y no era cosa de que la proyectada venganza quedase incumplida, se decidió hacer víctima de ella a una de las focas, que desapareció de pronto de la gruta de Terpsicore o de M. Thiers, precisamente en la mañana del día mismo en que el lector ha hecho conocimiento con la señora Eloísa, portera del hotel.

Y ahora que el lector conoce someramente el gran hotel del Mapa-Mundi y los seres que lo habitan, ya no se extrañará de que, obligados a soportar la vecindad de animales ruidosos, los inquilinos manifestasen el más vivo interés por un loro que tenía la virtud de no hablar.

Perú he aquí que Salomón recobra el uso de la palabra. ¡Y en qué circunstancias! ¡Y con qué resultado! Para determinar una doble catástrofe habíale bastado con pronunciar una frase, banal en la apariencia, pero que en el fondo debía ser temible: *Tú eres la Margarita de las Margaritas; tú eres la perla de los Valois.*

El efecto por dicha frase producido asombró a Raúl Gosselin, y puso en grave aprieto al Profesor, quien no sabía cómo arreglarse con aquellos dos desmayados. Procuró por lo pronto no perder la serenidad, lo cual le permitió reflexionar; luego adoptó una resolución.

—Vamos a darles golpecitos en las manos —dijo.

En aquel momento abrió los ojos Roberto Pascal, y dándose de pronto cuenta de su extraña y repentina debilidad, el rubor de la vergüenza tiñó sus mejillas y se puso tan colorado como pálido estaba pocos momentos antes. Brevísimos instantes le bastaron para entrar en posesión de todas sus facultades, y una vez logrado esto, y con inesperado tono de mando, rogó al

Profesor y a Baúl Gosselin que le dejaran solo con la señora Eloísa, desmayada aún.

—Mi deber de médico... —insinuó el Profesor.

—Es de ir a echar un trago a mi salud, y de no decir a nadie una sola palabra acerca de este incidente —dijo Roberto Pascal.

Y diciendo y haciendo, puso a ambos literalmente a la puerta, y cerró ésta con llave.

Luego, y en el momento en que se disponía a hacer respirar a la portera desmayada un frasco contenido en un estuche que sacara del bolsillo, hubo de fijarse en que una cara humana, con perfil de zorro, curioseaba a través del ventanillo. Roberto cubrió éste con el visillo de serga verde.

—¿Dónde he visto yo esa cara? —se preguntó el joven acercándose a la señora Eloísa.

Una vez junto a ésta, púsose de rodillas murmurando:

—¡Por fin, señor, voy a saber!...

Poderosas debían ser las sales contenidas en el frasco de Roberto Pascal, porque su eficacia no se hizo esperar ni un minuto. La señora Eloísa abrió los ojos y pareció extrañarse de encontrarse en el suelo, tendida, y acompañada por aquel joven que de rodillas le prodigaba sus cuidados. Sin embargo, no lardó en reconocer en él uno de sus mejores inquilinos. Entonces le sonrió, y con voz queda le preguntó qué era lo que le había ocurrido. Levantóla Roberto Pascal dulcemente, y la llevó como pudo hasta su gran butaca de cuero. Luego aplastó una píldora en un vaso con agua, haciendo beber la mezcla a la paciente, y juzgando sin duda que ésta quedaba de tal modo bien preparada para soportar nuevas emociones, le dijo, contestando a la pregunta de ella.

—El loro tiene la culpa.

—¿El loro? —repitió la portera pasando la mano por su frente, como si hiciese un violento esfuerzo de memoria.

—Sí; Salomón. Salomón ha hablado.

—Salomón ha hablado... Sí, sí, ahora me acuerdo.

¡Ah, sí! Salomón ha hablado.

—Y eso le ha producido a usted tal efecto, señora Eloísa, que ya ve usted, se ha puesto mala.

—La cosa no era para menos, señor Pascal, Figúrese usted que hacía años que no le había oído... ¡Qué sé yo! Me pareció que la voz de mi pobre esposo resonaba en su tumba. Usted no sabe lo bien que lo imitaba Salomón. Era cosa de confundirlos a los dos, y crea usted que más de una vez me he

equivocado yo misma. Oirá en mi lugar le habría tomado rabia a Salomón... Yo no, pobre animalito. Al contrario: porque ha de saber usted que yo quería mucho a Prévost...

—¿Quién es Prévost?

—¿Quien ha de ser? Mi marido. Usted es demasiado joven, señor Pascal, para conocer la historia del abate Prévost. Y sin embargo, no hablaron poco de él los periódicos del mundo entero. Era el hombre más bueno que comía pan; pero lo mismo había nacido él para cura que yo para religiosa, y ya sabe usted que fui tornera de un convento. Sepa usted que un día me raptó; como usted lo oye. Me raptó y desaparecimos. ¡Lo que nos buscaron entonces!... Por todas partes, señor Pascal. Cuando nos encontraron... yo estaba ya en meses mayores. Y como el abate Prévost era un hombre honrado a carta cabal, pues ¿qué había de hacer?, colgó los hábitos y se casó conmigo. Por desgracia nuestro hijo nació muerto, y entonces adoptamos a Jacobo, el loro, al que sus compañeros de usted bautizaron con el nombre de Salomón. El pobre animalito. ¡Si lo hubiera usted visto! Tenía para mí más atenciones que un hijo y más ternura que un marido. Me prodigaba los apelativos cariñosos, y como mi verdadero nombre es *Margarita*...

Al llegar a este punto de su relato la portera, vióse interrumpida por el loro, que volvió a decir: *Tú eres la Margarita, de las Margaritas; tú eres la perla de los Valois.*

Levantóse rígida la señora Eloísa al oír de nuevo aquella reproducción de la voz del pasado, y miró a Salomón que altivo en su percha, alta la cresta, una pata en el aire y la pupila húmeda, parecía un amante que se decide de pronto a declarar su atrevido pensamiento.

—¿Quieres callarle de una vez? —exclamó la señora Eloísa visiblemente conmovida—. ¿No comprendes el daño que me haces?

Y se dejó caer de nuevo en la butaca.

La repetición de la frase enigmática no consiguió impresionar esta vez a Roberto Pascal, por lo menos en la apariencia. Todas sus facultades anímicas con centrábanse en un deseo, que esperaba con ansia ver.

—Señora —dijo procurando dar a su voz la más melosa de las entonaciones—, ¿qué hizo usted, para vivir, una vez casada con el señor Prevost, quien como, es de suponer no tenía oficio?

—¿Quién, yo? Pues yo he trabajado siempre. Y como en el convento hacía encajes, pues encajes hice luego, de casada. Y no vaya usted a creer que Prevost se estaba mano sobre mano, no, señor; se ocupaba en corregir los trabajos de los alumnos del colegio Luis el grande. Les traducía sus temas

latinos, les hacía versos, también en latín, por cuatro cuartos, es verdad, pero que sumados a otros, hacían a fin de mes una cantidad muy regularcilla. Figúrese usted que en todos los colegios de París corrió la voz de que en Montmartre había un excusa que hacía las versiones latinas por veinticinco céntimos, a cincuenta los discursos franceses, y los versos latinos a cinco céntimos ' la pieza. ¿Qué había de resultar? Que los encargos eran tan numerosos que el pobre Prevost no sabía cómo arreglarse para satisfacer a todos.

—¡En Montmartre! —repitió sordamente Roberto Pascal, que parecía agitado por alguna nueva emoción—. Eso quiere decir que ya por aquel entonces habitaban ustedes este barrio...

—Como que nos instalamos en él enseguidita de casados, y de aquí ya no nos movimos.

—¿Y dónde vivían ustedes?

Ahí al lado, señor Pascal... Pero ¿qué le pasa a usted? Le veo demudado... Pues sí, señor, ahí detrás...

—Ahí detrás, es decir del otro lado de la colina, repitió Roberto con voz desfallecida. Óigame usted bien, señora, óigame usted bien... ¿Existe aún la casa en que vivieron ustedes?

—¡Anda, pues ya lo creo! Tal y como estaba. ¡Como que no la han tocado!

—¡Gracias, señor! —suspiró Pascal con exaltación creciente—. Pero ¿y la calle? ¿Han tocado a la calle? ¿En cuál vivían ustedes? Por el amor de Dios, señora, dígame usted el nombre de la calle en que vivían.

—En la calle de los Sauces, señor Pascal, en una casita que después fue posada y que creo que aún lo es... Por cierto que le pusieron un nombre bien extraño: la posada del Presidio.

—¡Cómo! ¡La posada del Presidio! Y yo sin sospecharlo siquiera... ¡Ah, Macallán, Macallán!, anda con cuidado. La paciencia de Misterio tiene sus límites.

Era tal la agitación que dominaba a Roberto en aquel instante, que hubo de levantarse y pasear como un loco por la habitación. Luego, un tanto calmado, sentóse de nuevo junto a la portera, y tomó su mano con el mismo respeto que pudiera un hijo tomar la mano de su madre.

—Va usted a decírmelo todo —murmuró.

En el semblante de la buena señora se reflejó la sorpresa.

—¿Y qué es todo? —preguntó.

—Todo lo que pudo ocurrirle mientras vivieron en esa casa.

—¡Pero si no nos ocurrió nada! Dicen que el barrio no es tranquilo; ¡pero ríase usted de lo que dicen! Le han hecho una mala reputación inmerecida. Ya sé que a la posada le pusieron por nombre la del Presidio, pero eso no quiere decir que por allí se cometan asesinatos todas las noches.

—¿Tiene usted buena memoria, señora Prévost? —preguntó el joven con tal acento de severidad, que la portera hubo de sentir cierta inquietud, aun cuando su conciencia parecía inaccesible al reproche.

—Pues... sí, me parece que sí, señor Pascal.

—Bueno, pues recuerde usted el año...

El joven terminó la frase al oído de la portera, quien se estremeció con violencia.

—Sí, sí, —dijo mirándole de un modo singular—, recuerdo en efecto ese año.

Y luego añadió entre dientes.

—Fue un mal año.

—¿Por qué?

—Por nada.

—¿Recuerda usted, señora Eloísa —siguió preguntando Pascal—, lo que ocurrió en la calle de los Sauces en la primavera de ese mismo año?

—¿En la primavera?

Y la señora Eloísa, bajando cada vez más la voz, miraba a su inquilino con ansiedad mezclada de espanto.

—No sé lo que quiere usted decir; añadió.

—Pues voy a refrescar su memoria —replicó Roberto acercándose aún más a la portera—. Por la calle de los Sauces pasa poca, muy poca gente, sobre todo a las tres de la madrugada. Y la mujer que a esa hora se halla asomada a la ventana con su esposo respirando el aire de la noche, perfumado por los primeros efluvios de la Primavera...

—Pero, señor Pascal, si hace ya tanto tiempo que... no sé más; le juro a usted que no sé nada más. Qué quiere usted, una vieja como yo...

—Puede muy bien recordar aquella noche... luna magnífica; luego que un coche...

—¡Señor, Dios mío!

—... que un coche —continuó diciendo Pascal sin detenerse a calmar la creciente agitación de la señora Eloísa, sube por la calle de los Sauces... Porque el coche subía, procedente sin duda de detrás de la colina... ¡Un coche en la calle de los Sauces, donde no se ve jamás ninguno, señora Eloísa!

Cuando se está a la ventana a las tres de la madrugada y a la luz de la luna se ve venir ese coche, se recuerda la cosa toda la vida.

—¡Toda la vida! —murmuró la vieja sacudiendo la cabeza.

—¿No sabe usted por qué? Pues voy a decírselo. Se recuerda el incidente porque se ha visto al coche detenerse a la puerta de un jardín, y bajar del carruaje a dos hombres conduciendo en brazos una mujer tan extrañamente encapuchonada que pudiera creérsela amordazada. La actitud de la dama y el *silencio* que guardaban los dos hombres impresionaron a usted de tal manera que hubo de decir en voz *alta* a su marido: «*Mira, mira; ¿no te parece que esa mujer se defiende?*» Veamos ahora: ¿recuerda usted lo que le contestó su marido?

—¡No lo sé, no lo sé! —gemía la señora Eloísa mirando con espanto hacia la puerta del cuchitril.

Roberto prosiguió imperturbable.

—Pues contestó así; «*¡Qué disparate, mujer! ¿No ves que juega?*» Probablemente, el diálogo de ustedes debía molestar a aquellos caballeros porque empujaron a su compañera para hacerla entrar más pronto en el jardín. Una vez en él cerraron la puerta; pero antes tuvo usted tiempo de pronunciar una frase memorable, señora Eloísa. ¿Quiere usted recordar esa frase memorable? ¿Qué no? Bueno, pues yo la ayudaré a hacerlo. Lo que dijo usted a su marido fue esto: «*Fíjate en el cochero: parece el Gordo.*» Y enseguida desapareció el carruaje. Esto ocurría en la noche del 6 al 7 de Mayo.

Hubo un momento de silencio, que Roberto aprovechó para enjugar el sudor que inundaba su frente.

—Como usted ve, señora —dijo luego—, estoy bien informado.

—Si tan bien informado está usted, señor Pascal —contestó la vieja toda temblorosa—, no me diga nada más, no me pregunte nada más, porque nada puedo decirle. Yo no conozco otros detalles, y hasta es muy posible que usted sepa que yo no debo saber más... ¡Tenga usted piedad de mí!

—Sí, usted sabe más —dijo Roberto implacable—... Usted sabe otras cosas. Usted no ignora por ejemplo que no *ha vuelto a ver nunca* a esa mujer tan extraordinariamente entrevista a las tres de la madrugada en la calle de los Sauces en el momento en que entraba en el jardín misterioso. La casa tenía una puerta, una sola, la que daba a la calle de los Sauces. Esta se abrió para que entrase la mujer, pero no se ha abierto nunca más para dejarla salir. ¿Verdad que usted no la ha visto nunca más? ¡Dígalo usted!... Confiéselo, puesto que así es la verdad... ¿La ha visto usted alguna otra vez?

—¡Jamás! —confesó en un suspiro la pobre señora Eloísa.

—Y sin embargo, usted vigilaba esa puerta... Porque usted la vigilaba, ¿verdad? Y pasó usted muchas noches de insomnio pensando en ella, señora Prevost... Cosa por cierto muy natural cuando se ha oído...

—¿El qué, el qué?

—Los fúnebres gemidos que resonaron en el jardín cierto día de verano, un día tórrido; esos gemidos duraron de las doce a las doce y media. Luego el silencio más absoluto. Usted, señora Prevost, se precipitó hacia la puertecilla del jardín, preguntando: «¿Quién llama de ese modo?» Pero en el acto acudió su marido de usted que le dijo muy encolerizado: «No le ocupes de esos asuntos.» Y no tuvo usted más remedio que seguirle, porque usted, señora Prevost, era una esposa obediente.

Tal vez la señora Eloísa hubo de creer que su interlocutor era el diablo en persona porque tomando un rosario comenzó a balbucear temblorosas plegarias mientras que su semblante, que de ordinario tenía el color marfileño de las estatuas de santos patinadas por el tiempo y el humo del incienso, poníase intensamente pálido.

—Las visitas al jardín eran siempre nocturnas; ni por casualidad vio usted abrirse la puerta una sola vez durante el día. En cierta ocasión vio usted llegar, a pie, a una mujer acompañada de un hombre. La que vio usted la primera vez era alta; esta otra pequeña, y con seguridad observó usted que el hombre que acompañaba a esta pequeña parecíase a ese cochero de quien usted dijera «parece el gordo» como pueden parecerse una a otra dos gotas de agua. La mujer pequeña marchaba al parecer libremente, pero tenía los ojos vendados.

Hizo Pascal una ligera pausa y continuó enseguida:

—Es muy posible que aquella noche, mientras que se internaba en la calle de los Sauces la extraña pareja de que acabo de hablar, decidiese usted ser más prudente que la primera vez, y miró usted lo que ocurría oculta tras los visillos de su ventana, y aun se abstuvo usted de todo comentario en voz alta.

—¡Ninguno, ninguno! Bien lo sabe Dios.

—Desgraciadamente para usted, en el silencio imponente de la noche resonó de pronto una voz que decía: «*Tú eres la Margarita de las Margarita*». *Tú eres la perla de los Valois*.» E inmediatamente impuso usted silencio o aquella voz diciendo: «¿*Quieres callarle, condenado?*»

—Señor Pascal, esas son cosas de las que no he hablado nunca nada a nadie; y le aseguro a usted que primero me dejaría arrancar la lengua...

Roberto continuó:

—Quedamos en que no vio usted nunca más a la primera mujer, pero sí a la segunda, en dos ocasiones. ¡Claro! Le intrigaba a usted el misterio de la calle de los Sauces, y eran muchas las noches que se pasaba usted en vela, vigilando...

—Haciendo encaje, señor.

—Bueno: ello es que vio usted dos veces a la segunda mujer, siempre con los ojos vendados, al entrar como al salir. Jamás permaneció en el jardín más de media hora; cuarenta minutos a lo sumo. Y ya no era *el gordo* quien la acompañaba; la segunda vez iba con ella un buen mozo, de buena estatura y ancho de espaldas, y la tercera un hombre delgado, de aspecto militar, con las piernas ligeramente arqueadas, como los que han montado mucho a caballo. Pero repóngase usted, señora Eloísa; tome, respire un poco ese frasco...

La portera no se hizo de rogar. Hallábase por lo visto, falla de fuerzas. Una vez algo repuesta santiguóse devotamente e hizo ademán de levantarse como para dar por terminada la entrevista.

—Permita usted que le ataje, señor Pascal —dijo—; que sean una, dos o veinte, las señoras que llegaron al jardín, todo eso es, como decía mi difunto, historias que no nos interesan. Y la verdad, señor Pascal, no sé en qué pueden interesarle a usted. *Por encima de todo eso ha pasado ya la muerte.*

Roberto miró a la señora Eloísa, porque le pareció que iba a desmayarse; tal era la dificultad con que se sostenía.

—¿Qué significan esas palabras?

—Nada, nada; no quiero decir nada.

—Lo que quiere usted decir sin duda es que puesto que la señora de la calle de los Sauces no ha parecido...

—No, señor; no me ocupo para nada *de esa muerte.*

—De modo que usted ha pensado que había muerto. ¿Y puede saberse qué otra muerte la preocupa? —preguntó el joven anhelante.

—Señor Pascal, las mujeres hablan siempre más de lo debido. Yo fui algo parlanchina en otro tiempo... en esa época...

—¡Pero si usted no sabía nada, según dice! ¿Cómo pudo usted hablar, señora Eloísa?

—Verá usted; yo quise saber... Hace un momento dijo usted que jamás vimos abrirse la puerta del jardín durante el día; y sí que lo vimos, una vez, por nuestra desgracia. Y fue la última que he visto abrirse esa puerta maldita... ¿Ha cerrado usted bien esa puerta, señor Pascal? Después de todo, no veo por qué no he decirle a usted, que lo sabe todo, lo que desde hace

tantos años me pesa en la conciencia. Así como as no puede suceder nada peor de lo que ha sucedido...

Y he aquí que la señora Eloísa antes tan dispuesta a callarse, pareció de pronto decidida a decirlo todo. Inclinandose hacia Roberto, le habló en voz baja:

—También iba al jardín —dijo— otro hombre, a quien nosotros llamábamos *el jardinero*, aunque me parece que debía ser un criado encargado de la casita situada en el fondo del jardín, de la cual, cuando nos asomábamos a nuestro principal, sólo veíamos el techo puntiagudo. Ese hombre llegaba como los otros, por la noche, y se volvía antes del alba. Siempre iba cargado con grandes paquetes, que nosotros creíamos eran de provisiones. Pues bien, oiga usted esto: la última noche que le vimos llegar a la calle de los Sauces tiraba de una carretilla que parecía muy pesada, y que sólo con gran trabajo logró hacer entrar en el jardín. Mi marido y yo, al ver eso, nos preguntamos qué podía ocurrir *también aquella noche* en la *Torre de Nesle*.

—¿En la Torre de Nesle? —preguntó Pascal con extrañeza.

—Así llamaba mi pobre Prevost a la casita misteriosa. Digo que nos preguntamos qué ocurriría *también* aquella noche, porque ya algunas otras habíamos oído gritos y risas en el pabellón, y eso que estaba lejos. La noche antes hubimos de oír un grito tan horrible que pensamos que acababan de asesinar a alguien. Fue la noche misma en que vimos por última vez a la mujer pequeña; como llegó cosa de una hora antes de que se oyera aquel grito espantoso tanto mi marido como yo creímos que la habían matado, pero no fue así, porque antes del amanecer la vimos que salía, con los ojos vendados como siempre, acompañada por *el oficial*.

—¡Ah! ¿Le llamaban ustedes el oficial?

—Prevost le llamaba así; y al otro, al de las espaldas anchas, el *substituto*, porque según decía mi difunto tenía facha de magistrado. Precisamente, recuerdo que solía decirme: «Ahí se reúnen un oficial, un magistrado y un gordo que no sabemos lo que es; lo mejor es no meternos en sus asuntos.» Y añadía desconfiado: «Tal vez son del gobierno.» Por eso nos callábamos como muertos, aunque no lo bastante, por desgracia —añadió la señora Eloísa levantando al cielo la mirada y cruzando sus brazos como si se dispusiera a orar.

—Volvamos al *jardinero* —dijo bruscamente Pascal.

—¡Ah, sí! Pues el jardinero, la noche siguiente a la del grito de horror, llegó, como dije antes, con una carretilla muy pesada. La metió en el jardín,

pero ni Prevost ni yo le vimos salir con ella. La puerta no se abrió hasta las ocho de la mañana del día siguiente, y esa fue la primera vez que la vimos abrir de día. Primero la empujaron suavemente, y apareció la cabeza del jardinero, mirando con cuidado a todas partes, incluso a nuestros balcones; y como no vio a nadie porque estábamos ocultos por los visillos, hizo una seña a alguien que debía encontrarse detrás de él, y salió enseguida, seguido del hombre que Prevost llamaba el sustituto... ¿Pero qué es eso, señor Pascal, va usted a ponerse malo ahora?

—No es nada; siga usted.

—¿Qué más? —suplicó el obrero orfebre con angustia—. ¿Está usted segura de que ese a quien llamaban ustedes el sustituto pasó en la casa toda esa noche, la noche que siguió a la del grito de horror?

—Completamente segura. Le vi en carne y hueso en el umbral de la puerta con el jardinero, por más de que la aparición duró poco. El sustituto se fue calle abajo, y calle arriba el jardinero, ocultándose cuanto podían. ¡Si hubiera usted podido verlos! Parecían ladrones. Estaban cubiertos de barro; los zapatos, los pantalones, las manos, hasta en la cara tenían barro, y eso que hacía más de ocho días que no había caído una sola gota de lluvia. ¡Y qué caras de entierro las suyas!

—¿Qué quiere usted decir con eso, señora Eloísa? —preguntó Roberto Pascal pasando febrilmente la mano por su frente.

—Quiero decir que sus caras parecían las de personas que vuelven de enterrar a alguien.

—¡Ah! Caras de gentes que regresan de enterrar a alguien... Y dígame usted; ¿qué fue de la carretilla?

—No la volvimos a ver, como tampoco a nadie.

—¿No volvieron ustedes a ver nada ni nadie?

—Verá usted... Yo, la verdad, no sé si debo contarle a usted todo esto, ni porqué se lo cuento, porque había jurado... Pero es que hablando parece como que se me quita un peso de encima. Además, yo ya soy vieja, y usted, señor Pascal, me ha inspirado siempre confianza... ¡Usted me hipnotiza!

—Vamos a cuentas, señora Eloísa; ¿a quién volvió usted a ver?

—Fue mucho tiempo después... la víspera de la muerte de mi pobre Prévost.

—Cuando fuera; ¿a quien vio usted?

—Al *jardinero*.

—¿Y su marido de usted murió al día siguiente?

—Sí, señor.

—¿De qué?

—Fue una desgracia, señor Pascal; un accidente desgraciado...

—Pero ¿en qué circunstancias vio usted al *jardinero*?

En una fiesta en Enghien. Habíamos ido a pasar allí un par de días en casa de un amigo de Prévost, un módico que después se hizo cura. Por la noche hubo espectáculo en el lago, al cual asistimos, como es natural, y después de los fuegos artificiales nos sentamos para refrescar, cuando enfrente precisamente de nosotros vimos al *jardinero*. También él debió reconocernos, pero supo disimular, mientras que nosotros...

—¿Ustedes?

—Yo, mejor dicho: no pude contenerme y dije: «*Es él*» El hombre, que hablaba con el amo del establecimiento, me oyó y se fue enseguida. Yo entonces supliqué a mi marido que preguntase al amo quién era aquel hombre. El pobre Prévost no quería hacerlo; ya le he dicho a usted que no gustaba de meterse en negocios ajenos; pero al fin cedió, y el otro le dijo que *el jardinero* era criado de una familia, y le dio el nombre de la familia y el del propio *jardinero*. Me enteré pues de todo, y yo estaba muy contenta cuando al salir nos cruzamos con nuestro hombre que sin duda nos había observado de lejos y visto hablar con el amo. ¡Nos echó una mirada terrible! Tan terrible que tuve así como un presentimiento de una desgracia próxima. ¡Y vea usted lo que son las cosas! Al día siguiente, mi marido, que era excelente nadador, apareció ahogado en el lago de Enghien. Coincidencia, si usted quiere, pero en fin, ello fue así.

—Conque ahogado en el lago... Bueno, pero aun no me ha dicho usted el nombre del *jardinero*.

La señora Eloísa miró a Roberto con espanto y sacudió la cabeza.

—¡Ah, no! ¡Eso jamás!

—¿Y el de su amo?

—Lo olvidé. Lo he olvidado todo, señor Pascal; yo no soy más que una infeliz mujer.

Guardó el joven un momento de silencio y añadió:

—Después de todo, creo que tiene usted razón. *El silencio es oro*.

Y abriendo una cartera sacó de ella un billete de mil francos y lo entregó a la señora Eloísa, que parecía la estatua de la estupefacción, añadiendo:

—Yo no le he preguntado a usted nada, y nada me ha dicho usted. ¿Estamos?

—¡Ah! Señor Pascal, también sabré callarme sin necesidad de todo ese dinero. ¡Ya decía yo que no era usted un obrero como todos los demás!

—No es a usted a quien doy los mil francos —dijo Roberto.

—¿Pues a quién entonces?

—A Salomón. Es un excelente loro, que repartirá esa suma con *la Margarita de las Margaritas, con la perla de los Valois*.

Y separándose de la señora Eloísa alejándose ya el joven con un dedo en los labios, seña que la portera comprendió muy bien, cuando de pronto, al llegar junto a la puerta, se detuvo como si cambiase de idea. Había levantado el visillo de serga verde, mirando algo en la parte de afuera.

—Señora Eloísa —dijo volviendo junto a ésta—, una palabra aún. Secreto por secreto. Ese jardinero cuyo nombre no ha querido usted confiarme, ha muerto.

—¿Está usted seguro de ello? —interrogó la vieja sorprendida.

—¿Cómo que si estoy seguro?

En este momento alguien llamó a la puerta del cuarto, y Roberto Pascal abrió enseguida, entrando una mujer pobre, que llevaba un niño en brazos y agarrados a sus faldas otros dos pequeños, pálidos y enfermizos, con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Aquella mujer debía haber sido hermosa; pero los sufrimientos y las privaciones habíanla envejecido prematuramente. Vestía ropas ligerísimas no obstante lo riguroso de la estación invernal, y adivinábase que había corlado un amplio mantón en tres pedazos para envolver con ellos a los pequeñuelos. Adelantó la mujer hasta la mesa que ocupaba el centro de la habitación y dejó sobre ella algunas monedas de plata.

—Ahí tiene usted el dinero del alquiler, señora Eloísa —dijo—. Si quiere usted darme el recibo...

La portera parecía sorprendida, pero no dijo nada; recogió el dinero y dio el recibo que se le pedía. Y como manifestase la intención de obsequiar con una pastilla de chocolate a los pequeños, la madre se opuso.

—No necesitan nada —dijo.

Y salió seguida de las criaturas.

—¡Orgullosa es la señora! —dijo la portera—. Ayer no tenía con qué pagar, y hoy me hubiera visto en la precisión de ponerla de patitas en la calle, porque el señor Thiébaud así lo tiene dispuesto. Ese hombre es terrible para los inquilinos del *hospital... conqué decía usted, mi buen señor Pascal, que murió el jardinero...* ¿Está usted seguro?

—Tanto —replicó con calma el orfebre—, tan seguro estoy, señora Eloísa, que ahora mismo ha visto usted a su viuda.

—¡La señora Didier! —exclamó la portera.

—¡Silencio! —ordenó Roberto Pascal.

Y salió lentamente.

XXV

LA CASITA DE LA CALLE DE LOS SAUCES

Eran las dos de la madrugada; la noche clara, el frío intenso, la helada copiosa.

La calle vieja de los Molinos aparecía casi desierta, y cerrada a piedra y lodo la grande y pesada puerta del hotel del Mapa-Mundi. Sólo de vez en cuando resonaba en el resbaladizo pavimento o en las aceras de la calle el paso sonoro de algún poeta noctámbulo. A veces, la discusión pesada y machacona de unos cuantos literatos juerguistas se terminaba en el interior de la taberna de las Tres Pintas, cuyos góticos ventanales parecían hacer guiños amistosos a los pasantes más o menos sedientos. Todos empujaban la puerta, y entonces llegaba hasta la calle el eco de gritos, de discusiones, de cantares báquicos, y el rumor de los odres de cerveza chocados violentamente unos contra Otros, y la voz del Profesor, que repetía su eterno apoteosis a Montmartre: «¡Colina sagrada, ubre tres veces santa, granítica y formidable, a la que vendrán a abrevarse las generaciones ávidas de ideal!» Luego la puerta se cerraba y de nuevo se hacía en la calle solitaria el silencio más completo.

Y he aquí que en la noche a que nos referimos abrióse de pronto la puerta del hotel y una sombra, después de cerrar el portón, se deslizó hasta la acera, pasando junto a los ventanales de la taberna, circunstancia que nos permite reconocer en dicha sombra a nuestro amigo Roberto Pascal. Aun no había llegado a la esquina de la calle de los Molinos cuando otra sombra, salida de la taberna de las Tres Pintas, se deslizó detrás de la primera con evidente propósito de seguir a la primera.

Roberto Pascal se volvió, hubo de ver la sombra y continuó la marcha como si nada hubiera visto.

—Me lo esperaba —pensó—. Alguien me sigue, y me alegro, porque así podré saber quién es ese hombre. Bien he hecho de no salir por la puerta trasera...

Felicitándose así de sus resoluciones llegó a la esquina de la calle de la Abadía completamente desierta en aquel momento, y pocos instantes después llegaba al pasaje del Elíseo de las Bellas-Artes, con cien pasos por lo menos de ventaja sobre el hombre que le seguía.

La callejuela, estrecha, parecía deslizarse en rápida pendiente hacia los bulevares exteriores; a uno y otro lado veíanse casucas pequeñas pomposamente bautizadas con el nombre de hoteles, precedidas de jardinillos incultos y sucios, no más grandes que un pañuelo de bolsillo, que no eran en realidad otra cosa que miserables zaquizamíes a los que las mujeres de vida airada conducían a sus amantes de un momento para desvalijarlos con más comodidad, pues si el procedimiento del gato es conocido por tal nombre desde hace poco tiempo, la operación en sí data sin duda alguna de la más remota antigüedad.

Iba Roberto Pascal envuelto en pesada capa con esclavina y tocado de un sombrero flexible cuyas anchas alas ocultaban su cara casi por completo. En el trayecto del pasaje del Elíseo de las Bellas Artes encontró una pareja que ni reparó en él por hallarse ocupadísima en discutir las más viles cuestiones pecuniarias. En el extremo de la calleja, ya en la esquina del bulevar, una mujer se hallaba de centinela.

Pascal se fue hacia ella y le dijo dos palabras que pusieron a su disposición a la individua.

—*¡Navaja y cuerda!*

Y enseguida añadió:

—*Por el gran Debé, abre los clisos: (abre los ojos por Dios).*

—*¡Habla!* —dijo la hembra tratando de reconocer a su interlocutor—, estoy de vigilancia.

—*Detén al hombre que me sigue y mírale bien la cara.*

—*Pues ahueca, que ya está ahí.*

Alejóse Pascal en dirección al bulevar Rochechouart; su espía, su seguidor, llegaba nada más que a la mitad del pasaje, cuando la mujer de vigilancia, que parecía pasear tranquilamente, hizo un singular ruidillo con los labios, y lo abordó con desenfado junto a un reverbero. En aquel sitio siniestro, que lo hacía más aún la luz vergonzante de la linterna municipal, la mujer resultaba aún algo apetitosa. Era joven todavía, su boca bonita, los cabellos relucientes de pomada, los ojos químicamente alargados, la voz dulce, voz de niño, de timbre grato.

—*Oye, moreno, ¿le has olvidado ya de tu Lolota? Pues hijo, ni que tuvieras el palpitante (el corazón) de piedra.*

Apenas pronunciadas estas palabras, detrás de la sombra se dejó oír otra voz algo ronca, menos grata.

—¡Vaya con el postinero! ¡Apenas si presume el señorito! ¡Mira tú que pasar sin decir nada a Belota!... Pues anda que peores que yo las encontrarás por ahí. ¡Mira, enjuágale los ojos, mocito...!

Y así diciendo levantó sus faldas hasta más arriba de las rodillas. Pero otra voz, que sin exagerar podemos calificar de aguardentosa, procuraba enternecer a su vez a la sombra detenida por la primera mujer.

—¡Joven! Oiga usted, joven, que es la Palota la que le llama; la Palota que tiene el estómago en los calcañales, y que tomaría con gusto un lente en pie si es que usted se lo ofrece, buen mozo...

La sombra, furiosa al verse así detenida, miró alternativamente a Lolota, a Belota y a Palota, procurando abrirse paso; pero las tres mujeres, riendo como locas, lo tenían encerrado en un círculo estrechísimo que no le era dado romper sin violencia.

Conteniendo cuanto podía su rabiosa impaciencia tuvo sin embargo la desgracia de tocar, para apartarla un poco, a la *angelical* Lolota; y como ésta tomó ruidosamente al cielo por testigo de la brutalidad de la sombra, surgió de pronto otra sombra, salida nadie sabe de dónde, pero que era con seguridad la sombra de un gentilhomme, porque se puso enseguida a disposición del sexo ultrajado.

—¿Qué es lo que quiere usted de la señora? —preguntó la nueva sombra con tono que no debía admitir réplica alguna, porque la sombra primera, se limitó a sacar un revólver del bolsillo.

Las tres mujeres lanzaron un grito y aun antes de que el revólver tuviese tiempo de mezclarse en la conversación, un garrotazo llegado de procedencia desconocida hizo caer el arma de las manos del desconocido ultrajador de señoras honestas. Y cuando vuelto de su sorpresa quiso el hombre recoger su revólver, un pie cayó sobre el mismo, y la sombra se vio rodeada por media docena de individuos de caras patibularias.

Todo el mundo callaba. Este detalle lejos de tranquilizarle, alarmó al desconocido, quien hubo de pensar que las sombras silenciosas esperaban sin duda una orden o una seña para arrojarse sobre él. Pensó que si gritaba estaba perdido. Y he aquí que de pronto, a la luz incierta del reverbero, creyó observar que algunas de aquellas alarmantes fisonomías no le eran del todo desconocidas.

—Sí, sí, no me engaño; —dijo—. Son los titís de Pantruche.

Y animado, creyó posible salir del mal paso añadiendo:

—Por lo visto esta noche se trabaja por el gran Debe (por el rey).

Aquellas palabras produjeron cierta emoción entre las sombras. La primera, que ya había hablado, dijo:

—Puede: pero vas a decirnos el santo y seña, o cuéntate con los difuntos.

Dicho esto, el que tomara la defensa de Lolota, recogió el revólver.

Retrocedió un poco el desconocido, y de nuevo se vio envuelto en una verdadera red viviente: hombres y mujeres lo estrechaban, tocándole, imposibilitándole todo movimiento. Creyóse perdido, porque no conocía el santo y seña que acababan de pedirle.

—Si es que has oído hablar del gran Debé —dijo el que parecía jefe de aquellos bandidos—, ya debes saber que yo no gusto de delatores...

—Hay que desgomarle (matarle) —dijo Lolota con su voz angelical—. Es un espía; no tiene el santo y seña y conoce a los titís de Pantruche en la calle del Elíseo de las Bellas Artes. Sabe demasiado el piri... Sin embargo, no lo enfríes sin mirarle antes la jeta.

—¡Tiene razón la chica! —dijo el jefe de la banda.

Y empujó al desconocido hasta colocarlo de modo que le diese de lleno la luz del farol de gas.

Dicho jefe era un gran diablo, delgado como un junco. Levantó el sombrero del desconocido, mirólo con atención y hubo de reconocerle, no obstante la barba postiza que lo disfrazaba, porque volviéndose un instante, dijo a las damas y a los gentilhombres:

—¡Campo!

Alejáronse todos sin chistar, desapareciendo entre las sombras, como si se hubiesen sumido en la noche.

Cuando se vieron solos, el hombre delgado que tomara la defensa de Lolota dijo a su prisionero:

—¿Es usted, Dixmer?

Y el otro contestó:

—Yo mismo, Pata de gallo.

—¿A quién iba usted siguiendo?

—No lo sé: y precisamente para saberlo lo seguía.

—¿De dónde lo vio usted salir?

—Del Mapa-Mundi.

—¡Ah! Pues debe ser un personaje, porque conoce todos los santo y seña, incluso los que sirven para obedecer como si mandara el gran Debé en persona. En cambio usted, señor Dixmer, no tiene ningún santo y seña... Y no es eso lo peor: lo peor es que allí donde le encontremos a usted, tenemos

orden de matarle como a un perro. ¿No sabe usted que su nombre está expuesto en la Profunda?

—¿En las Catacumbas?

—Sí, señor; usted sabrá porqué. En fin, alégrese usted de haber caído esta noche entre mis manos. Me debe usted la vida, señor Dixmer, y espero que no lo olvidará fácilmente. Tome usted, guarde su revólver.

Y Pata de gallo devolvió a Dixmer el arma.

El susto que acababa de recibir, y la inesperada clemencia de Pata de gallo emocionaban de tal modo al polizante que no acertaba a decir una palabra.

—Oiga usted —añadió Pata de gallo; hay cosas que no pueden decirse así, al aire libre; además aquí no tenemos sillas. Vaya usted pasado mañana por la noche al *Ángel Guardián*; vaya usted tranquilo y sin temor a nada. La compañía no será muy numerosa pero bastará para lo que tenemos que decirnos.

Dicho esto, silbó.

—Deja pasar al señor, Lolota —dijo—, el hombre no se mete con nadie, y además te ofrece sus excusas.

Dixmer dijo en voz baja a su salvador:

—Gracias, Pata de gallo... A la recíproca, y hasta pasado mañana.

Llegado al bulevar, un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho, por más de que hubo de renunciar a seguir la perdida pista de Roberto Pascal. Y como tras el pasado susto lo mejor que podía hacer era meterse en la cama, dirigióse en derechura a su domicilio, donde se entregó al descanso reparador.

Volvamos a Roberto Pascal. Este, una vez desembarazado del hombre que lo seguía, había tomado un coche y héchose conducir del otro lado de la colina montmartresa. Una vez allí, dejó el carruaje, y subiendo a pie la áspera pendiente, llegó por fin a la calle de los Sauces.

Detúvose en el centro de ella para mirar atentamente en torno suyo. El silencio era absoluto, medroso, y el paisaje muerto aparecía iluminado hasta con prodigalidad por la luna llena. Altos y ruinosos, los muros de un jardín situado a la derecha brillaban con el brillo del mármol de las tumbas, iluminados por los pálidos rayos del astro de la noche.

Y sin embargo, ningún muro en el mundo podía ser más siniestro que aquel, a los ojos del joven orfebre, por más de que, como sucede con todos los muros viejos, era un compuesto de piedras y de musgo. Ningún sendero podía parecerle más árido que el pobre camino pedregoso que ofrecíase a su vista, y ninguna puerta era susceptible de hacer que a su vista palpitase el corazón de Roberto con la misma violencia con que palpitaba a la vista de aquella

puertecilla baja, de madera podrida y goznes herrumbrosos practicada en el muro siniestro.

Roberto Pascal, húmeda la frente con el sudor de la angustia, miraba el umbral de aquella puerta como deben mirar los peregrinos de Jerusalén en el Gólgota el camino por el que se deslizaron los pies del divino Maestro.

En ella hubo de apoyarse para no caer, pues parecíale que todo daba vueltas, como si se agitase a este pensamiento que le dominaba: «¡Hace veinte años que franqueó *ella* esta puerta en una noche como la de hoy, noche de luna y de crimen, y esta puerta no se volvió a abrir para la infeliz jamás, jamás!» Y luego añadió en voz alta: «Aún está ahí.»

El sonido de su propia voz en la noche desierta pareció volverle a la realidad de la vida, e hizo un esfuerzo supremo para posesionarse de toda la fuerza moral y física de que iba a tener necesidad.

—Vamos —dijo—, ¡a la obra!

Entreabrió la capa. Bajo ella ocultos llevaba algunos objetos que dejó en el suelo con precaución, hecho lo cual deslizóse sigilosamente a lo largo del muro, al pie del cual se encontraba, hasta que dio frente a la Posada del Presidio.

En el sendero desierto perfilábase la sombra de la casa; Roberto entró en dicha sombra y se volvió. Así situado tenía a su derecha el muro, y algo más abajo la puertecilla misteriosa, única que era posible ver, desde la posada, en la desnudez de los muros que formaban la calle de los Sauces.

Roberto habíase preguntado más de una vez, durante sus citas con el inquietante señor Macallán en la posada de la tía Fidela, qué podía ser aquella propiedad abandonada en la que nunca se veía entrar a nadie y en la que jamás sonaba rumor alguno. También preguntó acerca de ello a la patrona; pero ésta habíale respondido que desde que ella tomara la posada hubo de preguntar lo mismo a los habitantes más viejos del barrio, y que todos ellos habíanse encogido de hombros, en ademán de ignorancia.

Lo indudable era que en aquella propiedad no vivía nadie, y que a juzgar por las trazas nadie la había visitado desde muchos años antes. Y Roberto Pascal, al hacerse entonces esta reflexión, estaba muy lejos de pensar que precisamente en aquella finca abandonada se hallaba, al alcance de su mano, lo que venía buscando desde mucho tiempo antes.

Pero en fin, ya estaba allí; desde el sitio en que se detuviera, Roberto examinaba toda la longitud del muro accesible a su vista, buscando un sitio propicio para practicar un escaló, porque estaba resuelto a no servirse de la puerta. No quería servirse de ella porque le hubiera sido preciso descerrajarla,

tal vez echarla abajo, y él deseaba operar sin ruido, con lauto más motivo cuanto que a dos pasos de allí, detrás de él, dormía la tía Fidela en el mismo cuarto en el que veinte años antes los esposos Prevost, ocultos tras los visillos, asistieron como testigos invisibles, a las idas y venidas nocturnas de los extraños vecinos de enfrente.

Miró el joven, durante un segundo, a las ventanas del primer piso de la posada, sumidas en la obscuridad, y enseguida se acercó de puntillas a la puerta de la misma en la que aplicó el oído; y satisfecho sin duda del silencio reinante, se enderezó pensando en la tarea que debía cumplir.

No lejos del sitio en que se hallaba la puertecilla, el muro había conservado algunas tejas que formaban a manera de un sombrero. Con habilidad incomparable y maravillosa seguridad de movimientos lanzó Pascal por encima de ese sombrero de tejas una cuerda no muy larga, terminada por una grapa de hierro; agarróse ésta al muro, y entonces, ágil como un gato, Roberto trepó sin dificultad alcanzando la cresta de la tapia en el preciso momento en que las lejas cedían al esfuerzo de los dientes de la grapa. El escaló hubiera sido imposible de no realizarse con rapidez inaudita. Pero un segundo después de lanzada la cuerda, la tía Fidela hubiera podido ver cabalgando sobre la tapia una sombra que, inclinada hacia la calle, hacía subir con ayuda de una cuerda algunos objetos bastante pesados que debió atar antes de lanzarse al asalto de la propiedad abandonada. Pero la tía Fidela nada vio, porque, menos curiosa que la señora Eloísa, dormía a aquellas horas a pierna suelta.

Cuando los objetos de que hablamos llegaron a su alcance, la sombra los tomó, arrojándolos del otro lado de la tapia; luego enderezóse, iluminada por los pálidos rayos lunares, y los pliegues de su manto diéronle apariencias de monstruoso pájaro nocturno: de alguno de esos prodigiosos vampiros con que la imaginación, o la fantasía popular puebla las tinieblas entorno de los cementerios, de los campos de reposo, por el estilo del que había no muy lejos de aquellos lugares trágicos.

Desapareció la sombra. Roberto había caído sobre un montón de hojas podridas que amontonara allí el cálido aliento de veinte otoños. Apoyado en el tronco de un haya miró en torno suyo. La claridad lunar presentaba a su vista un jardín fantástico, uno de esos lugares como sólo se ven en las pesadillas que agobian a los calenturientos, y daba a los árboles proporciones extrañas y actitudes de fantasmas, y parecía detenerse cabrilleante en los troncos enhiestos o encorvados, orgullosos o vencidos, que levantaban desesperadamente sus brazos o los dejaban caer, en actitud humilde, hacía el

suelo endurecido. Algunos de aquellos árboles parecían suplicar, mientras que de otros hubiérase dicho que lanzaban maldiciones.

En oposición con aquellas claridades inquietantes, ciertos rincones del jardín aparecían poblados de sombras extrañas, informes y entrelazadas, que fingían a veces nudos de serpientes gigantescas librándose a los azares de un combate encarnizado; otras veces siluetas de monstruos, inclinados como si se contasen historias misteriosas, de esas que sólo se confían al viento que pasa... Pero aquella noche no había viento; todo estaba inmóvil. Ni una nube en el cielo, ni el más ligero estremecimiento en el jardín... Lo más curioso de este era la obstrucción prodigiosa operada por el tiempo, la extraordinaria confusión de ramas muertas y de troncos vivos. Nadie había penetrado allí desde veinte años antes, y el antiguo jardín, abandonado a sí mismo, hubo de convertirse en selva virgen. Las plantas parásitas, las trepadoras y las rastreras, habíanse apoderado de los árboles, envolviéndolos en redes inmensas, con seguridad impenetrables durante el verano. Pero estábamos en invierno, la estación que lo desnuda todo; en un invierno claro, frío y transparente, y en una noche de luz... ¿Cómo no había de saber encontrar Roberto lo que, en tiempos ya muy lejanos, fueran caminos?

Y aunque no hubiese encontrado ninguno, él hubiera sabido abrírselo a través de la inextricabilidad del jardín, rechazando la vana protesta de las ramas, que habría apartado con sobrehumano esfuerzo, para llegar, tal vez ensangrentado y maltrecho, al objetivo que se proponía, a la casita que se alzaba allí, en el fondo de la propiedad, guardada por el jardín misterioso; a la casita del crimen; a la casita de la calle de los Sauces.

¡Pobre Roberto Pascal! Él se creía fuerte, invulnerable, inaccesible a la emoción, poseedor de un corazón de bronce... Y sin embargo, desde que le conocemos le hemos visto ya llorar y aun desmayarse. ¡Ah, miseria de la miseria humana! ¡R. C. llorando! ¡R. C. desmayándose como una mujerzuela!

Y no es eso todo. Ahora vamos a ver cómo tiembla. Él, que bajo la apariencia del conde Téramo Girgenti se ha inclinado con frecuencia sobre el misterio de las tumbas, temblará en presencia nuestra, como un niño, ante la evocación de la muerte.

Cuando en marcha lenta y dificultosa hubo recorrido el camino doloroso que le separaba de la casita muda; después de tropezar mil veces, engañado por una pista traidora, con las ramas cimbreantes y de luchas con esos fantasmas que parecen los árboles durante la noche, llegó por fin frente a una escalinata en cuyo primer peldaño depositó los objetos que atara poco antes a su cintura, y escogiendo uno de ellos, que era una linterna sorda, la encendió.

Hallábase la fachada de la casita sumergida por completo en la sombra, y sobre ella paseó el joven el haz luminoso de su linterna. A favor del mismo distinguió la pared, de ladrillos, en la que abrían tres ventanas a la altura del primer piso, y otras dos, más una puerta, en los bajos, dando la última, como es natural, a la escalinata. Puerta y ventanas se hallaban cerradas herméticamente.

Arrimadas a la escalinata, vio Roberto algunas herramientas que debieron servir para el entretenimiento del jardín; una pala, un azadón, y además, una llana de albañil.

Subió el joven los cuatro peldaños de la gradinata y encontróse delante de la puerta. Puso la linterna sobre la balaustrada y armado de una ganzúa llevada a prevención con los demás objetos, la introdujo enseguida entre la puerta y el muro, algo por debajo de la cerradura, usando de ella con entera libertad por abrirse la puerta hacia adentro.

Sin necesidad de desplegar una fuerza excesiva, saltó la pieza de la cerradura en que entra el pestillo, y la puerta quedó abierta. Un olor particular, el que se advierte al entrar en las habitaciones cerradas durante largo tiempo, impresionó desagradablemente a Roberto, quien no distinguía cosa alguna en el hueco que al abrirse dejara la puerta al descubierto. Tomó pues su linterna, y con ella en una mano y la ganzúa en la otra penetró resueltamente el rey de las Catacumbas en la casita de la calle de los Sauces.

R. C. se encontró enseguida en un vestíbulo, estrecho y bastante largo, que se terminaba por una escalera que conducía al primer piso. Un rayo de luna, penetrando por una claraboya sin cristal colocada en el fondo del vestíbulo, marcaba como un cuadrilátero de luz blanquecina en el primer peldaño de la escalera. En el vestíbulo había tres puertas: dos a la izquierda y una a la derecha.

El nocturno visitante de aquellos lugares abandonados empujó una de las puertas de la izquierda: la más inmediata a él, y luego de franquearla se encontró en una sala de exiguas dimensiones en la que nada interesante hubo de ofrecerse al pronto a la avidez de sus miradas. Sala de fumar sin duda, aquella habitación hallábase amueblada sencillamente, con mesas y sillas de bambú, butacas de mimbre y un velador sobre el cual vio Roberto un servicio completo de fumador. Luego, paseando por las paredes el haz luminoso de su linterna, pudo ver colgados en ellas algunos dibujos representando mujeres ligeras de ropa, pero en actitudes naturales, sin asomos de obscenidad. El lápiz que dibujara aquellos desnudos era sin duda el de un artista.

Disponíase ya Pascal a abandonar aquella habitación cuando tropezó con una cuerda, atada a una silla larga, que hubo de llamarle la atención por hallarse llena de nudos extraños. Cuanto a la silla, una de esas sillas largas de jardín destinadas a los perezosos y a los enfermos, era de mimbres, y parecía como si una mano furiosa se hubiese empleado en estropearla, pues los mimbres estaban arrancados con violencia en algunos sitios, y hundidos en otros. Además de la cuerda en que tropezara Roberto, atada a uno de los pies de la silla, había otra retenida igualmente por uno de sus extremos a uno de los brazos.

A la luz de la linterna vio el joven esparcidos por el suelo, cercado la silla, muchos de los mimbres arrancados a esta última, y un retazo de tela fina que se apresuró a recoger dando un suspiro que más que de tal tenía de rugido voluntariamente ahogado.

Cuando poco después salió de la estancia, temblaba en sus manos la linterna, tal vez porque otros fragmentos de mimbre y una cuerda que encontró en el vestíbulo y que antes no pudo ver, parecían indicar que la silla larga había sido arrastrada desde la habitación de la derecha hasta la salita de fumar que acababa de ver en detalle. Empujó pues la puerta de dicha habitación y vióse detenido desde luego en su marcha por toda una serie de obstáculos con los que había de tropezar necesariamente. Para evitarlo en lo posible, y recordando que aquella habitación tenía dos ventanas en la fachada, deslizóse a lo largo del muro y abrió la segunda de ellas. La luz blanca de la luna en su pleno entró entonces libremente en aquella habitación sumida durante veinte años en la más completa obscuridad, y alumbró un espectáculo de indescriptible desorden.

¿Qué orgía pantagruélica y qué escenas de lucha, pudieron inmovilizar de aquel modo, en confusión inenarrable, todos aquellos testigos mudos de las mismas: la mesa en que fuera servida una cena tan dramática como copiosa a juzgar por las numerosas botellas que rodaron por el suelo; las copas rolas cuyos fragmentos brillaban en la alfombra; el mantel medio arrastrado, como si a él se hubiera asido con violencia una mano ensangrentada, que dejó marcados en el lienzo sus dedos con huella tan indeleble que dijérase acabada de imprimir? ¡Y luego, aquellas butacas y sillas derribadas, y aquella mesa con una pala rola, inclinada como si de hallase ebria, con la embriaguez que hubo de agitarse en torno suyo! ¡Y aquel espejo, en el fondo de la habitación, que no era más que una prodigiosa estrella producida por el golpe brutal de un hombre borracho!

Avanzando a pasos lentos Pascal examinó todas aquellas cosas mudas, estudiando detalles, inclinándose unas veces sobre un objeto imperceptible, permaneciendo otras pensativo ante un pliegue del mantel, arrodillándose en la alfombra, proyectando en los rincones el haz rojizo de su linterna, y levantándose en fin de pronto como ansioso de respirar el aire que no llegaba a sus pulmones oprimidos...

Salió por fin de aquella habitación agarrándose a las paredes, tambaleándose, como si también él hubiese tomado parte en la orgía pretérita. Sus labios murmuraban frases incoherentes. Y he aquí que de pronto pareció recobrar toda su energía, y con paso de autómatas comenzó a subir la escalera que conducía al primer piso.

En éste había dos puertas. Roberto abrió sin vacilar una de ellas, la de la derecha, como si estuviera seguro de que era aquella y no la otra, la que debía de abrir, y la mano izquierda apoyada en el picaporte, llevó la derecha a la altura de la frente para desnudar su cabeza.

Obedeció la puerta a la presión. Lo primero que vio Roberto en aquel cuarto fue una ventana con barrotes; luego sus ojos se fijaron en una cama. La habitación tenía algo de cuarto y de calabozo al mismo tiempo; calabozo elegante si se quiere, pero tal vez por eso más lúgubre que el de una cárcel. Nada en verdad tan siniestro como aquella cama con baldaquín rodeado de cortinajes polvorientos, con tal esmero cerrados, que hubiérase dicho que la mano que los dispuso en aquella forma había querido confiarles algún temible secreto.

Por lo demás, todo en aquel cuarto estaba en orden. En un escritorio pequeño apoyado contra la pared aparecían dispuestas, como si se fuera a hacer uso de ellas algunas cuartillas de papel. Una pluma dentro de un tintero seco parecía acabada de poner en él, y la silla que figuraba junto al escritorio estaba colocada de modo tal que podía creerse que una persona acababa de levantarse de ella interrumpiendo tal vez una correspondencia comenzada, hipótesis muy admisible en presencia de la disposición en que aparecían todos aquellos objetos: la mesa, el papel, el tintero, la pluma y la silla.

Prometíase Roberto verlo todo, examinarlo todo con detenimiento; pero había algo en aquel cuarto que llamaba poderosamente su atención. Ese algo era la cama, la cama cerrada, que sin duda ocultaba un secreto. Hacia ella fue enseguida, y respetuosamente, con ademán piadoso, separó el joven las cortinas.

Apareció la cama hecha, intacta, tan en orden como todo lo demás de la habitación. La almohada, con guarniciones de encaje, parecía esperar aún,

después de tantos años, la cabeza que acostumbraba a reclinarse en ella, y la colcha de seda ocultaba cuidadosamente, como con pudores de virgen, las sábanas y mantas.

En presencia de aquel lecho, Roberto Pascal se dejó caer de rodillas, lo mismo que poco tiempo antes hiciera Liliana en aquel jardinillo del barrio del Observatorio al que la acompañara el conde de Téramo Girgenti. Y he aquí que al adoptar esa reverente actitud, por el joven olvidada desde los tiempos de su infancia, al inclinarse sobre el lecho, cruzadas con fervor las manos, la colcha se deslizó en parte, resbalando suavemente; quiso Pascal restituirla a su prístino estado, y sus manos febriles tropezaron con algo que bajo ella se ocultaba; algo que no era precisamente ni tela ni lana. Hubo de buscar con avidez y no tardó en descubrir un cuaderno de papel que llevó enseguida sobre la mesa, presentándolo a la luz de la linterna. Y con santa emoción pudo leer en la primera página estas palabras: «Hoy te he dejado en la Inclusa mi pobre y querido Roberto...» Palabras que estaban manchadas con lágrimas.

XXVI

LA APARICIÓN

De vez en cuando un gesto brusco, un puño cerrado que se levanta, o algún sordo gemido, acentuaban la lectura; otras veces el lector veíase obligado a detenerse porque, sus lágrimas, que iban a confundirse con las que veinte años antes mancharan el papel, nublaban sus ojos; y en determinados momentos, incapaz de dominar el tumulto de pasiones que hervía en su pecho, Roberto Pascal se levantaba de la silla y dábbase a pasear como un loco, llenando la apacible habitación con el eco retumbante de su cólera. Luego, en la imposibilidad de contener sus sollozos, el desgraciado joven abandonábase por completo, sin resistencia, como un niño, a su dolor punzante.

Terminada que fue la trágica lectura llevó Pascal el cuaderno a sus labios, y guardándolo en el pecho, deshizo como un sonámbulo el camino hasta entonces recorrido, errando por la abandonada casita como un alma que se hubiese desembarazado del bagaje corporal y que no tuviese necesidad de ojos para ver. Tan distraído estaba, que ni siquiera se percató de que dejaba en el cuarto la linterna; salió al rellano, bajó la escalera, y entró y salió en las habitaciones lentamente, lamentablemente, sin vacilaciones, sin temores, y sin tropezar una sola vez, no obstante los obstáculos acumulados en todas ellas.

Así llegó a encontrarse en el umbral de la puerta de entrada, sobre la gradinata, frente a frente de los fantasmas inmóviles que fingían los árboles en el jardín quieto y misterioso.

—¡Oh madre! —decía—, si es verdad, como creo firmemente y como me enseñaste a creer, que no somos más que polvo vano; si es verdad que tras el espantoso calvario de tu vida gustas en fin la suprema alegría de vivir en la muerte; y si es cierto, como lo he comprendido, que la más alta recompensa que Dios puede acordar a los que dejan el mundo es la de permitirles que continúen viviendo invisibles en torno a los que se quedan y a quienes amaron en la tierra; si tu presencia invisible es real, ¡oh madre!; si el soplo que me

conmueve y acaricia mi rostro en este momento es el aliento tuyo, realiza por tu hijo el milagro de manifestarte a él bajo una forma que resulte indudable e innegable para sus pobres sentidos. ¡Ah! *Si estás ahí*, dímelo, madre. ¡Hay tanta desesperanza en mi corazón! Mi alma está hecha jirones, y sangra por mil heridas, que son las heridas que te hicieron, madre... Yo he jurado vengarlas; escúchame, y respóndeme, porque aún es tiempo Yo soy la venganza en marcha que se dispone a castigar como solo Dios tiene derecho de hacerlo... Pues bien, dime, madre mía, si yo tengo el mismo derecho que Dios; si Dios está conmigo, si lo estás tú también... ¡Ah! Consuélame, socórreme, dame fuerzas... Detén mi brazo pues que aún es tiempo, o ármale, por el contrario, si yo soy realmente el instrumento de la venganza de Dios...

Luego más bajo, en voz apenas perceptible, murmuró:

—¡Madre mía! Para que yo te venga es preciso que estés aquí... *Si tu alma está conmigo, muéstrame tu cuerpo...*

Hemos dicho que Roberto Pascal se hallaba en pie en la escalinata, y que ésta, como la fachada, permanecía en la sombra, mientras que por el contrario el jardín, enfrente de ella, aparecía iluminado por la luz de la luna en su pleno.

Aun no había acabado Pascal de pronunciar sus palabras: *si tu alma está conmigo, muéstrame tu cuerpo*, cuando de entre la tropa de inmóviles fantasmas, de entre los árboles seculares que dirigían al cielo su gesto de eterna desesperación, destacóse una sombra, más aún que eso, un cuerpo humano, que parecía haber brotado de la tierra y que *acudía al conjuro de Haberlo*.

Retrocedió éste horrorizado, y fue hundiéndose de espaldas en el vacío negro del vestíbulo. Retrocedía en presencia del fantasma por él evocado, *que le enviaba su madre*. Y desde el fondo de la sombra vio cómo el fantasma entraba en la casita, y luego nada. Es decir, si, oyó rumor de pasos furtivos, como de pies que apenas tocaban el suelo, y los oía en los escalones de piedra, que sin embargo no le era dado ver. En cambio vio de pronto al fantasma, negro, más negro aún que la sombra del vestíbulo. Se hallaba erguido, en el umbral de la puerta.

Tal era el miedo que embargaba a Roberto Pascal que creyó morir. De pronto, el rayo de luna que entraba por la claraboya de la escalera y que siguiendo el movimiento del astro de la noche había paseado por todo el muro, iluminó de lleno la cara del fantasma. Y en el mismo momento el alma de Pascal estremeciósese de divina alegría, de entusiasmo triunfante, porque renacía a la vida de la venganza. *Su madre había contestado*. El fantasma que

se hallaba allí, delante de él, no salía de una tumba, sino del Palacio de Justicia. Aquel fantasma llevaba un nombre: Sinnamari.

Era en efecto Sinnamari quien se encontraba allí, ignorante con seguridad de la presencia de Roberto Pascal ni de otro ser humano cualquiera en la casita de la calle de los Sauces. ¿Qué era lo que le llevaba a él hasta allí, basta aquellos sitios en los que no había puesto los pies desde veinte años antes? ¿Qué extraordinaria combinación de la casualidad había guiado los pasos de aquel hombre, hasta conseguir que se encontrase en aquella noche, aniversario de su crimen, en el sitio mismo en que el crimen se cometiera, y en presencia del hijo de la víctima? Roberto hubo de pensar que era su madre quien ponía entre sus manos vengadoras al que había sido su verdugo.

Hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano para no arrojarse sobre aquel hombre en quien veía una presa, y matarlo en el acto. Además, recordó a tiempo el horroroso martirio de su madre, el suplicio de su padre, y juzgó que poner enfrente de tanto dolor, de tanta desesperación, de tantas lágrimas y sangre sólo la vida de un hombre, era mezquina y pobre venganza. El rey de las Catacumbas necesitaba otra cosa; algo más grande, más cruel... Y esperó oculto en el fondo de las tinieblas.

En los comienzos de aquella noche trágica Sinnamari habíase sentido, trabajado no por los remordimientos, a los cuales fue siempre inaccesible, sino por algo que él mismo hubo de calificar de presentimiento.

Hacía ya algunas semanas que todo volvía en contra suya; los sucesos se precipitaban, y el desarrollo de los mismos no era tal y como él lo hubiera deseado. Los negocios bien montados y mejor conducidos, el éxito de los cuales parecía infalible, abortaban miserablemente. La asociación que bajo sus órdenes viviera siempre próspera y a la cual rodeara de las más sólidas garantías, habíase visto de pronto amenazada, haciéndose necesario acudir a los grandes remedios, desembarazándose de comparsas peligrosos que, como Lamblin y Didier, tuvieron la pretensión de hacerse pagar demasiado caros sus servicios... Indudablemente, la mala sombra perseguía con insistencia a Sinnamari, y el último golpe recibido, la evasión de Desjardies, padre de Gabriela, no era que digamos síntoma muy tranquilizador. Por otra parte, ese rey de las Catacumbas que pretendía proponerse tan sólo hacer en la sombra obra de justicia para todos puesto que no le era permitido hacerla en plena luz, le inquietaba en grado sumo, tanto más cuanto que los golpes de R. C. le habían alcanzado ya hasta el punto de que hubo de preguntarse si no sería a él mismo a quien el extraño personaje amenazaba particularmente.

Las confidencias de Dixmer, por quien supo que R. C. no se hallaba muy bien dispuesto es su favor, aumentaron como es natural sus temores, y comenzó a decirse que el tal R. C. se revelaba como enemigo personal suyo, de los más peligrosos. Persuadido ya de ello, hubo de preguntarse: ¿por qué? Quiso saberlo, pero en vano buscó en el proceloso mar de infamia por el que navegara durante tantos años. Pero de pronto una claridad que se produjo en el cielo sombrío de sus dudas estuvo a punto de disipar éstas. Los rayos de R. C. que le amenazaban, hacían además víctimas en torno suyo, entre los que le rodeaban, y una de las primeras habla sido Regine.

Con efecto: el día que precedió a la noche en que encontramos a Sinnamari, trabajaba éste en su despacho del Palacio de Justicia cuando llegó, solicitando verle, un criado de Regine a quien recibió en el acto. Llegaba el hombre sin aliento y parecía presa de gran consternación; apenas si podía hablar.

—Señor Procurador... —dijo—, las niñas... Las niñas habían salido con el señor... Se han perdido... La señora está como loca... Perdidas en la kermese de las Tullerías... El señor habla de suicidarse...

No sin trabajo consiguió Sinnamari que aquel hombre se explicase. Por él supo que Regine había salido solo con sus niñas por hallarse algo indispuesta la señora; que habían almorzado en el restaurante de la kermese; que después del almuerzo dieron un paseo por el jardín y que las niñas quisieron montar en los caballitos del tiovivo. En el momento en que el aparato se ponía en marcha, un vendedor de programas y periódicos habíase acercado a Regine, y anunciándole haber ocurrido una catástrofe, distrajo su atención un momento al cabo del cual se fue dejándole en la mano una hoja de papel. Cuando Regine miró de nuevo a los caballitos que moderaban su rápido movimiento giratorio, las niñas habían desaparecido. Las buscó por todas partes, gritó, llamó, corrió por todos lados, llevando la alarma por donde iba... todo en vano. Las niñas no parecieron.

Por casualidad sin duda hubo de mirar la hoja impresa que conservara maquinalmente en la mano. No contenía más que dos letras: R. C. Y más enloquecido por el dolor a cada momento, Regine corrió a su casa esperando encontrar en ella a las niñas... Esperanza defraudada; las niñas no habían vuelto. Era imposible la duda; se las habían robado. Convencidos de ello Regine y su mujer, habían pasado el resto del día y toda la noche recorriendo París, visitando como locos todos los comisariatos de policía...

¿Por qué R. C. había robado las niñas de Regine? ¿Qué podía existir de común entre Regine y él, Sinnamari, con el vengador y misterioso personaje?

Pensando en ello remontó el Procurador el curso de su amistad con Regine, llegando hasta la época ya lejana de la loca juventud. Nada, no recordaba nada. Por más de que, entre los crímenes de Sinnamari, había uno más horrendo que los demás; tan horrendo, que aquel monstruo, que ignoraba el remordimiento, acordábase de él a veces *con orgullo*.

Del examen de conciencia a que se entregara Sinnamari surgió de pronto el recuerdo de lo ocurrido en la casita de la calle de los Sauces. Famoso suceso aquel; el más grande, el más hermoso, el más espeluznante de sus crímenes. Pero en fin, aquella era una antigua historia de la que apenas se acordaba de tarde en tarde. ¿Quién podía pensar en semejante cosa? ¿Quién era capaz de rememorar la calle de los Sauces, ni de hablar de lo ocurrido en ella? No sería con seguridad Regine, ni Eustaquio Grimm, ni Didier, sobre todo Didier, que ya había muerto... También el famoso asunto estaba muerto, *y la muerta bien enterrada*.

Sinnamari recordaba que en efecto la muerta estaba tanto mejor enterrada, cuanto que él, en persona, había intervenido en el entierro. Fue aquel un trabajo que no quiso confiar a nadie, ni aun al mismo Didier, aun cuando éste hubo de ofrecerse...

El sueño sorprendió a Sinnamari pensando en todas estas cosas. De pronto despertó sobresaltado. Aun cuando sólo eran las dos y media de la madrugada, se arrojó del lecho. *Acababa de soñar que le robaban su muerta*.

—Decididamente —dijo—, pienso demasiado en esa antigua historia que me quita el sueño... Hay que poner remedio a este estado de cosas...

Se vistió. Mientras lo hacía hubo de pensar en que su sueño fue siempre tranquilo e ininterrumpido; sueño de bestia si se quiere, pero sosegado y reparador, sin que lo turbara jamás una pesadilla. Y he aquí que de pronto, tal vez por la primera de su vida, acababa de despertarle un sueño horrible: soñaba *que le habían robado su muerta*. El caso era raro, excepcional, pero de los que impresionan tan sólo a los débiles. Los fuertes de espíritu no se dejan sorprender jamás, ni aun por el más imprevisto de los acontecimientos, y adoptan pronto sus resoluciones, haciendo lo que creen que debe hacerse.

Sinnamari era uno de éstos, por lo cual se embutió en su pantalón; estaba decidido a ir a cierto sitio para cerciorarse de que su muerta continuaba en él. No podía ser de otra manera. ¿Quién había de moverla de allí? Sin embargo, firme en su propósito, quiso persuadirse; lo había decidido así. ¿Cuándo? Tal vez había tomado esa determinación durante su sueño, cosa que le pareció extraña en alto grado. Porque si bien habíase puesto el pantalón al momento de despertarse bruscamente, habíalo hecho por instinto, sin reflexionar. En

cambio la decisión adoptada de ir allá... preciso era que hubiese pensado en ello durmiendo.

Y esta posibilidad antojábasele un enigma.

Su mirada se detuvo por casualidad en el calendario colgado en la pared, que le recordó una fecha.

—¡Calla! —dijo—. ¡Hoy es el aniversario!...

Entonces pensó que hubo de ver aquella fecha pocas horas antes, en el momento de meterse en la cama, y que ese detalle pueril había sido el punto de partida de la horrible pesadilla que le había despertado haciéndole creer en la posibilidad de que le robaran su muerte. Persuadióse pues de que todo había sido un sueño, pero continuó sin embargo vistiéndose, con prisa para encontrarse cuanto antes en el sitio de referencia; y esto sin que él mismo supiera porqué; sin confesárselo por lo menos. Tal vez al cabo de tantos y tantos años de seguridad... quería convencerse de que esa seguridad continuaría.

Y el Procurador se fue derechamente hacia la muerta, como si ella le hubiese llamado, como si tuviera algo muy urgente que comunicarle.

Cuando se encontró en la calle de los Sauces, en la que creyó no pondría jamás los pies a semejante hora, cuando vio de nuevo la puerta de aquella propiedad de la que nunca quiso deshacerse, no obstante haber recibido varias beneficiosas proposiciones de venta, hubo de extrañarse él mismo de encontrarse allí. El paso que daba parecía inexplicable, indigno de él mismo, y de su carácter, y además pueril y ridículo. Pero después de todo, no había llegado hasta allí para volverse atrás. Hallábase junto a la puerta, con la llave de ésta en la mano. Abrió. Cedió a sus esfuerzos la cerradura, y encontróse en el jardín. Luego de cerrar con cuidado la puerta trató de orientarse, reconociendo en el acto aquellos sitios sin tristeza, sin sombra alguna de temor o espanto.

A través de las ramas multiplicadas por el abandono pudo distinguir el pabellón cuya sombra proyectábase en lo que fuera en otro tiempo cuadro de césped y que no era entonces más que un amasijo de hojas, de musgo y de tierra podrida, desecada por el invierno.

Adelantóse bravamente; mejor aún que eso, naturalmente. Saliendo de los bosquecillos franqueó la barrera de espinos, dejó atrás el lindero de los grandes árboles, deslizóse por la tierra alfombrada con los despojos vegetales de veinte estíos, y fuese en derechura al pabellón, a la escalera de éste y a la muerta.

Apenas hubo subido los peldaños de la gradinata hirióle de lleno en pleno rostro el rayo de luna llegado del interior de la casa, del fondo del vestíbulo, y sólo entonces se percató de *que la puerta del pabellón estaba abierta*.

Juró como un carretero, pero no sintió pavor: eso jamás. Contentóse con armar su revólver y penetró resueltamente en el vestíbulo. Vio, a su izquierda y a su derecha, las puertas abiertas, y encendiendo un cerillo penetró en la salita de fumar de la que salió casi al momento para visitar enseguida el comedor. Salió de éste murmurando en voz alta:

—¡Seré yo imbécil! Alguien ha entrado aquí, sabe Dios cuándo, hace tal vez quince años, y estoy tan inquieto como si ese alguien me hubiese dado cita para quitarle de en medio.

Y luego añadió:

—¡Bah! Algún ratero engañado... ¡Mal negocio hizo el hombre!

Fue a examinar la puerta, vio que había sido descerrajada, advirtiendo las señales que dejara la ganzúa, y se confirmó en sus sospechas.

—¡Ya decía yo!

Después de dicho esto *olvidó por completo el incidente*. Con el revólver en una mano y el cerillo en la otra fue hasta el fondo del vestíbulo donde a mano izquierda había una tercera puerta que Roberto Pascal no abrió porque suponiendo que daba a la cocina, juzgó que en ésta última no habría nada que ver. Sinnamari la abrió de un puntapié. En aquel momento Pascal, oculto en el hueco de la escalera, tenía delante de él a Sinnamari, y le hubiera sido fácil aplastarle la cabeza con la enorme ganzúa; pero se mantuvo quieto, y vio al procurador entrar en la cocina, arrastrar un armario y abrir una puertecilla en la pared, cuya existencia no habría podido sospechar nadie, tapada como se hallaba por el armario. Aquella puerta debía dar entrada a una escalera, porque Roberto vio cómo Sinnamari iba desapareciendo poco a poco hasta no quedar de él visible nada más que la enorme cabeza, iluminada por los rojizos resplandores del cerillo. Cuando también Ja cabeza hubo desaparecido, Roberto Pascal se lanzó hacia la abertura y entró a su vez en ella.

Era una escalera estrechísima de caracol; tan estrecha, que Roberto no podía ver debajo de él al Procurador, como éste tampoco podía verle a él. Sólo el ruido de sus pasos habría podido denunciar la presencia de Roberto; pero éste era prudente y hábil, y desplegó en aquella ocasión todos los recursos que le sugirieron su habilidad y su prudencia.

No había sospechado la existencia de aquella escalera en que se encontraba. ¿Cómo hubiera podido suponerla si en la parte exterior del

edificio no había detalle alguno de construcción que hiciera sospechar que aquella casa tenía una cava?

Varios segundos llevaba el joven en la escalera y había ya bajado unos veinte peldaños guiado por el rojo reflejo del cerillo de Sinnamari, cuando éste se detuvo de pronto. Como no oía el rumor de sus pasos, Roberto se detuvo también. La luz parecía inmóvil. ¿Qué hacía el Procurador? Él no podía verle pero escuchaba el ruido de su respiración penosa. ¿Habría creído oír algún rumor sospechoso? Lo que le hacía vacilar y detenerse, ¿era el temor de un peligro llegado de arriba o la ansiedad por lo que pudiera encontrar abajo? ¿Era sencillamente el presentimiento de que alguien se encontraba cerca de él, o bien su irradiación atómica personal advertíale, sin intervención de sus sentidos materiales, que otra voluntad además de la suya se hallaba presente en el fondo de aquella tumba?

Fue aquel un momento trágico. Roberto estaba decidido a aplastar al Procurador imperial, como se tumba a un buey en el matadero, en caso de que Sinnamari no continuase bajando, y no le diera a él tiempo de subir para esconderse.

—¡Sería una lástima! —pensaba con espantosa sangre fría.

Prodújose entonces una agitación en el resplandor rojizo que iluminaba la pared. ¿La luz iba a aumentar a o disminuir? ¿Se acercaría o se alejaría? Roberto Pascal, en la duda, se pegó cuanto pudo a la pared, levantando el brazo armado de la ganzúa. Pero la luz desapareció, quedando de pronto todo a oscuras. ¿La había soplado Sinnamari? Tal vez sí; por haber oído algún ruido, por sospechar la presencia de alguien...

Roberto no veía ni oía cosa alguna. Ni aun el resoplido de Sinnamari. Si éste disparaba en la escalera, aun haciéndolo al azar, Pascal podía darse por muerto...

El joven esperó, con bravura sin igual, el resplandor de un tiro que podía matarle, para caso de escapar con vida matar él a su adversario. Pero como éste no tiró, Roberto hubo de pensar que Sinnamari no había oído nada; y como hacía preciso adoptar a toda costa una resolución, porque cualquiera que ésta fuese resultaría siempre preferible a aquella peligrosa inmovilidad, el joven se decidió a avanzar. Bajó pues algunos escalones más, y de pronto comprendió lo que acababa de suceder.

Tuvo apenas el tiempo de sumirse en la obscuridad absoluta de la escalera. Había llegado sin darse cuenta de ello al último peldaño y visto a Sinnamari en la cava, o mejor dicho en una cripta muy espaciosa, que abarcaba todo el sitio comprendido entre los cimientos del pabellón.

Sin duda el arquitecto no creyó conveniente dividir el subsuelo en varias bodegas pequeñas como se hace generalmente en las cavas; de ahí que no hubiese más que una enorme sala subterránea, cuyo techo, de cal y cemento que rellenaba el espacio comprendido entre las viguetas de hierro, aparecía sostenido en varios sitios por columnas de ladrillos. El aire que en aquel antro se respiraba era mefítico, podrido, horrible; no había allí otra abertura que la de la escalera. ¿Qué razones pudieron aconsejar aquella extraña construcción? Roberto Pascal hubo de preguntárselo inútilmente. Luego pensó que Sinnamari, llegado al último escalón, había debido detenerse para examinar la sala, para reconocerla, para ver, desde lejos, si nada había cambiado en ella. Así se explicaba su inmovilidad de poco antes. Luego debió decidirse a avanzar, explicándose de este modo la obscuridad que de pronto habíase hecho en la escalera.

En aquel momento erraba a la ventura por entre las columnas, con el cerillo en la mano, levantándolo de vez en cuando para examinar los muros, agachándose otras veces, como si mirase con atención el suelo. Dio así vuelta a la cava, deteniéndose algunos momentos, durante los cuales, apoyado en una de las columnas de ladrillo, parecía como si reflexionase, como si pensara en cosas ya lejanas, ocurridas sin duda allí mismo, en aquellos lugares...

Lo curioso del caso es que en aquella sala o cripta no había nada, absolutamente nada, ni en las paredes ni entre los pilares. En ella permaneció Sinnamari por espacio de algunos minutos guardando profundo silencio. Por fin, como si despertase de un sueño, y contestando sin duda a la idea que le preocupaba, murmuró con voz siniestra: «*Cuando se muere, es por mucho tiempo.*» Y tal frase macabra, pronunciada en el misterio de aquella especie de cripta insospechada, a tan altas horas de la noche, y en una pesada atmósfera de humedad y de podredumbre, resonó con acento de tal modo lúgubre, que habría puesto espanto en el alma de quien la hubiere pronunciado, excepción hecha del desalmado Sinnamari.

Pero allí no había nadie más que Roberto Pascal que pudiese estremecerse oyendo las lúgubres palabras pronunciadas por el Procurador. Terrible sacudida nerviosa hubieron de experimentar los nervios del joven, porque él mismo hubiera jurado que por sus arterias vibrantes rodaba un torrente de indignación y de odio impulsándole a la venganza, al asesinato, con fuerza tan avasalladora, que hubo de admirarse del hecho de que continuaba allí en pie o inmóvil en la sombra, cuando se creía ya vaciando de toda su sangre el cuerpo robusto de aquel hombre odiado, y arrancándole con la vida el alma criminal que tantas veces maldijera.

Un momento de reflexión bastó para que Roberto comprendiese que la hora de la venganza no había sonado todavía: que alguien le sujetaba *por detrás*. ¿Qué es lo que él había pedido? *Ver*. Y he aquí que «el más allá» le mostraba una tumba. Conduciéndole hasta aquel espacio de tierra como el que lleva a su perro junto a un hoyo para decirle [ILEGIBLE EN EL ORIGINAL]» Y desde el fondo de su corazón sangra [ILEGIBLE EN EL ORIGINAL] Roberto Pascal tuvo frases de piadoso reconocimiento para la sombra de su madre por haberlo oído con tales premuras, y sobre todo por haber permitido que Sinnamari no se encontrase ya entre sus manos vengadoras, muerto de una muerte demasiado breve, de una de esas muertes que no se ven venir.

Media hora más tarde, una persona que se hubiese encontrado asomada a una ventana de la posada del Presidio, propiedad de la tía Fidela, habría podido ver cómo Sinnamari se alejaba, sano y salvo, de la casita de la calle de los Sauces.

¿Qué había ocurrido entre el Procurador imperial y Roberto, en el fondo de aquella extraña cava? Por lo que ya sabemos es fácil suponer que no debió ocurrir nada que pudiese advertir a Sinnamari de que alguien tocaba de cerca a *su muerta*, a la muerta que le habían robado en sueños. En cambio esa misma persona que hubiera podido encontrarse asomada a la ventana de la tía Fidela, habríase visto en la imposibilidad de adivinar, *ni aun sabiendo tanto como sabemos nosotros*, la razón por la cual cinco horas más tarde, es decir, a cosa de las ocho de la mañana, se encontraba Roberto Pascal cabalgando sobre la tapia de la casita de la calle de los Sauces, llevando reflejada en el rostro una tan espantosa desesperación que habría hecho retroceder al mismo Dante si éste hubiese podido ver aquella cara en el umbral del infierno. La cara descompuesta había mirado a su derecha, a su izquierda y también de frente, y no viendo a nadie hubo de tranquilizarse. R. C. saltó a la calle.

Pero sucedió que en una de las ventanas de la posada del Presidio había alguien; alguien que pasara allí la noche, que había velado y asistido, sin interrumpirlas, a las idas y venidas de Roberto Pascal; que le viera mirar con desconfianza a la posada, y escalar después la tapia; alguien que vio asimismo cómo Sinnamari entraba por la puertecilla del jardín misterioso y cómo salía después tan tranquilo como entrara; alguien en fin que en aquel momento veía salir a Pascal en estado de evidente desesperación.

Apenas divisara a Roberto, abandonó la persona de que hablamos su observatorio, precipitándose enseguida hacia la escalera, que bajó armando espantoso ruido no sólo con sus botas herradas si que también con el nudoso

bastón que, más que para apoyarse en él, parecía servirle para golpear sin razón aparente pero con fuerza, el suelo y las paredes.

Volvióse al ruido Roberto, y su asombro no reconoció límites al ver a la entrada de la casuca de la lía Fidela a un ser único por su fealdad inconcebible, un individuo sin forma humana, que más que hombre parecía una gesticulación, un gnomo en fin, la vista del cual pareció enfurecer a Roberto.

—¡Cómo! ¿Es usted, señor Macallán? —dijo.

Y parecía como si quisiera aniquilar al gnomo con la mirada.

—Sí, soy yo, el señor Macallán en persona —replicó el fenómeno, que parecía extraordinariamente alegre.

Roberto Pascal, procurando contenerse, le preguntó:

—¿Y se puede saber qué es lo que hace usted aquí a estas horas?

Pero el otro reía, enseñando al reír sus dientes de lobo. En un intervalo entre dos carcajadas, pudo al fin decir:

—¡Buen olfato tienes muchacho; buen olfato!

Su risa era terriblemente burlona. Aún repitió dos veces.

—¡Tienes buen olfato, bueno, pero bueno! Y yo lo deploro.

—¿Qué? ¿Qué es lo que usted deplora? —preguntó Pascal cerrando los puños—. Hable usted con seriedad, señor Macallán, porque de veras le digo que no estoy de humor de aguantar bromas de su señoría.

—Lo que deploro es el trabajo que les he dado a ustedes.

La turbación de Roberto Pascal al oír estas palabras fue extraordinaria.

—¿Desde cuándo está usted aquí, señor Macallán? —preguntó ansioso.

—¿Yo? ¡Pues desde el principio del mundo!... ¡Ja, ja, ja!... ¿Sabes que eres hermoso muchacho? Sí, señor, joven y hermoso como un Dios... ¡Así estoy yo de contento!

—¿Desde cuándo está usted aquí, señor Macallán? —preguntó de nuevo Roberto Pascal, con tal tono de amenaza en su pregunta que Macallán retrocedió asustado.

—Vuelve en ti, R. C. —dijo el gnomo, muy serio; y añadió con voz dulce:

—Ya sabe usted que le quiero de veras, amigo mío...

—Responda, ¿desde cuándo?

Y R. C. se fue hacia él con la mano levantada, dispuesto a pegar.

—¡He pasado aquí toda la noche! —dijo por fin Macallán, mirando con ansiedad a Roberto.

—¡Oh! —exclamó éste—. ¿Será posible?

Y como si su cólera se hubiese desvanecido de pronto, miró a Macallán; y había en su mirada tal doloroso reproche, que el gnomo se sintió conmovido.

—Todo esto —dijo solemnemente R. C. pasando la mano por su frente adolorida— tendrá un término...

—Tal vez, tal vez —replicó Macallán, agitando el bastón nudoso—. Sí, tal vez tendrá un término todo esto. Por de pronto, usted tiene buen olfato... pero cabe en lo posible tener buen olfato y una muela picada.

Una vez en la calle, dióse a correr, escapándose, como si quisiera ponerse fuera del alcance de Roberto. De vez en cuando volvíase para gritar:

—¡Tiene usted una muela picada, *my dear friend*, y yo se la arrancaré!

Ya no era más que un punto gesticulatorio en el extremo de la calle de los Sauces, y aún se le oía repetir con voz chillona:

—¡Una muela picada! ¡Una muela picada!^[2]!